

LA VICTORIA ESTRATÉGICA

Fidel Castro Ruz

Descargado de:

<http://www.universalcuba.arredemo.org>

<http://www.universalcuba.tk>

<http://www.perezalmarales.arredemo.org>



Disponía ya desde que me gradué de bachiller, y a pesar de mi origen, de una concepción marxista-leninista de nuestra sociedad y una convicción profunda de la justicia

Publicamos el ensayo autobiográfico que inicia el libro *La victoria Estratégica*, escrito por el Comandante en Jefe Fidel Castro y que presentó el pasado lunes en presencia de varios de sus compañeros guerrilleros.

Dudé sobre el nombre que le pondría a esta narración, no sabía si llamarla "La última ofensiva de Batista" o "¿Cómo 300 derrotaron a 10 000?", que parece un cuento de *Las mil y una noches*. Me veo obligado, por ello, a incluir una pequeña autobiografía de la primera etapa de mi vida, sin la cual no se comprendería su sentido. No deseaba esperar que se publicaran un día las respuestas a incontables preguntas que me hicieran sobre la niñez, la adolescencia y la juventud, etapas que me convirtieron en revolucionario y combatiente armado.

FIDEL Y EL COMANDANTE JUAN ALMEIDA BOSQUE.

Nací el 13 de agosto de 1926. El asalto al cuartel Moncada de Santiago de Cuba, el 26 de julio de 1953, se produjo tres años después que me gradué en la Universidad de La Habana. Fue nuestro primer enfrentamiento militar con el Ejército de Cuba, al servicio de la tiranía del general Fulgencio Batista.



La institución armada en Cuba, creada por los Estados Unidos después de su intervención en la isla durante la segunda Guerra de Independencia, iniciada por José Martí en 1895, era un instrumento de las empresas norteamericanas, y la alta burguesía cubana.

La gran crisis económica desatada en los Estados Unidos, durante los primeros años de la década de 1930, implicó altos niveles de sacrificio para nuestro país, al que los acuerdos comerciales impuestos por aquella potencia hicieron totalmente dependiente de los productos de su industria y de su agricultura desarrolladas. La capacidad adquisitiva del azúcar se había reducido casi a cero. No éramos independientes ni teníamos derecho al desarrollo. Difícilmente podían darse peores condiciones en un país de América Latina.

A medida que el poder del imperio crecía hasta convertirse en la más poderosa potencia mundial, hacer una Revolución en Cuba se tornaba una tarea bien difícil. Unos pocos hombres fuimos capaces de soñarla, pero nadie podría atribuirse méritos individuales en una proeza que

fue mezcla de ideas, hechos y sacrificios de muchas personas, a lo largo de muchos años, en muchas partes del mundo.

Con esos ingredientes se pudo conquistar la independencia plena de Cuba, y una revolución social que ha resistido con honor más de 50 años de agresiones y el bloqueo de los Estados Unidos.



CELIA, FIDEL Y HAYDÉE, SENTADOS EN UN SECADERO DE CAFÉ, ABRIL DE 1958.

En mi caso concreto, sin duda por puro azar, a esta altura de la vida puedo ofrecer testimonio de hechos que, si tiene algún valor para las nuevas generaciones, se debe al esfuerzo de investigadores rigurosos y serios, cuyo trabajo durante decenas de años, reunió datos que me ayudaron a reconstruir gran parte del contenido de este libro, al que decidí poner el título *La Victoria Estratégica*.

Las circunstancias que me llevaron a tales acciones bélicas las guardo imborrablemente en mi mente. No deja de ser satisfactorio para mí recordarlas, porque de otra forma no me explicaría por qué llegué a las convicciones que al fin y al cabo determinaron el curso de mi existencia.

No nací político, aunque desde muy niño observé hechos que, grabados en mi mente, me ayudaron a comprender las realidades del mundo.

En mi Birán natal, solo había dos instalaciones que no pertenecían a mi familia: el telégrafo y la escuelita pública. Allí me sentaban en la primera fila porque no había, ni podía haber, algo parecido a un círculo infantil. Forzosamente aprendí a leer y a escribir. En el año 1933, cuando no había cumplido todavía siete años, la maestra, que no recibía siquiera el sueldo que le debía el gobierno, pretextando la hipotética inteligencia del niño, me llevó para Santiago de Cuba, donde residía su familia, en una vivienda pobre y casi sin muebles, que se filtraba por todas partes cuando llovía. En aquella ciudad, no me enviaron siquiera a una escuela pública como la de Birán.

Después de muchos meses sin recibir clases, ni hacer algo como no fuera escuchar en un viejo piano la práctica de solfeo de la hermana de la maestra, profesora de música sin empleo; aprendí a sumar, restar, multiplicar y dividir, gracias a las tablas impresas en el forro rojo de una libreta que me entregaron para practicar la caligrafía, y que nadie dictó ni revisó nunca.

EN UN ALTO DE LA GUERRA, EL COMANDANTE FIDEL CASTRO RECIBE A NIÑAS CAMPESINAS QUE FUERON A SALUDARLO.

En la vieja casa donde inicialmente me albergaron, de una cantina que llevaban una vez al día, nos alimentábamos siete personas, entre ellas, la hermana y el padre de la maestra. Conocí el hambre creyendo que era apetito, con la punta de uno de los dientes del pequeño tenedor pescaba el último granito de arroz, y con hilo de coser arreglaba mis propios zapatos.



Al frente de la modesta casa de madera donde vivíamos, un Instituto de Bachillerato permanecía ocupado por el Ejército; vi soldados golpeando con las culatas de sus fusiles a otras personas. Podría escribir un libro con aquellos recuerdos. Fue la institución infantil a donde me condujo aquella humilde maestra, en una sociedad en la que el dinero reinaba de forma absoluta.

Mi familia había sido engañada, y yo ni siquiera podía percatarme de aquella situación; el engaño me hizo perder tiempo, pero me enseñó mucho sobre los factores que la determinaron. Después de varios episodios, cumplidos los ocho años, fui matriculado en enero de 1935 en el primer grado de una escuela de los Hermanos La Salle, muy próxima a la primera catedral que los conquistadores españoles habían erigido en Cuba. Otro rico y nuevo aprendizaje comenzaba.

Ingresé en aquella escuela como alumno externo, residía en una nueva vivienda, muy próximo a la mencionada anteriormente, a donde se mudó la profesora de música, hermana de la maestra de Birán. Llegamos a ser tres hermanos los que vivíamos con aquella familia: Angelita, Ramón y yo, por cada uno de los cuales se pagaba una pensión. El padre de ellas había muerto el año anterior. Ya no existía hambre física, aunque seguí todavía un tiempo obligado a repasar hasta el cansancio las conocidas reglas aritméticas. Aún así, yo estaba harto de aquella casa y me rebelé de manera consciente por primera vez en mi vida; rehusé comer algunos vegetales desabridos que a veces me imponían y rompí todas las normas de educación formal, sagradas en aquella casa de familia de exquisita cultura francesa, adquirida en la propia Santiago de Cuba. En la familia se había insertado el cónsul de Haití, por la vía del matrimonio. Pero tan insoportable se volvió mi rebelión que me enviaron de cabeza como interno a la escuela. Me habían amenazado con eso más de una vez para imponerme disciplina; no sabían que era precisamente lo que yo quería. Lo que para otros niños era duro, para mí significaba la libertad. ¡Si nunca me llevaron ni siquiera a un cine! Disfrutaría de las delicias de un alumno interno. Fue el primer premio que recibí en mi vida. Estaba feliz.

FIDEL CONVERSA MIENTRAS LO PELAN, EN UNA IMPROVISADA BARBERÍA EN EL NARANJO, SIERRA MAESTRA.



Mis problemas desde entonces serían otros. Había llegado a Santiago con dos años de adelanto, y entré a la escuela de los Hermanos La Salle con unos de retraso. Cursé fácilmente el primero y segundo grados. Aquel centro era una maravilla. Como norma íbamos a Birán tres veces al año: Navidad, Semana Santa y vacaciones de verano, donde Ramón y yo éramos totalmente libres.

Del tercer grado en la escuela La Salle pasé al quinto como premio por mis notas, así recuperé el tiempo perdido. Durante el primer trimestre todo iba bien: buenas notas y excelentes relaciones con los nuevos compañeros de clases. Recibía el boletín blanco que se daba cada semana a los alumnos por conducta correcta, con los problemas normales de cualquier discípulo. Sucedió entonces un percance con uno de los miembros de la congregación, inspector de los alumnos internos.

La escuela disponía de un amplio terreno al otro lado de la bahía de Santiago, llamado Renté. Era un lugar de retiro y descanso de la congregación. Allí llevaban a los alumnos internos los jueves y domingos, días en que no se realizaba actividad escolar. Había un buen campo deportivo. Además, hacía deportes, nadaba, pescaba, exploraba. No lejos de la entrada de la bahía se observaban los rastros de la Batalla Naval de Santiago, en forma de grandes proyectiles que adornaban la entrada de las edificaciones. Un domingo después del regreso, tuve un pleito intrascendente con otro de los alumnos internos cuando viajábamos en la lancha *El Cateto*, de Renté al muelle de Santiago. Apenas llegamos a la escuela terminamos de zanzarlo; debido a ello, aquel autoritario hermano de la orden religiosa me golpeó en la cara con las manos abiertas y con toda la fuerza de sus brazos. Era una persona joven y fuerte. Quedé aturdido, con los golpes zumbándome en los oídos. Antes, me había llamado aparte, ya casi de noche. No me dejó siquiera explicar. En el largo corredor por donde me llevó nadie nos veía. Transcurridas dos o tres semanas, intentó de nuevo humillarme con un pequeño coscorrón en la cabeza por hablar en filas. En esa segunda ocasión yo iba entre los primeros al salir del desayuno porque los discípulos tratábamos siempre de ocupar un primer lugar en las filas, para

jugar con pelotas de goma, un rato antes de las clases. Un pan con mantequilla que llevaba en la mano, otra costumbre de los alumnos cuando salíamos del comedor después de ingerir precipitadamente los primeros alimentos del día, se lo lancé al rostro al inspector, y luego lo embestí con manos y pies de tal forma, delante de los alumnos internos y externos, que su autoridad y sus métodos abusivos quedaron muy desprestigiados. Fue un hecho que se recordó en esa escuela durante bastante tiempo.

RAÚL, FIDEL Y RENÉ RAMOS LATOUR (DANIEL).

Yo tenía entonces 11 años, y me acuerdo bien de sus nombres. No deseo, sin embargo, repetirlos. De él no supe nada, desde hace más de 70 años. No le guardo rencor. Del alumno que motivó el incidente, conocí muchos años después del triunfo revolucionario, que mantuvo una conducta intachable y seria.



Sin embargo, el hecho tuvo consecuencias para mí. El incidente había ocurrido semanas antes de la Navidad, en que tendríamos dos semanas y media de vacaciones. Él seguía como inspector, y yo como alumno; ambos nos ignorábamos totalmente. Por elemental dignidad mi conducta fue intachable. Al venir nuestros padres a buscarnos, evidentemente citados por ellos, les ocultaron la verdad, acusaron a mis dos hermanos y a mí de pésimo comportamiento. "Sus tres hijos, son los tres bandidos más grandes que pasaron por esta escuela", le dijeron a mi padre. Lo supe por lo que contó entristecido a otros agricultores amigos que a fines de año lo visitaban. Raúl tenía apenas seis años, Ramón siempre se caracterizó por su bondad, y yo no era un bandido.

Trabajo me costó que me enviaran de nuevo a Santiago para estudiar; Ramón y Raúl, que nada tenían que ver con el problema, permanecieron el resto de ese curso en Birán. Me matricularon en enero de 1938 como alumno externo en el Colegio Dolores, regido por la Orden de los Jesuitas, mucho más exigente y rigurosa en materia de estudios, pero más de clase alta y rica que su rival de los Hermanos La Salle.

En esta ocasión me tocó residir en la casa de un comerciante español amigo de mi padre; allí, desde luego, no pasé ningún tipo de penuria material, pero en aquella casa, donde residí hasta finalizar el quinto grado, era un extraño.

Al inicio del verano, Angelita, la hermana mayor, llegó también a esa casa con el propósito de preparar su ingreso en el bachillerato. Para darle clases se contrató a una profesora negra, quien se guiaba por un enorme libro donde estaba el contenido de la materia a impartir para el examen de ingreso. Yo asistía a sus clases. Era la mejor profesora y, quizás, una de las mejores personas que conocí en mi vida. Se le ocurrió la idea de que estudiara a la vez el material de ingreso y el primer año del bachillerato, con el fin de examinarme tan pronto alcanzara la edad pertinente para el ingreso en el bachillerato, un año después. Despertó en mí un enorme interés por el estudio. Habría sido la única razón por la que estaba dispuesto a soportar la casa del comerciante español en ese período vacacional, tras finalizar el quinto grado como externo en Dolores.

Enfermé a fines de ese verano, y estuve ingresado alrededor de tres meses en el hospital de la Colonia Española de Santiago de Cuba. No hubo vacaciones de verano ese año. En aquel hospital mutualista, por dos pesos mensuales, equivalentes a dos dólares, una persona tenía derecho a los servicios médicos. Muy pocos, sin embargo, podían cubrir ese gasto. Me habían operado del apéndice, y a los 10 días la herida externa se infestó. Hubo que olvidarse de los planes de estudio concebidos por la profesora. A fines de ese mismo año, 1938, los tres hermanos nos volvimos a reunir, como alumnos internos en el Colegio Dolores.

En el sexto grado, con varias semanas de clases perdidas, debí esforzarme para ponerme al día. Una etapa nueva se iniciaba. Profundizaba los conocimientos en Geografía, Astronomía, Aritmética, Historia, Gramática e Inglés.

Se me ocurrió escribirle una carta al presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, que con su silla de ruedas, su tono de voz y su rostro amable despertaba mis simpatías. Gran expectación, una mañana las autoridades en la escuela anunciaron el gran suceso: "Fidel se cartea con el presidente de los Estados Unidos".

Roosevelt había respondido mi carta. Eso creíamos. Lo que llegó fue realmente una comunicación de la embajada informando que la habían recibido, dando las gracias. ¡Qué gran hombre, ya teníamos un amigo: el presidente de los Estados Unidos! A pesar de todo lo que aprendí después, y tal vez por ello, pienso que Franklin Delano Roosevelt, quien luchó contra la adversidad personal y adoptó una posición correcta frente al fascismo, no era capaz de ordenar el asesinato de un adversario, y por lo que se conoce de él, es muy probable que no hubiese lanzado las bombas atómicas contra dos ciudades indefensas de Japón ni desatado la Guerra Fría, dos hechos absolutamente innecesarios y torpes.

En aquel colegio de la rancia burguesía en la provincia mayor y más oriental de Cuba, había más rigor académico y disciplina que en La Salle. Eran jesuitas, casi en su totalidad de origen español, ungidos como sacerdotes en una etapa avanzada de su formación, en la que debían ejercer como miembros de la Orden en alguna tarea o responsabilidad. El prefecto de la escuela era el Padre García, un hombre recto, pero amable y accesible que compartía con los alumnos.

Mis vacaciones, mientras transité desde el primer grado de primaria hasta el último de bachillerato, fueron siempre en Birán, zona de llanos, mesetas y alturas de hasta casi 1 000 metros, bosques naturales, pinares, corrientes y pozas de agua; allí conocí de cerca la naturaleza, y fui libre de los controles que me imponían en las escuelas, las casas de las familias donde me alojé en Santiago o en la mía de Birán; aunque siempre defendido por mi madre y con la tutela tolerante de mi padre, a medida que era ya estudiante con más de seis grados, y por ello disfrutaba de creciente prestigio en la familia.

Pero este no es el lugar para hablar del tema, solo el mínimo indispensable para comprender el asunto que abordo en este libro.

Del Colegio Dolores, yo mismo tomé la decisión de trasladarme al Colegio Belén, en la capital de Cuba. Allí, a la inversa de lo que ocurrió en el Colegio La Salle de Santiago de Cuba, el responsable más directo de los alumnos internos —más de 100—, el Padre Llorente, no era una persona autoritaria, y lejos de ser un enemigo se convirtió en un amigo. Español de nacimiento, como casi todos los jesuitas de aquel colegio, estaba en la etapa previa a la investidura como sacerdote. Un hermano suyo, mayor que él, ejercía el sacerdocio entre los esquimales de Alaska, y bajo el título de *En el país de los eternos hielos*, escribía narraciones sobre la vida, las costumbres y las actividades de aquel pueblo indoamericano en una naturaleza virgen, que a los alumnos nos llenaba de asombro.

Llorente había sido sanitario en la Guerra Civil Española; él contaba la dramática historia de los prisioneros fusilados al concluir aquella contienda. Su tarea, junto a otros que hacían la misma función, era certificar que estaban muertos antes de proceder a darles sepultura. El Padre Llorente no hablaba de política, ni recuerdo haberlo escuchado nunca opinar sobre el tema. Era un jesuita orgulloso de su orden religiosa. Estimulaba las actividades que ponían a prueba el espíritu de sacrificio y el carácter de sus alumnos. Ambos estuvimos planificando una cacería de cocodrilos en la Ciénaga de Zapata, donde había miles de ellos; y en 1945, durante las últimas vacaciones de verano, organizamos un plan para escalar el Turquino. La goleta que debía llevarnos por mar, desde Santiago de Cuba hasta Ocuja, no pudo arrancar en toda la noche y no había otro camino. Hubo que suspender el plan. Recuerdo que llevaba una de las escopetas automáticas calibre 12 que tomé de mi casa. ¡Cómo me habría ayudado más tarde aquella excursión cuando me convertí en combatiente guerrillero, cuyo reducto principal radicaba precisamente en esa zona!

Al graduarme de bachiller en Letras, a los 18 años, era deportista, explorador, escalador de montañas, bastante aficionado a las armas —cuyo uso aprendí con las de mi padre—, y buen estudiante de las materias impartidas en el colegio donde estudiaba.

Me designaron el mejor atleta de la escuela el año que me gradué, y jefe de los exploradores con el más alto grado otorgado allí. Mi madre se sintió complacida con los aplausos de todos los asistentes aquella noche de la graduación. Por primera vez en su vida se había confeccionado un traje de gala para ir a una ceremonia. Ella fue una de las personas que más me ayudó en el propósito de estudiar.

En el anuario de la escuela, correspondiente al curso en que me gradué, aparece una foto mía con las siguientes palabras:

Fidel Castro (1942-1945). Se distinguió en todas las asignaturas relacionadas con las letras. Excelencia y congregante, fue un verdadero atleta, defendiendo siempre con valor y orgullo la bandera del colegio. Ha sabido ganarse la admiración y el cariño de todos. Cursará la carrera de Derecho y no dudamos que llenará con páginas brillantes el libro de su vida. Fidel tiene madera y no faltará el artista.

En realidad, debo decir que yo era mejor en Matemática que en Gramática. La encontraba más lógica, más exacta. Estudié Derecho porque discutía mucho, y todos afirmaban que yo iba a ser abogado. No tuve orientación vocacional.

El hecho real es que las escuelas de élite lanzaban a la calle oleadas de bachilleres carentes de conocimientos políticos elementales. Sobre un tema fundamental como la historia de la humanidad, nos narraban en primer lugar las consabidas aventuras bélicas de nuestra especie, desde la época de los persas hasta la Segunda Guerra Mundial, historias que tanto cautivan a niños y jóvenes varones.

El negocio de la producción y venta de juguetes de guerra hoy día es casi tan grande como el comercio de armas. Del sistema social que conduce a tales locuras y a las propias guerras no se nos enseñó una palabra.

Nos ilustraban sobre la historia de Grecia y Roma, pero civilizaciones tan antiguas como las de India y China, apenas se mencionaban, como no fuese para contarnos las aventuras bélicas de Alejandro Magno y los viajes de Marco Polo. Sin ambos países, hoy resulta imposible escribir la historia. No podría siquiera soñarse que nos hablaran entonces de las civilizaciones maya y aimara-quechua, del colonialismo y del imperialismo.

Cuando me gradué de bachiller en Letras, no existía más que una universidad, la de La Habana, a ella íbamos a parar los estudiantes con nuestra ausencia de conocimientos políticos. Salvo excepciones, casi todos los alumnos procedían de familias de la pequeña burguesía, que afanosamente deseaban mejor destino para sus hijos. Pocos pertenecían a la clase alta, y casi ninguno a los sectores pobres de la sociedad. Muchos de los de familia pudiente realizaban sus estudios superiores en los Estados Unidos, si es que no lo hacían desde el bachillerato. No se trataba de culpabilidades individuales, era una herencia de clase. La incorporación de la gran mayoría de los estudiantes universitarios a la Revolución en Cuba, es una prueba del valor de la educación y la conciencia en el ser humano.

Quizás algunas cosas de las hasta aquí referidas ayuden a comprender lo que vino después.

No asistí a la universidad desde el primer día, pues rechazaba las humillantes prácticas de las llamadas novatadas, consistentes en rapar a la fuerza a los recién llegados. Pedí que me pelaran bien bajito para identificarme como alumno nuevo.

Después de resolver el complejo problema del alojamiento, me fui al estadio universitario, buscando cómo incorporarme a los deportes. Había básquet, pelota, campo y pista, todo lo que me gustaba. Trabajo me costó liberarme del compromiso con el manager de básquet de Belén.

Hacia tiempo había acordado proseguir como discípulo suyo en ese deporte, pero él era entrenador de un club aristocrático. Le expliqué que no podía ser estudiante de la universidad y jugar en otro equipo contra esta. No entendió y rompí con él. Comencé a entrenar en el equipo universitario de básquet. También la escuela reclamó que jugara pelota por mi facultad y le dije que sí.

Los líderes de la facultad de Derecho solicitaron que fuera candidato a delegado por una asignatura, y no tuve objeción.

Me veía obligado a realizar muchas cosas en un día, y residía en un reparto distante, donde Lidia, la hermana mayor por parte de padre, siempre atenta y afectuosa con nosotros, decidió vivir al trasladarse de Santiago de Cuba a La Habana cuando inicié mis estudios universitarios.

Un día descubrí que no me alcanzaba el tiempo ni para respirar. Sacrifiqué los deportes y decidí cumplir la tarea que me solicitaron los líderes de la escuela. Luché duro por obtener la representación, como delegado, de la asignatura de Antropología, lo cual requería especial esfuerzo. En la tarea me enfrentaba a un antiguo cuadro, para quien un cargo en la dirección de la escuela significaba una profesión política. Así comenzó mi actividad en esa esfera.

No había imaginado hasta qué punto la politiquería, la simulación y las mentiras prevalecían en nuestro país. Pero no lo supe desde el primer día. Cuando se realizó la elección, obtuve más de cinco votos por cada uno del adversario, y pude contribuir así al triunfo de los candidatos de nuestra tendencia en otras asignaturas. Fue de esa forma como, en pocos meses, por el número de votos obtenidos, me convertí en el representante de los estudiantes del primer curso, en una de las escuelas más numerosas de la Universidad de La Habana. Ello me otorgó determinada importancia, pero era muy pronto. No tenía siquiera idea de los intereses que se movían alrededor de aquella Universidad.

A medida que me familiarizaba con ella, iba conociendo también su rica historia. Había sido una de las primeras fundadas en la época de las colonias. Las ilustres personalidades de la cultura y la ciencia eran recordadas en figuras de bronce y mármol a las que se rendía tributo, o al bautizar con sus nombres las plazas, edificios e instituciones universitarias.

Especial admiración se sentía por los ocho estudiantes de Medicina, fusilados el 27 de noviembre de 1871 por los voluntarios españoles, al ser acusados de profanar la tumba de un periodista reaccionario que servía al régimen colonial, un hecho que según se comprobó después, ni siquiera ocurrió.

Junto a mi escuela, un pequeño parque llamado Lídice —aldea checoslovaca donde los nazis perpetraron una atroz matanza—, añadía elementos de internacionalismo.

Los nombres de Martí, Maceo, Céspedes, Agramonte y otros, aparecían por todas partes y suscitaban la admiración y el interés de muchos de nosotros, sin que importara su origen social. No era la atmósfera que se respiraba en la escuela privada de élite donde estudié el bachillerato, cuyos profesores procedían y se educaban en España, donde se engendró parte importante de nuestra cultura, pero también la esclavitud y el coloniaje.

En esa etapa, después de las elecciones del 44, el país era presidido por un profesor de Fisiología, que emergió de la universidad en los años 30, cuando en medio de la gran crisis económica mundial, fue derrocada la tiranía de Machado, y se creó, por breves meses, un gobierno provisional revolucionario. En aquel proceso, dentro del marco de una independencia limitada por la Enmienda Platt, los estudiantes, junto a la combativa clase obrera cubana y el pueblo en general, desempeñaron un papel fundamental. El profesor de Fisiología, Ramón Grau San Martín, fue designado presidente del gobierno en 1933. Un joven revolucionario antimperialista, Antonio Guiteras, representante de otras fuerzas populares, designado ministro de Gobernación, fue la figura más destacada de aquellos meses, por las medidas valientes y antimperialistas que adoptó.

Fulgencio Batista, procedente del sector militar revolucionario de los sargentos y soldados profesionales, ascendido a jefe del Ejército, captado más tarde por los sectores reaccionarios y la propia embajada de los Estados Unidos, derrocó aquel gobierno radical que duró apenas 100 días.

En la caída de Gerardo Machado había sido decisiva la clase obrera. La huelga general revolucionaria, organizada fundamentalmente por el pequeño partido de los comunistas, bajo la dirección brillante y vibrante del poeta revolucionario Rubén Martínez Villena, inició la batalla por el derrocamiento de la tiranía de Machado. Conviene recordarlo porque la idea de una huelga general revolucionaria estuvo asociada a nuestra posterior lucha, desde el ataque al cuartel Moncada. Fue el arma fundamental utilizada tras la ofensiva final exitosa del Ejército Rebelde, que lo condujo a la victoria total del pueblo el 1.º de enero de 1959.

En los años 40 había emergido con fuerza el anticomunismo, la siembra de reflejos y el control de las mentes a través de los medios de comunicación masiva. Se habían creado las bases para el dominio militar y político del mundo. Muy poco quedaba ya en nuestra alta casa de estudios del espíritu revolucionario de los años 30.

El partido creado por el profesor, que lo llevó a la presidencia en virtud de pasadas glorias, tomó el nombre que utilizó Martí para organizar la última Guerra de Independencia: Partido Revolucionario Cubano, al que añadieron el calificativo de "Auténtico".

Cuando los escándalos comenzaron a estallar por todas partes, un senador prestigioso de ese mismo partido, Eduardo Chibás, encabezó la denuncia al gobierno. Era de cuna rica, pero incuestionablemente honrado, algo no habitual en los partidos tradicionales de Cuba. Disponía de media hora cada domingo, a las 8:00 de la noche, en la emisora radial más oída de toda la nación. Fue el primer caso en nuestra patria de la promoción inusitada que podía significar ese medio de divulgación masiva. Se conocía su nombre en todos los rincones del país. No existía todavía en Cuba la televisión. De ese modo, a pesar del analfabetismo reinante, surgió un movimiento político de potencial masividad entre los trabajadores de la ciudad y el campo, los profesionales y la pequeña burguesía.

Entre los obreros industriales más avanzados e intelectuales destacados, las ideas marxistas se abrían paso con más facilidad. Rubén Martínez Villena murió joven, víctima de la tuberculosis, poco tiempo después de su más gloriosa obra, el derrocamiento de la tiranía machadista. Quedaron sus poemas, que continúan recordándose y repitiéndose. Pero los prejuicios anticomunistas, emanados siempre de los sectores privilegiados y dominantes de la sociedad cubana, continuaron multiplicándose, desde los días brillantes en que Julio Antonio Mella creó la FEU (Federación Estudiantil Universitaria), y junto a Baliño —compañero de José Martí en su lucha por la independencia— fundó el primer Partido Comunista de Cuba.

El gobierno corrupto de Grau San Martín era caótico, irresponsable, cínico. Le interesaba controlar la universidad y los escasos institutos públicos donde se estudiaba el bachillerato. Su instrumento fundamental no era la represión, sino la corrupción. La universidad dependía de los fondos del Estado.

Un sujeto sin escrúpulo resultó designado ministro de Educación. Muchos millones de dólares fueron malversados. Nada parecido a un programa de alfabetización se llevó a cabo.

La reforma agraria y otras medidas promulgadas por la Constitución de 1940 pasaron al olvido. Batista se había marchado del país repleto de dinero para residir en la Florida. Dejó en Cuba a las Fuerzas Armadas llenas de ascensos y privilegios, y a un número no desdeñable de seguidores directamente beneficiados con cargos de elección en el Congreso, los municipios, y empleos en el aparato burocrático de instituciones sociales y empresas privadas.

Lo peor de todo fue el lastre pseudorrevolucionario que llegó al poder en Cuba junto con Grau San Martín. Eran gente que de una u otra forma habían sido antimachadistas y antibatistianos. Se consideraban, por tanto, revolucionarios. Al peor grupo de estos le asignaron cargos

importantes en la policía represiva, como el Buró de Investigaciones, la Secreta, la Motorizada y otros cuerpos de esa institución. Se mantuvieron los tribunales de urgencia, con la facultad de arrestar a un ciudadano sin derecho alguno a la libertad provisional. En fin, todo el aparato represivo de Batista permaneció inalterable.

Con distintos nombres surgieron una serie de organizaciones formadas por personas que tuvieron relaciones con Guiteras y otros prestigiosos líderes de la lucha contra Machado y Batista. En las filas de aquella pseudorrevolución existían personas serias y valientes, consideradas a sí mismas como revolucionarias, una idea y un título que siempre atrajeron en Cuba a los jóvenes. Los órganos de prensa les asignaban con todo rigor ese calificativo, cuando en realidad lo transcurrido era una dramática etapa de revolución frustrada. No había programa social serio, y menos aún objetivos que condujeran a la independencia del país. El único programa verdaderamente revolucionario y antimperialista era el del partido fundado por Mella y Baliño, y luego dirigido por Rubén Martínez Villena. Este joven y valioso líder, lleno de pasión, proclamó en un poema: "Hace falta una carga para matar bribones, /para acabar la obra de las revoluciones (...)". Pero el Partido Comunista de Cuba estaba aislado.

Entre los muchos miles de estudiantes de la universidad que conocí, el número de antimperialistas conscientes y comunistas militantes no pasaban de 50 ó 60, del total de matriculados, que ascendían a más de 12 000. Yo mismo, un entusiasta de las protestas contra aquel gobierno, me sentía impulsado por otros valores que más adelante comprendí que estaban todavía distantes de la conciencia revolucionaria que adquirí después.

Eran miles los estudiantes que repudiaban la corrupción reinante, los abusos de poder y los males de la sociedad. Muy pocos pertenecían a la alta burguesía. Las veces que tuvimos necesidad de salir a la calle, no vacilaron en hacerlo.

Nuestra universidad sostenía relaciones con los exilados dominicanos en lucha contra Trujillo, con quienes se solidarizaba plenamente. También los puertorriqueños que demandaban la independencia, bajo la dirección de Pedro Albizu Campos, contaban con su apoyo. Eran elementos de una conciencia internacionalista presentes entre nuestros jóvenes, y que también me movían entonces a mí, a quien habían asignado la presidencia del Comité Pro Democracia Dominicana y el Comité Pro Independencia de Puerto Rico.

Una etapa de mis estudios universitarios ayudaría a comprender lo que allí viví. Cuando inicié el segundo año de la carrera, en 1946, conocía mucho más de nuestra universidad y nuestro país. Nadie tuvo que invitarme a participar en las elecciones de la escuela de Derecho. Yo mismo persuadí a un estudiante activo e inteligente, Baudilio Castellanos, que iniciaba su carrera, para que se postulara por la misma asignatura que yo lo había hecho el año anterior. Lo conocía bien porque éramos de la misma zona oriental; él había estudiado el bachillerato en una escuela regida por religiosos protestantes. Su padre era farmacéutico en el pequeño poblado del central Marcané, propiedad de una transnacional norteamericana, a cuatro kilómetros de mi casa en Birán.

Seleccionamos entre los estudiantes del primer curso a los más activos y entusiastas para integrar la candidatura. Contaba con el apoyo total del segundo curso, donde los adversarios ni siquiera pudieron nuclear alumnos suficientes para formar una candidatura contra mí. Aplicamos la misma línea del año anterior y, en las elecciones, nuestra tendencia obtuvo una aplastante victoria. Contábamos ya con amplia mayoría entre los estudiantes de la escuela de Derecho, y podíamos decidir quién sería el presidente de los estudiantes de la facultad, una de las más numerosas de la Universidad de La Habana. Los del quinto y último año no eran muchos, los del cuarto se correspondían con el año en que el bachillerato se elevó de cuatro a cinco años, y eran muy pocos los que habían ingresado en ese curso. No teníamos la mayoría de los delegados, pero sí la inmensa mayoría de los estudiantes.

En ese tiempo entramos en contacto con el Partido Ortodoxo y, también, con militantes de la Juventud Comunista, como Raúl Valdés Vivó, Alfredo Guevara y otros. Conocí a Flavio Bravo, una persona inteligente y capaz, que dirigía a la Juventud Comunista de Cuba.

Pude dejar las cosas como estaban y esperar un año más. Al fin y al cabo mis relaciones no eran malas con los delegados de los cursos superiores, políticamente neutros. Pero pudo más en mí el espíritu competitivo y quizás la autosuficiencia y la vanidad que suele acompañar a muchos jóvenes, aún en nuestra época.

Esto no significa que yo habría tenido una nueva oportunidad para esperar un tercer curso normal. Los compromisos ya contraídos me llevaron por otros caminos. Pero antes debo señalar que viví los mayores peligros de perder la vida con apenas 20 años, sin provecho alguno para la causa verdaderamente noble que descubrí después.

De hecho, nuestra actividad y fuerza llamaron prematuramente la atención de los dueños de la única universidad del país. Nuestro alto centro de estudios había adquirido especial importancia por su raíz histórica y su papel dentro de la república disminuida, que nació de la imposición de la Enmienda Platt a la nación cubana cuando se liberó de España. La nueva presidencia de la Federación de Estudiantes Universitarios estaba por decidirse, ya que el anterior presidente había pasado a ocupar un alto cargo en el gobierno de Grau.

Dado mi carácter rebelde, le hice frente al poderoso grupo que controlaba la universidad. Así pasaron días, en realidad semanas, sin otra compañía que la solidaridad de mis compañeros de primero y segundo cursos de la escuela de Derecho. Hubo ocasiones en que salí de la universidad escoltado por grupos de estudiantes que se apretaban alrededor de mí. Pero yo, a pesar de eso, iba todos los días a las clases y las actividades, hasta que un día declararon que no me permitirían entrar más a ese recinto.

He contado alguna vez que, al día siguiente, un domingo, me fui a una playa con la novia, y acostado boca abajo lloré porque estaba decidido a desafiar aquella prohibición, y comprendía lo que ello significaba. Sabía que el enemigo había llegado al límite de su tolerancia. En mi mente quijotesca no cabía otra alternativa que desafiar la amenaza. Podía obtener un arma, y la llevaría conmigo.

Un amigo militante del Partido Ortodoxo, al que conocí porque le gustaban los deportes y visitaba con frecuencia la universidad, me contaba las experiencias del enfrentamiento a las dictaduras de Machado y Batista, conversaba mucho conmigo, y conocía nuestras luchas, al tener noticias de la situación creada, y la decisión adoptada por mí, movió cielo y tierra para evitar lo peor.

Después de esto tuvieron lugar innumerables sucesos que he narrado en distintas oportunidades, y no deseo añadir a lo que aquí expongo, ya de por sí extenso; pero siento la necesidad de expresar que desde entonces estuve decidido a todo y empuñé un arma. Las experiencias de mi vida universitaria me sirvieron para la larga y difícil lucha que emprendería poco tiempo después como martiano y revolucionario cubano. Mi pensamiento maduró aceleradamente. Apenas transcurridos tres años de mi graduación, asaltaba con mis compañeros de ideal la segunda plaza militar del país. Fue el reinicio de la insurrección armada del pueblo de Cuba por su plena independencia y por la república de justicia soñada por nuestro Héroe Nacional José Martí.

Tras el triunfo del 1ro. de enero, conocidos e incansables historiadores, encabezados por Pedro Álvarez Tabío, y gracias a la iniciativa de Celia Sánchez, que estuvo presente y cumplió importantes misiones en la defensa de aquel baluarte revolucionario, recorrieron cada rincón de la Sierra Maestra, donde se desarrollaron los acontecimientos, y recogieron información fresca de las personas en cada vivienda y lugar donde estuvimos, archivando datos sin los cuales nadie y, por supuesto, tampoco yo, podría responsabilizarse con cada detalle que da total veracidad a lo que aquí expongo.

Por otro lado, solo alguien que fuera conductor y jefe de aquella fuerza de combatientes bisoños podría responsabilizarse con una historia rigurosa de los acontecimientos en los 74 días de combate, en que desesperadamente los revolucionarios logramos destrozarnos los planes de las Fuerzas Armadas de entonces, asesoradas y equipadas por los Estados Unidos, y convertimos lo imposible en posible. No existe otra forma de honrar a los caídos en aquella

gesta. De una contienda así no teníamos antecedentes en nuestra patria. Las gloriosas luchas por la independencia habían concluido casi medio siglo antes. Las armas, las comunicaciones, eran todas muy diferentes en otra época; no existían los tanques, los aviones, las bombas de hasta 500 kilogramos de TNT. Fue necesario comenzar de cero. Disponía ya desde que me gradué de bachiller, y a pesar de mi origen, de una concepción marxista-leninista de nuestra sociedad y una convicción profunda de la justicia.

De la excelente prosa del historiador Álvarez Tabío recogí lo mejor y depuré lo innecesario. El cartógrafo Otto Hernández Garcini, expertos militares y diseñadores elaboraron, por su parte, los mapas que contiene este libro, donde tales planos se requerían para el análisis del tema por los profesionales de las armas. Aún faltaría por explicar cómo, después de la última ofensiva enemiga que quebró el espinazo de la tiranía, al decir del Che, de la Sierra Maestra trasladamos al llano nuestras concepciones de lucha, y en solo cinco meses destrozamos la fuerza total de 100 000 hombres armados que defendían al régimen y les ocupamos todas las armas.

Este libro, *La Victoria Estratégica*, es el preámbulo de ese otro, aún sin escribir, sobre la rápida y contundente contraofensiva rebelde que nos llevó a las puertas de Santiago de Cuba y al triunfo definitivo.

La situación general del país y de la lucha revolucionaria en mayo de 1958

(Capítulo 1)

La gran ofensiva enemiga contra el Primer Frente del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra fue el esfuerzo organizado más ambicioso y mejor preparado de las Fuerzas Armadas del régimen de Fulgencio Batista para derrotar al Ejército Rebelde.



FIDEL Y EL CHE EN LA SIERRA MAESTRA.

Se llevó a cabo cuando ya había transcurrido año y medio de guerra revolucionaria en las montañas de la Sierra Maestra. Sería conveniente iniciar este relato con un rápido examen de la situación general del país en mayo de 1958, para comprender mejor el contexto en que se desarrolló la gran operación que el Ejército de la tiranía consideraba definitiva y final.

Fuera del ámbito específico de la Sierra Maestra, en el primer año de guerra se había ido produciendo en el país un marcado incremento del clima insurreccional.

Durante los primeros meses de 1957, mientras se consolidaba nuestra guerrilla en la montaña, ocurría un dinámico proceso de reorganización del aparato clandestino del Movimiento 26 de Julio en las ciudades, y de fortalecimiento de su acción, bajo el impulso de la actividad de Frank País, quien fungía desde Santiago de Cuba como responsable nacional de acción del Movimiento en ese período y, de hecho, como su dirigente clandestino después de las detenciones de Faustino Pérez y Armando Hart en marzo y abril, respectivamente.

En esta labor de Frank fueron notables sus resultados en la reorientación de los grupos de acción del Movimiento, la organización de la lucha en el sector obrero y la estructuración de la resistencia cívica. Una de las prioridades de la actividad de Frank durante las últimas semanas de su vida fue el impulso de la sección obrera del Movimiento, la cual, dentro de nuestra concepción revolucionaria, cuando el ataque al Moncada debía ser la estocada final contra la

tiranía después que levantáramos y armáramos la ciudad de Santiago de Cuba. La guerra en las montañas sería la alternativa si el llamado a la huelga no tenía éxito.



EN EL UVERO.

Uno de los mayores golpes para el Movimiento y para la lucha revolucionaria en Cuba ocurrió el primer año de guerra, el 30 de julio de 1957, cuando Frank País fue apresado en Santiago y asesinado en plena calle. La muerte de Frank provocó una reacción popular espontánea de tal magnitud que la ciudad quedó virtualmente paralizada durante varios días. El entierro del joven luchador se convirtió en la manifestación de rebeldía más masiva de la historia santiaguera hasta ese momento, y en expresión

elocuente del repudio generalizado contra el régimen y el sentimiento de rebeldía de la población de Santiago. Lo que ocurrió ese día demuestra que aquella ciudad de gran tradición patriótica se habría levantado si el 26 de julio de 1953 hubiéramos ocupado el cuartel Moncada.

Otro hecho que conmocionó a la opinión pública nacional y sacudió fuertemente al régimen tiránico fue el alzamiento del 5 de septiembre de 1957 de la dotación naval de Cienfuegos, bajo la dirección de nuestro Movimiento. Los sublevados lograron dominar la Base Naval de Cayo Loco y, con la participación de las milicias del Movimiento 26 de Julio y de numerosos ciudadanos que se aprestaron a luchar con las armas distribuidas al pueblo, comenzaron a combatir en distintos puntos de la ciudad. Durante todo ese día, y gran parte de la noche, se luchó en las calles de Cienfuegos, hasta que vencidos los últimos focos de resistencia popular por los poderosos refuerzos enviados desde Santa Clara, Matanzas, Camagüey y La Habana, la ciudad amaneció el día 6 de nuevo en manos del enemigo.

A mediados de julio de 1957, después del sangriento Combate de Uvero, donde ocupamos gran número de armas, decidimos crear la Columna 4, bajo el mando de Ernesto Guevara. El Che se había destacado en ese rudo combate. Era capitán médico de los expedicionarios. Con una pequeña escolta cuidó y atendió a nuestros heridos. Fue el primer oficial ascendido a Comandante.



CROQUIS DEL ASALTO AL CUARTEL DEL UVERO, EL 28 DE MAYO DE 1957.

El fracaso del primer intento de ofensiva general contra el incipiente Ejército Rebelde creó un estado de frustración en los mandos militares de la tiranía, y la consecuencia inmediata fue el recrudecimiento de la más despiadada represión contra la población campesina en la Sierra Maestra.

En febrero de 1958, el Ejército Rebelde estaba en condiciones de pasar a una etapa superior de desarrollo y, con ello, a un nuevo período en la guerra, tomando en cuenta la experiencia y conocimientos adquiridos.

En los primeros días de marzo de 1958 partieron de La Mesa, en la Sierra Maestra, dos nuevas columnas rebeldes designadas con los números 6 y 3, al mando de dos nuevos comandantes,

Raúl Castro Ruz y Juan Almeida Bosque, ambos combatientes del Moncada y expedicionarios del *Granma*, recién ascendidos. Uno llevaba la misión de crear el Segundo Frente Oriental Frank País, y otro, el Tercer Frente Mario Muñoz Monroy, en las proximidades de Santiago de Cuba. Entre ambos llevaban casi 100 combatientes de la Columna 1, buenos pelotones y escuadras, y buenas armas. El Ejército Rebelde crecía en hombres, experiencia y calidad. Como ave Fénix había resucitado de sus cenizas.

Durante los meses de febrero y marzo de 1958, me vi en la necesidad de dedicar atención a un flujo creciente de periodistas, tanto cubanos como extranjeros, llegados a la Sierra. Nuestra lucha en las montañas de Oriente ya era motivo de interés en el mundo. Entre los visitantes recibidos se contaron el argentino Jorge Ricardo Masetti, autor después de un hermoso libro sobre nuestra lucha; el ecuatoriano Ricardo Bastidas, asesinado por los cuerpos represivos de la tiranía batistiana; el mexicano Manuel Camín y el uruguayo Carlos María Gutiérrez, quienes publicaron buenos reportajes en la prensa de sus países; el español Enrique Meneses, autor de algunas de las fotos emblemáticas de la lucha en la Sierra; los norteamericanos Homer Bigart, Ray Brennan y otros.

También por esta época pasó varias semanas entre nuestros combatientes el periodista y camarógrafo Eduardo Hernández, muy conocido en Cuba por su sobrenombre de Guayo, quien fue el primer cubano que filmó escenas de nuestra lucha.

Durante los meses iniciales de 1958, al tiempo que se consolidaba la lucha guerrillera y tenía lugar un cambio cualitativo de la guerra, se mantenía en ascenso el clima insurreccional en el resto del país. El decisivo estímulo aportado por las sostenidas victorias rebeldes, el progresivo fortalecimiento de los mecanismos organizativos y funcionales del aparato clandestino del Movimiento 26 de Julio, la participación en la lucha contra la tiranía de sectores cada vez más amplios de la población en todo el país y la escalada en la brutalidad represiva del régimen, contribuían a crear condiciones muy propicias para el desarrollo del enfrentamiento popular en todas sus modalidades.

Este auge de la lucha popular creó en la dirección del Movimiento en el llano la apreciación de que las condiciones eran favorables en el país para el desencadenamiento de la huelga general revolucionaria, que había sido siempre —como expliqué— el objetivo estratégico final para lograr el derrocamiento de la tiranía. En diciembre de 1958, con 3 000 combatientes victoriosos y el llamado a la huelga general revolucionaria, frustramos todas las maniobras contrarrevolucionarias, y controlamos las 100 000 armas en poder de las fuerzas armadas al servicio del régimen en 72 horas.

No es mi propósito en estas páginas entrar en un examen detallado del proceso que condujo a la huelga del 9 de abril de 1958, de las discusiones sostenidas en el seno de la dirección nacional del Movimiento, incluida la reunión de El Naranjo, en la Sierra Maestra, en los primeros días de marzo de 1958, ni de las causas que motivaron el fracaso del intento de huelga, a pesar de las acciones heroicas ocurridas ese día en muchas localidades del país. Lo que me interesa destacar aquí son dos cuestiones.

Primera, el revés en la huelga general del 9 de abril constituyó un duro golpe para el Movimiento clandestino en el llano, que durante las semanas subsiguientes se vio obligado a reorganizar sus fuerzas. Desde la Sierra Maestra yo expliqué, a través de Radio Rebelde, las lecciones del fracaso y proclamé mi optimismo acerca de las perspectivas de la lucha contra la tiranía: "Se perdió una batalla pero no se perdió la guerra".

Debo señalar que dentro del Movimiento 26 de Julio, su dirección en la clandestinidad, nunca consideró el desarrollo de una fuerza militar capaz de derrotar a las Fuerzas Armadas de Cuba. Era natural, en esa etapa, que no pocos de nuestros cuadros no vieran en el pequeño ejército una fuerza capaz de vencer al Ejército de Batista. Lo creían capaz de generar un movimiento revolucionario en el seno del ejército profesional que, unido al 26 de Julio y bajo su dirección, derrocaria a Batista y abriera las puertas a una revolución. Nosotros luchábamos para crear las condiciones para una verdadera revolución, con la participación, incluso, de los militares

honestos dispuestos a incorporarse a ella. En cualquier circunstancia éramos partidarios de crear una fuerte vanguardia armada.

En el *Granma* no venía ni el 5% de las armas automáticas que considerábamos necesarias para una lucha exitosa, apelábamos por ello a los fusiles de precisión y otras armas asequibles para derrotar a las fuerzas de los institutos militares al servicio de Batista. Al fin y al cabo, nos vimos obligados a partir de cero, después del ataque sorpresivo enemigo en Alegría de Pío. Nuestro proyecto había recibido de nuevo un rudo golpe. No podíamos exigirle a otros que creyeran en nuestra victoria militar, había primero que demostrarla. Hoy no albergo la menor duda de que sin la victoria del Ejército Rebelde, la Revolución no habría podido sostenerse.

La experiencia del frustrado intento de huelga trajo como resultado la revisión a fondo de las concepciones organizativas y de lucha en el seno del Movimiento 26 de Julio, que quedaron plasmadas en un conjunto de decisiones políticas y organizativas tomadas en la reunión de la dirección nacional del Movimiento, efectuada el 5 de mayo de 1958 en Mompí, corazón del territorio del Primer Frente en la Sierra Maestra. Estas decisiones contribuyeron a la elevación de la acción insurreccional a un plano superior e, incluso, al logro definitivo de la unidad entre las diversas fuerzas revolucionarias.

Segunda, el fracaso de la huelga de abril alentó a la tiranía a la aceleración de los planes de la gran ofensiva que venía preparando contra el Ejército Rebelde y, en particular, contra el territorio del Primer Frente, desde la derrota de la campaña de invierno. Hay constancia de que los mandos militares de la tiranía consideraron propicio el momento para lanzar su gran ofensiva partiendo del supuesto de la desmoralización que ellos consideraban había causado entre nosotros el revés del 9 de abril.

Esta era la situación en la Sierra Maestra y en el país en mayo de 1958, cuando se desató la gran ofensiva que el enemigo consideró como la batalla definitiva que liquidaría de una vez por todas la amenaza rebelde.

Infortunadamente, existen muy pocos documentos sobre los planes de operaciones del Ejército batistiano para destruir el pequeño Ejército Rebelde cuando comenzó a dar nuevamente señales de vida, después de su segunda liquidación, esta vez en los altos de Espinosa, cuando un pequeño grupo de 24 hombres estuvo a punto de ser totalmente liquidado con todos sus futuros comandantes: Raúl, jefe del Segundo Frente Oriental; el Che, jefe del frente al este del Turquino y de la Columna Invasora Ciro Redondo; Camilo Cienfuegos, jefe de la vanguardia de nuestra columna; Efigenio Ameijeiras, de la retaguardia de la misma, que dirigidos por mí, con el resto de los expedicionarios del *Granma*, asestamos los primeros golpes al enemigo, causándoles numerosas bajas a los paracaidistas de Mosquera y a las tropas de Casillas, sin sufrir una sola baja. Conmigo, en los altos de Espinosa, el enemigo estuvo a punto de eliminarnos a todos por la traición de Eutimio Guerra.

El desarrollo de la gran ofensiva enemiga del verano de 1958 contra el Primer Frente de la Sierra Maestra y su rechazo por el Ejército Rebelde, que vamos a ofrecer en este volumen, no se entendería plenamente sin una información previa, aunque sea breve, de los fundamentos de la planificación de esa ofensiva, realizada por los mandos militares de la tiranía.

El 27 de febrero de 1958, el teniente coronel Carlos San Martín, jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor del Ejército, presentó a sus superiores un memorándum clasificado como "Muy Secreto" y titulado "Plan F-F (Fase Final o Fin de Fidel)". Este documento estaba relacionado con el plan de operaciones para la gran ofensiva enemiga del verano de 1958, con el "Visto Bueno" del director de Operaciones, mayor general Martín Díaz Tamayo, y del jefe del Estado Mayor del Ejército, teniente general Pedro A. Rodríguez Ávila.

Después de los combates de Mar Verde, el 29 de noviembre —donde murió Ciro Redondo—, el del alto de Conrado, el 8 de diciembre, que sostuvo la columna del Che contra las fuerzas del entonces comandante Ángel Sánchez Mosquera, y de la ocupación de la base permanente de la Columna 4, a las órdenes del Che en El Hombrito, la penetración en el territorio rebelde por el frente oriental perdió impulso. Sánchez Mosquera se vio obligado a realizar una retirada

por las faldas del Turquino hacia Ocuja. En el frente occidental de la Sierra, una compañía enemiga al mando del comandante Merob Sosa, otro despiadado asesino, fue emboscada y desarticulada en las cercanías de Mota, el 20 de noviembre, por un pelotón de la Columna 1 dirigido por Ciro Frías. Otra tropa fresca, bajo las órdenes del comandante Antonio Suárez Fowler, fue batida en Gabiro ese mismo día por otros pelotones al mando de Efigenio Ameijeiras, Juan Soto —quien murió en ese combate—, y otros capitanes rebeldes de la Columna 1. Las fuerzas de nuestra columna en aquellos días no rebasaban los 140 hombres con armas de guerra.

Los cinco batallones de infantería y varias compañías independientes chocaron con una resistencia mucho más organizada y sólida que la esperada por el enemigo a fines de 1957. En junio de ese año, Frank País había enviado un contingente de jóvenes combatientes del Movimiento 26 de Julio, a las órdenes de Jorge Sotús, para reforzar al pequeño grupo de 30 hombres que había sobrevivido y golpeado a las tropas batistianas que, al mando de los paracaidistas y de Casillas, nos perseguían con saña. Entonces combatíamos con las armas recogidas por el futuro comandante Guillermo García, primer campesino sumado a los sobrevivientes de la expedición del *Granma* tras el ataque sorpresivo de Alegría de Pío que prácticamente liquidó, en brevísimo tiempo, nuestra fuerza, la que nos había costado organizar, entrenar y armar durante más de dos años.

Después del ataque frustrado al Palacio Presidencial por el Directorio Revolucionario, y la muerte de su jefe, José Antonio Echeverría, las armas empleadas en esa acción fueron enviadas a Santiago de Cuba por Manuel Piñeiro. Frank remitió una parte de estas por mar a la Columna 1, y con ellas se libró el sangriento Combate de Uvero.

Los primeros meses de 1958 constituyeron el período de extensión y profundización de la lucha guerrillera en los llanos del Cauto, con la llegada a esa zona de una pequeña columna al mando del capitán Camilo Cienfuegos, poco después ascendido a comandante. Fue cuando preparamos y lanzamos el segundo ataque al campamento enemigo en Pino del Agua, la primera acción de gran envergadura operacional de nuestro Ejército Rebelde; también en ese tiempo creamos las Columnas 6 y 3, al mando de los comandantes Raúl Castro Ruz y Juan Almeida, respectivamente —participantes en el ataque al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953 en Santiago de Cuba—, y extendimos la guerra al este de la Sierra Maestra y a las montañas al noreste de la antigua provincia oriental.

El 21 de marzo de 1958 tuvo lugar una conferencia del Estado Mayor para discutir los planes futuros de operaciones. La reunión duró cuatro horas, con la participación de todos los cabecillas militares del régimen, entre ellos el general Francisco Tabernilla Dolz, jefe de Estado Mayor Conjunto; el teniente general Pedro A. Rodríguez Ávila, jefe del Estado Mayor del Ejército; el mayor general Eulogio Cantillo Porras, jefe en ese momento de la División de Infantería —a quien quizás ya se había decidido nombrar jefe de la zona de operaciones con vistas a la próxima ofensiva— y el coronel Manuel Ugalde Carrillo, jefe hasta ese momento de la zona de operaciones.

El coronel Ugalde Carrillo propuso crear nueve batallones de combate contraguerrillas, integrados cada uno por dos compañías de fusileros, reforzadas con armas pesadas. Cada uno de estos batallones estaría compuesto por un total de 186 hombres, y contaría con dos morteros de 60 milímetros; dos bazucas de 4,2 pulgadas; dos ametralladoras calibre 30; 12 fusiles automáticos; 48 carabinas y 114 fusiles, lo cual les aseguraría un considerable poder de fuego. La nueva ofensiva podría comenzar inmediatamente después que concluyera la zafra y la ejecución del anterior plan de hostigamiento a nuestras fuerzas.

La propuesta del jefe de la zona de operaciones fue rechazada. El Estado Mayor del Ejército elaboró un plan en el que también se contemplaba la creación de nueve batallones, pero, en este caso, integrados por tres compañías cada uno, y una composición diferente. Quince de las 27 compañías requeridas serían las mismas que ya existían en la zona de operaciones, cuya integridad se mantendría. Las otras 12 serían compañías de fusileros de 85 hombres cada una, compuestas por reclutas.

En principio, los batallones a los que se les asignaron las misiones más importantes estarían constituidos por una de las compañías reforzadas de la División de Infantería y dos de las nuevas compañías de fusileros, para un total aproximado de 360 hombres por batallón, es decir, el doble de los propuestos por Ugalde Carrillo. La masividad de esta cifra seguramente resultaba más tranquilizadora para los estrategas del Estado Mayor. Por otra parte, al estar dotada una de las compañías con armas pesadas, se creía haber dado con una solución que, aunque sacrificaba la movilidad, garantizaba un golpe más sólido.

En definitiva, este esquema de organización fue cumplido en líneas generales. Lo único que varió fue la cantidad total de hombres. La cifra considerada necesaria para la ofensiva fue creciendo entre los meses de febrero y mayo en una verdadera espiral, en cuanto a volumen.

Los que estaban pasando escuelas terminarían su preparación de manera escalonada entre mediados de marzo y mediados de junio. No se podría contar con el personal necesario para la ofensiva, al menos hasta la segunda quincena de abril.

A estas circunstancias se añadió un "regalo" de la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio: el fracaso de la huelga revolucionaria, que costó muchas vidas de combatientes heroicos. La tiranía consideró llegado el momento psicológico oportuno para dar la batida final en las montañas de Oriente. Partían del supuesto de que, el fracaso de las acciones relacionadas con la huelga habría creado un ambiente derrotista y la desmoralización en las filas rebeldes. No conocían el temple de nuestro pequeño ejército ni el hábito de renacer de sus cenizas.

En el más reciente plan todavía se mantenía la fórmula de organizar y entrenar las nuevas unidades fuera de la zona de operaciones y trasladarlas allá en el último momento para aprovechar al máximo el supuesto factor sorpresa.

Ya a la altura de los primeros días de marzo, la jefatura de la zona de operaciones consideraba insuficiente su propia petición de nueve batallones de combate para la ofensiva. La cifra requerida se había elevado a 13, sin contar con otro batallón de infantería de marina que se solicitaba a la Marina de Guerra, y con las fuerzas de los escuadrones de la Guardia Rural, entre otras presentes también en la zona de operaciones.

El jefe del Estado Mayor se refirió a la Columna 6, al mando de Raúl, que ya para esa fecha había establecido el Segundo Frente, afirmando que constituía "una amenaza grave a la retaguardia".

El 25 de ese mes —marzo de 1958— se ordenó el alistamiento de otros 4 000 ciudadanos como soldados de la Reserva Militar, quienes deberían completar las cifras y estar disponibles para cualquier eventualidad.

El alto mando tomó la decisión de incorporar a las fuerzas de la zona de operaciones, con vistas a la proyectada ofensiva, nuevos contingentes procedentes de distintos mandos militares, cuya participación no había sido contemplada en un inicio. Así entraron a formar parte de la planificación cinco nuevas compañías de la División de Infantería, una del Regimiento de Artillería, dos del Cuerpo de Ingenieros, dos de la Fuerza Aérea del Ejército, una de la Escuela de Cadetes y nueve de los diferentes regimientos de la Guardia Rural, para un total de 20 unidades. En las semanas subsiguientes seguirían agregándose compañías, hasta alcanzar el gran total de 55 unidades que participarían en la zona de operaciones durante todo el desarrollo de la ofensiva. La mayor parte de estas nuevas compañías estarían formadas, indistintamente, por soldados de relativa antigüedad y reclutas, en proporción variable según el caso.

El 25 de mayo, primer día de la ofensiva, el enemigo contaba ya con no menos de 7 000 hombres disponibles para la ejecución directa del plan de operaciones, y llegó a movilizar, en total, alrededor de 10 000 efectivos.

Para combatir el torrente de soldados que se nos venía encima, el Primer Frente de la Sierra Maestra había logrado reunir para la fecha alrededor de 220 hombres con armas de guerra, incluyendo el personal de la columna del Che, organizados en pelotones y escuadras, muchas de estas con jefes nuevos, sin gran experiencia, pero con excelente disposición y gran vergüenza. Otras pequeñas unidades de la Columna 3 del comandante Juan Almeida, bajo el mando de Guillermo García, se estaban ya incorporando a la defensa, y alrededor de 40 hombres de la intrépida tropa de Camilo, los primeros combatientes del llano, marchaban hacia la Sierra Maestra. Juntos seríamos alrededor de 300. Este libro contiene la narración sintética y absolutamente fiel de lo que ocurrió.

(Continuará)



Del Ejército Revolucionario del Movimiento "26 de Julio"
Al compañero David

Querido hermano:
En circunstancias como estas es difícil encontrar las palabras, si las hay, para expresar un sentimiento tal como lo experimentamos en lo más profundo de nuestros almas. Tal vez un gesto y silencioso abrazo podría sustituirlos y expresar aún más. No pudo ser el abrazo, igual que a ti tampoco te fue posible ver a tu querido hermano no por última vez, por estar en tu puesto de combate.

Si el destino nos lo permite, juntos volver un día a su tumba para decirle lo que a todos era legión de Nueva Hércules, que hemos cumplido con la primera parte de esta lucha y que con la máxima entrega y espíritu de sacrificio nos disponemos a culminar la obra de nuestra generación, combatiendo a ellos como fieros defensores de nuestros actos futuros.

Ellos han borrado con su sangre los pecados de la generación que nos han precedido y el deber primordial de los que siguen la lucha, será el cuidar con todo el esfuerzo de que ese sangre derramada, esas lágrimas de madres, esos sacrificios del pueblo que nos ayudaron a existir; que otra vez no se decepcione a este pueblo excepcional, que otra vez no se falte ni se ultraje el nombre de los muertos, que nadie se aparte de la senda donde ellos caminaron, ni den las espaldas a la ruta que conduce a la felicidad que bien se merece este pueblo sufrido, que es su fin de cuentas por lo que luchamos.

Y esa misma tierra que ha sido bañada con tanta sangre pura, los fuertes no se harán espumas.

Toda admiración al valor reservado con el que oportunamente los sucesores de esa memoria trágica. Para nosotros, los revolucionarios, el desahogo está en la lucha.

En nombre de todos los combatientes de La Sierra Maestra y sus oficiales, exprésale a tu valerosa mamá y demás familiares nuestro más sentido pésame. Y por ti, hermano querido, nada temeré que suceda, por-

que tambien se muestra el color del joven aguilucho caido.
Estamos muy orgullosos y felices con el trabajo que
lo bien que estas dirigiendo todos los trabajos. Fue cuando
a La Sierra, cuando se escribio la historia de esta etapa
por revolucionaria, en la portada tendrán que aparecer
dos nombres: David y Norma.

Sierra Maestra, Julio 21 de 1957

Columna Nº 1

Comandante: ~~Roberto~~
Cap. Jefe E. M.: J. Plumedas
Capitan: Guillermo Linares
Capitan: ~~J. Plumedas~~
Capitan: ~~Carro~~

Teniente: Luis Guecho
Teniente: Luis S. Pacheco
Teniente: Rinaldo Monay
Teniente: Vera Abreu a.
Teniente: ~~Roberto~~
Teniente: ~~J. Plumedas~~ Parreño
Teniente: Juan y Abil
Teniente: ~~Roberto~~
Teniente: ~~Roberto~~ Guaino
Teniente: ~~Roberto~~ Guaino
Teniente: ~~Roberto~~ Guaino
Teniente: ~~Roberto~~ Guaino
Teniente: ~~Roberto~~ Guaino
Teniente: ~~Roberto~~ Guaino
Teniente: ~~Roberto~~ Guaino

Columna Nº 2

Comandante: ~~Roberto~~
Capitan: Eduardo Sardino
Capitan: ~~Roberto~~
Capitan: ~~Roberto~~

Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares
Teniente: ~~Roberto~~ Linares

Faltan las firmas de varios oficiales postea-
dados con sus nombres en puntos distantes.

Sierra Maestra, Feb. 22 de 1958

Se comunica por este
medio que ha sido ascen-
dido al grado de Comanden-
te el Capitan Juan Almagro-
de Bouque y se le nombra
jefe de la columna 3
que operará en el territorio
de la Sierra Maestra, si-
tuado al Este del pobla-
do de María Tomasa de-
trando extender el campo

de operaciones lo más lejos posible hacia esa dirección.

Se le facultó para conceder grados de oficiales hasta Capitán los que deberán ser ratificados por la Comandancia General, así como ~~para~~ de aplicar cuantas medidas se requieran para la buena marcha de las operaciones y poner en práctica todos los preceptos del Código Penal Militar Rebelde. Así creemos se le facultó para recibir e invertir todo el aporte voluntario que se le ofrezca por la ciudadanía. *Fidel Castro*
Comandante Jefe.

ANEXO 64

Secc G-3 No 5-MS-958

Pto Mando Zona Opns
Bayamo, 26 Jul 958

PLAN DE OPERACIONES

ENEMIGO:

Cantidad: El enemigo posee tropas muy bien entrenadas para el tipo de operaciones (Guerrilla) que desarrolla, puesto que casi toda es natural de la región, y los Jefes llevan mucho tiempo en zona y son muy conocedores del terreno. Además, en espera de la Ofensiva YC concentró a su alrededor los mejores jefes a quienes hizo venir de muy lejos con tropas escogidas.

Cantidad: Varía mucho el cálculo, pero pueden considerarse entre 1000 y 2000 combatientes de primera clase, bastante bien armados. Además casi todo habitante de la zona alta dominada por los rebeldes es confidente, correo o informante (hombre, mujer o niño).

Armamento: Para esta Operación el enemigo solicitó de cada Jefe de zona, le mandara el mejor personal, con el mejor armamento, haciendo una concentración de su mejor personal y equipo. A esto se agregó el armamento tomado a los prisioneros de SANTO DOMINGO y el de las dos Cos que incauficamente fueron entregadas, y entregadas intactas y con todo su parque al enemigo por el Comandante QUEVEDO; además del que se le tomó a la

Co G-4 del propio Bn cuando intentó subir al JIGUE; y parque y armamento regado que deja la tropa cuando ha huido en escaramuzas o combates.

Organización: La típica de la Guerrilla: Pequeños grupos que se esconden y se infiltran dentro de nuestras tropas en marcha y a veces en alto. Últimamente se esconden en árboles y malezas, y a la vez se lanzan sobre la Unidad sorprendiéndola y desarmándola. Se reúnen en cantidad para un golpe determinado.

Salud: Estado sanitario malo; muy desnutridos pero con mucha resistencia física. Pueden soportar días enteros en un lugar sin moverse, comer, ni tomar agua.

Moral: Los últimos éxitos en copar y rendir Unidades les ha levantado mucho la moral; han adquirido gran cantidad de armamentos, parque y comida y los ha hecho más atrevidos; han adquirido también M14-peaca y P4C-10 nuestros.

EJERCITO:

Cantidad: La cantidad del Soldado actual, en casi todos los grados, es en más de un 75% de 4ta. clase para este tipo de operaciones, que supone gran resistencia física al esfuerzo y las privaciones; mucho iniciativa en todos los grados, y la voluntad constante de buscar el enemigo y vencer.

Cantidad: La Ofensiva General planeada incluía 2 Bns más, que servirían para descanso en rotación, para tapar una brecha en caso necesario, o para

se extiende, fue perdiendo impulso a medida que llegaba al final, hasta el actual impase.

El terreno favorece al enemigo, y sus acciones lo hacen audaz.

Es aconsejable retirar Unidades a terreno mas favorable, donde se pueda maniobrar, disminuyendo a la vez las distancias de apoyo y abastecimientos, y donde pudiéramos, si el enemigo nos sigue y cae en nuestro juego, decidir la Campaña.

DECISION

Bn No 11 Inf se mueve hoy SABADO hasta cerca de PROVIDENCIA, donde fortificará el terreno y ocupará posiciones con el Bn 22 Inf.

Bn No 17 Inf se mueve de LOMA DEL FRIO a SAN LORENZO a LAS MERCEDES y ocupa posiciones este ultimo lugar.

Co 83 baja del GABIRO a LAS VEGAS DE JIBACOA y se incorpora a su Bn.

Co 91 baja de LAS MERCEDES a LAS VEGAS DE JIBACOA y se incorpora a su Bn.

Co 91 al llegar el Bn No 17 Inf a LAS MERCEDES se incorpora a su Bn en AHROYON.

Bn No 12 Inf regresa al área de CIE-NEGUILLA.

Todas las Unidades que estaban en LA PLATA se reembarcan a SANTIAGO, al Puesto de Mando, para ser utilizadas en el área de ESTRADA PALMA y CANABACOA.

PLAN:

Atraer al enemigo hacia un área que nos favorece y que estará formada por puntos fuertes enlazados entre sí y con capacidad de maniobra y facilidad de abastecimientos. Además una masa de maniobras en el flanco OESTE nuestro y una reserva y Punto de Abastecimiento principal en ESTRADA PALMA.

Reorganizar nuestras fuerzas, acortar nuestras líneas, alargar las del enemigo y ponerlo en situación desventajosa.

De usted respetuosamente,

"FOR LA LIBERTAD DE CUBA".

(Fdo.)

E. A. CastilloMMN y P
May Gen Jefe ZOPSON.

**COMBATE DE UVERO
28 DE MAYO DE 1957**

Acción que marcó la mayoría de edad de la guerrilla rebelde.

LEYENDA

- | | | |
|---------------------------------|---|--------------------------------------|
| Comandante Fidel Castro |  | Construcciones de la maderera Babin: |
| Pelotón de Raúl Castro Ruz |  | (A) Casa del administrador |
| Pelotón de Juan Almeida |  | (B) Oficina y paño de herramientas |
| Escuadra de Camilo Cienfuegos |  | (C) Taller de mecánica |
| Escuadra de Efigenio Ameijeiras |  | (D) Albergue |
| Escuadra de Ernesto Guevara |  | (E) Fonda y bodega |
| Pelotón de Crescencio Pérez |  | (F) Casa de Gilberto Cardero |
| Pelotón de Jorge Sotús |  | (G) Vivienda de trabajadores |
| Escuadra de Guillermo García |  | (H) Embarcadero de madera |
| Fusil ametralladora |  | (I) Postas reforzadas |
| Ametralladora calibre 30 |  | (J) Cuartel provisional del Ejército |
| Avance |  | |





**CRUCE DE LAS COLUMNAS 6 Y 3
DEL 1º AL 11 DE MARZO DE 1958**

Ambas columnas emprendieron camino para
crear el Segundo y Tercer Frentes guerrilleros.

LEYENDA

Puntos de partida y destino

Columnas 6 y 3
(recorrido a pie)

Columna 6
(recorrido en transporte)

Columna 6
(recorrido a pie)

Ciudades Poblados



La preparación de la defensa de nuestro territorio

(Capítulo 2)

El fracaso de la huelga de abril estimuló a los mandos militares de la tiranía a acelerar los planes de la gran ofensiva que



venían preparando contra el Ejército Rebelde y, en particular, contra el territorio del Primer Frente, desde la derrota de la campaña de invierno. Como ya se explicó, la ofensiva, cuidadosamente organizada durante varios meses, tenía el propósito de aniquilar al núcleo central de nuestras fuerzas. El enemigo se proponía penetrar hacia la zona de La Plata, desde tres direcciones convergentes, de otras tantas agrupaciones enemigas organizadas, preparadas y equipadas especialmente para esta campaña, y apoyadas por todos los medios disponibles. En total fueron lanzados contra la montaña 10 000 hombres, artillería, aviación, unidades navales, tanques y abundante apoyo logístico, en una operación considerada definitiva.

El factor determinante fue el fracaso de la huelga general revolucionaria, y la inevitable evaluación que realizarían los estrategas de la tiranía de que ese revés habría provocado nuestra desmoralización.

En los días inmediatamente posteriores al 9 de abril, el tema de la probable ofensiva comenzó a ser la preocupación fundamental.

Era evidente la trascendencia que tenía la etapa que se avecinaba para el desarrollo ulterior de la lucha revolucionaria. Estábamos conscientes de que la nueva ofensiva enemiga sería la más fuerte, organizada y ambiciosa de todas, entre otras razones porque sería la última que el régimen de Batista estaría en condiciones de preparar. Para la tiranía se trataba de una batalla decisiva y, por tanto, cabía esperar que se empeñaría en ella con todos sus recursos.

A estas alturas de la guerra, el establecimiento de una serie de instalaciones sedentarias, de apoyo a la acción de nuestra guerrilla, posibilitó la aparición de un territorio base en el que comenzaba a funcionar una infraestructura importante para la actividad militar.



Había que aferrarse al terreno y discutir cada metro de acceso a los puntos donde se ubicaban las instalaciones fundamentales ya señaladas.

Por otra parte, el grado de maduración de nuestras fuerzas, evidenciado ya en febrero de 1958 en la operación de Pino del Agua, nos permitía comenzar a aplicar tácticas y movimientos combinados más complejos, a diferencia de los desarrollados durante todo el primer año de guerra, cuya característica principal era la acción típica de la guerrilla.

No teníamos otra alternativa que derrotar esa fuerza, que trataría de cumplir su misión de acuerdo con estrategias y tácticas clásicas. Ni ellos ni nosotros habíamos pasado por semejante experiencia. La diferencia de recursos era enorme. Para semejante adversario, nuestros combatientes eran civiles armados que no podrían resistir jamás el ataque de unidades regulares. Si ocupaban el territorio no podrían sostenerlo, y nosotros lo recuperaríamos de nuevo; pero, ¿cuál sería el efecto de la ocupación de aquellos objetivos en el pueblo, ya golpeados por el fracaso de la huelga? Aunque todo se creara otra vez, ¿cuáles serían las consecuencias de todas las viviendas quemadas, de las instalaciones destruidas, de las plantaciones y del ganado perdidos, y de los campesinos desalojados?

A lo largo de las semanas anteriores al comienzo de la ofensiva, en la medida que meditábamos y sopesábamos todas las alternativas, se desarrolló el plan que en definitiva aplicamos, para lo cual nos basamos en el conocimiento íntimo adquirido del terreno y sus posibilidades. En esencia, el plan consistía en organizar una defensa escalonada de nuestro territorio base, que permitiera resistir metro a metro el avance enemigo, irlo frenando y desgastando hasta detenerlo, mientras concentrábamos nuestras fuerzas en espera del momento oportuno para lanzar el contraataque. Aun cuando el enemigo alcanzara sus

objetivos, nuestras fuerzas mantendrían el acoso constante a sus tropas y líneas de abastecimiento, absolutamente seguros de que no podrían sostenerlas.

En mensaje de fecha 8 de mayo al capitán Ramón Paz le explicaba:

Por todos los caminos les vamos a hacer resistencia, replegándonos paulatinamente hacia la maestra, tratando de ocasionarle[s] el mayor número de bajas posibles.

Si el enemigo lograra invadir todo el territorio, cada pelotón debe convertirse en guerrilla y combatir al enemigo, interceptándolo por todos los caminos, hasta hacerlo salir de nuevo. Este es un momento decisivo. Hay que combatir como nunca.

Esta segunda variante significaría regresar, en lo fundamental, a la situación de los primeros meses de la guerra, pero con muchas más armas y experiencia. En cualquier caso, no teníamos la menor duda de que en breve tiempo recuperaríamos el territorio, pues no podrían con el terrible desgaste que les ocasionaríamos. Solo que con la segunda opción, la guerra se prolongaría más tiempo y sufriríamos momentáneamente la pérdida de esas instalaciones que nos proponíamos defender. La mayoría de ellas habían ido surgiendo desde los primeros meses de 1958 en los alrededores del firme de La Plata. Este era un lugar de óptimas condiciones por su ubicación en el corazón de la montaña, en una zona de acceso relativamente difícil, casi en el centro mismo del territorio rebelde del Primer Frente, poblada por pocas familias campesinas de probado espíritu de colaboración con nuestra lucha. Por estas mismas razones, el lugar había sido utilizado con mucha frecuencia por mí como Comandancia transitoria, sobre todo, en los modestos terrenos de los campesinos Julián Pérez, conocido por el sobrenombre del Santaclarero, y Osvaldo Medina.

Y fue por eso a La Plata hacia donde decidí trasladar en abril la emisora Radio Rebelde, en torno a la cual cuajó el surgimiento en los meses siguientes de la Comandancia General.

El 13 de abril partí de la zona de La Plata rumbo a la Comandancia del Che en La Mesa. La dura caminata, que hice a marcha forzada no sintiéndome del todo bien en aquellos días, era necesaria por varias razones. En primer lugar, me parecía imprescindible utilizar las posibilidades de la emisora Radio Rebelde, que funcionaba desde finales de febrero en esa zona, para comunicarme con el pueblo e infundirle aliento tras el revés de la huelga. Había que anunciar que nuestra lucha no solo proseguía, sino que se hacía cada vez más efectiva y organizada. Por otro lado, el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti quería hacerme una entrevista. Yo, sobre todo, deseaba aprovechar la visita a La Mesa para conversar con el Che acerca de la nueva situación creada con el fracaso del 9 de abril y la ofensiva enemiga, que ya considerábamos segura.

El 16 de abril hablé por Radio Rebelde por primera vez. En mi alocución analicé las razones del fracaso de la huelga revolucionaria del 9 de abril, denuncié algunos de los crímenes más recientes de la tiranía, como el salvaje bombardeo al poblado de Cayo Espino y la muerte del niño Orestes Gutiérrez, y proclamé mi confianza absoluta en la victoria.

Ignoraba cuántas personas en Cuba escuchaban la recién creada Radio Rebelde, pero veía en ella un instrumento esencial como vehículo de información y divulgación y, segundo, como medio de comunicación con el exterior. Le expliqué al Che la necesidad de disponer el traslado de la emisora, creada por él, a la zona de La Plata, más estratégica y con suficientes fuerzas para defenderla. Los abnegados y competentes técnicos de Radio Rebelde, con Eduardo Fernández a la cabeza, realizaron en menos de 10 días la proeza de desmontar los equipos, trasladarlos en mulo por sobre media Sierra Maestra y volverlos a instalar. Ya a finales de abril teníamos comunicación directa con el extranjero, y el 1ro. de mayo, Radio Rebelde salía de nuevo al aire, esta vez desde su definitivo emplazamiento en La Plata. Serviría, además, de comunicación con el Segundo Frente Oriental y el de Juan Almeida en Santiago de Cuba.

Otra decisión clave tomada en este viaje fue el traslado del Che para el territorio ubicado al oeste del Turquino, con una misión inmediata: organizar nuestra incipiente escuela de reclutas,

proyecto al que había que dar un renovado impulso en previsión de la ofensiva enemiga y de nuestros planes ulteriores, una vez que fuera derrotada. De hecho, ya desde finales de marzo había comenzado a funcionar en Minas de Frío un rudimentario centro de instrucción de combatientes de nuevo ingreso, para lo cual habíamos obtenido la colaboración entusiasta de Evelio Laferté, teniente del Ejército enemigo hecho prisionero en el Combate de Pino del Agua, quien había expresado su disposición a integrarse a las filas rebeldes. Hasta mediados de abril, el puñado de reclutas destinados a esta escuela de instrucción habían realizado prácticas elementales de marcha, táctica y arme y desarme. Nuestra proverbial carencia de recursos nos impedía estar en condiciones de realizar ejercicios con tiro real.

En realidad, la idea era que el Che se hiciese cargo de la instrucción de los reclutas, como tarea inmediata para impulsar la instrucción de los que necesitábamos. Allí estaría disponible para cualquier otra misión más importante.

No digo nada nuevo si repito aquí que en el Che yo tenía un compañero al que estimaba mucho, tanto desde el punto de vista de su capacidad como de su probado desinterés y valentía personal. Desde Minas de Frío, él podría ocuparse de la atención directa a los preparativos para la defensa del sector occidental de nuestro territorio central. Llegado el momento del combate, en él podría confiar, si fuera necesario, la conducción de la defensa de todo ese sector, como de hecho ocurrió.

El Che comprendió mis argumentos y se dispuso gustoso a cumplir sus nuevas funciones. El mando de la Columna 4 quedó a partir de su salida de La Mesa en manos del comandante Ramiro Valdés, quien hasta entonces había sido el segundo jefe de la columna.

Cerca de La Plata, en la finca del colaborador campesino Clemente Verdecia, en el barrio de El Naranjo, funcionaba desde hacía algún tiempo una armería rebelde bajo la responsabilidad del capitán Luis Crespo. En el rústico taller se reparaban las armas defectuosas y se fabricaban varios tipos de implementos utilizados por nuestros hombres en los combates: granadas, bombas de mano, proyectiles de los conocidos como M-26 y las armas adaptadas para lanzarlos.

Una de las responsabilidades de la armería era la confección de la mayor cantidad posible de minas que pudieran ser utilizadas por nuestras fuerzas en emboscadas al enemigo en movimiento. La táctica de hacer estallar una mina en el camino de la vanguardia de una tropa en marcha, nos había dado buenos resultados, por el doble efecto de las bajas que producía y el desconcierto que creaba. Hacía mucho que habíamos aprendido que una tropa en movimiento es tan capaz como su vanguardia, y de ahí que desconcertar, inutilizar o, en el mejor de los casos, liquidar la vanguardia era una de nuestras tácticas principales.

En este trabajo de la fabricación de minas, Crespo —expedicionario del *Granma*— y sus colaboradores se empeñaron con mucho éxito. Llegada la ofensiva, casi todas nuestras escuadras y pelotones disponían de artefactos de este tipo utilizados muchas veces con bastante efectividad.

Para garantizar esta labor había que ocuparse de la recolección, por todas las vías, de los elementos necesarios para construir las minas, desde el metal hasta los detonadores y los cables. Nunca nos faltó el explosivo de alta calidad porque algunas de las bombas que la aviación lanzaba contra nosotros casi todos los días, no explotaban, y de ellas extraíamos la carga. A veces, hacíamos estallar una completa a los pies de una vanguardia.

A partir de abril la tarea de acopiar material se aceleró con todos nuestros enlaces. Hasta las anillas de las cintas de ametralladoras y los casquillos de las balas disparadas por los aviones enemigos eran de utilidad en la armería como materia prima, y nuestros hombres tenían instrucciones de recoger cuantas encontraran, y enviarlas a la armería de Crespo en El Naranjo.

A mediados de abril, un pequeño grupo de mujeres, encargado de la confección de uniformes, se instaló también en la armería de El Naranjo, donde tenían mejores condiciones para trabajar y recibir la mercancía necesaria. Por esta misma época empezamos a dar los pasos para montar un primer taller de curtido de pieles, que pudiera servir de proveedor a la fábrica de botas y zapatos que pensábamos poner a funcionar. Esta actividad tendría que llegar a sustituir en parte al suministro externo por la vía de la compra de ropa y calzado.

Nuestros primeros hospitales y escuelas empezaron también a surgir en la zona de La Plata. Desde finales de marzo había comenzado la construcción de un hospital en Camaroncito, sobre el río La Plata, a cargo del doctor Julio Martínez Páez. Esta instalación no llegó a terminarse totalmente, aunque prestó servicios médicos desde el primer momento, y en plena ofensiva fue muy afectada por una crecida del río. El personal médico de este hospitalito se trasladó para La Plata, donde funcionó con carácter provisional durante la mayor parte de la batalla, en una de las primeras instalaciones construidas especialmente, como parte de lo que al cabo se convirtió en nuestra Comandancia General.

También a finales de marzo se habían incorporado a nuestras filas los doctores René Vallejo y Manuel, Piti, Fajardo con algunos ayudantes procedentes de la ciudad de Manzanillo, donde Vallejo mantenía una clínica privada hasta el momento en que sus actividades de apoyo a la lucha clandestina del Movimiento lo obligaron a tomar el camino de la montaña. Este grupo se instaló en un lugar conocido como Pozo Azul, cerca de La Habanita, en el fondo de un profundo valle de muy difícil acceso por tierra y prácticamente inmune al ataque de la aviación. Allí, en una rústica instalación construida al efecto con la ayuda de los vecinos de la zona, echaron a andar lo que de hecho fue el primer hospital sedentario de nuestro Primer Frente.

El hospitalito de Pozo Azul funcionó hasta el comienzo de la ofensiva enemiga, cuando decidimos trasladar sus facilidades hacia la zona de La Plata, ante el peligro de que el enemigo pudiera llegar a ocupar aquel lugar, lo cual, en definitiva, no ocurrió. Vallejo se instaló durante la mayor parte de la ofensiva en una casa campesina en Rincón Caliente, a mitad de camino entre la casa del Santaclarero y el barrio de Jiménez.

Otra de las instalaciones establecidas en la zona de La Plata era una especie de cárcel rebelde, dirigida por el capitán Enrique Ermus, a la que alguien jocosamente dio el nombre de Puerto Malanga, por aquello de que si la tiranía tenía una cárcel en Puerto Boniato, la nuestra debía llamarse como la vianda salvadora de los rebeldes. En Puerto Malanga, en unos ranchos construidos al efecto en el fondo del cañón del río La Plata, más arriba de Camaroncito, manteníamos no solo a los guardias que habíamos hecho prisioneros, y que por alguna razón de seguridad no fueron liberados, sino también a aquellos de nuestros combatientes que debían cumplir condena por algún acto de indisciplina o un hecho que pudiera ser delictivo. La cárcel de Puerto Malanga desempeñó cierto papel protagónico en la planificación enemiga, como veremos en su momento.

Al atardecer del 30 de marzo aterrizó en la zona de Cienaguilla una avioneta procedente de Costa Rica, la primera expedición portadora de refuerzos del exterior. En ella viajaban Pedro Miret, Pedrito; Evelio Rodríguez Curbelo, Huber Matos y otros cuatro o cinco compañeros. El cargamento constaba de dos ametralladoras calibre 50, unas decenas de fusiles —entre ellos unas cuantas carabinas semiautomáticas italianas de la marca Beretta—, proyectiles para nuestros morteros y alrededor de 100 000 tiros, enviados por un influyente amigo en aquel país. Este avión no pudo volver a despegar por desperfectos técnicos, y tuvo que ser incendiado para evitar su identificación por el enemigo. Pedro Miret, destacado compañero y cuadro, que fue herido y sancionado en el Moncada, y arrestado en México tres o cuatro días antes de partir el *Granma*, al ocupársele un lote de armas, se incorporó con los demás a nuestras fuerzas.

El éxito de este primer intento de recepción de suministros desde el exterior por vía aérea nos motivó a dar impulso al plan de acondicionar una pista donde pudieran aterrizar aviones ligeros, ubicada en un lugar relativamente protegido dentro de nuestro territorio central. Como es de suponer, no había en la montaña muchos sitios que se prestaran para esto, pero tuvimos la suerte de encontrar un lugar, que reunía condiciones bastante buenas, sobre el río La Plata,

más o menos a mitad de su curso, en la desembocadura del arroyo de Manacas. En este punto, el valle del río era ancho y creaba un espacio llano, de extensión suficiente como para permitir el aterrizaje de avionetas. Denominado con el nombre en clave de Alfa, la pista aérea de Manacas comenzó a ser acondicionada de inmediato por un grupo de nuestros hombres.

El aprovisionamiento desde el exterior se convertía así, por primera vez, en factor importante en nuestros planes, y era sintomático del cambio cualitativo de la guerra en la montaña. Hasta ese momento, nuestra guerrilla se había nutrido, en lo fundamental, de las armas arrebatadas en combate al enemigo. Seguiríamos haciéndolo, pero en las nuevas circunstancias parecía conveniente crear las condiciones apropiadas para poder disponer de un suministro bélico adicional al que se obtendría en los combates. Sin embargo, las experiencias más recientes, en particular la pérdida de un importante lote de armas que traía la expedición de *El Corajo*, capturadas por el enemigo en Pinar del Río a principios de abril, me hicieron desconfiar de las posibilidades reales de los organizadores del Movimiento en el exilio, y me convencieron de la necesidad de organizar directamente nuestros propios mecanismos de suministro. Esa fue una de las cuestiones a las que dedicamos bastante esfuerzo durante las semanas previas a la ofensiva enemiga, y otra de las razones por las que se hacía necesaria la cercanía de la emisora Radio Rebelde, que sería el vehículo principal para el contacto con el exterior.

Sin duda, un asunto que requería atención prioritaria era la urgente necesidad de acopiar la mayor cantidad posible de parque y otros recursos bélicos, siempre deficitarios para nuestras fuerzas. Baste decir que en las semanas anteriores al inicio de la ofensiva enemiga había escuadras rebeldes cuyas armas semiautomáticas contaban apenas con una docena de balas. Hay un elocuente comentario de Celia Sánchez en uno de sus mensajes conservados de los primeros días de abril: "Cuando la historia se escriba, esta parte no la creerán. Nos hemos defendido con el M-26".

Es así, casi literalmente. No fueron pocos los soldados rebeldes que fueron al combate en esta época armados tan solo de unos cuantos de nuestros proyectiles caseros a los que habíamos dado el nombre de M-26, que en la práctica hacían más ruido que otra cosa. Este hecho, a propósito, no impidió a los voceros de la tiranía inventar, poco antes de la ofensiva, la risible patraña de que, tras un combate contra los rebeldes, el Ejército había ocupado gran cantidad de casquillos rusos, lo cual evidenciaba nuestros vínculos comunistas, a pesar de que no había un solo ruso en toda la Sierra, ni yo había conocido alguno.

Por eso, en la cuestión del uso del parque, nuestra política era inflexible. Por una parte, la exhortación constante a los combatientes para que ahorraran al máximo las balas en los combates, y el castigo de no enviar suministros de balas a los que hicieran despilfarro evidente de municiones. Por otra parte, establecimos el control estricto de cuanta arma y cuantas balas fuesen ocupadas, que debían ser enviadas de inmediato al puesto de mando en ese momento, pues personalmente asumí la distribución de dichos recursos esenciales.

Una consecuencia lógica de nuestra línea estratégica defensiva era la preparación adecuada del terreno en que se desarrollaría la defensa en la primera fase de la ofensiva. De ahí que la construcción de trincheras, refugios y túneles se convirtió desde las semanas a comienzos de abril en una de las prioridades principales. Si constante era mi insistencia en la conservación del parque en todas mis conversaciones y comunicaciones escritas con los jefes de unidades rebeldes, no menos persistente era mi recomendación de que se dedicaran de lleno a la construcción de trincheras en los lugares más estratégicos de su zona específica de operaciones. Mi aspiración era que cuando el enemigo atacara, nuestros hombres ocuparan posiciones fortificadas desde las cuales fueran capaces de ofrecer una resistencia mucho más efectiva y prolongada, y que cuando se replegaran, lo hicieran a líneas sucesivas de trincheras. Y junto a estas, para combatir, los refugios para protegerse de la aviación. En una palabra, convertir la Sierra en un verdadero panal ante el cual el enemigo tendría que emplearse todavía más a fondo.

Otro elemento importante en los preparativos fue el comienzo de la instalación de una red de teléfonos entre puntos clave del territorio rebelde. Hasta el momento, la comunicación entre nuestras fuerzas había sido exclusivamente mediante mensajeros, por lo general campesinos

de la Sierra incorporados a las filas rebeldes, que conocían palmo a palmo el terreno, y estaban entrenados como cosa natural para cubrir largas distancias en la montaña en tiempos asombrosamente breves. Pero la previsible dinámica de las acciones una vez comenzada la ofensiva, que se desarrollaría en un teatro de operaciones bastante extenso, aconsejaba la aplicación de un sistema de enlaces capaz de garantizar comunicación casi instantánea, máxime, teniendo en cuenta que el enemigo dispondría de los medios más modernos de la época para sus propias comunicaciones.

La solución era el teléfono, lo cual planteaba la obtención de los aparatos y de cable suficiente. En abril, las patrullas de escopeteros rebeldes que operaban en las estribaciones de la Sierra recibieron la orden de recoger cuanto aparato y metro de cable telefónico pudieran localizar en los bateyes, chuchos, colonias y poblados de la premontaña y la costa del golfo de Guacanayabo. Muy pronto comenzamos a recibir estos medios, y se inició la ardua tarea de tender las líneas entre los puntos seleccionados, que en una primera fase fueron las instalaciones que se utilizaban como Comandancia —todavía temporal— en La Plata, y las habilitadas en el alto de Mompié, cerca de la casa de la familia de ese nombre, en el mismo firme de la Maestra, a las que habíamos denominado como Miramar del Pino.

Junto a todos estos preparativos, estaba el problema del abastecimiento alimentario de la población campesina y de nuestros combatientes, que se hacía crítico teniendo en cuenta el bloqueo de la montaña establecido por el enemigo, y comenzado entonces a reforzar en previsión de su ofensiva.

Como parte de las medidas para la creación de una base alimentaria lo más autosuficiente posible para el caso de un bloqueo efectivo y prolongado de la montaña, tomamos por esta época la decisión de recoger la mayor cantidad posible de cabezas de ganado en las fincas cercanas a la Sierra, pertenecientes a grandes hacendados o individuos vinculados a la tiranía, con la intención de trasladarlas a la montaña y distribuirlas convenientemente para garantizar, llegado el momento, un suministro de leche y carne para la población campesina y para los rebeldes. A partir de las primeras semanas de abril, nuestras patrullas fueron enviadas en distintas direcciones para iniciar esa recogida, que alcanzó, de hecho, a todas las mayores fincas ganaderas de la costa y la premontaña, incluso, hasta las cercanías de Bayamo.

Ya para esta fecha todos nuestros jefes y colaboradores campesinos tenían instrucciones precisas de lo que había que hacer con el ganado existente en la Sierra y con el que se fuera trayendo del llano. Entre otras cosas, no se podía disponer de una sola res sin orden expresa, y se prohibió el sacrificio de las hembras. Se dispuso, además, la realización de un censo de cabezas de ganado en todo el territorio rebelde. La intención era poner un poco de orden y establecer un control de la distribución de las cabezas de ganado existentes en nuestro territorio, en previsión de las medidas que, sin duda alguna, habría que tomar una vez comenzada la ofensiva y establecido el bloqueo físico de la montaña.

Otro problema crítico era el de la sal. Como parte de las ideas para asegurar el abastecimiento alimentario durante el bloqueo habíamos concebido el proyecto de poner en funcionamiento una pequeña instalación para la elaboración de carne salada, para la cual ya teníamos lugar en la casa de Radamés Charruf, vecino del barrio de Jiménez, y responsable en la persona del combatiente Gello Argelís. Evidentemente, la tasajera de Jiménez, como dio en llamársele a partir de que comenzó a funcionar a mediados de mayo, no podía hacerlo sin carne —para lo cual pensábamos disponer de parte del ganado recogido en el llano— y sin sal abundante, para lo cual teníamos que asegurar el suministro.

La solución era obvia. Nuestro territorio estaba enmarcado al Sur por el mar. De lo que se trataba era de organizar en algunos lugares seleccionados de la costa una producción de sal a gran escala por los métodos tradicionales de secado al sol del agua de mar. Esa fue la tarea que, por recomendación de Celia, dimos a mediados de abril al combatiente José Ramón Hidalgo, conocido por Rico, quien escogió para ello varias playas de los alrededores de Ocujaí.

El abastecimiento de gasolina, petróleo, luz brillante y otros combustibles cobraba una significación especial, a causa de la puesta en funcionamiento de la emisora y de varias

plantas generadoras en algunas de las instalaciones, como la tasajera, que lo requerían. Era otra tarea para nuestros ya tensos mecanismos de suministro, que debían agregar renglones nuevos a su incesante acopio de víveres, medicamentos y otras mercancías al que había que imprimir un ritmo más intenso.

Hay que decir que durante estas semanas previas al comienzo de la ofensiva, nuestra actividad de retaguardia se creció y estuvo a la altura de los requerimientos. El corazón de ese trabajo, entonces más que nunca, fue Celia. Desde las Vegas de Jibacoa, donde había instalado su base de operaciones por las favorables condiciones del lugar, fue ella quien coordinó e impulsó toda esta labor. Gracias, en gran medida, a sus esfuerzos, nuestros abastecimientos continuaron fluyendo y logramos crear reservas mínimas que resultaron decisivas en los momentos cruciales de la ofensiva. Fue Celia también la encargada de organizar la producción de sal, la fabricación de queso, el fomento de huertos, estancias y crías de cerdos y pollos. Todo ello unido a su atención al cúmulo creciente de asuntos generados por la organización y administración del territorio rebelde, y a su cooperación en los suministros de los medios y herramientas para la construcción de trincheras, así como a la multiplicación de los contactos fuera de la Sierra para la obtención de informaciones, dinero y otros servicios.

A pesar de que todos los indicios hacían suponer que el esfuerzo del enemigo estaría concentrado sobre la zona de lo que pudiéramos llamar el Primer Frente, el esquema defensivo que pensábamos aplicar contemplaba, en esencia, el despliegue de nuestras propias fuerzas, es decir, solo del personal de las tres columnas con que contábamos en el frente. En esta primera fase preparatoria lo único adicional que hice fue pedir a Almeida que se trasladara de nuevo a nuestra zona para reforzarnos con una parte del personal del Tercer Frente Oriental, mientras que el resto debía permanecer en su territorio para tratar de contener cualquier iniciativa enemiga en esa zona y presionar desde la retaguardia a las tropas involucradas en la ofensiva. En el caso de los grupos de Camilo y de Orlando Lara en el llano, la idea inicial era que se mantuvieran en sus zonas de operaciones para también actuar en la retaguardia del enemigo. Sin embargo, a principios de mayo ordené a Lara reforzarnos con su pequeño grupo de guerrilleros en el sector noroeste. Y ya en junio, previendo el momento más crítico de la ofensiva enemiga, envié por dos vías instrucciones a Camilo para indicarle en el momento en que debía reforzarnos con 20 ó 30 aguerridos combatientes. En cuanto a Raúl, por la distancia y la importancia de su misión, no movimos un solo hombre del Segundo Frente Oriental.

A finales de abril, el sector noroeste de nuestro territorio estaba defendido por apenas varias escuadras: las de Angelito Verdecia y Dunney Pérez Álamo, sobre el camino de Cerro Pelado a Las Mercedes; las de Andrés Cuevas y Marcos Borrero, sobre el camino de Arroyón; y las de Raúl Castro Mercader y Blas González, sobre el camino de Cayo Espino, mientras que personal de la columna de Crescencio Pérez protegía los accesos a estos lugares desde Cienaguilla. En el sector nordeste contábamos con las fuerzas de la Columna 4 en la zona de Minas de Bueycito —a las que pronto se les incorporaría el refuerzo enviado por Almeida desde el Tercer Frente, al mando del capitán Guillermo García—, con el pelotón de Eduardo Sardiñas Labrada, *Lalo*, en Los Lirios de Naguas y con la escuadra al mando de Eduardo Suñol Ricardo, *Eddy*, en Providencia. Por el Sur solo operaban todavía en ese momento algunas patrullas de escopeteros. El número total de nuestros combatientes, cuando se inició la ofensiva, no rebasaba los 230 hombres con armas de guerra.

El 8 de mayo llegaron noticias de que el enemigo había desembarcado tropas por el Sur en El Macho y Ocuja. En definitiva, pocas horas después se confirmó que se trataba tan solo de una falsa alarma. Pero en el primer momento todo parecía indicar que estábamos en presencia de los primeros pasos de la esperada ofensiva. "Considero que de un momento a otro comenzarán a avanzar desde distintos puntos", le escribí a Ramón Paz a las 11:00 de la noche del propio día 8, pocos minutos después de recibir las primeras informaciones sobre los supuestos desembarcos. Y a Celia le reiteré la misma impresión en otro mensaje, y le agregué:

Hay que salirles al paso con toda energía. Creo que se han adelantado algo, pero todavía es tiempo. Lástima grande que tengamos tan pocos detonadores y fulminantes, pero, ¿qué va a hacerse? Estoy seguro de que vamos a poder combatirlos con éxito. Veremos si avanzan de inmediato, o nos dan aunque sea dos o tres días, cosa que no creo.

Esa noche comencé a tomar todas las disposiciones necesarias para distribuir nuestras fuerzas poco numerosas entre los principales puntos clave. En ese mismo mensaje a Paz, le ordené al capitán rebelde que avanzara "a marchas forzadas hacia Santo Domingo". Debía dejar allí el personal del pelotón de Francisco Cabrera Pupo, *Paco*, cuya misión sería defender el camino de Estrada Palma a Santo Domingo a lo largo del río Yara, a la altura de Casa de Piedra. Después Paz debía trasladarse a Palma Mocha y posicionarse en el camino que subía por el río de ese nombre, a la altura de la casa del colaborador campesino Emilio Cabrera, en el lugar conocido por El Jubal. Desde esa posición podría salir al paso de cualquier fuerza enemiga que intentara penetrar desde la costa a lo largo del río Palma Mocha, que junto al de La Plata eran las dos vías más directas de acceso a nuestro territorio central desde el Sur. Tanto Paz como Cuevas eran dos capitanes de pelotones, uno trabajador de las minas de Charco Redondo y otro procedente de Las Villas, ambos excelentes jefes.

En el momento en que redacté este mensaje a Paz, el capitán rebelde estaba cerca de Agualrevés. El día 5 había pasado por La Estrella, más arriba de Minas de Bueycito, adonde había llegado con más de 300 toros y 30 caballos recogidos en La Candelaria, en las cercanías de Bayamo, en cumplimiento del plan de reunir la mayor cantidad de ganado en la Sierra, en espera de la anunciada ofensiva enemiga. El día 9, ya Paz había llegado a Santo Domingo, y al día siguiente ocupó las posiciones indicadas en las inmediaciones de la casa de Emilio Cabrera. En Santo Domingo quedaba el personal de *Paco* Cabrera Pupo, que se movió río abajo y se instaló en Casa de Piedra.

En el propio mensaje a Paz del 8 de mayo resumí las demás disposiciones defensivas adoptadas en los accesos más directos a la zona del firme de La Plata, que por su ubicación y por las condiciones que se habían ido creando en ella había sido decidida por mí como el eje central de la defensa:

En Providencia está [Eddy] Suñol, que hará allí la primera resistencia, y los irá frenando hasta llega[r] a la casa de Piedra. Ya en la casa de Piedra, Suñol se replegará por el firme y entonces el camino de Santo Domingo, comienza a ser defendido por el

pelotón de Paco. [...] Lalo Sardiñas estará cuidando la entrada de los Lirios y Loma Azul. Nosotros cuidaremos la de la Plata.

Con estas disposiciones quedaban cubiertos los principales accesos a la zona de La Plata desde el nordeste. La posible vía de penetración a partir de Minas de Bueycito sería defendida por el personal de Ramiro Valdés y el refuerzo del Tercer Frente, al mando de Guillermo.

En cuanto al sector sur, junto con la ubicación de Paz en Palma Mocha, dispuse esa misma noche el envío de un grupo de combatientes a la boca del río La Plata, a las órdenes de los capitanes Pedro Miret y René Rodríguez.

Y a Crescencio le transmití la orden de hostigar con una parte de su personal a la tropa enemiga, supuestamente desembarcada en El Macho. En el sector noroeste se mantuvieron por el momento las mismas posiciones asignadas desde finales de abril.

El día 9, el enemigo arreció la intensidad del bombardeo y ametrallamiento aéreo y el cañoneo desde la fragata estacionada frente a la costa, concentrados sobre la cuenca del río La Plata. Ya al día siguiente comencé a recibir informaciones, en el sentido de que la noticia del desembarco era falsa, al igual que otra de un segundo desembarco por Palma Mocha ese mismo día. En vista de ello, decidí redistribuir de nuevo nuestras fuerzas. El pelotón de Cuevas, que estaba junto con la escuadra de Marcos Borrero en el camino de Arroyón, pasaría a Mompié, en el firme de la Maestra, como reserva destinada a moverse en cualquier dirección necesaria. La escuadra de Álamo, que estaba junto a la de Angelito Verdecia en el camino del Cerro a Las Mercedes, se ubicaría en El Toro, a mitad de camino entre Mompié y Casa de Piedra, también disponible para moverse al punto que hiciera falta reforzar. La escuadra de Raúl Castro Mercader, ubicada junto con la de Blas González en el camino de El Jíbaro, se movería más arriba de Las Mercedes, en el camino hacia Gabiro y San Lorenzo. Marcos Borrero y Blas González permanecerían en sus respectivas posiciones. Estos dos jefes serían

sustituídos en el mando de sus pelotones antes del comienzo de la ofensiva por Horacio Rodríguez y Alfonso Zayas, respectivamente. Angelito Verdecia, por su parte, pasó dos días después a una posición mejor sobre el mismo camino, en la loma de La Herradura. También quedaba en su lugar el resto del personal de Crescencio que cubría los accesos desde Cienaguilla.

En el sector nordeste, Suñol se mantenía en Providencia, Lalo Sardiñas en Los Lirios y los hombres de Guillermo y Ramiro en la zona de Minas de Bueycito, mientras que la escuadra de Paco Cabrera Pupo, destinada dos días antes a Casa de Piedra, pasaría a una posición en el alto de la Maestra, entre Santo Domingo y La Plata, desde donde también podría actuar de reserva según las circunstancias. Este personal permaneció unos días más en Casa de Piedra, hasta que Paco ocupó su nueva posición con una parte de sus hombres, y otra quedó en el lugar, al mando de Félix Duque. Al Sur, Manuel Acuña se mantendría en El Macho con el personal de la Columna 7 enviado para allá, René Rodríguez y Pedrito en la desembocadura de La Plata, y Ramón Paz en el río Palma Mocha.

En el mensaje en que le informé desde Mompié a Celia estas nuevas disposiciones y le pedí que se las hiciera saber al Che, le insistí en que transmitiera a todos nuestros capitanes que "por cada camino posible del enemigo, hay que preparar, por lo menos, veinte líneas defensivas", y le indiqué también:

Las gestiones de mercancía, zapatos y ropa, deben seguirse haciendo hasta el último minuto. Con el tiempo que hemos ganado, nuestra posición está mucho mejor.

En otro mensaje al día siguiente, todavía desde Mompié, le escribí a la propia Celia:

De todas formas no considero perdidas las energías porque adelantamos los preparativos de defensa. Nos conviene, además, disponer de un tiempo mínimo para completar algunas cosas, entre ellas, el teléfono.

[...] No obstante la falsa alarma, todo el mundo debe permanecer en estado de alerta para que no puedan sorprendernos.

A partir de ese momento, en efecto, nos mantuvimos en plena disposición combativa y aceleramos todos los preparativos para la defensa del territorio. El Che realizó por estos días varios recorridos de las posiciones en el sector noroeste, para instruir directamente a los jefes de cada tropa. Las noticias de movimientos de fuerzas enemigas y la ocupación de puntos diversos se multiplicaban, casi todas infundadas.

Otra información, a la que al principio dimos poco crédito, fue la del aterrizaje de un pequeño avión, el 10 de mayo, en nuestra flamante pista de Manacas. Pero resultó ser cierta. El día 12, ya confirmada la noticia, instruí a Crespo para que comenzara a fabricar también bombas que pudieran ser lanzadas desde el aire, y escribí al Che:

Visto el hecho de que ya aterrizó el primer avión y es urgente la necesidad de mantener abierta esa vía el mayor tiempo posible, aparte [de] la posibilidad de utilizar el campo para acciones ofensivas, la zona cobra mayor importancia para nosotros y requiere defenderla de manera más efectiva.

Para lograrlo, dispuse reforzar al personal de El Macho con la escuadra de reserva de Álamo, y a las posiciones de la desembocadura de La Plata con una ametralladora calibre 50 —la de Braulio Curuneaux— y un mortero, y enviar a Paz para la playa de Ocujaal con la otra calibre 50 —la de Albio Ochoa y Fidel Vargas—, con la misión de cubrir otros puntos cercanos donde era factible un desembarco. De esta forma quedaban protegidos casi todos los accesos más favorables desde el mar, salvo las bocas de los ríos Palma Mocha y La Magdalena, para los que sencillamente no tenía personal disponible en ese momento. Las lluvias incesantes de esos días me obligaron a aplazar al día 13 el recorrido personal de estas posiciones, en el que, por la misma razón, tuve que invertir tres días.

Como resultado de esta inspección directa de las posiciones, modifiqué un poco la disposición de nuestras fuerzas en la costa. Para reforzar más aún la desembocadura de La Plata, destiné allí a la escuadra de Álamo, y en El Macho dejé al personal de Crescencio, incrementado y subordinado en esa posición desde ese momento a los capitanes René Fiallo y Raúl Podio, mientras Manuel Acuña regresaba a cubrir la desembocadura del río Macío. De esa manera, la cuenca de La Plata se convertía en una verdadera fortaleza, con posibilidades, no solo de impedir el desembarco enemigo, sino también de hacer una fuerte resistencia a lo largo del río, en caso de que los guardias lograran avanzar por tierra. Mi única preocupación importante en este sector seguía siendo la boca del río Palma Mocha, a donde pocos días después logramos finalmente destinar una escuadra al mando de Vivino Teruel.

Estábamos convencidos de que con todo este conjunto de disposiciones y preparativos podríamos resistir el gran esfuerzo que organizaba el enemigo. El objetivo estratégico seguía siendo la defensa organizada de nuestro territorio base y de las principales instalaciones creadas en la zona: Radio Rebelde, la pista aérea, la armería, los hospitales, los talleres de confecciones, la tasajera, la cárcel y la escuela de reclutas. La propia dinámica de nuestra férrea resistencia, escalonada en torno al núcleo central de ese territorio, iría provocando, por una parte, el desgaste del enemigo y la pérdida de su iniciativa ofensiva y, por otra, la concentración de nuestras fuerzas, con lo cual se crearían las condiciones que nos permitirían, después de un lapso —que de manera muy tentativa calculábamos de tres meses—, lanzarnos a la contraofensiva y derrotar, capturar o expulsar al enemigo de la montaña.

Nuestro espíritu por estos días previos quedaba claro en las líneas finales de un mensaje que envié a Faustino Pérez el 25 de abril:

Aquí nos preparamos para afrontar en próximas semanas la ofensiva de la dictadura. Derrotarla es cuestión de vida o muerte. El Movimiento debe estar muy consciente de esta realidad y concentrar su esfuerzo en defender esta trinchera. La moral de nuestra tropa está altísima; estamos seguros de que resistiremos y deseosos de que comiencen el avance.

En uno de los partes emitidos a mediados de mayo por Radio Rebelde, decíamos lo siguiente, respecto a los preparativos enemigos y a nuestra disposición de combate:

La Comandancia General rebelde se mantiene informada en todos sus detalles de los movimientos enemigos. [...]

El pueblo de Cuba será informado detalle a detalle del curso de las operaciones. Estamos en vísperas de la contienda más violenta que registra nuestra historia Republicana. La Dictadura, dejándose llevar por el optimismo, cree que después del episodio de la huelga general, va a encontrar desalentadas a las huestes revolucionarias.

Los que somos veteranos de tan desigual lucha, los que un día nos vimos con un puñado insignificante de hombres, apenas sin armas y sin balas; los que conocemos estas montañas como la palma de nuestras manos; los que sabemos con qué clase de hombres contamos, el valor de cada combatiente y la pericia de cada comandante y capitán rebelde, nos sentimos tranquilos. [...]

Es que cada rebelde sabe que aun muriendo cada uno de nosotros hasta el último, con el fusil en la mano, será una victoria, será un ejemplo imperecedero para las generaciones venideras, sería revivir en nuestra patria las grandes epopeyas de la historia.

*¡Qué torpes los que creen que quienes han vivido con el orgullo de disfrutar la libertad con las armas en la mano, se pueden rendir y aceptar sumisos y avergonzados el yugo de la opresión!
¡Qué necios los que se hacen ilusiones frente a una legión de hombres que han derrotado setenta veces al enemigo en los campos de batalla! A la invitación de que depongamos las armas, solo tenemos una respuesta, ¿por qué no ordenan el avance? Ya es hora de que peleen en vez de implorar rendiciones.*

El 25 de mayo, en las Vegas de Jibacoa, tuvo lugar la primera reunión campesina en territorio rebelde. Ese día discutimos con todos los pobladores de la zona, y de muchos otros barrios cercanos, las medidas que considerábamos necesarias para asegurar la cosecha de café y organizar el resto de la actividad económica en vista del bloqueo impuesto por el enemigo a la Sierra y del inminente comienzo de la ofensiva. Ese mismo día, muy cerca de donde estábamos reunidos con nuestros leales y esforzados colaboradores campesinos, comenzó la batalla que tanto habíamos esperado y para la que nos habíamos preparado con tanto esmero, seguros de la victoria.

(Continuará)



POSICIONES DEL EJÉRCITO REBELDE Y DEL ENEMIGO, JUNIO DE 1958

Distribución de las fuerzas contendientes
en la Sierra Maestra al inicio de la ofensiva.

LEYENDA

- | | | | |
|------------------------|--|--|--|
| Comandancia general | | Puesto de mando de la zona de operaciones | |
| Principales posiciones | | Batallones de infantería (Dirección de avance) | |
| | | Compañías independientes | |
| | | Destacamento de la Marina de Guerra | |
| | | Unidades de superficie de la Marina de Guerra como apoyo | |

Ciudades Poblados Centrales






POSICIONES DEL EJÉRCITO REBELDE Y DEL ENEMIGO, JUNIO DE 1958

Distribución de las fuerzas contendientes
en la Sierra Maestra al inicio de la ofensiva.

LEYENDA

Comandancia general			Puesto de mando de la zona de operaciones
Principales posiciones			Batallones de infantería (Dirección de avance)
			Compañías independientes
			Destacamento de la Marina de Guerra
			Unidades de superficie de la Marina de Guerra como apoyo

 Ciudades  Poblados  Centrales



SEGUNDO COMBATE DE PINO DEL AGUA
16 Y 17 DE FEBRERO DE 1958

En esta acción la guerrilla combinó tácticas
y movimientos más complejos.

LEYENDA

Comandante Fidel Castro		Construcciones de la maderera:
Ernesto Guevara		Ⓐ Barbería
Pepín Quiñala		Ⓑ Bodega
Raúl Castro Mercader		Ⓒ Taller y oficinas
Félix Mendoza		Ⓓ Gasolinera
Paco Cabrera Pupo		Ⓔ Aserío
Raúl Castro Ruz		Ⓚ Fonda
Dermidio Escalona		Cuartel provisional del Ejército
Lalo Sardiñas		Radio de comunicaciones
Camilo Genfuegos		Casa con soldados
Guillermo García		Tiendas de campaña
Avance		Postas fijas
Emboscada		Trincheras
Trincheras		



UBICACIÓN DE LAS FUERZAS REBELDES A FINALES DE MAYO - JUNIO DE 1958

En vistas de la ofensiva enemiga, las fuerzas rebeldes quedan reagrupadas.

LEYENDA

Comandancia general			Pelotón de Ramón Paz
Fuerzas de la Columna 4 y pelotón de Guillermo García			Fuerzas de Geonel Rodríguez, Zenón Meriño, William Gálvez, Joel Iglesias, José R. Silva y Huber Matos
Pelotón de Lalo Sardiñas			Fuerzas de Lara
Fuerzas de Paco Cabrera Pupo y Félix Duque			Fuerzas del Tercer Frente
Escuadras de Andrés Caervas, Eddy Suñel y Homacio Rodríguez			Fuerzas de la Columna 2
Escuadras de Ángel Vencedia y Raúl Castro Mercado			Fuerzas de la Columna 7
Escuadras de Alfonso Zayas y Orlando Pupo			Escuadra de Vivino Toruel
Escuadra de Raúl Pedio			Territorio de resistencia escalonada
Fuerzas de Pedro Miret, René Rodríguez, Braulio Cuneaux y Ciro del Río, reforzadas por la escuadra de Danny Pérez			Territorio vital a defender
	Poblados	Centrales	





Señora Menta
Mayo 8 de 1858
11 p. m.

Paz. Parece que Domingo se ha adelantado algo y me preocupa tu retraso. Hace 15 minutos recibí mensaje de la carta, informando que el ejército había desembarcado tropas en el Macho y pronto volverá en Ocuiltepec, aunque en este último punto no está confirmado a esta hora. Conviene que de un momento a otro comencen a avanzar desde distintos puntos. Tan pronto recibas este mensaje, avanza a machos por donde tú quieras Santo Domingo. Después allí el personal del pelotón de Paz, que deberá defender el camino de

Ratón de Palma a Santo Domingo, siéndole más abaje hasta cerca de la casa de Piedra. En Provenencia es la Simón, que hará allí la primera recatencia, y lo irá formando hasta llegar a la casa de Piedra. Ya en la casa de Piedra, Simón se replegará por el firme y entonces el camino de Santo Domingo comienza a ser defendido por el pelotón de Paz. Las recatencias deben hacerse en ciertos puntos del camino, por grupos reducidos de francotiradores, situados en puntos estratégicos, donde pueden recibir abastecimientos de municiones, avituallamiento, etc. Deje con ellos un jefe capaz y valiente.

Tú, con tu pelotón propiamente dicho, te trasladarás a Ratón de Palma y tomará posesión del camino, aproximadamente, por el

para dudar de la casa de muchos Ca-
brera. Allí están el otro, para enter-
lo al para el enemigo, lo mismo venga
por las Cuevas o por las Plagas. Con
las indicaciones que te doy, podrás en-
tender bien.

Los banderos, están cuidando
las ciudades de la Lira y Loma Alegre.
Nosotros cuidamos la de la Plata. Por
todo, lo mismo, los venenos, poca
resistencia, reflejándonos fuertemente
mucha hacia el mar, tratando de
ocasionar el mayor número de he-
chos posibles.

Si Sonoma, lo que se va a
todo el territorio, cada político debe
construirse un guerrilla y combatir
al Sonoma, y a los demás por to-
dos los caminos, hasta hacerlos salir
de mar. Este es un momento de

siervo Hoy que acabate como nunca.
Ya traté de enterar en comunicación con
tú. Dirige los mensajes, a la casa
del Villalobos en la Plata.

Además
Fidel Castro

Siona Maesta

Mayo 17 de 1951
9730

Celia:

Por fin un hombre logró
alcanzar al Paço ayer y regresó
con todos los papeles.

Acuerdo a los muchos por-
que ahora están ocupados en
visita de cosas y cosas
hacerlo más detenidamente.

Me cruzó como una bota
en la mañana del asesinato
del técnico y sus hijos.

Te requiero los papeles
de Walter.
De Blas, Piellito y demás

contáteme también. O lo
que se quejaron por los
de los uniformes ya los
conté.

Quiero un papel al
Che. Si ves está ahí,
trata de responderme
por él.

Fidel

P.D. Si ves las bombas
que hemos fabricado para
tirar desde el avión tales
bombas.

Dime si Che ordenó
recoger las dos bombas de
100 libras como le indiqué.

Batallas Palma a Santo Domingo, si-
 tiándose río abajo hasta cerca de la
 casa de Piedra. En Providence es-
 tá el Sumud, que hará allí la prime-
 ra resistencia, y los irá pasando
 hasta llegar a la casa de Piedra. Ya
 en la casa de Piedra, Sumud se reple-
 gará por el firme y entonces el cami-
 no de Santo Domingo, comienza a
 ser defendido por el pelotón de Paço.
 La resistencia deberá hacerse en ce-
 ras recodo del camino, por grupos
 reducidos de francotiradores, situa-
 dos en puntos estratégicos, donde pue-
 dan resistir ataques de avación, av-
 tares, etc. Deje con ellos un jefe ca-
 paz y valiente.
 Fui, con tu pelotón propia-
 mente dicho, te trasladas a
 Palma Mocha y toma posesión del
 camino, aproximadamente, por el

La ocupación de Las Mercedes

(Capítulo 3)

El mando enemigo desencadenó la
 primera fase de su ofensiva el 25 de
 mayo.

**FIDEL EN EL PICO TURQUINO, JUNTO A ÉL
 VARIOS COMBATIENTES, ENTRE ELLOS EL
 LEGENDARIO COMANDANTE CAMILO
 CIENFUEGOS.**



Ese día comenzó a avanzar hacia el
 caserío de Las Mercedes, desde su
 base de operaciones en Cerro Pelado,
 el fuerte Batallón 17, al mando del
 comandante Pablo Corzo, reforzado por
 la Compañía 81 del Batallón 20. Allí, en
 Las Mercedes, donde comenzó la gran
 ofensiva enemiga con la que se
 esperaba dar el golpe de muerte al
 núcleo principal de la guerrilla, terminará
 también la operación, 74 días después,
 con una rotunda victoria del Ejército Rebelde. Este primer combate de Las Mercedes tipifica la
 estrategia que habíamos elaborado para hacer frente al empuje del Ejército de la tiranía. Las
 fuerzas enemigas, con el apoyo de su número y su poder de fuego, incomparablemente
 superiores, lograron en definitiva el objetivo inmediato que se habían trazado de ocupar la
 posición, pero solo después de tener que vencer una resistencia tenaz que demoró su avance,
 desarticuló sus planes, comenzó a desgastar su poderío y demostró la moral superior del
 combatiente rebelde.

El 25 de mayo, el acceso a Las Mercedes, en el sector nordeste de nuestro territorio central, estaba protegido tan solo por una escuadra rebelde de poco más de una docena de hombres, al mando del capitán Ángel Verdecia. Este grupo, como se recordará, había ocupado posiciones desde algún tiempo atrás en la loma de La Herradura, entre Las Mercedes y Sao Grande, cubriendo el camino que conducía al poblado. Será en ese lugar donde el puñado de combatientes de Angelito Verdecia realizará una primera resistencia durante toda la tarde del 25 de mayo.

Desde las primeras horas de la mañana, la aviación enemiga comenzó a bombardear y ametrallar intensamente toda la zona a los lados del camino del Cerro, y concentra su fuego, en particular sobre la falda exterior y el firme de la loma de La Herradura. Fue ese día cuando, posiblemente por primera vez en la guerra, entraron en acción contra los rebeldes los aviones T-33 de retro-propulsión, entregados a Batista por los Estados Unidos pocas semanas antes, que podían operar cómodamente y con absoluta seguridad entre el relieve poco accidentado de la zona de Las Mercedes.

Un rato antes del mediodía, las fuerzas del Batallón 17 comenzaron a avanzar desde el Cerro, una parte a pie y otra en camiones. Cinco tanquetas T-17 de la Compañía C del Regimiento Mixto 10 de Marzo acompañaron ese avance. Durante toda la primera parte del trayecto no ocurrieron incidentes importantes. Confiados en que el intenso ataque aéreo había destruido las posiciones defensivas de los rebeldes y obligado a replegarse, los guardias, no obstante, avanzaron lentamente y con extremas precauciones, efectuando un incesante fuego de registro. De esa manera cruzaron el Arroyón o río Caney, por donde comienzan actualmente los terrenos de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos y, poco después dejaron atrás el caserío de Sao Grande. Frente a ellos, a poco más de un kilómetro, se levanta la loma de La Herradura, largo firme de poca elevación tendido en arco de Este a Oeste, como celoso guardián de Las Mercedes y de la propia Sierra Maestra.

La punta de vanguardia enemiga prosiguió su avance a lo largo del camino y a sus dos lados. Ya los guardias estaban casi seguros, en vista de la ausencia de indicios rebeldes, de que solo dos o tres horas más de marcha descansada y sin incidencias los separaban de su objetivo. Fue entonces, apenas a 200 metros de coronar el firme, cuando Angelito dio la orden de iniciar el fuego.

La sorpresa paralizó el avance enemigo durante un buen rato. Administrando inteligentemente sus disparos, la escuadra rebelde combatió durante todo el resto de la tarde. Solo el despliegue enemigo en un ancho frente en la falda de la loma —entonces, como ahora, cubierta de potreros y algunas guásimas salteadas— obligó al capitán rebelde a ordenar la retirada, alrededor de las 5:00 de la tarde.

Los combatientes ocuparon, entonces, una segunda posición defensiva detrás del cementerio, aproximadamente a medio camino entre el firme de La Herradura y el poblado. Poco antes de la caída de la noche, cuando los primeros guardias comenzaron a bajar del firme, estalló entre sus filas una mina de 50 libras de explosivos que la escuadra de Angelito había colocado en el camino. Esta explosión, que sumó nuevas bajas enemigas a las ocurridas durante el combate de la tarde, detuvo de manera definitiva el avance enemigo ese día. Por la noche los guardias acamparon en el firme y la falda interior de la loma, a unos 400 metros de distancia de la segunda posición rebelde.

Durante todo el día, el desarrollo del combate fue observado por las fuerzas rebeldes que ocupaban posiciones en los altos de Las Caobas y de El Moro, del otro lado de Las Mercedes, al mando de los capitanes Horacio Rodríguez y Raúl Castro Mercader, respectivamente. Ambos jefes tenían instrucciones expresas de no intervenir en la acción, a no ser que el enemigo desalojara a la escuadra de Angelito y continuara su avance más allá del poblado. Estos dos pequeños pelotones tenían la misión de cubrir importantes accesos al interior del territorio rebelde, y debían entrar en acción solamente como un segundo escalón de defensa, en caso de un intento de penetración enemiga más allá de Las Mercedes.

Es bueno decir que esta estrategia no era comprendida cabalmente por todos los combatientes rebeldes y por muchos de nuestros jefes en aquel instante. En el ánimo de un gran número de ellos existía el criterio de que lo que había que hacer era oponer todos los recursos humanos de que se dispusiera, en un momento y un sector determinados, para ofrecer la mayor resistencia posible y contener por todos los medios al enemigo en el lugar donde concentrara su ataque. Por otra parte, hay que reconocer que no le resultaba fácil a un soldado rebelde, ansioso de luchar e imbuido de ese sentimiento de solidaridad combativa que siempre lo caracterizó durante toda la guerra, contemplar cómo cerca de ellos un grupo de sus compañeros se batía tenazmente y no acudir en su ayuda, teniendo, además, los medios y las posibilidades de hacerlo. Y esto ocurrió en Las Mercedes, donde muchos de los integrantes de los pelotones de Horacio y de Castro Mercader no entendían que la gente de Angelito Verdecia combatiera duramente a pocos cientos de metros de sus posiciones, y tuvieran que retroceder, inclusive, mientras ellos permanecían inactivos. Hay que ponerse en el lugar de esos compañeros para comprender que solo en virtud de un supremo esfuerzo de voluntad y disciplina obedecieron la orden que habían recibido sus jefes.

El combate inicial en Las Mercedes, por tanto, fue la primera aplicación práctica de esta nueva táctica.

Por Horacio, quien enviaba partes constantes a partir del mediodía del 25, conocí del inicio de la operación y de su desarrollo, hora por hora. Recuérdese que esa misma tarde, mientras Angelito combatía tenazmente en La Herradura, estaba teniendo lugar a 15 kilómetros de allí, en las Vegas de Jibacoa, la primera reunión campesina en la Sierra Maestra desde el inicio de la guerra. Estos mensajes de Horacio me sirvieron para elaborar la información sobre el combate que se dio a conocer al día siguiente por Radio Rebelde, en el primero de los partes de guerra sobre la situación militar, emitidos sistemáticamente por la emisora guerrillera durante toda la ofensiva enemiga.

Esa noche, Raúl Castro Mercader envió a tres combatientes de su pelotón a hacer contacto con Angelito en el cementerio. Los tres hombres permanecieron con esta tropa todo el día siguiente, y combatieron junto a ellos en el segundo día de acción en Las Mercedes. Por cierto que, algunos días después, cuando me enteré del envío de este pequeño refuerzo, me causó un gran disgusto saber que estos compañeros habían ido a unirse a Angelito y habían combatido provistos de fusiles Mendoza, bastante escasos de municiones. El Che me aclaró después que había sido él quien había dispuesto que llevaran esos fusiles, pues como eran de cerrojo, no gastarían tantos proyectiles como un fusil semiautomático, sin percatarse de que en el pelotón de Raúl Castro Mercader había otros fusiles de similar mecanismo mejor provistos de parque.

Poco después del amanecer del día 26 se reanudó el combate. El enemigo prosiguió su avance, desplegado en dirección al cementerio, y una vez más el puñado de hombres de Angelito luchó tenazmente hasta que no le quedó otra opción que replegarse ante la amenaza de ver rodeada su posición por la enorme superioridad numérica de la fuerza enemiga, a la que ayudaban en su desplazamiento el poco relieve y las condiciones abiertas del terreno.

El capitán rebelde ordenó entonces ocupar una tercera línea de defensa, y situó el grueso de sus hombres a la entrada del caserío, del otro lado del río Jibacoa en su margen izquierda, mientras otro pequeño grupo se ubicaba en la más alta de las colinas que bordean la margen derecha, frente al poblado y a pocos cientos de metros detrás del cementerio.

El comandante Pablo Corzo Izaguirre ordenó un intenso fuego de morteros en dirección a las casas, con la esperanza de quebrar de esa forma la resistencia rebelde. Una avioneta, en la que viajaba el coronel Manuel Ugalde Carrillo, oficial ejecutivo del puesto de mando de Bayamo, sobrevolaba constantemente a gran altura la zona del combate. Desde ella, seguro y potentente, daba órdenes constantes al jefe del Batallón 17.

A pesar de todo su poder y sus esfuerzos, el enemigo no había logrado aún cruzar el río a las 4:00 de la tarde.

Apareció entonces de nuevo la aviación y se reanudó también el bombardeo con morteros. Dos de las tanquetas pasaron a ocupar la posición de vanguardia.

Finalmente, después de una última resistencia de más de una hora, Angelito dio la orden de retirada, y los combatientes rebeldes se replegaron organizadamente ante el empuje incontenible de la abrumadora fuerza enemiga. A las 6:45 de la tarde del día 26, los guardias entraron en Las Mercedes. Un batallón completo, reforzado con morteros y armas automáticas y apoyado por tanquetas y aviones, debió combatir durante casi 30 horas contra menos de una veintena de hombres, armados con sencillos fusiles y parque más que limitado.

La escuadra rebelde no sufrió en esta acción ni una sola baja, a pesar de que inicialmente se informó que un hombre había resultado herido. Salvo tres o cuatro combatientes que fueron a parar a las posiciones de Horacio Rodríguez, el grueso de la aguerrida tropita rebelde se retiró hacia el alto de El Moro y se reunió con el pelotón de Raúl Castro Mercader.

Ese día bajé junto con Celia y un pequeño grupo de compañeros desde las Vegas de Jibacoa hasta las posiciones de Horacio, encima de Las Mercedes, para observar el desarrollo del combate. Allí pude comprobar la extraordinaria resistencia brindada por la docena de hombres de Angelito Verdecia. El parte divulgado por Radio Rebelde, el día 27, redactado y firmado por mí, incluía una merecida mención especial, "por su extraordinario valor", al capitán Ángel Verdecia y los hombres a su mando:

A pesar de la extraordinaria superioridad numérica, la calidad de los armamentos y el apoyo aéreo [con] que contaban las fuerzas enemigas, nuestros hombres escribieron una página de singular heroísmo.

El día anterior, al informar sobre la primera jornada del combate, habíamos afirmado premonitoriamente que la resistencia ofrecida en Las Mercedes era "símbolo de lo que va a ser para los soldados mercenarios de la tiranía la Sierra Maestra". Y agregábamos:

El alto mando enemigo luce desconcertado ante la posible táctica de nuestras fuerzas.

Ignoran si defenderemos pulgada a pulgada el terreno o los dejaremos penetrar hacia los puntos más estratégicos de nuestras defensas. Ayer que fué el primer día de combate importante, se observaba en todos los hombres de este frente revolucionario y en el pueblo que lucha junto a nosotros un entusiasmo febril y enardecido. Solo un mínimo de nuestras fuerzas había entrado en acción. Cuesta trabajo contener el ímpetu de los que desde sus puntos de reserva o de posible maniobra escuchan el fuego de los compañeros que están en primera línea. Es preciso explicarles constantemente que la guerra no es solo cuestión de valor, sino también cuestión de técnica, de psicología y de inteligencia.

Estos hombres son los que la dictadura ha estado invitando con ridículas proclamas a que se presenten en los cuarteles para someterse al yugo indigno de la opresión. Nuestra respuesta la estamos dando ya.

Hay cosas que ni los déspotas ni sus esbirros pueden comprender. No es lo mismo luchar por un sueldo, alquilar la persona a un miserable tiranuelo, cargar un fusil por una paga como un vil mercenario, que ser soldado de un ideal patriótico. Al mercenario se le puede hablar de la vida, porque le importa más la vida que su causa; pelea por el sueldo, y si muere, el incentivo material desaparece con su vida. Al hombre de ideal, la vida no le importa porque le importa el ideal: no cobra sueldo, soporta gustosamente todos los sacrificios que le impone una causa a la que ha abrazado desinteresadamente. Morir no le preocupa porque más que la vida le importa el honor, le importa la gloria, le importa el triunfo de su causa.

Aquí nuestros hombres saben que dando la vida sirven a su causa, han visto morir a otros muchos compañeros y conocen el respeto, el cariño, la lealtad y la admiración con que se recuerda a los héroes caídos; están hechos a la idea de que el individuo puede morir pero no la causa que defienden. En el ideal de la Revolución siguen viviendo los que han caído y seguirán viviendo todos los que caigan. El ideal es una forma superior de vida en [la] que la muerte individual no cuenta.

Yo sé que lo que más preocupa a los mandos de la dictadura es la tenacidad del soldado rebelde. Les cuesta trabajo comprender. Tal vez lo anterior explique a sus mentes conturbadas por qué a pesar de sus aviones, de sus tanques, de sus morteros, de sus enormes recursos económicos, de sus reservas inagotables de parque y de sus miles y miles de alquilados, no pueden tomar una trinchera rebelde si los rebeldes no queremos que tomen la trinchera.

Sin duda, la resistencia ofrecida por la escuadra rebelde de Ángel Verdecia en Las Mercedes fue un símbolo —que cubrió de gloria y prestigio al aguerrido capitán guerrillero, quien pocas semanas después encontraría la muerte en desigual combate—, y un anuncio claro de lo que vendría más tarde. Tras este combate en Las Mercedes, el Che pudo informarme complacido: "Angelito sin novedad, se salvó todo". El plan elaborado se había cumplido cabalmente.

Para el enemigo, esta primera resistencia en Las Mercedes resultó un golpe psicológico importante. Aquí sufrió las primeras bajas de su ofensiva. La cifra no pudo determinarse, pero debieron ser numerosas. El propio Angelito Verdecia reportaba, después del primer día de enfrentamiento, haber ocasionado siete muertos.

Pero para el mando enemigo, más grave aún fue constatar que las fuerzas rebeldes eran capaces de sostener con éxito una lucha de posiciones, desarrollar una táctica defensiva de desgaste progresivo, que por primera vez se veían obligados a enfrentar.

La manera en que el enemigo manejó la información relacionada con el combate fue significativa. El 28 de mayo, el Estado Mayor del Ejército de la tiranía publicó un parte oficial en el que, entre otras cosas, se decía lo siguiente:

Otra fuerza del Ejército que operaba en Cerro Pelado y Las Mercedes, sostuvo un encuentro con otro grupo de forajidos ocasionándoles 18 bajas y ocupándoles 18 escopetas y parque.

Se continúa la persecución del enemigo en fuga que se dedica a amedrentar a los campesinos, robándoles su ganado, quemándoles sus cosechas, destruyéndoles sus viviendas y aperos de labranza.

Nuestras fuerzas no han tenido que lamentar baja alguna.

La mentira era, como siempre, descarada. Ni se habían producido bajas rebeldes, ni se habían ocupado armas, ni se continuaba "persecución" alguna, ni los rebeldes cometían ninguno de los atropellos que se denunciaban, ni era cierto que el Ejército no había tenido bajas. Por otra parte, obsérvese el ridículo intento de denigrar a los combatientes revolucionarios llamándolos "forajidos", y de insistir en que combatían con escopetas, para dar a entender que se trataba de una banda desorganizada de delincuentes y cuatreros que podían ser fácilmente batidos por las fuerzas de la ley y el orden. Al respecto, en un parte que preparé para Radio Rebelde el 29 de mayo, decía lo siguiente:

¿Verdad que es asombroso, señores oyentes, escuchar un parte del Estado Mayor afirmando que había ocasionado a los rebeldes 18 muertos en Las Mercedes y que el ejército continuaba la persecución de los forajidos? ¿Qué pensarán los propios soldados de la dictadura que han participado en los hechos y saben que todo eso es mentira? ¿Puede haber moral en un mando militar que tan descaradamente mienta ante sus propios soldados? No tendría nada de extraño que dentro de algunos días 18

infelices campesinos sean cobardemente asesinados para justificar el parte del Estado Mayor como ha ocurrido otras muchas veces.

No se llega a saber nunca si mienten para asesinar, o asesinan para mentir; si son más hipócritas que asesinos o más asesinos que hipócritas.

Para destacar más todavía la diferencia entre la veracidad de nuestros partes y las mentiras e informaciones manipuladas de los partes enemigos, desde el comienzo mismo de las acciones di instrucciones a los locutores de Radio Rebelde de que concluyeran cada una de las transmisiones con la lectura de un párrafo que les había preparado con ese propósito, y que decía así:

Radio Rebelde ajusta sus noticias a la más estricta verdad. Transmitimos las noticias a medida que las vamos recibiendo oficialmente o de fuentes fidedignas. Nuestras bajas no las ocultamos porque son bajas gloriosas. Las bajas del enemigo no las exageramos porque con mentiras no se defiende la causa de la libertad, ni se destruyen las fuerzas enemigas. Y porque, además, los hombres que caen frente a nosotros son también cubanos a quienes un régimen tiránico y odioso está sacrificando en aras de una innoble y vergonzosa causa.

Aparte de dejar sentada, desde el primer momento de los combates, nuestra diáfana posición en cuanto al uso de la verdad, era importante también esclarecer cuál seguiría siendo nuestra conducta en relación con el soldado enemigo.

Después de la ocupación de Las Mercedes en la tarde del 26 de mayo, el enemigo se dedicó a consolidar sus defensas en el lugar y a sus actividades preferidas: el asesinato de campesinos indefensos, la quema y destrucción de sus casas, el saqueo indiscriminado de sus bienes. También aquí en Las Mercedes, en realidad ocurrió que los crímenes y abusos de que nos acusaban fueron cometidos por ellos mismos.

Siguiendo una norma de conducta criminal a la que ya nos tenían acostumbrados, y buscando quizás justificar sus cifras fabulosas de bajas rebeldes causadas en combate, los guardias enemigos se dieron a la tarea de calmar su frustración y su sed de sangre comenzando una cadena de asesinatos entre la población de la zona. Un caso sirve de ejemplo, denunciado también por Radio Rebelde sobre la base de informaciones suministradas por Horacio Rodríguez, quien se mantuvo todo este tiempo enviando constantes noticias:

Al muchacho que mataron en Calambrosio le cortaron sus partes, después le pegaron 4 tiros en el pecho, y lo llevaron luego al puente de Jibacoa, lo atravesaron en el puente y le pusieron tres lajas arriba. Se llamaba Telmo Rodríguez. Lo acusaban de colaborar con los rebeldes.

La víctima de este crimen, cuyo nombre completo real era Telmo Márquez González, había permanecido un tiempo con la tropa de Angelito Verdecia. Estaba en su casa en Calambrosio, de permiso, cuando fue sorprendido por los guardias. Fue llevado herido, pero vivo todavía, a Jibacoa, donde lo torturaron, efectivamente, en la forma que se indica en el parte de Radio Rebelde, y luego lo asesinaron. Pero este no fue el único crimen cometido por esos días, ni el único momento en que el Ejército se comportó de manera bestial en esa zona, ni fue este tampoco el único lugar de la Sierra en el que los guardias hicieron tales barbaridades.

Salvo estas acciones criminales, el único incidente notable que ocurrió en los días inmediatamente posteriores a la entrada de los guardias en Las Mercedes, fue la voladura de un *jeep* enemigo, cerca del Cerro, en la mañana del día 27, por una mina colocada por personal rebelde, que provocó al menos cinco bajas, de ellas tal vez hasta cuatro muertos, incluido un oficial.

La respuesta de los guardias fue seguir asesinando campesinos y quemando casas. Casi todas las viviendas a lo largo del camino entre el Cerro y Las Mercedes fueron reducidas a cenizas, así como todas las de La Herradura, y algunas dentro del propio caserío de Las Mercedes.

Desde el mismo día de la ocupación de Las Mercedes, dediqué buena parte de mi atención a instruir a los jefes posicionados en la segunda línea de defensa, detrás del caserío, acerca de las medidas que debían ir tomando para proteger las dos direcciones principales del posible avance enemigo desde su base adelantada hacia el interior del territorio rebelde. Esas dos direcciones eran las de Vegas de Jibacoa y San Lorenzo, es decir, el camino que salía desde Las Mercedes hacia Las Caobas, La Güira, Los Isleños, El Mango y las Vegas, y el que tomaba en dirección a Gabiro, La Esmajagua y San Lorenzo. La primera de estas direcciones, como ya dije, estaba custodiada por unos 20 combatientes en total, al mando de Horacio Rodríguez, distribuidos desde el alto de Las Caobas hasta el de Los Isleños, incluida una escuadra dirigida por Marcos Borrero que cuidaba el camino de Arroyón por la zona del alto de La Güira. Para reforzar aún más esta línea, en la noche del 28, envié para allá a Andrés Cuevas con su pequeño, pero disciplinado y aguerrido grupo de combatientes, quienes se posicionaron también en la zona del alto de Las Caobas. La segunda dirección era la que vigilaba desde el alto de El Moro el pelotón a cargo de Raúl Castro Mercader, reforzado ahora con algunos de los hombres de Angelito Verdecia.

De estas dos posiciones, me preocupaba más la del camino de las Vegas, a pesar de que en ese momento no era la vía que yo consideraba con más probabilidad de ser tomada por el enemigo en su ulterior penetración al territorio rebelde desde esta dirección. Sin embargo, era la que más se prestaba, por sus condiciones topográficas, a la posibilidad de un avance desplegado y, por tanto, a la necesidad de una mayor dispersión de las escasísimas fuerzas con que contábamos en ese frente. Por otra parte, si bien no tenía hasta ese momento razón alguna para dudar de la capacidad combativa de Horacio Rodríguez, lo cierto era que Horacio no contaba con una gran experiencia. No obstante, había decidido dejarlo allí para no tener que realizar movimientos de personal en una situación tan comprometida como aquella, en la que el enemigo podía lanzar un ataque en cualquier momento.

En el caso de Horacio, pues, puse particular empeño en instruirlo detalladamente. El mismo día de la ocupación definitiva de Las Mercedes por el enemigo, junto con un detonador y un poco de cable que le mandé para una mina, le cursé indicaciones precisas para que procurara que sus soldados construyeran trincheras hondas y bien dispuestas en los tres puntos más estratégicos de la línea defensiva de esa zona, a saber, el alto de Las Caobas, la salida del camino de Arroyón y el alto de Los Isleños, en la retaguardia de las posiciones rebeldes. En ese mismo mensaje le recomendaba que organizara la cocina en alguna casa campesina detrás de sus líneas, pues era importante para él garantizar que su personal pudiera comer caliente durante los días que tuvieran que permanecer allí.

Otra de mis constantes recomendaciones a todos los jefes de pelotones y escuadras era el ahorro del parque. Ya el día que bajé hasta cerca de Las Mercedes, muy próximo al escenario del primer combate de la ofensiva enemiga, me di cuenta de que algunos de nuestros compañeros no tenían un sentido claro de la imperiosa necesidad de no gastar balas innecesariamente. El desperdicio del parque, de esas balas que tanto esfuerzo y sacrificio costaba conseguir, era una de las cosas que más me indignaba y que más duramente combatí durante toda la guerra. Al pobre Horacio, que realmente no había demostrado ser de los principales responsables del derroche de parque, le tocó recibir por estos días la siguiente respuesta mía a un pedido de orientación:

La orden más importante que tengo que darte es la de ahorrar balas a toda costa.

Peor enemigo que el Ejército, hoy por hoy, son los

estúpidos que tiran balas por gusto.

En cuanto a la otra dirección —la de San Lorenzo—, en la noche del 27 de mayo, o sea, al día siguiente de la ocupación definitiva de Las Mercedes por el enemigo, decidí trasladar más atrás la posición de Raúl Castro Mercader en el alto de El Moro. La presencia de los guardias en el caserío de Las Mercedes y su dominio del camino hacia Bajo Largo y La Montería, creaban una fuerte amenaza a las fuerzas del alto de El Moro que pudieran ser flanqueadas. Por otra

parte, la posición estaba delatada y, por su proximidad a las líneas enemigas en Las Mercedes, era de suponer que los guardias tratarían de desalojarla o liquidarla con fuego de artillería o morteros. Era preferible, por tanto, retirar la posición para un punto conveniente sobre el mismo camino de San Lorenzo, y preparar allí una buena línea defensiva. Este punto resultó ser la falda de la loma de El Gurugú, a unos dos kilómetros de Las Mercedes, y hacia allí dispuse la retirada del pelotón de Castro Mercader.

En la tarde del día 28, en efecto, los guardias iniciaron el bombardeo con morteros al alto de El Moro, y poco después avanzaron hasta ocupar el lugar. Tomada la posición sin encontrar resistencia rebelde, la primera medida del mando del batallón enemigo fue quemar las tres casas que existían en el alto.

Junto con estas órdenes acerca de las dos direcciones principales del posible avance enemigo, el día 28 decidí también reforzar un tercer camino que subía desde Las Mercedes por Purgatorio hasta Minas de Frío. Esta posición era de importancia relativamente secundaria, pues a los guardias no les sería fácil tomar por ese sendero mientras se mantuviesen las posiciones rebeldes sobre el camino de San Lorenzo, y aun, en caso de que se retirasen, el avance en dirección a este último punto tendría más racionalidad. No obstante, el enemigo podía intentar una infiltración sorpresiva por esta vía, o una maniobra de diversión o de flanqueo de una de nuestras posiciones principales. De ahí que, como le escribí al teniente Laferté en el mensaje que le envié ese mismo día para indicarle que escogiera del personal de la escuela de reclutas varios hombres y un jefe para este grupo, no quería "dejar de tomar una precaución mínima".

Para que se tenga una idea aproximada de la escasa capacidad de nuestras reservas en hombres y armas en ese momento, basta decir que a esa posición asigné la suma total de cuatro hombres: dos sacados de la escuadra de Cuevas, con sus fusiles, y los otros dos de la escuela de reclutas, que habilité con un fusil 30.06 con el cañón cortado que se había quedado en uno de nuestros campamentos en la Maestra, un fusil que se armó con piezas de un Springfield defectuoso y otro rifle tirado por ahí. Sobre tan magra tropita le informé al Che con característico optimismo: "Así por lo menos podrán resistir allí con buenas trincheras mientras mandemos refuerzos".

Otra ventaja que tenía dominar esta tercera vía era la posibilidad de utilizarla ofensivamente para penetrar por ahí en la retaguardia del enemigo, una vez que iniciara el avance hacia San Lorenzo. Convencido como estaba de que esa sería una de las rutas probables de los guardias, insistí durante todos estos días en la necesidad de fortificarla debidamente, para lo cual, incluso, le propuse al Che enviar a 40 ó 50 reclutas de Minas de Frío a trabajar en el mejoramiento de las fortificaciones en esa dirección.

A Horacio también le insistí reiteradamente en lo mismo durante todos estos días. El 1ro. de junio, por ejemplo, le escribí en uno de mis mensajes: "No dejes de hacer hoyos cada cincuenta metros más o menos, por la ruta de retirada, para que se protejan de los aviones. ¡Mucho hueco y mucha fortificación!".

Ya Horacio me había ratificado dos días antes que estaba tomando las medidas necesarias en el camino hacia las Vegas para impedir el paso de las tanquetas y los camiones enemigos.

Hay que tener en cuenta, además, que yo estaba esperando la llegada inminente de un lote de armas que debía arribar por la pista aérea de Manacas, nuestro punto Alfa, según las claves usadas en las comunicaciones con el extranjero a través de Radio Rebelde. Ese vuelo llegó, efectivamente, el 29 de mayo, procedente de Miami. Fue la única otra ocasión que tuvimos para utilizar la pista de Manacas. Piloteaba la avioneta Pedro Luis Díaz Lanz, y al frente de la expedición venía el periodista Carlos Franqui, quien se quedó con nosotros cuando el aparato volvió a despegar ese mismo día hacia Jamaica.

A la altura del día 29, por tanto, el sector noroeste del frente rebelde estaba cubierto por las fuerzas de Horacio Rodríguez y Raúl Castro Mercader en los dos accesos principales hacia la Maestra desde Las Mercedes, con sus respectivos refuerzos, y por una pequeña escuadra en

el acceso secundario del camino de Purgatorio. Más al Oeste, el Che había redistribuido las fuerzas disponibles, pertenecientes casi todas a la Columna 7 de Crescencio Pérez, de la siguiente manera: un pelotón de 29 hombres con nueve armas, al mando de César Suárez, dividido entre Cienaguilla y Aguacate, en una dirección que pudiera ser utilizada por el enemigo para tratar de alcanzar La Habanita por la vía de Los Ranchos de Guá; otro grupo de 27 combatientes, con 8 ó 10 armas, al mando de Mongo Marrero y Angelito Frías, en El Porvenir, cubriendo una vía alternativa de acceso a la propia La Habanita a través de Aguacate y Pozo Azul. Este grupo tendría también la misión de resistir a lo largo del camino de Pozo Azul para defender las instalaciones del hospital rebelde, ubicado allí por el doctor René Vallejo. En la zona de Cupeyal y Puercas Gordas había otras escuadras que debían, en caso necesario, retirarse hacia La Habanita por la vía de Tío Luque, mientras que el acceso por El Jíbaro hacia La Montería estaba cubierto por la pequeña tropa, cuyo mando había sido confiado a Alfonso Zayas. Un poco más abajo, en dirección a Purial de Jibacoa, ocupaba posiciones la escuadra de Ramón Fiallo.

En la noche del 29 de mayo, una mina colocada cerca de Estrada Palma por personal de la escuadra de Eddy Suñol, quien, como se recordará, estaba en ese momento posicionado a la entrada de Providencia, en el sector nordeste del frente, estalló en el lugar conocido por La Cantera, y reventó a un camión lleno de guardias. Suñol informó que la explosión había causado ocho muertos, entre ellos un oficial, y 10 heridos. Aunque estas cifras hayan sido exageradas, el efecto de estas minas rebeldes empezaba a hacerse sentir de manera significativa en las filas enemigas.

Aparte de la mina de La Cantera, en los días finales de mayo no ocurrieron incidentes importantes en todo este sector. Llovió fuertemente durante esos días. El enemigo fortificaba sus posiciones en Las Mercedes y los alrededores más cercanos del caserío y, ofensivamente, se limitaba a disparar morteros a rumbo hacia donde presumía que estaban las posiciones rebeldes, y realizaba algunas exploraciones cerca del perímetro de su campamento. En una de ellas, una patrulla de guardias a caballo pasaba a pocos metros de las posiciones de la escuadra de Marcos Borrero en el alto de La Güira, y el jefe rebelde, inexplicablemente, ordenó a sus hombres no disparar y dejó pasar la oportunidad de ocasionar algunas bajas al enemigo.

Informado de este hecho, ordené el día 1ro. de junio la sustitución de Marcos Borrero en el mando de ese grupo, y designé primero al capitán Fernando Basante, y luego al combatiente Aeropagito Montero, quien fue ascendido a teniente. Aproveché también para ratificar explícitamente la orden ya dada: "Si [los guardias] se acercan lo suficiente para ocasionarles al seguro varias bajas, hay que disparar sobre ellos y tratar de recogerles las armas".

Fue también por estos días últimos de mayo cuando el Ejército enemigo situó fuerzas importantes en Cayo Espino, Purial de Jibacoa y Cienaguilla. Después sabríamos que se trataba de compañías pertenecientes a los Batallones 12 y 13, al mando, respectivamente, de los capitanes Pedraja Padrón y José Triana Tarrau. El reforzamiento de la línea Cayo Espino-Purial, sobre todo, fue interpretado entonces por nosotros, como el paso previo para el lanzamiento de un segundo ataque enemigo hacia La Habanita, aunque estábamos convencidos de que el golpe principal en ese sector del frente nordeste sería lanzado desde Las Mercedes, en dirección a San Lorenzo. En este momento todavía no había llegado el Batallón 19 a la zona de Arroyón, lo cual, como se verá oportunamente, hizo variar nuestras apreciaciones.

Previendo aquella variante, a una consulta del Che el día 1ro. de junio acerca de cuál sería la mejor decisión con las fuerzas de la Columna 7, en caso de que los guardias ocupasen La Habanita, indiqué que se le ordenara a Crescencio reagrupar su personal del otro lado de las líneas enemigas y mantener un hostigamiento permanente de su suministro y de su retaguardia, en todo el sector occidental. El extremo oeste de nuestro frente no estaba en las mismas condiciones de sostener una defensa exitosa del territorio rebelde, como sí lo estaba la parte central, donde habíamos concentrado nuestras fuerzas más aguerridas y mejor armadas. Aun así, yo estaba convencido de que, llegado el momento, ese personal pelearía con la misma determinación que había mostrado, digamos, la escuadra de Angelito Verdecia en Las Mercedes, y que al enemigo también le sería tremendamente difícil alcanzar la Maestra por esa

zona. Sin embargo, había que prever todas las contingencias posibles, y en caso de que la resistencia rebelde en ese sector fuese vencida, entonces las fuerzas de la Columna 7 pasarían, de hecho, a actuar en la retaguardia del enemigo en condiciones muy difíciles para nuestros compañeros, pero con algunas posibilidades, ya que parte de ellos eran campesinos de la zona. Si actuaban con decisión e inteligencia, ocasionarían la suficiente perturbación al enemigo como para que tuviera que distraer fuerzas de su objetivo principal, que era la destrucción del núcleo central rebelde, e incluso le darían golpes concretos de cierta consideración.

Por estos días la prensa norteamericana publicó una entrevista concedida por el dictador Fulgencio Batista, en la que, entre otras mentiras y declaraciones sin fundamento ni sentido, afirmó, significativamente, que en los últimos combates el Ejército había ocupado a los rebeldes "una bandera de China comunista y casquillos de fabricación rusa". A raíz de esa declaración, Radio Rebelde comentaba:

Dentro de poco, según Batista, estarán Chou En Lai y Mao Tse Tung dirigiendo las maniobras de nuestro ejército. ¡Pobre dictadorzuelo, cada día más miserable, más ridículo, más tocado del queso!

También por esos días, en recordación del primer aniversario del Combate de Uvero, Radio Rebelde transmitió un comentario que terminaba con estas palabras:

Si la diferencia en equipo militar y en recursos es muy grande, hasta los adversarios más encarnizados tendrán que reconocer la superior calidad humana de nuestros hombres, que por no tener distinta sangre ni distinta nacionalidad de los que luchan junto a la dictadura, demuestra irrefutablemente que la moral, la justicia de una causa y el ideal son los factores decisivos de una guerra.

El soldado de la dictadura pelea bien cuando está rodeado y es atacado, porque le han hecho creer que si caen prisioneros sufrirán las mismas torturas y los mismos horrores que ellos han visto aplicar en los cuarteles a los adversarios de la tiranía; pero cuando el soldado de la tiranía ataca es de una ineficacia asombrosa, porque no combate para salvar la vida sino porque le pagan y se lo ordenan los que les han pagado, como se paga una bestia o se adquiere un rebaño para llevarlo al matadero, donde hacen fortuna los usufructuarios del negocio.

El militar cubano, que como hombre es valiente, como soldado de la tiranía que ha convertido a los Institutos Armados en pandillas al servicio de la peor causa, está haciendo uno de los papeles más tristes que puede hacerse en una guerra.

Al conmemorarse hoy el primer aniversario del glorioso y heroico combate de Uvero, nuestro recuerdo y nuestro cariño para los héroes que cayeron ese día; nuestro juramento de que así sabremos caer todos antes de plegar nuestras banderas aureoladas por más de 70 combates victoriosos, y nuestro mensaje al pueblo recordándole que hubo días más duros que éstos cuando teníamos menos balas, menos armas y menos experiencia, sin que nuestro ánimo flaqueara ni la menor duda ensombreciera nuestra seguridad absoluta en el triunfo final.

Durante estos días me estuve moviendo, sobre todo, entre La Plata —donde estaba la emisora y la posibilidad de comunicación con el exterior—, y Mompié, lugar convenientemente céntrico, desde donde me mantenía al tanto de todas las incidencias en los tres sectores del frente de combate. A principios de junio ya había quedado instalado el teléfono entre estos dos puntos, con un enlace intermedio en el alto de Jiménez, en el lugar conocido por los rebeldes como la tiendecita de la Maestra. Nuestros técnicos en Radio Rebelde habían preparado incluso una especie de amplificador, que permitía dar suficiente volumen a la voz del teléfono para poder ser captada por el micrófono de la emisora. De esa forma podía intentar comunicarme con el extranjero desde Mompié o la tiendecita.

Sin embargo, la instalación no había alcanzado a Minas de Frío, un punto de importancia estratégica decisiva y una especie de puesto de mando del Che para la atención al sector noroccidental. Mi comunicación con él y con nuestros compañeros en la escuela de reclutas, por tanto, tenía que ser por mensajero o mediante una visita mía al lugar. El 3 de junio fui hasta las Minas para revisar la situación allí, y estuve hasta la mañana siguiente, cuando emprendí el regreso a Mompíe.

Poco después de salir de aquel lugar, la aviación enemiga desató uno de los bombardeos y ametrallamientos más feroces padecido por Minas de Frío en toda la guerra. En particular, la casa de Mario Sariol, nuestro viejo y eficaz colaborador campesino residente en ese lugar, fue blanco de una lluvia de metralla, y hasta se dispararon contra ella varios cohetes de fabricación norteamericana. La indignación que me produjo el brutal bombardeo, cuando conocí mayores detalles del hecho, y la confirmación del empleo por la aviación batistiana de cohetes recibidos de los Estados Unidos por la tiranía, a pesar del anunciado embargo del suministro de armamentos, fue lo que me motivó al día siguiente a escribirle a Celia, al final de un largo mensaje, el párrafo que luego ha sido tan citado (documento p. 431):

Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los [norte]americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta [de] que ése va a ser mi destino verdadero.

El doblez de la política norteamericana hacia el régimen de Batista y hacia la Revolución quedaba en evidencia. En marzo, el gobierno de los Estados Unidos había anunciado la suspensión de todos los envíos de armas a la dictadura, en lo que se trataba de un primer paso en la maniobra destinada a distanciarse oficialmente de la tiranía, cuya permanencia en el poder ya comenzaba a resultar incómoda para algunos sectores en aquel país; al tiempo que se impulsaba la promoción de una salida alternativa a la crisis cubana que, de hecho, impidiese la toma del poder por la Revolución. Sin embargo, las entregas de armas prosiguieron por otros canales, incluso a través de la base naval norteamericana en Guantánamo, sobre lo cual habíamos recibido informaciones de los compañeros del Movimiento en los Estados Unidos.

El empleo de cohetes norteamericanos en el ataque a Minas de Frío no hacía más que confirmar mi criterio, basado, en definitiva, en la propia historia de Cuba y de las aspiraciones seculares de los Estados Unidos de ejercer su dominio sobre nuestro país, de que una revolución verdadera en Cuba era incompatible con los intereses norteamericanos. La nota a Celia no era, por tanto, la expresión de una voluntad preconcebida de enfrentamiento, de la futura revolución en el poder a los Estados Unidos, sino la muy explicable reacción ante una política tan hipócrita y taimada, y la manifestación de una clara conciencia acerca de la inevitabilidad de ese enfrentamiento a partir del hecho evidente de que para nuestro vecino del Norte sería inaceptable la presencia en Cuba de un poder revolucionario con un programa de cabal liberación nacional.

Este es el mismo mensaje, por cierto, en el que insto a Celia para que suba desde las Vegas de Jibacoa hasta Mompíe y estableciera allí su puesto de mando. Debo dedicar en este libro un capítulo a la labor de retaguardia desarrollada en esta etapa en el Primer Frente rebelde. Mucho antes del inicio de la ofensiva enemiga, ella había instalado su puesto de mando en la casa de Bismark Galán Reina, en las Vegas, y desde allí, con la ayuda de un pequeño grupo de colaboradores —entre ellos Roberto Rodríguez, a quien todos llamábamos El Vaquerito, y Arturo Aguilera, conocido por Aguilera, debido a su delgada figura—, se había dado a la tarea de garantizar las miles de grandes y pequeñas necesidades de las fuerzas rebeldes para resistir eficazmente el fuerte embate que se esperaba del Ejército de la tiranía. Pero ya a principios de junio la situación de las Vegas de Jibacoa resultaba precaria, en vistas de la presencia del fuerte contingente enemigo en Las Mercedes.

Sin embargo, el mismo desarrollo posterior de los acontecimientos volvió a dar más importancia a La Plata, y al final prevalecieron las ventajas de este punto en el momento de decidir la instalación de una comandancia permanente.

En ese preciso momento, mi inquietud principal no era la avalancha de guardias que se nos venía encima. Como le decía a Celia en la carta ya citada:

Creo que los planes de defensa han sido adelantados bastante. El problema que me preocupa mayormente hoy por hoy es que la gente no acabe de darse cuenta [de] que en un plan de resistencia continua y escalonada, no se pueden tirar en dos horas las balas que deben durar un mes. Lo único que me queda por hacer es guardar bien las que me quedan y no dar una bala más a nadie, hasta que no sea ya cuestión de vida o muerte porque realmente no le quede a nadie una bala. [...] Yo no me canso de insistir en ese problema que es realmente nuestro talón de Aquiles.

En la mañana del sábado 7 de junio, después de varios días de relativa calma en todo el sector, la gente de Angelito Verdecia hizo estallar una mina colocada cerca del campamento enemigo de Cerro Pelado, en su ruta hacia la Sierra, con el posible resultado de seis o siete bajas entre los guardias.

Dos días después, el lunes 9, desde otra dirección, los guardias intentaron una exploración por el río Jibacoa con el apoyo de una tanqueta, y tropezaron con los hombres de Cuevas, quienes habían relevado esa misma mañana al personal del pelotón de Horacio en la emboscada establecida sobre el camino de La Herradura que subía de Las Mercedes en dirección a las Vegas, y no habían tenido tiempo aún de mejorar las posiciones recibidas. Se produjo una escaramuza en la que los rebeldes gastaron varias decenas de tiros e hicieron explotar una mina, sin más resultado concreto que haber detenido el avance de la patrulla enemiga, casi simultáneamente con su propia retirada de la posición, la que resultaba, de hecho, muy poco defendible.

Era de nuevo el tipo de comportamiento, a mi juicio inaceptable, si queríamos tener éxito en la batalla que se avecinaba, aunque en realidad no podía atribuir responsabilidad alguna a Cuevas, quien había demostrado ser un jefe valiente y capaz. De ahí mi reacción relativamente violenta en el mensaje que le envié a Horacio al día siguiente:

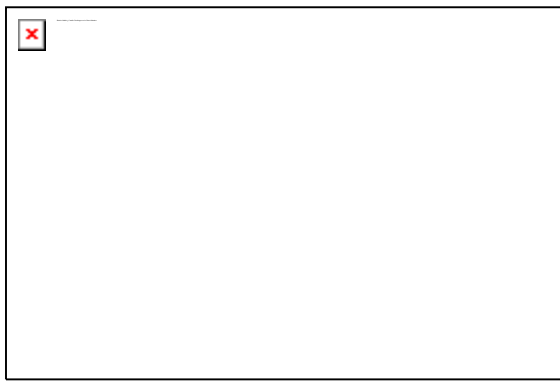
Considero que nuestra gente hizo ayer un papel muy pobre y vergonzoso. Ustedes no acaban de comprender que tienen que hacer verdaderas trincheras y no hoyitos que no sirven para nada. Tal vez tengan que pagar bien cara la experiencia pero los golpes los enseñarán.

Me da pena solo de pensar que no fueron capaces de sostener la posición ni 15 minutos.

Recomiendo en lo adelante el máximo de disciplina y firmeza. Parece que la batalla dura va a comenzar de un momento a otro.

Esto último se debía a las noticias recibidas en la tarde del 10 de junio, acerca de un desembarco enemigo en la costa sur, indicio evidente de que el Ejército enemigo creaba ya las condiciones para dar inicio a la segunda fase de su ofensiva: la penetración a fondo, desde varias direcciones, en el corazón del territorio rebelde. En lo que respecta al sector noroccidental, estos indicios fueron confirmados apenas tres días después, con la llegada al teatro de operaciones de una segunda unidad de combate, el Batallón 19, al mando del comandante Antonio Suárez Fowler, con lo cual quedaba dispuesto el escenario para la reanudación de los combates en este sector.

Continuará





INICIO DE LAS ACCIONES EN LA DIRECCIÓN
ESTRADA PALMA - LAS MERCEDES

El día 25 de mayo de 1958 se desata la ofensiva
enemiga contra el Ejército Rebelde.

LEYENDA

Comandante Fidel Castro		 Pelotón de tanques (3 Tanquetas T-17)
Escuadra de Ángel Verdecia reforzada con tres combatientes de las fuerzas de Raúl Castro Mercader		 Bombardero B-26
Pelotón de Raúl Castro Mercader		 Avioneta L-20 Beaver
Pelotón de Andrés Cuevas		
Pelotón de Horacio Rodríguez		
Pelotón de Eddy Sañol		
Pelotón de Alfonso Zayas		
Escuela de reclutas bajo el mando de Ernesto Guevara		
Trincheras		
 Poblados	 Cementerio	



Al ver los cohetes que
tiraron en casa de Mario,
que he jurado que los
americanos van a pa-
gar bien caro lo que es-
tán haciendo. Cuando esta
guerra se acabe, empesa-
ré para mí una guerra
mucho más larga y
grande: la guerra que
voy a echar entre ellos.
Me doy cuenta que era
eso el ser mi destino ver-
dadero.

Presión desde Minas de Bueycito

(Capítulo 4)

El Batallón 11 del Ejército de la tiranía, al mando del teniente coronel Ángel Sánchez Mosquera, ocupaba el poblado de Minas de Bueycito, en el sector nororiental del territorio rebelde, desde mucho antes del 25 de mayo, fecha del inicio efectivo de la primera fase de la ofensiva enemiga. En ese lugar, el jefe del batallón había acumulado una sangrienta hoja de servicios en su feroz represión contra la población de la zona.



En las semanas inmediatamente anteriores al comienzo de la gran operación, el enemigo realizó incursiones al interior de la montaña, de las que resultaron diversas escaramuzas y encuentros con las fuerzas rebeldes que operaban en la zona, compuestas, fundamentalmente, por el personal a las órdenes del capitán Guillermo García, con el refuerzo solicitado a la Columna 3 de Juan Almeida, y por personal de la Columna 4, ya en ese momento bajo las órdenes del comandante Ramiro Valdés después del traslado del Che hacia Minas de Frío.

Las dos últimas acciones, previas al comienzo oficial de la ofensiva, ocurrieron precisamente el viernes 23 y el sábado 24 de mayo, los dos días anteriores al inicio de la misma, y no tuvieron mayores consecuencias. En la primera de ellas, rebeldes y guardias intercambiaron disparos en Montero, y en la segunda, en los alrededores de San Miguel, localidades ambas muy cercanas a Minas de Bueycito. En los dos casos, Ramiro informó de varias bajas enemigas, entre ellas un guardia muerto.

El 28, ya comenzada realmente la ofensiva con el avance hacia Las Mercedes y su ocupación, me llegaron a La Plata noticias de Ramiro sobre otros dos encuentros, esta vez en Los Doctores y de nuevo en Montero.

Teniendo en cuenta el desplazamiento de las principales unidades enemigas en preparación de la ofensiva, no nos cabía duda alguna de que al Batallón 11 le correspondía desempeñar un papel importante. La posición que ocupaba era, junto con el poblado de Estrada Palma, uno de los puntos de partida más lógicos para cualquier movimiento hacia el interior de nuestro territorio por el Norte. Desde Minas de Bueycito, lo más probable era que el enemigo lanzara su intento de penetración en dirección al curso superior del río Buey, y ocupara sucesivamente los barrios de La Otilia, San Miguel, El Macío y La Estrella.

A la altura de este último lugar, cabía esperar tres variantes tácticas: una de ellas sería la continuación de su avance en la misma dirección general hacia el Sur, con la intención de rebasar los barrios de Platanito, Caña Brava y La Habanera, y alcanzar el firme de la Maestra en la zona de Santana de Buey; la segunda sería desviar el rumbo hacia el suroeste, en busca del firme de El Descanso, dejando atrás los barrios de Banco Abajo y Banco Arriba; la tercera sería continuar hasta Caña Brava y desviar, entonces, el rumbo hacia el suroeste en dirección a las cabezadas del arroyo de California. En cualquiera de estas tres opciones, el enemigo, en caso de lograr su objetivo, quedaría en posición favorable para proseguir su penetración por los firmes, en dirección a las zonas de La Jeringa o San Francisco, en el curso superior del río Yara. Teniendo en cuenta que las dos últimas variantes acercarían al Batallón 11 más hacia el Oeste a su objetivo final, Radio Rebelde y la Comandancia del Primer Frente; nuestra apreciación antes del inicio de las operaciones era que el enemigo trataría de seguir alguna de estas rutas.



FIDEL Y EL COMANDANTE JUAN ALMEIDA BOSQUE, EN AQUELLOS DÍAS DE LUCHA EN LA SIERRA MAESTRA.

La primera acción de importancia en este sector ocurrió el jueves 29 de mayo. Ese día, el Batallón 11 comenzó su avance definitivo hacia el interior del territorio rebelde desde su base de operaciones en Minas de Bueycito. Cerca del mediodía, después de pasar por La Otilia, la fuerte y bastante experimentada tropa enemiga chocó con la emboscada de Guillermo García, a la altura de El Macío, y se entabló un furioso combate. La columna principal de los guardias fue obligada a detener su avance, y nuestros combatientes

lograron repeler los varios intentos del jefe enemigo de flanquear las posiciones rebeldes para salir a su retaguardia. Durante el intenso bombardeo de morteros que ordenó desatar Sánchez Mosquera para tratar de desalojar a los hombres de Guillermo, resultó herido de cierta gravedad el combatiente Manuel Díaz.

En El Macío se siguió combatiendo intermitentemente a lo largo de los tres días siguientes. A pesar de la presión constante de Sánchez Mosquera, quien contaba con más de 300 hombres bien armados y equipados, y sus hábiles intentos de infiltrar los flancos de nuestras fuerzas, la rápida movilidad de las escuadras rebeldes, la tenaz determinación de sus integrantes de cumplir las instrucciones de no ceder hasta el último esfuerzo y la capacidad demostrada por Guillermo para situar una emboscada tras otra con el máximo aprovechamiento del terreno, permitieron lograr el propósito de ir desgastando y retardando el avance enemigo.

En una de estas innumerables acciones, el mensajero rebelde Misaíl Machado fue sorprendido el 2 de junio y cayó combatiendo contra una patrulla de guardias. Él fue la primera baja mortal de nuestras fuerzas durante el desarrollo de la ofensiva enemiga.

No fue sino hasta el 8 de junio cuando Sánchez Mosquera, reabastecido de balas y municiones, logró avanzar hasta las cercanías de La Estrella. En 10 jornadas, el poderoso Batallón 11, que contaba con los soldados más veteranos de los que lucharon contra nosotros en las montañas, no había logrado penetrar ni siquiera otros tantos kilómetros en el territorio rebelde, lo cual dice mucho de la tenacidad y eficacia de la resistencia opuesta por nuestros combatientes en ese sector y las adecuadas medidas de protección. Ya para entonces, sin

embargo, Ramiro me había informado que solo contaba con la mitad de las reservas del parque que yo le había enviado en previsión de estas acciones.

Nuestros hombres combatieron de nuevo con coraje y eficacia en La Estrella desde el día 8 hasta el siguiente, pero no pudieron impedir, en definitiva, que el enemigo se apoderara del caserío. Allí, Sánchez Mosquera estableció campamento, tal vez para reponer fuerzas después de las agotadoras jornadas de desgaste vividas por sus guardias desde la salida de Minas de Bueycito, o quizás para reevaluar sus planes inmediatos. Esta posibilidad no deja de tener peso a la luz de lo que ocurrió en los días subsiguientes.

La llegada de la fuerza enemiga a La Estrella era parte de nuestras previsiones. Hasta el momento, el Batallón 11 estaba siguiendo la ruta del río Buey en una de sus direcciones previstas, la que lo llevaría al firme de la Maestra por la zona de Santana. El único problema inmediato planteado en este sector, por tanto, era el excesivo gasto de balas de nuestros combatientes, que podría provocar el debilitamiento de la resistencia rebelde ante el ulterior avance de los guardias.

Ramiro me insistió en el tema nuevamente en un mensaje que recibí por teléfono el día 11. De inmediato le contesté en términos muy duros:

No piensen recibir una sola bala. Tienen q arreglárselas con lo que tengan o pagar bien caro la falta de cabeza y sentido común. La gente debe disparar sobre los guardias a matar y a boca de jarro, no para asustarlos con el ruido. No pueden gastar en dos horas las balas q deben durar un mes. Los tipos q [...] tiran 500 balas con una ametralladora en unos minutos y luego se jactan de ello, son dignos de ser fusilados. No estoy dispuesto a permitir q la Rev [Revolución] sea desbaratada por culpa de cretinos.

Enviaré facultades excepcionales a Comt [comandantes] y Capt [capitanes] para proceder drásticamente contra todo acto [de] cobardía y estupidez. Te enviaré instrucciones detalladas a medida q se desarrollen [los] acontecimientos. Mucha inteligencia, q es la q más falta hace en estos momentos.

[...] Nosotros supimos sostener la Rev [Revolución] y hacerla resurgir con 20 balas por fusil, en Palma Mocha matamos 5 soldados sin gastar más de 280 balas y éramos unos novatos.

A mi juicio, era necesario una vez más el tono de esta respuesta para que nuestros combatientes tuvieran plena conciencia de la necesidad de ahorrar al máximo nuestros bien escasos recursos. Pero, por otra parte, había que reconocer que los defensores de ese sector estaban haciendo un esfuerzo sobrehumano frente a la presión posiblemente más intensa, de que era capaz el enemigo en los distintos frentes de su ofensiva. Por esa razón, al día siguiente, en mensaje que le envié al Che, donde le daba cuenta de los acontecimientos por el sector nordeste, le agregué:

Mándame también 500 balas 30.06 que tengo que enviarle a Ramirito, aunque se las voy a retardar lo más posible, porque es la única forma [de] que no nos quedemos sin una sola bala. Ayer le respondí que no pensarán recibir una sola más. Sigo pensando que ese [es] el punto más débil de nuestra estrategia.

Hay que ver lo que significa que, a estas alturas de la batalla, la respuesta concreta que puedo darle a la petición de parque de Ramiro para sostener la resistencia en todo un sector es una negativa tajante, mientras hago la silenciosa gestión de la irrisoria cantidad de 500 balas. Así estábamos resistiendo, contra todos los pronósticos, y, lo que es más importante, así estábamos convencidos de vencer.

En definitiva llegué a enviarle a Ramiro, el día 13, un pequeño refuerzo de 400 balas para fusiles 30.06. En el mensaje que le cursé con el parque le insistía de nuevo en este crítico tema, y le trasladaba también esa confianza en la victoria:

Tengo que ahorrarlas [las balas] como cuestión de vida o muerte. Estoy esperando gran ayuda desde fuera este mismo mes. Estoy seguro de que podremos resistir si llevamos adelante el plan correcto de lucha. Necesitamos tres meses para recibir los refuerzos suficientes con que lanzarnos a la ofensiva cuando el enemigo esté virtualmente agotado.

Ciertamente, yo confiaba aún en las posibilidades de recibir suministros desde el exterior, pero estaba convencido de que, incluso, en el caso de que no fuese así —y no fue así—, los planes de defensa que habíamos elaborado nos permitirían resistir con nuestros propios medios y con los que fuéramos arrancando al enemigo, hasta que llegara el momento en que la ofensiva se desgastara y detuviera. Entonces sería cuando la iniciativa pasaría a nuestras manos.

Esta confianza absoluta se refleja en la orden que curso al mediodía del 11 de junio al comandante Camilo Cienfuegos, quien, como se recordará, estaba operando hacía más o menos dos meses en los llanos del Cauto para que se desplazara urgentemente con lo mejor de su columna a reforzar la Sierra atacada. Dice así el texto completo de este mensaje:

Después de estudiar detenidamente la situación y analizar los planes nuestros y del enemigo he decidido enviarte con carácter urgente este mensaje.

Te necesito aquí con todas las armas buenas [de] que puedas disponer. Se va a librar en la Sierra una batalla de la mayor trascendencia. Ellos van a concentrar contra esto el grueso de sus fuerzas tratando de dar un golpe decisivo. El número que ellos puedan concentrar aquí no importa a los resultados finales, lo que importa es que nosotros dispongamos el mínimo necesario para aprovechar al máximo las extraordinarias ventajas de este escenario donde sabemos se va a librar la lucha. Ese mínimo se completa contigo.

El desplazamiento tuyo de allí hacia acá, aparte del valor que implica en este instante, tiene la ventaja de que en cuestión de días puedes de nuevo situarte en esa zona cuando las razones de estrategia general así lo requieran. El enemigo además ha trazado ya sus planes contando contigo ahí, vamos a hacer que tengan que librar su batalla contigo aquí. Al objeto de aprovechar además las ventajas de tu estancia en esa, debes dejar una patrulla de escopeteros operando por la zona que despiste al enemigo y llevar a cabo tú el traslado hacia acá sin que nadie sepa ni adivine tu rumbo.

Dirígete hacia la zona de Santo Domingo. Este mensaje lo pienso enviar también por otra vía para asegurar su llegada. Estoy completamente seguro del éxito de nuestros planes.

Un fuerte abrazo.

En realidad, los aguerridos hombres que le pedía eran alrededor de 40. En un mensaje adicional anexo al anterior, le comentaba a Camilo:

El indicio de que la lucha fuerte va a comenzar de un momento a otro me lo da el hecho de que después de concentrar grandes núcleos al frente de la Sierra, de donde no han podido avanzar, hayan producido ayer el primer desembarco por la costa, en Las Cuevas, según noticias e informes que aunque no confirmados con exactitud parecen absolutamente ciertos. De un momento a otro tienen que chocar con nuestros hombres.

Y en un segundo adicional, para no alarmar indebidamente a Camilo, iba esta información sobre nuestros planes y condiciones, también confirmación contundente de nuestra confianza:

Este movimiento que te comunico está relacionado con todo un plan y una serie de circunstancias: aseguramientos de puntos por donde deben llegar armas (algunas de las cuales ya están aquí), plan minucioso de resistencia a la ofensiva y contraofensiva inmediatamente posterior. Hemos convertido [a] la Sierra en una verdadera fortaleza llena de túneles y trincheras. La planta de radio está convertida en un baluarte de la brecha revolucionaria. Tenemos instalada una red telefónica y muchas cosas han mejorado

extraordinariamente. Te hago estas aclaraciones para que no vayas a recibir la falsa impresión de que estamos en situación difícil. Creo cerca la Victoria.

Hasta ese momento, salvo las fuerzas propias de las Columnas 1, 4 y la tropa de Crescencio, esta última con muy pocas armas de guerra —las tres que integraban lo que hoy es llamado Primer Frente de la Sierra Maestra—, el único refuerzo recabado de otros frentes rebeldes para resistir la ofensiva contra ese núcleo central había sido, como ya se ha dicho, el grupo de combatientes llegados con Almeida desde la zona del Tercer Frente. La incorporación de Camilo y sus hombres obedecía a dos consideraciones principales. En primer lugar, contar con la inyección que aportaría este valiente y competente jefe y su muy pequeña, aguerrida y combativa tropa, lo cual se hacía necesario a la luz de los acontecimientos más recientes: enfrentar la doble ofensiva enemiga desde el Norte y la apertura de un nuevo sector en el Sur, tras el desembarco del Batallón 18, el 10 de junio, en Las Cuevas, al que nos referiremos en un capítulo siguiente. Nuestras fuerzas con armas de guerra apenas rebasaban los 200 hombres. En segundo lugar, pero de gran significación, era contar con Camilo y el Che para la defensa de los tres sectores en los que, evidentemente, se dividiría la acción a juzgar por los movimientos realizados por las tropas de la tiranía.

No era de ninguna manera fácil la misión planteada a Camilo. Se trataba nada menos que de atravesar el cerco enemigo de la Sierra y, una vez dentro de la montaña, eludir a las diversas agrupaciones de guardias que ya estaban operando en ella para llegar al mismo corazón rebelde, y hacerlo en el menor tiempo posible. Pero yo no tenía duda alguna de que lo lograría. Al día siguiente, en un nuevo mensaje en que le ratificaba la orden como una prevención adicional, en caso de que los dos mensajeros anteriores hubiesen sido interceptados, le encarecía una vez más que realizara el movimiento en el mayor secreto posible para que nadie conociera su rumbo, y que tomara todas las precauciones necesarias a la hora de cruzar las líneas enemigas. Camilo, como era de esperar, cumplió con todo éxito la misión, y apenas dos semanas después de cursado el primer mensaje ya estaba con 40 de sus mejores combatientes en la zona de La Plata.

Mientras todos estos acontecimientos ocurrían en la zona del río Buey, en los primeros días de junio comencé a recibir algunas confusas informaciones acerca de presuntos movimientos de tropas enemigas desde Estrada Palma y el Cerro, en dirección al río Naguas y, eventualmente, a Santo Domingo. La primera comunicación en ese sentido fue de Horacio Rodríguez, el día 2, quien me lo ratifica tres días después, a partir de comentarios escuchados entre los vecinos del Cerro.

Obviamente, la confiabilidad de estas informaciones no era muy grande, pero se trataba, no obstante, de una posibilidad que no podía dejar de tenerse en cuenta. En nuestra evaluación —previa al inicio de la ofensiva— de las vías de acceso al corazón de nuestro territorio, factibles al enemigo, figuraba entre las que debían ser tenidas en cuenta, la penetración hasta Santo Domingo desde el Norte o el noroeste. En el caso de la primera dirección mencionada, por la vía de Canabacoa a Los Lirios u otro punto sobre el río Naguas, y de allí, atravesar el firme de El Cacao, hacia el barrio de ese nombre, al que solo separaba de Santo Domingo el firme de La Manteca. En el caso de la segunda de estas direcciones, las variantes eran más numerosas: desde Estrada Palma al río Naguas, y por el curso de este al punto decidido para atravesar el firme de El Cacao; desde Estrada Palma a Providencia, y por el curso del río Providencia hasta Palma Criolla y el propio barrio de El Cacao; o desde Cerro Pelado a Providencia, atravesando Los Corrales para seguir el mismo recorrido anterior. Por supuesto, una fuerza enemiga posicionada en Providencia, podría utilizar también la vía del río Yara, que era la ruta más previsible.

La ubicación de la escuadra de Eddy Suñol en Providencia y el pelotón de Lalo Sardiñas en Los Lirios respondía precisamente a estos posibles cursos de acción del enemigo. En el caso de Lalo, de producirse una penetración enemiga en la zona de Naguas por un punto situado a su retaguardia, su deber sería dar media vuelta a su posición y partir si fuera necesario para emboscar esa tropa. Las noticias no fueron confirmadas.

En definitiva, todos estos rumores resultaron infundados. Una segunda tropa siguió después los pasos del Batallón 11, pero lo hizo en la misma dirección que llevaba este. El 12 de junio, la posibilidad de un intento de penetración por Providencia a lo largo del río Yara hacia Casa de Piedra y Santo Domingo, o en cualquiera de las otras direcciones posteriores previstas, me indujo a considerar el envío de instrucciones a Suñol a fin de que se replegara hacia el camino de Gamboa para proteger el acceso por esa vía a El Naranjo y a Santo Domingo. El propio Suñol, por otra parte, me había hecho saber su criterio de que esa tropa tal vez no llegara a Providencia, ya que el río estaba hondo y no daba fácil paso a los transportes, sino que intentara flanquear esa posición y penetrar directamente al Salto, detrás de la línea rebelde, a través del firme de La Llorosa hacia La Plata.

El parte militar, elaborado para Radio Rebelde el 12 de junio, decía lo siguiente con relación a la situación en el sector nordeste de la batalla:

Mientras tanto, en el otro lado de la Sierra al norte de la misma por la zona de Bueycito, el enemigo lanzó sus fuerzas a la ofensiva intentando avanzar hacia la Sierra. Después de dos días de intensos combates fue paralizado el avance de las fuerzas enemigas que sólo logró penetrar tres kilómetros en territorio rebelde a un alto precio de vidas.

En ese mismo parte se reiteraba lo que ya se había convertido casi en un motivo constante en las informaciones que ofrecía nuestra emisora:

El Ejército Rebelde está combatiendo gallardamente contra fuerzas innumerablemente superiores en número y armas, pero que no podrán vencer la tenaz y heroica resistencia que en todas las formas y tácticas de lucha imaginables le están ofreciendo y le ofrecerán cada vez más intensamente nuestras fuerzas.

No había realmente nada nuevo que informar.

Después de unas horas de relativa inactividad en La Estrella, el jefe del Batallón 11 había ordenado el día 10, al grueso de sus fuerzas, reiniciar el avance en la misma dirección anterior del curso superior del río Buey. Durante las dos jornadas siguientes, los guardias habían logrado alcanzar los barrios de Caña Brava y Platanito —donde había estado funcionando uno de nuestros hospitales de campaña a cargo del doctor Sergio del Valle, ya evacuado—. Esos eran los tres kilómetros a que se refería el parte de Radio Rebelde, ganados a sangre y fuego frente a la constante resistencia de los combatientes de Guillermo García y las escuadras de la Columna 4. Hasta ese momento, por tanto, parecía que el plan enemigo se mantenía según la variante prevista de alcanzar el firme de la Maestra en la zona de Santana.

Sin embargo, al parecer desde el propio día 10, Sánchez Mosquera había iniciado exploraciones a lo largo del río Palmarito, afluente del Buey a la altura de La Estrella, con la intención de probar una vía alternativa en dirección a los barrios de Banco Abajo y Banco Arriba y, eventualmente, del firme de El Descanso. De la misma forma, el día 12, tras haber ocupado Caña Brava, envió una parte de su fuerza por el río California, también afluente del Buey a la altura de ese barrio, con la intención de probar esta otra ruta alternativa que lo conduciría al firme de California.

Todavía el 12 de junio, nuestros capitanes en la zona seguían considerando que el golpe principal del enemigo proseguiría por el río Buey, en dirección a La Habanera y el firme de la Maestra en Santana. Las informaciones que recibí ese día de Ramiro daban cuenta de la ocupación de Caña Brava, y ratificaban que esa seguía siendo la dirección del avance principal. Lalo Sardiñas, sin embargo, me informó ese mismo día desde su posición en Los Lirios de Naguas que los guardias estaban entrando a Banco Abajo, pero no tenían aún elementos para poder determinar que se había producido un cambio en la dirección principal.

No fue sino hasta el día siguiente cuando la nueva situación comenzó a esclarecerse.

En la tarde del 13 de junio, una avanzada de la fuerza de Sánchez Mosquera llegó a El Descanso y acampó esa noche en los alrededores de la casa de Hipólito Vázquez, colaborador campesino de nuestra columna. En ese momento, la fuerza rebelde más cercana era el pelotón de Lalo Sardiñas, quien seguía emboscado en Los Lirios, a unas tres horas de camino de El Descanso. Fue el propio Lalo quien me envió la primera noticia de este movimiento, al día siguiente por la mañana.

La llegada de esta tropa enemiga a ese lugar introdujo un elemento nuevo en la situación táctica. En un primer momento no fue posible determinar si se trataba de un movimiento diversionista o del envío por parte del jefe del Batallón 11 de una pequeña fuerza en busca de suministros a Estrada Palma por vía del río Naguas, o si, por el contrario, se trataba de un cambio en la dirección del golpe principal en el intento de penetración por el nordeste. El hecho es que el movimiento planteó una serie de variantes nuevas a las que teníamos que dar respuesta con las escasas fuerzas de que disponíamos en ese momento.

Las dos entradas principales que podían conducir directamente a la zona de Santo Domingo habían estado cubiertas desde principios de mayo, cuando se ejecutaron las primeras disposiciones de defensa ante la inminencia de la ofensiva. Eddy Suñol había mantenido ocupadas las posiciones en Providencia desde las cuales se dominaba visualmente todo el llano hasta Estrada Palma, y se podía hacer una primera resistencia efectiva en caso de que el enemigo intentara penetrar por el camino que subía por todo el río Yara desde Cerro Pelado. La otra entrada había estado vigilada desde Los Lirios por el personal de Lalo Sardiñas, poco numeroso y mal armado. Entre Providencia y Santo Domingo, cuidando un acceso vital al firme de la Maestra por El Cristo, El Toro y Gamboa, estaba situada la pequeña tropa al mando de Félix Duque. En el propio Santo Domingo, en los alrededores de la casa del colaborador campesino Lucas Castillo, llevaba algún tiempo acampada la escuadra al mando de Paco Cabrera Pupo, quien actuaría como refuerzo en cualquier dirección en que la amenaza se hiciera más patente. Este era todo el personal —apenas 50 hombres en total, muchos de ellos insuficientemente armados y con parque escaso—, de que disponíamos para enfrentar la amenaza que se cernía tan de cerca sobre el corazón de nuestro territorio.

Suponiendo que la tropa que había llegado a El Descanso el 13 de junio llevara una misión combativa, podía continuar avanzando hacia Los Lirios o tomar el camino de Loma Azul para caer eventualmente en La Jeringa. Una vez allí podía bajar por el río Yara hacia Pueblo Nuevo y Santo Domingo, o escalar directamente el firme de la Maestra y salir por la retaguardia de las líneas rebeldes a la altura de Agualrevés. Una tercera ruta de esta fuerza podía ser la de proseguir la marcha atravesando La Sierrita hasta El Cacao, y subir luego al alto, lo cual le permitiría después dejarse caer directamente sobre Santo Domingo. A todas estas alarmantes posibilidades habría que añadir el hecho de que los movimientos de la tropa de El Descanso pudieran estar en combinación con los del resto de las fuerzas del Batallón 11, que hasta el momento parecían seguir la dirección original de su golpe principal.

Desde la posición que ocupaba en Los Lirios, lo único que Lalo Sardiñas podía hacer era tratar de impedir el paso del enemigo por la primera de las rutas mencionadas. Al amanecer del día 14, Lalo envió un informe urgente a Paco Cabrera Pupo para que me lo transmitiera a mí, al tiempo que, con aguda percepción de la situación táctica, le recomendaba que se trasladara a El Cacao para interceptar al enemigo en caso de que intentara la tercera variante. Paco me trasladó el informe de Lalo, pero como tenía instrucciones precisas de permanecer en Santo Domingo, no se movió hasta no recibir una orden mía.

Mi respuesta no se hizo esperar. Previendo la posibilidad de que la tropa enemiga tomara el camino de Loma Azul hacia La Jeringa, que era de una de las variantes analizadas en su momento por mí, ordené a Lalo que se mantuviera en Los Lirios y que, en caso de que el enemigo siguiera el camino de Loma Azul, le tratara de tomar la delantera y lo interceptara antes de que pudiera llegar al alto de La Jeringa. Una vez más nuestros planes de contingencia tenían que estar basados en la superior movilidad de las fuerzas rebeldes, ya que no había hombres suficientes para cubrir todos los posibles accesos. "Nos resentimos de la falta de una reserva mínima", le escribí al Che en un mensaje que le cursé a las 2:00 de la tarde del día 14, en el que le informé de esta nueva situación.

No me llevó mucho tiempo evaluar las implicaciones de este movimiento enemigo y precisar todos los posibles cursos de acción que se abrían. En cuanto a la defensa de la vía de El Cacao, el peligro era menos inmediato y ya habría tiempo —unas horas más— para tomar las medidas necesarias. En la situación táctica en que se desarrollaba la defensa de La Plata, lo que importaba era lo más inmediato. Resulta revelador de nuestro enfoque pragmático lo que le dije al Che en ese mismo mensaje, refiriéndome al peligro planteado por la tropa llegada a El Descanso: "Veré qué hago si avanzan por ahí". Pero de lo que sí podía estar seguro cualquiera era de que, aun en esa difícil coyuntura, no habíamos perdido ni el optimismo ni la confianza. "La situación se ha ido haciendo un poco complicada". Eso era todo cuanto admitía en lo referido a ese sector.

En definitiva, el movimiento enemigo no me tomó por sorpresa. El propio día 14, antes de recibir las noticias que me enviaba Lalo, le había escrito a Orlando Lara que cabía esperar del Ejército que buscara alguna forma de flanquear las entradas previsibles al reducto rebelde de la Maestra por el Norte, que eran las Vegas de Jibacoa y Santo Domingo. Ese mismo día le había ordenado a Suñol que cubriera con algunos de sus hombres, reforzados por otros de Lara, el camino que subía de Arroyón al alto de La Llorosa, para evitar que por esa vía el enemigo pudiera llegar a El Toro.

Como parte de las medidas de replanteamiento estratégico y táctico tomadas después del desembarco del Batallón 18 en Las Cuevas —al que nos referiremos en el capítulo siguiente— envié el 14 de junio unas instrucciones al comandante Ramiro Valdés, jefe de la Columna 4 desde el traslado del Che a Minas de Frío. A las 7:00 de la mañana de ese día, cuando me senté a redactar el extenso documento de 18 páginas para Ramiro en la casa del Santaclarero en La Plata, todavía no había recibido la noticia de que la columna de Sánchez Mosquera, que presionaba desde finales de mayo, precisamente por el sector de Ramiro, había variado la dirección de su penetración y, al parecer, replegándose hacia La Estrella había llegado a El Descanso. El supuesto táctico de que partía en estas instrucciones, por tanto, era que la fuerza enemiga seguiría procurando avanzar en la misma dirección que traía, con la intención de coronar el firme de la Maestra por la zona de Santana.

Partiendo de este supuesto, orienté a Ramiro que situara una escuadra por el camino que subía a El Hombrito, otra en el alto de Escudero y dos en la entrada del río La Mula —tres posibles accesos desde el Norte y el Sur a la Maestra, al este de Santana y del pico Turquino—, y que concentrara el resto del personal, es decir, el grueso, en la defensa del camino que subía de Minas de Bueycito a Santana, que parecía ser la ruta principal que intentaba seguir Sánchez Mosquera. La idea de maniobra era retardar el avance del enemigo y "[...] hacerle pagar lo más caro posible la penetración". En otras palabras, lo que estaba previendo era la probabilidad de que no pudiera contenerse, en definitiva, el avance del Batallón 11 hasta el firme de la Maestra, teniendo en cuenta la intensidad del golpe, así como las fuerzas relativamente escasas que podíamos oponer. El propósito de la defensa, por tanto, seguía siendo el desgaste del enemigo para buscar su agotamiento y, en consecuencia, la pérdida de su impulso ofensivo.

Le reproché a Ramiro —en mi mensaje— haber permitido que se cometieran dos de los pecados cardinales de nuestro decálogo guerrillero: la falta de preparación de defensas adecuadas y el gasto excesivo de parque.

Considero que a pesar de mi insistencia ustedes descuidaron el problema de las trincheras y defensas, y no tendría nada de extraño, porque yo he tenido que batallar mucho para que la gente abriera verdaderos huecos y preparara trincheras efectivas protegidas contra todo y no hoyitos ridículos, que es la tendencia de la inmensa mayoría.

Por ese camino de las Minas a Santana, bien fortificado, ni Mosquera ni nadie puede avanzar sin desangrar su tropa hasta el máximo.

Y con relación al parque:

Me luce que la gente nuestra no está combatiendo ahí al enemigo con inteligencia. A juzgar por las balas que se gastan, debiera haber cien guardias muertos, ya que estando nosotros a la defensiva y teniendo ellos que avanzar, se les podía hacer muchas bajas, desde posiciones bien preparadas y combinadas.

Te parecerá tal vez que te escatimo el parque. Comprenderás que no puedo agotar nuestras ya escasas reservas por ese solo punto cuando estoy consciente del tiempo mínimo que debemos resistir organizadamente y de cada una de las etapas sucesivas que se van a presentar. Realmente tengo la impresión [de] que aunque con valor, nuestros hombres no están combatiendo en ese punto con pericia.

Este último asunto, como siempre, era crucial, pues no existían reservas de parque no ya inagotables, sino siquiera adecuadas, como tampoco refuerzos de hombres.

En ese mismo documento expuse ampliamente muchas de las concepciones estratégicas que pensaba aplicar ante la ofensiva enemiga, que se estaba acercando ya a su momento más crítico:

[...] en este momento, estoy pensando cuidadosamente en las semanas y meses venideros. Esta ofensiva será la más larga de todas, porque es la última de todas. Después del fracaso de este esfuerzo, Batista estará perdido irremisiblemente y él lo sabe, por tanto echará el resto. Esta es, pues, una batalla decisiva, que se está librando precisamente en el territorio más conocido por nosotros.

Y seguidamente preciso:

Yo estoy dirigiendo todo mi esfuerzo a convertir esta ofensiva en un desastre para la Dictadura, tomando una serie de medidas destinadas a garantizar: primero, la resistencia organizada un tiempo largo, segundo, desangrar y agotar al ejército y tercero, la conjunción de elementos y armas suficientes para lanzarnos a la ofensiva apenas ellos comiencen a flaquear. Estoy preparando una por una las áreas de sucesivas defensas. Estoy seguro de que haremos pagar al enemigo un precio altísimo. A estas horas, es evidente, que están muy retrasados en sus planes y aunque presumo que hay mucho que luchar, dados los esfuerzos que deben hacer para ir ganando terreno no sé hasta cuándo les dure el entusiasmo.

La cuestión es hacer cada vez más fuerte la resistencia y ello será así, a medida que sus líneas se alarguen y nosotros vayamos replegándonos hacia los sitios más estratégicos.

La idea estratégica era organizar una defensa escalonada, cada vez más firme en la medida en que se concentraran las líneas defensivas, y cada vez más costosa al enemigo, que tenían en su contra tres factores: la extensión progresiva de sus líneas de abastecimiento en un terreno plenamente desfavorable para él, ya que no estaba en condiciones de garantizar la seguridad de su retaguardia, y quedaba expuesto al ataque constante de sus convoyes de suministro; la necesidad de desarrollar sus operaciones más importantes en un territorio familiar a los rebeldes, que conocíamos palmo a palmo y en el que habíamos preparado nuestras defensas más elaboradas, y finalmente, la imposibilidad moral y material que suponía al enemigo —y los hechos me dieron la razón— para sostener por un tiempo relativamente prolongado una campaña que le costaba tanto esfuerzo y desgaste.

Como parte de la estrategia de concentración de fuerzas y previendo la posibilidad de que el enemigo alcanzara la Maestra, le ordené, en consecuencia, a Ramiro trasladar el campamento principal de la Columna 4 de La Mesa hacia Agualrevés, al oeste de Santana en la propia Maestra. El traslado incluiría todas las instalaciones, talleres, víveres y reses. De tal suerte, aun en el caso de que el enemigo alcanzara la Maestra por Santana, las fuerzas y los recursos de ese sector rebelde no quedarían aisladas de las de la Columna 1 en los accesos a La Plata, sino integradas en un sistema único y orgánico de defensa que abarcaría, todavía en ese momento, territorios importantes al este del Turquino.

Con lujo de detalles, instruí a Ramiro acerca de las posiciones en que debía desplegar sus fuerzas en el caso de que los guardias franquearan la Maestra. Cabe apuntar aquí que yo no le concedía posibilidad alguna de avance al enemigo más allá de Santana:

Una vez situadas en Agualrevés y así dispuestas las fuerzas, se acabó el retroceso. Con el Turquino en un flanco, la Maestra en otro, nosotros protegiéndoles este lado, es de todo punto imposible que ningún Ejército avance por ahí.

De esta forma, quedaría plenamente asegurado en el sector oriental el objetivo estratégico fundamental en toda esta etapa, desglosado en el mensaje a Ramiro en los puntos siguientes:

1o Proteger y mantener territorio básico para abastecernos en él de armas y municiones por aire, cosa que está muy adelantada.

2o Mantener la planta trasmisora que se ha convertido en factor de primera importancia.

3o Resistir organizadamente los tres meses que considero indispensables para poder lanzarnos a la ofensiva con abundantes hombres y equipos.

4o Ofrecer una resistencia cada vez mayor al enemigo a medida que nos concentremos y ocupemos los puntos más estratégicos.

5o Disponer de un territorio básico donde funcione la Organización, los hospitales, los talleres, etcétera.

Esta defensa organizada y cada vez más concentrada del "territorio básico" en torno a La Plata, en espera del momento de pasar a la contraofensiva, prevista desde el principio como eje de nuestra planificación estratégica frente a la ofensiva enemiga, adquiriría ahora mucha mayor significación a partir del desarrollo hasta ese momento de los hechos. En realidad, el 14 de junio, fecha en que redacté este largo mensaje, faltaban menos de 15 días para el agotamiento del impulso ofensivo del Ejército de la tiranía y el inicio de una segunda etapa que se caracterizaría por la contención de esa ofensiva y la preparación de condiciones para la contraofensiva rebelde.







FUSIL BELGA CON MIRILLA TELESCÓPICA



San José, Costa Rica. 6/10/57.
1.30 PM

Querido Sr. Don Juan,
Después de
estudiar detenidamente la situación
y analizar las tropas enemigas y
sus acciones he decidido enviarles
un mensaje urgente este mensaje
es urgente para que los
señores señores que pueda disponer
de va a llegar en la ciudad
una batalla de la mayor importancia
ya. Ellos van a comenzar pronto
esto es un hecho ya los fuertemente
hago de ser un hecho decisivo. El
momento que viene pueden cancelar
esta vez no importa a las tropas
estas tropas, lo que importa es que
reunidos al momento al mismo se
vengan para aprovechar al máximo
las circunstancias ventajosas de
el momento de su avance de
última la lucha. En ningún
momento se debe perder de vista
de que se trata de una guerra de
guerra que implica la vida de
las personas y la vida de los
señores señores que se
de una guerra que se
de una guerra que se
de una guerra que se

Querido Sr. Don Juan,
Después de
estudiar detenidamente la situación
y analizar las tropas enemigas y
sus acciones he decidido enviarles
un mensaje urgente este mensaje
es urgente para que los
señores señores que pueda disponer
de va a llegar en la ciudad
una batalla de la mayor importancia
ya. Ellos van a comenzar pronto
esto es un hecho ya los fuertemente
hago de ser un hecho decisivo. El
momento que viene pueden cancelar
esta vez no importa a las tropas
estas tropas, lo que importa es que
reunidos al momento al mismo se
vengan para aprovechar al máximo
las circunstancias ventajosas de
el momento de su avance de
última la lucha. En ningún
momento se debe perder de vista
de que se trata de una guerra de
guerra que implica la vida de
las personas y la vida de los
señores señores que se
de una guerra que se
de una guerra que se
de una guerra que se

Después de haber recibido por correo desde La Haya, el Don Juan,
Junio, 1957. 410 PM.

Querido Sr. Don Juan,
Después de haber estudiado detenidamente la situación
y analizar las tropas enemigas y sus acciones he decidido
enviarles un mensaje urgente este mensaje es urgente para
que los señores señores que pueda disponer de va a llegar
en la ciudad una batalla de la mayor importancia ya. Ellos
van a comenzar pronto esto es un hecho ya los fuertemente
hago de ser un hecho decisivo. El momento que viene pueden
cancelar esta vez no importa a las tropas estas tropas, lo
que importa es que reunidos al momento al mismo se vengán
para aprovechar al máximo las circunstancias ventajosas de
el momento de su avance de última la lucha. En ningún
momento se debe perder de vista de que se trata de una guerra
de guerra que implica la vida de las personas y la vida de los
señores señores que se de una guerra que se de una guerra
que se

Desembarco en el Sur

(Capítulo 5)

El martes 10 de junio se produjo finalmente el desembarco enemigo por la costa sur de la Sierra, que nosotros estábamos esperando desde mucho antes del inicio efectivo de la ofensiva, y con ello, la



apertura del Tercer Frente de combate, ahora en el sector sur de nuestro territorio.

Le tocó cumplir esa misión al Batallón 18, al mando del comandante José Quevedo Pérez. Este batallón había sido creado a los efectos de la ofensiva, a partir de una compañía mixta compuesta por personal del cuartel Maestro del Ejército, situado en la base de San Ambrosio, en La Habana, y personal de la Escuela de Cadetes. La compañía había sufrido un importante descalabro en el mes de febrero, en ocasión de el Combate de Pino del Agua, y el comandante Quevedo había sido designado como su jefe en los primeros días de marzo.

En las semanas anteriores al inicio de la primera fase de la ofensiva, estos efectivos habían sido ampliados hasta crear las compañías denominadas G-4 y Escuela de Cadetes, y se había agregado una nueva compañía —la 103— con personal del Regimiento 10 de Infantería, que tenían su base en San Antonio de los Baños.

Para esta operación, el Batallón 18 contaba con una plantilla completa de 315 efectivos, además de una sección de morteros y del personal sanitario. Disponía de un mortero de 81 milímetros, otro de 60, una bazuca de 3,5 pulgadas, dos fusiles automáticos Browning, una subametralladora Thompson, fusiles semiautomáticos Garand, carabinas San Cristóbal y fusiles Springfield. Las armas estaban provistas de parque relativamente abundante para la campaña que debían librar, y el personal disponía de suministros para un mes de operaciones en la montaña.

El batallón se movilizó el 9 de junio, y alrededor de las 4:00 de la tarde salió en camiones hacia Santiago de Cuba. Como parte del convoy, además del personal y los pertrechos, iban dos *jeeps* y otras tantas arrias de mulos recogidas en la zona de Contramaestre. Antes de la salida se le agregaron también a la tropa, en calidad de prácticos, cinco conocedores de la zona de la Sierra, donde iba a operar la unidad. Esa misma noche abordaron en Santiago de Cuba la fragata *Máximo Gómez* y otra embarcación.

Después de navegar toda la noche, las dos embarcaciones llegaron en horas de la mañana frente al lugar conocido como Las Cuevas, al pie mismo del macizo del Turquino. El desembarco comenzó de inmediato, y se dificultó por las condiciones de mar gruesa y oleaje fuerte, características de esa parte de la costa. La playa de Las Cuevas, en realidad, no es tal playa, sino una orilla de grandes piedras redondas. Los hombres iban llegando a la costa en pequeños botes de remos, mientras los mulos, alborotados y nerviosos, fueron echados al agua a tirones y empujones.

Salvo las exploraciones y los tiros de limpieza que acompañaban habitualmente una operación de este tipo, el desembarco se produjo sin incidencias combativas. En Las Cuevas no había personal rebelde. De hecho, era uno de los poquísimos lugares con condiciones relativas para el desembarco que no había sido cubierto por nosotros, producto de la escasez de fuerzas de que disponíamos en ese sector.

Debo decir que mi primera reacción al recibir las informaciones iniciales sobre el desembarco fue de sospecha. En un mensaje, enviado a Paz al día siguiente, escribí que, de ser cierta la noticia:

[...] indicará indudablemente que [las fuerzas enemigas] estaban en conocimiento de la posición de nuestras tropas [...].

Estaba esperando yo tener algunos hombres más armados para custodiar este último punto [Las Cuevas] que era el que nos faltaba.

Desgraciadamente, en la documentación ocupada al enemigo no existen referencias a las razones que determinaron la selección de Las Cuevas para el desembarco. Sin duda, las playas de Ocujaí o de La Plata, por mencionar solo dos puntos, tenían mejores condiciones naturales y, por esa razón, eran los puntos mejor fortificados por nosotros y a los que habíamos destinado mayor cantidad de personal rebelde en espera del desembarco. Sin embargo, la

decisión de escoger Las Cuevas —feliz para el mando enemigo— permitió que el desembarco del día 10 se llevara a cabo sin resistencia de ningún tipo. No era aventurado conjeturar que de haber estado emplazada en Las Cuevas, aunque fuera una patrulla rebelde, el desembarco, en las difíciles condiciones en que se produjo, hubiera sido prácticamente imposible o, en el peor de los casos, se hubiera llevado a cabo al costo de no pocas bajas del Ejército.

Por una coincidencia singular, el 9 de junio, el mismo día que se movilizó el Batallón 18 desde Maffo, escribía yo desde la Sierra un mensaje al jefe de esa tropa. Una hermana del combatiente rebelde Orlando Pantoja, *Olo*, que vivía cerca de Contramaestre, había subido en esos días a la loma con alguna misión. Por esa vía me había enterado de que el jefe de la tropa acantonada en Maffo era José Quevedo, quien había sido un compañero de aulas en la Universidad de La Habana, y con quien había establecido entonces relaciones relativamente cordiales, antes del golpe de Estado de Batista. Decidí escribirle, tal como le puse en la carta: "(...) sin pensarlo, sin decirte ni pedirte nada, sólo para saludarte y desearte muy sinceramente buena suerte". En realidad, en la carta hice bastante más que saludarlo:

Era difícil imaginar cuando usted y yo nos veíamos en la Universidad que algún día estaríamos luchando el uno contra el otro, a pesar de que, tal vez, ni siquiera albergamos distintos sentimientos respecto a la patria cuya sola idea estoy seguro usted venera como la venero yo.

Así comenzaba la carta, y proseguía con una amarga valoración de la conducta criminal del Ejército enemigo y de tantos jefes que, a diferencia de Quevedo, habían convertido el oficio militar en ocupación de matarife. Recordando aquellos años le escribía al antiguo compañero de estudios:

No tenía entonces, como no tengo hoy, a pesar de lo doloroso de las circunstancias que han situado a las Fuerzas Armadas junto a la más nefasta política que recuerda nuestra historia, sentimientos de odio contra los militares. He enjuiciado con palabra dura la actuación de muchos y en general del Ejército, pero jamás mis manos ni la de ninguno de mis compañeros se han manchado con la sangre ni envilecido con el maltrato de un militar prisionero [...].

Y concluía con esta apelación indirecta a los sentimientos de honor y honestidad del jefe militar:

Ni siquiera el espíritu de cuerpo, que es sostén de la unión, el sentimiento que explotan los que han llevado al Ejército a una guerra absurda e insensata, existe realmente, porque el más digno, el más honorable de los militares, por simples sospechas puede ser detenido, humillado, golpeado y lanzado a las mazmorras de una prisión como vulgar delincuente, lo que no toleraría jamás ningún ejército con verdadero espíritu de cuerpo en las personas de sus oficiales.

No era difícil adivinar la intención que se ocultaba tras esta carta. Al igual que Quevedo, en el Ejército de la tiranía había otros oficiales no comprometidos con los crímenes y abusos, potencialmente descontentos con el oprobio en que se había sumido la carrera de las armas en Cuba, y que, por esa vía, pudieran ser susceptibles de rebelarse ante esa situación. El llamado sutil e indirecto a la conciencia y al sentido del honor militar de vieja escuela pudiera sembrar en un individuo de los antecedentes de Quevedo —después me enteraría que incluso había estado involucrado en la conspiración militar contra Batista abortada en abril de 1956— la primera semilla de cuestionamiento.

Sin embargo, por razones obvias, la carta no pudo llegar a su destino. Mi siguiente contacto con este oficial tendría lugar en circunstancias bien distintas.

Las primeras noticias no confirmadas del desembarco enemigo me llegaron al anochecer del propio día 10. Mis disposiciones iniciales fueron mandar a buscar de la zona de Las Mercedes al pelotón de Andrés Cuevas, y pedirle al Che el rápido envío de siete hombres de Minas de Frío, cinco de ellos armados con fusiles Garand.

"Ahora hay que prestar a la costa el máximo de atención", escribí al amanecer del miércoles 11 en un mensaje a Orlando Lara, quien para esa fecha había subido con parte de sus hombres desde el llano con la misión de ocupar posiciones en el camino de Las Mercedes a las Vegas de Jibacoa.

Después del desembarco en Las Cuevas, se hizo evidente el plan enemigo de avanzar sobre el corazón del territorio rebelde desde tres direcciones principales. Por el noroeste, desde Las Mercedes y Arroyón, rumbo a las Vegas de Jibacoa, y quizás Providencia; por el nordeste, desde la zona de Buey Arriba hacia el firme de la Maestra, hasta el momento —al parecer— en dirección de Santana y La Jeringa; y por el Sur, desde Las Cuevas hacia Palma Mocha y el alto de La Plata. Todavía en esta fecha no quedaba clara la dirección del golpe principal en el sector noroeste, aunque se presumía que estaría dirigido hacia San Lorenzo o las Vegas de Jibacoa, tampoco se había producido el cambio de trayectoria de la penetración del Batallón 11, que avanzaba desde Minas de Bueycito.

A partir del desembarco del Batallón 18 en Las Cuevas, la defensa de la zona del río La Plata adquirió importancia prioritaria porque, de las tres amenazas, era la que implicaba mayor riesgo. El acceso al territorio rebelde central era más factible desde el Sur, además, un avance desde esa dirección pondría en peligro inmediato el campo aéreo de la boca de Manacas. "[...] hay que tratar de defender Alfa [la pista de los aviones] lo que se pueda y evitar que penetren desde el mar", le escribí al Che en la noche del 10 de junio. En el mismo mensaje, le pedía los siete hombres de refuerzo: "La cuenca de la Plata es el punto que debemos retener más tiempo".

No me cabía la menor duda, a esas alturas, de que el desembarco del Batallón 18 en el Sur, unido a las informaciones recibidas de Ramiro acerca del reinicio de violentas acciones en la zona de Minas de Bueycito, indicaban que el enemigo se disponía a lanzar la segunda fase de su ofensiva, es decir, la penetración a fondo en el corazón rebelde. Como parte de las disposiciones de reforzamiento general de la defensa del territorio en torno a La Plata, fue el 11 de junio, al día siguiente del desembarco, cuando cursé la orden a Camilo de regresar a la Sierra con los 40 hombres mejor armados y más aguerridos de su tropa en el llano.

En lo que respecta al frente sur, a raíz de las noticias sobre el desembarco del Batallón 18 en Las Cuevas, mi impresión, y casi convicción era que el enemigo desembarcaría posiblemente también al oeste de La Plata, en El Macho, El Macío o quizás, incluso, en La Magdalena, y avanzaría de manera simultánea desde el Este y el Oeste por los caminos de la costa hacia el río La Plata. Una vez unidos en la desembocadura, iniciarían el avance río arriba.

Por tanto, en la primera evaluación de la situación táctica que realicé después del desembarco enemigo en Las Cuevas, no figuraban en un primer plano, en ese preciso momento, otras variantes de acción del enemigo, como pudieran ser, entre algunas que cabría mencionar, la posibilidad de un desembarco directo en la desembocadura de La Plata, la penetración desde El Macho o El Macío —en caso de un desembarco en alguno de esos puntos— en dirección a la zona de Caracas, el avance por el río Palma Mocha o el desembarco en La Magdalena y el avance por ese río en dirección a El Coco y El Roble, y de ahí a Minas de Frío o hasta Cahuara, y de allí a Jigüe. De todas formas, estas contingencias, si bien más remotas, había que preverlas en algún momento en los planes defensivos.

Hay que tener en cuenta, además, que en lo que respecta específicamente al frente sur, la situación se tornó muy fluida en el curso de los días posteriores al desembarco enemigo, y con ella iba evolucionando también de manera muy dinámica nuestra planificación defensiva.

En mantenerse constantemente al tanto de los acontecimientos, y siempre un paso por delante de ellos, en esa suprema flexibilidad operativa radicó una de las claves tácticas más importantes del éxito del Ejército Rebelde. Esta primera fase de la campaña en el frente sur de la ofensiva, hasta la llegada de Quevedo a Jigüe, constituye quizás uno de los ejemplos más significativos.

Lo que sigue a continuación es un intento de reconstrucción de la vertiginosa marcha de los acontecimientos durante estas primeras jornadas de lucha en el Sur.

En un mensaje a Pedro Miret, quien seguía al frente de la fuerza rebelde atrincherada en la desembocadura del río La Plata, la mañana del 11 de junio, al día siguiente del desembarco del Batallón 18, le transmití las instrucciones para la defensa de ese sector:

La primera resistencia hay que hacerla en la costa y por los flancos lo más lejos posible en los lugares más estratégicos de los caminos que vienen del Macho y Palma Mocha. Cuando hayan tenido que replegarse hasta el río [La Plata], resistir entonces río arriba hasta el campo [de aviación], metro a metro. Destruir el avión si no podemos hacer nada por salvarlo e inutilizar el tractor quitándole y guardando algunas piezas esenciales. Después la resistencia hay que hacerla río arriba hasta el Jigüe. Es muy importante que tengan que pagar con muchas vidas cada kilómetro que avancen hacia nosotros. Hacer muchas trincheras donde quiera que vayan a resistir.

Como se puede apreciar, estas instrucciones recogían el sentido esencial de nuestro plan general, es decir, la resistencia escalonada y tenaz al enemigo, para dificultar y demorar su avance el mayor tiempo posible y desgastarlo de manera incesante e inexorable. No se trataba de detenerlo en un primer momento, difícilmente podríamos lograrlo con los efectivos rebeldes concentrados en la costa.

Obsérvese también la mención a Jigüe como último punto contemplado implícitamente en la retirada rebelde y, por tanto, en la penetración enemiga. De hecho, ya en este momento yo tenía previsto ese lugar como el posible escenario de la batalla decisiva en este sector. No se trataba de un sueño o una inspiración. Era el resultado de un íntimo conocimiento del terreno y de la consagración al estudio y el análisis de los modos de actuar del Ejército, lo que me llevaba a predecir, por lo general con bastante exactitud, lo que iba a ocurrir. De aquel ajedrez de batallones moviéndose, apoyados por la aviación militar y la marina podían salir todas las variantes, esos dos factores fueron esenciales en la elaboración de las ideas que condujeron a la derrota enemiga. Y en otro mensaje inmediatamente posterior, volví a insistirle: "Tienes que resistir de verdad y no dejarlos llegar al Jigüe ni a Puralón si es posible. Ese camino es formidable para combatir".

Con el desembarco en Las Cuevas ya no tenía sentido la defensa de Ocuja y la permanencia allí del pelotón rebelde de Ramón Paz. Al día siguiente del desembarco ordené a Paz que se replegara hacia el río Palma Mocha, a la altura de la casa del colaborador campesino Emilio Cabrera, en El Jubal, que era donde venía a salir uno de los caminos que partían de Las Cuevas y, por tanto, una de las posibles vías de penetración del enemigo.

Cursadas las instrucciones antes citadas a Pedro Miret para la defensa del río La Plata, me dediqué entonces a organizar las primeras medidas defensivas en la zona entre el Turquino y Palma Mocha. Instruí también a Paz que ordenara a la escuadra de Vivino Teruel, la que hasta ese momento cuidaba la desembocadura del río Palma Mocha, que se retirara casi un kilómetro río arriba y preparara una primera línea defensiva en espera de nuevas instrucciones. Igualmente, Paz debía enviar una escuadra de su tropa "[...] lo más avanzada posible por el camino de la casa de Emilio [Cabrera] a las Cuevas, que esté al acecho de cualquier movimiento enemigo por ese camino y hacerle la primera resistencia".

También le indiqué a Almeida que, con algunos de los hombres traídos por él desde el Tercer Frente, se ubicara en el alto de Palma Mocha, entre este río y el de La Plata, como una especie de reserva dispuesta a moverse hacia donde fuese necesario.

Ya en esos momentos, nuestra preocupación principal no era que el enemigo ocupara Ocuja o Las Cuevas, o cualquier otro punto de la costa, salvo la desembocadura del río La Plata. Así se lo hice saber a Paz en un extenso mensaje que le envié al mediodía del 11 de junio, en el que expresaba cuál constituía nuestro objetivo esencial a la luz de la situación táctica creada después del desembarco:

"Ahora lo que hay que impedir es que [el enemigo] avance hacia arriba".

En ese mismo mensaje analicé los cursos más posibles de acción de la tropa que había desembarcado, partía de la premisa de que su primer movimiento sería la ocupación de Ocuja y de la playa de Palma Mocha para asegurar sus dos flancos. De ahí en adelante, las tres variantes principales eran: el avance desde Las Cuevas hacia el curso superior del río Palma Mocha por el camino que sale a El Jubal, el avance hacia el mismo punto a lo largo del camino que sigue el curso del río desde la desembocadura, y el avance hacia La Plata por el camino de la costa. En el primer caso, chocarían con la escuadra avanzada de la tropa de Paz; en el segundo, con la de Teruel; y en el tercero, con la que Miret tendría emplazada en el camino de la costa, lo más cerca posible del río Palma Mocha, de acuerdo con las instrucciones que yo le había enviado. En este último caso, la escuadra de Teruel debía hostigar a la fuerza enemiga desde la retaguardia.

Dentro de esta planificación inicial, el grueso del personal de Paz quedaría también como una reserva que debía maniobrar de acuerdo con las circunstancias. Había que prever también la contingencia de que uno de los dos caminos —el de la loma o el del río— fuera dominado por el enemigo; en tal caso, el ala rebelde que hubiera hecho contacto debía replegarse hasta la casa de Cabrera, punto que funcionaría como pivote en la planificación de contingencia. "[...] ahí comienza otro plan", le anuncié a Paz y, en efecto, ya lo estaba elaborando sobre la base del redespiegue de esas mismas fuerzas en los distintos accesos al firme de la Maestra, en la zona de Palma Mocha.

Y, finalmente, como posibilidad más remota: "Ellos, los guardias, pueden poner una pica en Flandes y subir por el Turquino, pero si hacen eso, ya nos las arreglaremos para que no vuelvan a subir". En esta improbable variante lo que procedería, además de reforzar las posiciones de la escuadra adelantada de Paz, sería cerrar con alguna otra fuerza la salida del pico Turquino hacia el alto del Joaquín y, eventualmente, hacia el curso superior del río Yara o el firme de la Maestra al este de La Plata.

En realidad, al enviar este mensaje yo suponía que Paz ya se había replegado desde Ocuja hacia el río Palma Mocha, en cumplimiento de las instrucciones que tenía en caso de que el desembarco enemigo se produjese en cualquier otro punto al oeste de Ocuja. Sin embargo, Paz había decidido esperar mi respuesta a la comunicación enviada sobre el desembarco, y se había limitado a reforzar al grupo que, al mando de Fernando Chávez, custodiaba la playa de Bella Pluma y el camino de la costa entre Las Cuevas y Ocuja. Teruel, en cambio, al observar el desembarco enemigo desde su posición en la desembocadura del río Palma Mocha, ejecutó en la mañana del día 11 el repliegue de su escuadra río arriba, lo único que, no solamente un kilómetro como yo le instruiría, sino hasta la misma casa de Emilio Cabrera.

Existía un camino que remontaba, aproximadamente de Sur a Norte, todo el curso del río Palma Mocha, desde la desembocadura hasta la casa de Emilio Cabrera. Ese era el que había seguido nuestra pequeña fuerza rebelde tras el primer combate victorioso en la desembocadura de La Plata, el 17 de enero de 1957. Todos estos eran, de más está decirlo, caminos o senderos de montaña en los que solo se podía transitar a pie y, en algunas porciones, en mulo o a caballo. La zona, además, estaba cubierta del monte virgen e impenetrable de la Sierra, por el que nada más sabían caminar campesinos y rebeldes.

En cuanto al sector más occidental de la costa, yo tenía en realidad pocas esperanzas de que los pequeños grupos rebeldes destacados en El Macho y El Macío —formados principalmente por personal no fogueado proveniente de la Columna 7 de Crescencio Pérez, constituida en su mayoría por campesinos de la zona— pudieran ofrecer una resistencia eficaz a cualquier intento de desembarco del enemigo por esos lugares. Por otra parte, dentro de mi esquema táctico, no resultaba tan importante la defensa de esos dos puntos de la costa como la del camino de acceso desde el Oeste hacia La Plata, donde se ubicaban Radio Rebelde y la Comandancia.

Teniendo en cuenta, inclusive, la posibilidad de un segundo desembarco en La Magdalena, entre La Plata y El Macho, aquellos grupos quedarían en ese caso en la retaguardia enemiga, y

su función se limitaría a cubrir el acceso por el río de El Macío o el alto de El Macho hacia la zona de Caracas. Pero, entre las variantes de maniobra del enemigo, esta era la más improbable a mi juicio, ya que esa ruta los alejaría del centro fundamental del territorio rebelde. Aun así, orienté al Che, el día 12, que enviara instrucciones a Crescencio, responsable inmediato del sector más occidental, en el sentido de que fortificara el camino de El Macío a El Ají, Arroyones y San Lorenzo.

Sobre la base de todas estas consideraciones decidí, el día 11, retirar de El Macho la escuadra de seis hombres al mando del teniente Ciro del Río, enviado allí unos días atrás, y ponerla a las órdenes de Pedro Miret en el camino costero de La Magdalena a La Plata. Veremos más adelante que una parte adicional del personal de la Columna 7 fue destinada a cubrir otras posiciones importantes.

En definitiva, mi aspiración era organizar con los escasos recursos de que disponía una defensa lo suficientemente estructurada del río La Plata, que demorara todo lo posible el dominio enemigo sobre el río.

"Tengo un plan que me parece bueno para defender la cuenca de la Plata por lo menos tres meses, de modo que haya un punto seguro por donde recibir armas", le escribí al Che en un mensaje al día siguiente del desembarco. Y a Miret le repetí en un tercer mensaje del propio día 11:

"Defenderemos La Plata tenazmente desde los dos flancos y por el mar".

En realidad, todavía me pregunto por qué los estrategas enemigos no realizaron un desembarco de apoyo al Oeste, pues la presencia de sus fuerzas en la zona de El Macho nos hubiera obligado a dispersar aún más nuestros limitados recursos defensivos en el frente sur, con lo que las posibilidades de una penetración más rápida al interior del territorio rebelde hubiesen sido mucho mayores.

Cuevas llegó con su escuadra a Mompí, donde estaba situada momentáneamente mi Comandancia, a las 10:00 de la noche del mismo día 11. Llegaba de combatir durante más de cinco horas esa misma mañana en Las Mercedes, y de una caminata infernal bajo la lluvia, entre el fango, a través de ríos crecidos. "Esta gente de Cuevas es formidable", escribí en un mensaje a Pedro Miret al día siguiente. "Ayer combatieron con el ejército en las Mercedes, desde las 8 hasta la 1 y 30, obligándolo a retroceder. A las 10 de la noche, bajo la lluvia, ya estaban aquí cumpliendo mi orden". Con esta proeza, Cuevas demostró una vez más que era uno de los jefes rebeldes más eficientes, y capaces de realizar con los hombres bajo su mando las tareas más difíciles y heroicas.

Esa noche, la fatigada tropa de unos 15 hombres comió lo que Celia dispuso y descansó, mientras su jefe me informaba de los últimos acontecimientos en la zona de Las Mercedes, y escuchaba mis pormenorizadas instrucciones sobre su crucial misión. A la mañana siguiente, poco después del amanecer, ya estaban en camino hacia su nueva posición, del otro lado de la Maestra, acompañados por la escuadra solicitada al Che, al frente de la cual iba el teniente Hugo del Río, hermano de Ciro.

Con Cuevas envié nuevas disposiciones para los capitanes rebeldes de la costa. El pelotón de refuerzo debía situarse en la desembocadura del río Palma Mocha, sobre la margen que daba para La Plata, en una posición tal que dominara la orilla del mar, contra cualquier intento de desembarco, y el llano de la desembocadura, en caso de que el enemigo entrara por tierra desde Las Cuevas. Esta fuerza contaba con una ametralladora de trípode calibre 30, que manejaba Primitivo Pérez.

La ubicación de Cuevas en este lugar respondía al presupuesto táctico de que el objetivo principal del enemigo, desembarcado por el Sur, era el dominio de la cuenca de La Plata y que, para ello, como paso previo elemental, tendría que ocupar la desembocadura del río Palma Mocha, bien por tierra o por mar. Y como, por fortuna, tenía un estrecho conocimiento del

terreno, sabía que este lugar era propicio para una buena emboscada, en cualquiera de los dos casos. La boca de Palma Mocha ya había servido de escenario, en agosto de 1957, de uno de los más violentos combates sostenidos durante el primer año de guerra.

Según mis nuevas instrucciones, la escuadra de Teruel se mantendría más arriba en el río, específicamente "[...] unos cincuenta metros más allá del punto donde el camino que viene de las Cuevas se une al de Palma Mocha". Interpretando rigurosamente esta orientación, Teruel debía posicionarse más allá de la salida al río del ramal derecho del camino; de los dos primeros, el situado aguas arriba. Finalmente, cinco hombres ocuparían posiciones sobre ese mismo camino, en el firme de la margen izquierda del río, con el fin de impedir la llegada de refuerzos desde Las Cuevas a la tropa que hubiera chocado con la escuadra rebelde en el río.

Una muestra del grado de detalle con que en esos días tomábamos nuestras previsiones, está en la instrucción siguiente contenida en el mensaje: "Esos hombres no deben situarse entre el camino y el mar, sino por la parte de arriba del camino". Es decir, se previó, inclusive, la posibilidad de que si se situaban del otro lado, pudieran quedar encerrados en el momento del combate entre la retaguardia de la columna enemiga y el mar.

Paz, mientras tanto, como oficial más antiguo, y como demostración de la confianza que tenía depositada en él, asumiría la responsabilidad general de estas posiciones, y se mantendría con la mayor parte de su tropa en la casa de Emilio Cabrera para moverse según las circunstancias. La ametralladora calibre 50 manipulada por Albio Ochoa y Fidel Vargas, una de las dos trasladadas de Costa Rica en el avión que trajo a Miret, se sumaría a Teruel para atacar por la retaguardia cuando chocaran con Cuevas, en caso de que la tropa enemiga bajara hacia la desembocadura del río.

Con estas disposiciones quedaba preparada lo que yo consideraba una trampa perfecta:

Situados así lo más conveniente para nosotros es que [los guardias] viniesen por tierra, donde podría ocurrir algo más grande que en el Oro o el Pozón, porque yo les aseguro que si entran allí no pueden salir. Si vienen por mar, también serían rechazados aunque no sería grande la encerrona.

Las referencias en este documento aluden a la emboscada en el Oro de Guisa contra el refuerzo, durante el Combate de Pino del Agua, en febrero de 1958, y al Combate del Pozón en abril, acciones ambas muy favorables para nosotros.

Las instrucciones a Paz y Pedrito se completaron con advertencias estrictas acerca del ocultamiento de las posiciones y evitar que se filtrara su ubicación, por indiscreción de algún vecino, al enemigo; la preparación de trincheras y fortificaciones adecuadas para resistir, incluso, el bombardeo naval y aéreo; y la necesidad de ahorrar al máximo el parque.

Finalmente, la última prevención a Pedro Miret: "Pedro debe tener siempre por lo menos dos hombres armados frente a la pista, por si ellos intentan un descenso de tropas en helicópteros".

Por aquellos meses se había hablado de una compra de helicópteros realizada por Batista, y recuerdo que durante algún tiempo nos preocupó un desembarco helitransportado. Sin embargo, al parecer, este nunca fue tenido como una opción por los planificadores militares de la tiranía.

El examen de las disposiciones tácticas, y mi evaluación de la situación operativa, lo realicé en esta comunicación dirigida al Che, a quien mantenía siempre informado al detalle de la marcha de los acontecimientos:

Los soldados están realmente en una posición mala, pues tienen que moverse. Ante la imposibilidad de trancarlos en las dos direcciones se les va a preparar la encerrona por Palma Mocha que ofrece excepcionales ventajas, al mismo tiempo que protege La Plata de un avance enemigo por ese lado. Hay que contar como perdido a Ocuja porque no hay hombres

suficientes para defenderlo. También tenemos que descontar El Macho por donde desembarcan cuando quieran. [...]

Así, mientras el Turquino nos sirve de apoyo a la izquierda, impediremos que avancen hacia la Maestra desde Las Cuevas y hacia La Plata por la orilla del mar. Esta última puede ser defendida eficazmente desde el mar y por los caminos costeros. Estoy seguro de que hacia allí se dirige el plan del Ejército.

Casi al final de este mismo mensaje, por cierto, añadí con cierta displicencia: "Es una verdadera marea de soldados la que se nos viene encima". Y era verdad, pero yo estaba absolutamente convencido de que podríamos contener y rechazar esa marea. Por esos días había expresado esta misma idea en una nota que escribí para Radio Rebelde:

Es una verdadera marea de soldados los que ha lanzado la dictadura contra nosotros. Será también un mar de sangre la que van a dejar en los caminos de la Sierra Maestra a medida que intenten avanzar, si es que encuentran valor suficiente en la causa vergonzosa que están defendiendo.

En los días inmediatamente posteriores al desembarco del Batallón 18 en Las Cuevas, ocurrido sin incidente combativo alguno, la tropa enemiga se dedicó a establecer su campamento y realizar algunas incursiones de exploración a lo largo de los dos caminos que salían del lugar, a saber, el de la costa, en dirección a El Dian y Bella Pluma; y el de la loma, en dirección al río Palma Mocha. En ninguna de estas primeras exploraciones se produjo contacto entre nuestras fuerzas y el enemigo. Los guardias llegaron, incluso, hasta ocupar temporalmente el caserío de Bella Pluma, observados de cerca por la patrulla rebelde al mando de Fernando Chávez, pero no realizaron ningún intento de avanzar más allá, en dirección a Ocujal, donde estaba situado el pelotón de Ramón Paz.

El jueves 12 de junio, el mismo día en que Andrés Cuevas salió de Mompié para ocupar su posición en la boca de Palma Mocha, un pelotón de la Compañía Escuela de Cadetes del batallón enemigo entró hasta ese lugar, y se retiró después de quemar las dos o tres casas campesinas que encontró a lo largo del río.

No fue sino hasta el día siguiente cuando las distintas fuerzas rebeldes en la zona comenzaron a ocupar las posiciones dispuestas en mis nuevas indicaciones. La pequeña tropita de Cuevas, después de realizar durante toda la jornada del 12 una marcha forzada a través de Mayajigüe, Camaroncito y El Naranjal, subió al atardecer al alto de La Caridad y se descolgó del otro lado. Esa noche acamparon y prepararon comida en la casa de Graciliano Hierrezuelo, en La Caridad, y Cuevas envió un mensajero a Ocujal para transmitir a Paz mis instrucciones.

Al día siguiente, el personal rebelde dejó sus mochilas en la casa y bajó hasta el río Palma Mocha, y luego río abajo para ocupar su posición en la desembocadura. En la casa de Hierrezuelo, en La Caridad, quedaron tres combatientes, uno de ellos encargado de cocinar para la tropa, y los otros dos responsabilizados con la custodia de la cocina y las mochilas. El resto del personal, incluidos los de la ametralladora calibre 30 manejada por Primitivo Pérez, fue ubicado por Cuevas, de acuerdo con mis instrucciones, en la falda pedregosa que cerraba y dominaba desde el Oeste el llanito de la desembocadura del río Palma Mocha.

Al recibir las nuevas instrucciones, Paz trasladó su personal el propio día 13. Como tenía obstruido el camino de la costa por el enemigo, no le quedó más remedio que cortar a monte travesía por las faldas del Turquino. Subió por el arroyo de Ocujal, cruzó a buscar los cabezos de El Dian, pasó por la casa de Fernando Martínez —donde se le agregaron a la tropa este campesino y su hijo Albio— y descendió por un costado del alto de La Esmajagua hacia el río Palma Mocha. Al llegar distribuyó a sus hombres en una emboscada sobre el camino del río, aproximadamente un kilómetro más arriba de El Colmenar. Decidí enviar la ametralladora 50 a la posición de Cuevas, por lo que Albio Ochoa, Fidel Vargas y los otros combatientes a cargo de esta arma se trasladaron a la desembocadura. También sus mochilas quedaron con las de la tropa de Cuevas en La Caridad, y señalo este detalle por algo que ocurrió días después.

La escuadra de refuerzo enviada junto con Cuevas, al mando de Hugo del Río, ocupó posiciones con el personal de Paz en el río. La de Teruel, que se había retirado aguas arriba, fue ubicada por Paz a un lado del camino de Las Cuevas a El Colmenar, de acuerdo con el plan de dejar pasar al enemigo e impedir luego su retirada o la llegada de refuerzos. La posición sobre el camino de Las Cuevas a la casa de Emilio Cabrera fue reforzada con una escuadra al mando de Roberto Elías, y se situaron postas avanzadas en el camino cerca de Las Cuevas. Con esta disposición quedó, por tanto, ejecutado el plan para la gran encerrona que le teníamos preparada al enemigo en Palma Mocha; plan al cual Paz había hecho algunas modificaciones menores muy sensatas.

Desde la salida del capitán Cuevas de Mompié, no volví a recibir noticias claras de la situación en el sector de Palma Mocha hasta la tarde del día 15, lo cual me provocó cierta intranquilidad ante la incertidumbre de que las posiciones que había ordenado cubrir no se ocuparan antes del movimiento que seguramente debían iniciar los guardias muy pronto, y se perdiera, en consecuencia, la posibilidad de darles un golpe fuerte o, al menos, aguantar su avance hacia La Plata. En la mañana del día 15 recibí un primer mensaje de Cuevas, un tanto confuso, en el que no me aclaraba si había hecho contacto con Paz y si este había ejecutado mis instrucciones. Por eso le contesté:

No me gusta cómo van saliendo las cosas ahí. Tú no me das explicaciones claras. Paz no acaba de llegar y ustedes no se han encargado de averiguar qué pasa, si recibió o no mi mensaje.

Ya para entonces, sin embargo, Paz hacía dos días que había seguido mis órdenes, y el día anterior me había enviado dos mensajes que yo aún no había recibido. En uno de ellos me explicaba detalladamente todas sus disposiciones y en el otro me informaba que ese mismo día —el sábado 14 de junio— una compañía enemiga había entrado en El Colmenar, a menos de un kilómetro de su posición, había disparado unos tiros y quemado la casa del campesino Alberto Peña, y se había retirado de nuevo hacia Las Cuevas. El tiroteo, por cierto, fue sentido en La Plata por Pedro Miret, quien el día antes había enviado al mensajero Luis Felipe Cruz Castillo, conocido por Juan Pescao, y uno de nuestros más eficaces enlaces, a Palma Mocha para hacer contacto con Cuevas y Paz.

Después de esta incursión de los guardias, Paz decidió con muy buen juicio trasladar su emboscada más abajo. La nueva posición que ocupó era muy cerca de El Colmenar, a pocas decenas de metros de la salida del camino que venía de Las Cuevas.

La llegada en la tarde del día 15 del mensaje de Paz, en el que me explicaba lo que había hecho, resolvió todas mis preocupaciones de los dos días anteriores con relación a este sector. Esa misma tarde le envié respuesta:

Me alegra muchísimo saber que ya arribaste a Palma Mocha. Tengo la impresión de que ahí vamos a obtener una de las primeras victorias.

Están muy bien las disposiciones y muy clarito el mapa. Lo único que no me explicas es el punto exacto donde está situado Teruel. Ten en cuenta que cualquier fuerza nuestra destinada a parar el refuerzo enemigo debe estar preferentemente situada en un alto estratégico hacia el punto de donde deba venir el refuerzo, con defensas convenientemente preparadas en lugar oculto donde tomen posición en el momento preciso. En el caso preciso del camino que viene de las Cuevas, bien sea el de cerca del mar o el de más arriba, como se supone que por allí deba venir la tropa, que se va a dejar entrar para que caiga en la emboscada, las defensas no pueden hacerse en el camino, sino a un lado, que debe ser por supuesto el más alto.

En el camino que viene de las Cuevas para la casa de Emilio, sí hay que plantarles las defensas, atravesadas en la ruta para no dejarlos pasar.

[En] Caso de combate en la Playa, lo más probable es que el refuerzo trate de llegar por el camino que sale a la casita donde dormí la última vez que nos vimos; pero aun considerando

esto lo más lógico y probable, al producirse el combate, debes destacar aunque sea una avanzadilla de dos hombres por lo menos, por el camino de más arriba (el que sale cerca de donde tú estás situado) para que se adelante lo más posible hacia las Cuevas y le dispare a cualquier tropa que trate de avanzar por él y retardar lo más posible su avance.

También, si la escuadra situada en el camino de las Cuevas a Emilio, es gente rápida y buena, cuando vea que se está combatiendo por la playa de Palma Mocha, se puede adelantar por el camino, aproximarse a las postas y tirotearlas para hacerle creer a la guarnición que va a ser atacada y vacile en el envío de refuerzos. [...]

No descuides darle instrucciones muy precisas a Teruel, para que sepa lo que tiene que hacer en cualquier circunstancia de peligro de que le corten la retirada, sobre todo que esté convencido de que aquí en la Sierra es imposible que copen a nadie y que siempre es posible escapar si se combate bien.

Con estas disposiciones y con las medidas tomadas por Paz, la trampa que preparábamos quedaba dispuesta en sus menores detalles. A partir de ese momento, tuve la más absoluta certeza de que a la tropa enemiga que había desembarcado en Las Cuevas le esperaba un verdadero desastre una vez que decidiera moverse. Esta convicción estaba reforzada por la gran confianza que tenía depositada en Paz, en su inteligencia y espíritu combativo. No por gusto le dije en un mensaje el día 16:

Estás actuando muy bien. Continúa usando la cabeza y verás cómo le vamos a ocasionar un descalabro para empezar. En esta guerra que estamos librando la pericia es el factor decisivo.

En resumen, el plan consistía en lo siguiente: si el enemigo se movía por cualquiera de los dos caminos inferiores, la escuadra de Teruel lo dejaría pasar. Al llegar al río, podría seguir en dos direcciones. Si tomaba hacia arriba, chocaba con la fuerte emboscada de Paz y si bajaba, al llegar a la boca caía en la emboscada de Cuevas, mientras Paz lo encerraba por la retaguardia. La misión de Teruel sería impedir la retirada del adversario hacia Las Cuevas y detener los posibles refuerzos que pudieran enviarle desde allí. Si el enemigo se movía por el camino superior, en dirección a la casa de Emilio Cabrera, chocaba con la escuadra de Elías, y Paz debía actuar entonces a discreción, reforzando esa posición y cerrando la retirada de los guardias.

En la playa de La Plata, entretanto, Pedro Miret mantenía su posición para impedir cualquier intento de desembarco, y la escuadra de Ciro del Río cubría el camino de la costa hacia La Plata desde el Oeste, en el caso de un intento de penetración por esa dirección. En El Macho y El Macío, las fuerzas rebeldes de la Columna 7, al mando del teniente Raúl Podio, un magnífico oficial, deberían resistir en caso de desembarco y replegarse por el río Macío. De esta forma, parecían estar previstas todas las variantes y protegidos todos los accesos desde el Sur.





DESEMBARCO DE QUEVEDO
10 DE JUNIO DE 1958

Preludio de una grave amenaza para
la guerrilla rebelde por el Sur.

LEYENDA

Pelotón de Ramón Paz	●	→	Desembarco, exploración y avances del Batallón 18
Escuadra de Hugo del Río	●	→	Repliegue, retirada y reembarque del Batallón 18
Escuadra de Vivino Teruel	●	✈	Bombardero B-26
Pelotón de Andrés Cuevas	●	✈	Cazabombardero F-47 D
Pedro Miret, Braulio Caraneaux y René Rodríguez	●	☞	Obús 75 mm
Ametralladora calibre 30	→	⚓	Fragata
Trencheras rebeldes	☞		
Casa de campesinos:			
Agripino Cordero	Ⓐ		
Esuarina Díaz	Ⓑ		
Filberto Mora	Ⓒ		
Graciliano Hierrezuelo	Ⓓ		







MANIOBRA REALIZADA PARA EL PLAN F-F.
MAYO - JUNIO - JULIO DE 1958

La ofensiva de verano intentó la penetración en el territorio rebelde por tres direcciones principales.

LEYENDA



























Comandancia general   Dirección de los golpes del Ejército de la tiranía. Participaron 10 000 soldados bien armados y equipados

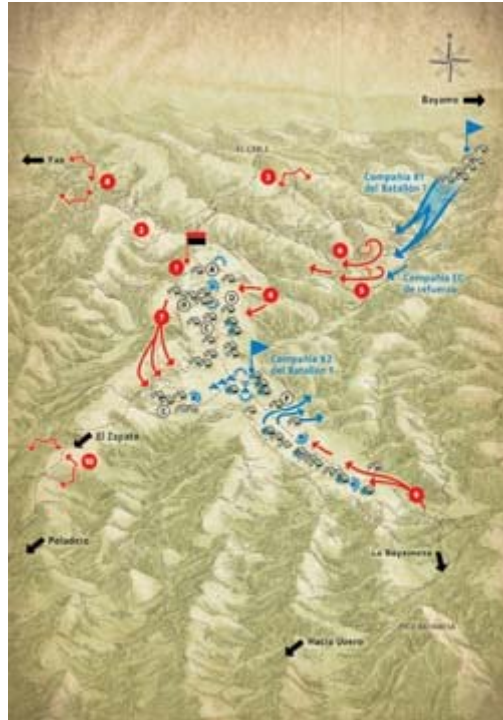
 Ciudades  Poblados  Centrales  Aeropuertos

SEGUNDO COMBATE DE PINO DEL AGUA
16 Y 17 DE FEBRERO DE 1958

En esta acción la guerrilla combinó tácticas y movimientos más complejos.

LEYENDA

Comandante Fidel Castro 	Construcciones de la maderera:
Ernesto Guevara 	 Barbería
Pepín Quijala 	 Bodega
Raúl Castro Mercader 	 Taller y oficinas
Félix Mendoza 	 Gasolinera
Paco Cabrera Pupo 	 Aserrío
Raúl Castro Ruz 	 Fonda
Dermidio Escalona 	 Cuartel provisional del Ejército
Lalo Sardinas 	 Radio de comunicaciones
Camilo Genfuegos 	 Casa con soldados
Guillermo García 	 Tiendas de campaña
Avance 	 Postas fijas
Emboscada 	 Trincheras
Trincheras 	



Sierra Nueva - 6/11/58

1.30 PM

Querido Sr. Santiago:

Después de estudiar detenidamente la situación y analizar los planos que usted y el comite me han enviado sobre las minas que usted posee en la zona de Sierra Nueva, me permito decirle que he estado pensando en la posibilidad de hacer un estudio de la zona para determinar si es posible desarrollar una explotación minera en la zona. Como usted sabe, la zona de Sierra Nueva es una zona de gran importancia económica y estratégica. La explotación de las minas de esta zona podría ser muy beneficiosa para el país y para usted. Sin embargo, es necesario tener en cuenta algunos factores que podrían afectar la explotación de las minas. Estos factores son: la falta de infraestructura, la falta de capital, la falta de personal calificado, etc. Por lo tanto, es necesario que usted tome en cuenta estos factores antes de decidir si quiere desarrollar una explotación minera en la zona. Si usted decide desarrollar una explotación minera en la zona, es necesario que usted tome en cuenta algunos factores que podrían afectar la explotación de las minas. Estos factores son: la falta de infraestructura, la falta de capital, la falta de personal calificado, etc. Por lo tanto, es necesario que usted tome en cuenta estos factores antes de decidir si quiere desarrollar una explotación minera en la zona.

El estudio que he mencionado anteriormente es un estudio preliminar que tiene como objetivo determinar si es posible desarrollar una explotación minera en la zona. Para ello, es necesario que usted me envíe algunos planos y datos que me permitan hacer un estudio más detallado de la zona. Si usted me envía estos datos, yo haré el estudio y le entregaré un informe que le indique si es posible desarrollar una explotación minera en la zona y qué factores podrían afectar la explotación de las minas.

Sierra Nueva
Junio 11 de 1958
9730 a.m.

Pedro:

Ayer te envié mensaje dictado por teléfono con Juan P.

Te envié este detonador pequeño, con pila especial que es un tipo. Tienes que ordenar un cantidad de estos como los detonadores. Ya voy a que es inutilizable ahí y me está un trabajo enorme reponerlos.

Incluyo una mina de rifle y tres pulvineros.

Hay que después el cam-
po lo más que se puede.

La primera existencia
hay que hacer en la corte y
por lo flanco lo más bajo
posible en los lugares más
estratégicos de los caminos que
vienen del Maipo y Palmar
Mocha. Cuando hayan te-
nido que repliegarse hasta el
río, y así entonces sí así-
lo hasta el campo, metro a
metro. Después el río si
no podemos hacer nada por
salvarlo e inutilizar el tra-

tor quitándole y guardan-
do algunas piezas esencia-
les. Después la existencia
hay que hacerle río arriba
hasta el fogue. Es muy
importante que tengan que
pasar con muchas viduas
vendo helado que avanzan
hacia nosotros. Hacer mu-
chas linchas de rob que
que voy a recibir trata-
do de hacerle un techo de
traveses montado sobre cua-
tro pilares de medio metro
de alto, para que en razon-

Vegas de Jibacoa, que comenzaba a perfilarse como el siguiente objetivo enemigo en el sector noroccidental.

RAMIRO VALDÉS Y CAMILO CIENFUEGOS EN LA SIERRA MAESTRA.

El personal al mando de Horacio Rodríguez recibió la orden de concentrarse en dos grupos: uno de ellos debía cubrir el camino de La Herradura que subía por el río —donde Cuevas había sostenido la imprecisa escaramuza del día 9—, y el otro, más numeroso, tendría la misión de impedir el avance de los guardias por el camino de camiones que subía desde Las Mercedes hacia las Vegas, atravesando Los Isleños y El Mango. Como apoyo de este segundo grupo, en su retaguardia, en la zona de Los Isleños, ocuparía posiciones la docena de hombres que componían la escuadra de Orlando Lara, que el 3 de junio habían llegado a las Vegas desde el llano, y se mantenían hasta ese momento en condición de reserva.



Cuevas, por su parte, en vista de la amenaza planteada en el sector meridional por el desembarco enemigo, recibió la orden de trasladarse al día siguiente a Mompíe, lugar donde yo estaba en ese momento. Mi intención, como vimos en el capítulo anterior, era darle la misión de reforzar las líneas rebeldes en la costa, en vista de la nueva y peligrosa amenaza planteada por el desembarco enemigo.

En cuanto a las otras partes de este sector, el personal de Raúl Castro Mercader y Angelito Verdecia permanecía en sus posiciones sobre el camino hacia San Lorenzo, y el Che se mantenía desde Minas de Frío al tanto de la situación en la zona más occidental del frente, que estaba defendida por los grupos rebeldes pertenecientes a la Columna 7 de Crescencio Pérez. Durante las últimas semanas no se había detenido el trabajo de preparación de trincheras y otras defensas en todo el sector, misión que le había sido encomendada a Huber Matos y Arturo Aguilera.

Durante la mañana del 11 de junio, los guardias de Las Mercedes intentaron mejorar sus posiciones ocupando el alto de Las Caobas, elevación que domina el camino de carros que sale del caserío hacia las Vegas, y avanzando nuevamente por el camino de la herradura del río. Esta vez, sin embargo, Cuevas, quien aún se mantenía en esa posición pues no había recibido todavía la orden de trasladarse hacia Mompíe, había tenido tiempo de preparar bien su posición. Tuvo lugar un intenso combate que se prolongó bajo un aguacero torrencial desde las 8:00 de la mañana hasta pasada la 1:00 de la tarde. El enemigo fue rechazado y sufrió un número indeterminado aunque considerable de bajas. En el parte de Radio Rebelde sobre esta acción, a la que se denominó Combate del Potrero de Jibacoa, se mencionaba el dato de que nuestras reducidas pero aguerridas fuerzas habían gastado solamente 350 balas; no obstante, ordené al día siguiente a Horacio que registrara con parte de su personal el lugar donde había ocurrido el combate para tratar de recuperar el parque gastado, con lo que hubieran podido dejar botado los guardias en su retirada.

FIDEL CON LOS COSECHEROS DE CAFÉ DE VEGAS DE JIBACOA.

Parece que el efecto del golpe recibido en este combate inmovilizó al enemigo acampado en Las Mercedes, pues durante los días siguientes no hicieron ningún nuevo intento, ni siquiera de tanteo o exploración. Sin embargo, la situación operativa en el sector se modificó



radicalmente con la llegada, entre el 13 y el 14 de junio, de una fuerte tropa enemiga a la zona de Arroyón. Las primeras noticias al respecto las recibí el día 14, como siempre, por la vía de Horacio Rodríguez, quien mantenía abierto un constante y eficiente canal de información conmigo a través de partes escritos que me enviaba varias veces al día con mensajeros rebeldes. Se trataba, según supimos después, de una nueva unidad completa de combate, el Batallón 19, al mando del comandante Antonio Suárez Fowler, compuesto por tres compañías de infantería —las números 91, 92 y 93— y una escuadra de morteros, en total cerca de 400 hombres.

La llegada de esta unidad a Arroyón terminó definitivamente de confirmarme que el siguiente paso del enemigo en este sector sería el avance en dirección a las Vegas de Jibacoa, con la intención de ocupar este estratégico lugar. En un mapa puede comprobarse con relativa facilidad que la única dirección razonablemente factible de una tropa enemiga estacionada en Arroyón, e interesada en penetrar al interior del territorio rebelde en la montaña, es la de las Vegas de Jibacoa. Cualquier otra dirección supone el intento de trasponer el imponente macizo de la loma de La Llorosa, que cierra de manera terminante el panorama hacia el sureste; o bien rodear esa montaña hacia el Este para entrar en Providencia, lo cual carecería completamente de sentido.

De ahí que al recibir las informaciones de Horacio el día 14, llegué a la conclusión de que el arribo de la fuerza enemiga a Arroyón significaba que la ofensiva en dirección a las Vegas era inminente, y que se produciría probablemente sin solución de continuidad. No sabía en ese momento que el Batallón 19 estaba tomando Arroyón como base avanzada, y que su siguiente paso demoraría aún varios días, en espera de la fecha establecida en la planificación enemiga como "Día-D", es decir, como el día en que sería lanzada la segunda fase de la ofensiva desde las tres direcciones principales de ataque. Ese día resultó ser el jueves 19 de junio, cinco días después.

Sobre la base de esta apreciación, alerté esa noche de la inminencia del combate a los dos capitanes que tenían la responsabilidad de impedir el avance enemigo en esa dirección. A Lara, en particular, le ordené que avanzara desde sus posiciones en la retaguardia de las líneas rebeldes y se trasladara a las posiciones de Horacio. En ese mismo mensaje le incluía un conjunto de recomendaciones de carácter táctico, teniendo en cuenta que toda la experiencia combativa de Lara había sido en los llanos del Cauto, donde surgió como guerrillero, y podía no estar impuesto de algunas de las particularidades de nuestra lucha en la montaña:

Si [los guardias] siguen avanzando déjenlos acercar bien, explótenles la mina primero para que los sorprendan menos protegidos y abran fuego luego.

Es posible que primero la aviación recorra el camino disparando. Protéjanse bien en las trincheras sin dar señales de vida para poder sorprender a la tropa. No hagan fuego aunque ellos vengán disparando por el camino, hasta que no estén a tiro seguro. No dejes de usar tú un Garand.

También en ese mensaje le anunciaba a Lara mi apreciación acerca de la situación creada en el sector: "Es muy posible que mañana se muevan hacia acá, ya no pueden hacer otra cosa". Y concluía con las únicas palabras de estímulo posibles en esas circunstancias tan complejas: "Buena suerte a todos".

No obstante, partiendo una vez más del principio de prever todas las variantes posibles de acción del enemigo, ese mismo día dispuse el envío de una pequeña escuadra de ocho hombres al camino que subía por La Llorosa, en el punto conocido en la zona como la loma de El Espejo. Esta escuadra estaba compuesta por cuatro combatientes del pelotón de Eddy Suñol, posicionado a la entrada de Providencia, dos de Lara y otros dos enviados de la escuela de reclutas.

Al día siguiente, domingo 15 de junio —era el Día de los Padres— parecieron confirmarse mis predicciones, pues el enemigo avanzó desde Arroyón por el camino de

las Vegas. La gente de Horacio intercambió algunos tiros y los guardias se retiraron nuevamente. Una vez más la actuación de nuestros combatientes me dejó insatisfecho, por lo que disparé otro fuerte regaño a Horacio:

Quiero que me expliques por qué no dejaron acercar a los soldados; en qué fundamentas la necesidad de haberles abierto fuego a distancia tal que no se pudo apreciar siquiera una baja, descubriendo la posición y exponiéndola al bombardeo, sin el menor chance de sorprenderlos la próxima vez. Necesito saber qué razones tuviste para ello, pues a mi entender no era la táctica correcta, ni se ajustaba a las instrucciones que mandé con Lara.

No me han dicho cuántas balas gastaron, como si fuera un dato que no interesara para nada; ni tampoco me han dicho, a pesar de habértelo preguntado expresamente por escrito, si registraron o no el campo donde pelearon los soldados con Cuevas, y si encontraron o no balas.

Hay cosas que no se explica uno bien en la actuación de ustedes. Nunca matan un [...] soldado, ni cogen un fusil, tiran cuando no tienen que tirar y no tiran cuando tienen que tirar [...]; gastan balas y descubren las posiciones. Esa no es forma de hacer la guerra. ¿Para qué quieren las minas? Ahora los están bombardeando otra vez, es la consecuencia de lo de ayer; un riesgo que no compensa los resultados de una escaramuza.

Vamos a ver si hacen algo bueno.

En realidad, de lo que se había tratado era de una finta realizada por la Compañía 93, por orden del jefe del Batallón 19, con el propósito de comprobar si encontrarían resistencia llegado el momento de la maniobra real. Ese día 15 y el siguiente, la aviación estuvo particularmente activa sobre las posiciones rebeldes, desatando los bombardeos y ametrallamientos más intensos y prolongados que habíamos presenciado hasta ese momento en toda la guerra. Era señal inequívoca, no solo de que las posiciones rebeldes habían sido localizadas, sino también, de que el intento de avance hacia las Vegas estaba muy próximo.

En vista de la pobre actuación de Horacio tomé la decisión, el mismo día de la exploración enemiga, de colocar a Lara en una posición más avanzada; de suerte, que fuera con él con quien chocaran los guardias en su avance desde Arroyón. Cumpliendo mi orden, Lara comenzó de inmediato a fabricar trincheras en la falda de La Llorosa, frente al camino de Arroyón, con lo cual se colocó, de hecho, delante y a la derecha de las posiciones de Horacio.

El 17 de junio la tropa enemiga acampada en Arroyón realizó una nueva exploración en profundidad y chocó de inmediato con el personal de Lara. A los pocos minutos del comienzo de la acción, el impacto directo de un proyectil de bazuca en la trinchera donde combatía Orlando Lara hirió gravemente al capitán rebelde. Al principio se pensó que había sido un mortero caído exactamente dentro de la trinchera, pero de haber sido así no hubiesen quedado rastros de Lara ni de sus compañeros. Trasladado a toda carrera hacia las Vegas, recibió los primeros auxilios en ese lugar, y luego fue enviado a La Habanita.

Tras la herida y la retirada de Lara le correspondió a Horacio hacerse cargo de la situación. En el parte que me envió horas después explicó que se gastaron pocos tiros —un promedio de ocho o 10 por combatiente—, que se le hicieron no menos de cuatro bajas a los guardias, y que estos se retiraron. Además, agregó:

[...] no se pudieron dejar que se acercaran mucho, estaban emplazando la 30 y dos morteros, hubo que tirarles a una distancia como de 200 metros, los morteros caían en la posición nuestra. Desde un principio hubo que retirarse pronto del lugar; tenían la posición completamente localizada.

Horacio había dispuesto la retirada de la línea rebelde unos 300 metros, con lo cual la nueva posición venía a quedar, aproximadamente, 600 metros más atrás del entronque del camino de Arroyón con el que venía de Las Mercedes. Respondí a su información diciéndole que esta vez no tenía nada que objetar a su actuación, teniendo en cuenta sus explicaciones, y le advertí nuevamente:

Fortifica bien la línea que tienes ahora. Los soldados se van a creer que estás donde mismo estabas ayer. Procura no descubrir tu posición hasta que no sea indispensable.

[...]

Lo que más me satisface de todo es que estés controlando con tanto cuidado el gasto de balas.

Estoy seguro de que luchando con inteligencia no podrán tomar nunca las Vegas. Necesitamos resistir el tiempo necesario para recibir refuerzos de armas y cogerlos cansados aquí dentro.

El Che, sin embargo, consideró innecesaria la retirada de Horacio. La inoportuna herida de Lara nos privaba de su presencia en este delicado sector en el momento crucial que se avecinaba, por lo que la situación no dejaba de ser preocupante.

Al día siguiente todos esperábamos el inicio del verdadero intento de penetración enemiga en dirección a las Vegas, sin embargo, la jornada fue de relativa calma en el sector. En Arroyón, la fuerza acantonada seguía recibiendo refuerzos, entre ellos, una escuadra de tanquetas, camiones y buldóceres. Era evidente que el enemigo contaba con informaciones bastante precisas acerca de los preparativos rebeldes a lo largo del camino de las Vegas, incluidas las zanjales abiertas para tratar de impedir el paso de los equipos motorizados.

El alto mando enemigo había fijado inicialmente la fecha del 18 de junio como el día del comienzo, en todos los frentes, de la segunda fase de la ofensiva. Pero la llegada del Batallón 11 del teniente coronel Sánchez Mosquera a su punto avanzado en El Cacao se había dilatado más de lo previsto y, como veremos en el capítulo siguiente, no fue hasta ese propio día cuando alcanzó aquel lugar, desde donde podría lanzarse al asalto de Santo Domingo, sin duda, el corazón rebelde en la vertiente norte de la Maestra.

El día 18, por tanto, todo estaba finalmente dispuesto desde el punto de vista del enemigo. Además de la posición favorable de la fuerza llegada ese día a El Cacao por el sector meridional, el batallón —desembarcado días antes— había recibido la orden de comenzar a moverse ese mismo día hacia el interior de la montaña, hasta situarse en un punto avanzado, desde el que podría también lanzarse al asalto del reducto rebelde. En el sector noroccidental, dos batallones completos y reforzados —el 17 en Las Mercedes y el 19 en Arroyón— estaban igualmente en condiciones de intentar el ataque.

A la luz de lo que ocurrió en los días siguientes en este sector, es bueno detenerse para recapitular la situación operativa. Lo primero que hay que tener en cuenta es que, en este momento decisivo de la ofensiva enemiga, con serias amenazas planteadas en no menos de tres direcciones distintas y peligros de menor cuantía en otros sectores del vasto frente que debíamos defender a toda costa, contábamos para ello en la dirección central y noroccidental con poco más de 200 hombres debidamente armados.

Una de mis ocupaciones más constantes, durante todos estos días previos al comienzo de la segunda fase de la ofensiva enemiga, fue ir moviendo los puñados de combatientes de que disponíamos a las distintas posiciones que en mayor medida lo iban requiriendo, de acuerdo con la urgencia y la gravedad del peligro concreto planteado en cada caso.

En lo que respecta específicamente al sector de las Vegas, después del desembarco enemigo en el Sur, no me había quedado más remedio que mover para esa zona a la combativa escuadra de Andrés Cuevas porque, sin duda, la posibilidad de penetración enemiga en

nuestro territorio desde esa dirección significaba una amenaza mucho más inmediata y peligrosa. De las escasas fuerzas que defendían en el flanco nororiental el acceso al firme de la Maestra en la zona de La Plata, no tenía tampoco de donde extraer personal de refuerzo sí, por el contrario, lo que urgía era fortalecer la defensa en esa dirección. Camilo, todavía en camino desde los llanos del Cauto, estaba destinado a esa zona, precisamente por la excepcional significación que tenía el hecho de mantenerla a toda costa.

Por otra parte, a pesar de mi impresión cada vez más clara de que en el sector noroccidental el enemigo concentraría su golpe principal en la dirección de las Vegas de Jibacoa, no podía de ninguna manera desconocerse la presencia del Batallón 17 en Las Mercedes, con la posibilidad bien concreta de que pudiera intentar un asalto simultáneo en dirección a San Lorenzo. Por tanto, era impensable debilitar nuestras líneas defensivas en esa dirección. Como se recordará, el camino de San Lorenzo estaba defendido a partir de la loma de El Gurugú por las escuadras de Raúl Castro Mercader y Angelito Verdecia. Otros pequeños grupos habían sido colocados en la zona de Gabiro y en el camino de Purgatorio. Unas cuantas decenas de hombres debían mantener estas posiciones en caso de ataque enemigo en dirección a San Lorenzo, o incluso, Minas de Frío. No era razonable mover personal de esta zona para reforzar las líneas de Horacio en la dirección de las Vegas, por muy necesitadas que estuviesen —como realmente lo estaban— de una inyección adicional.

En cuanto a los grupos de combatientes de la columna de Crescencio Pérez, la 7, que estaban distribuidos en un buen número de posiciones a lo largo de la porción más occidental del frente, había que tomar en consideración varios factores: Crescencio era un viejo luchador campesino, parte de su columna la integraban vecinos de la zona muy conocedores de la misma, poseían pocos hombres con armas de guerra, los cuales siempre incluyo entre los mejores armados de que disponíamos para luchar contra la ofensiva, algunos muy buenos, como su hijo Ignacio, que murió más tarde en Jiguaní, casi al final de la guerra.

En el frente occidental, por otro lado, estaban estacionadas unidades enemigas importantes — los Batallones 12, 13 y 16— que muy bien pudieran participar en la operación múltiple que obviamente se avecinaba, e intentar alcanzar el firme de la Maestra por la zona de La Habanita; y, por último, no era posible debilitar sus posiciones para reforzar las de Horacio, quien, por tanto, tendría que defender el acceso a las Vegas con los hombres de que disponía en ese momento.

La clave estaba en que la resistencia se hiciera con tenacidad e inteligencia, en un terreno, hasta cierto punto, favorable al enemigo, en la medida en que le permitía avanzar de manera desplegada y emplear medios mecanizados e, incluso, artillería de campaña, al menos en los primeros momentos de su avance.

Los puntos fundamentales a defender estaban un poco más al Este, hacia donde se dirigía, según mi criterio, el golpe principal del enemigo, y, de ser preciso, concentrar allí el grueso de sus fuerzas.

En la mañana del jueves 19 de junio, en movimiento coordinado con el avance del Batallón 11 de Sánchez Mosquera hacia Santo Domingo en el sector nororiental, y la penetración del Batallón 18 de Quevedo en dirección a La Caridad en el sector sur, los Batallones 17 y 19 emprendieron la ofensiva en dirección a las Vegas de Jibacoa, en el flanco izquierdo de nuestra línea, cada uno desde sus respectivas bases en Las Mercedes y Arroyón. En total participaron en la operación hacia las Vegas más de 500 soldados enemigos, apoyados por varios T-37, por la aviación y dos baterías de morteros.

Los guardias alcanzaron con relativa facilidad el punto en que se encuentran los dos caminos, a partir del cual unieron sus fuerzas y comenzaron a avanzar en un frente, relativamente abierto, de unos 500 metros en total, a los dos lados del camino hacia las Vegas. El bombardeo de los morteros sobre las posiciones rebeldes era incesante.

Después de tirotear al enemigo durante algunos minutos, los hombres de Horacio recibieron la orden de retirada y se replegaron hacia lo que hubiera debido ser una segunda línea defensiva

detrás de Los Isleños y al comienzo de la loma de El Mango. En este lugar las condiciones para sostener el empuje enemigo eran mucho más favorables, ya que el terreno se estrechaba entre la empinada falda de la loma de La Llorosa y el barranco del río Jibacoa, a la izquierda de las posiciones rebeldes. Los guardias se veían obligados a cerrar su frente de avance y circunscribirlo prácticamente a unos pocos metros a ambos lados del camino, lo cual facilitaba la resistencia rebelde. No cabe duda de que en este lugar había posibilidades de sostener la línea, al menos unas cuantas horas, y causar bajas al enemigo. Con una preparación adecuada del terreno y la colocación de minas en el camino para contener el avance de los tanques T-37, nuestros combatientes habrían podido cambiar, en cierta medida, el curso de los acontecimientos ese día, si hubiesen estado dispuestos a hacer una verdadera resistencia.

Sin embargo, esta segunda posición fue sostenida por el personal rebelde muy poco tiempo. La retirada ordenada por Horacio se prolongó, de hecho, casi sin solución de continuidad, hasta más allá de la loma de El Mango. Ya en el parte que recibí desde la línea de combate, poco después del mediodía, Horacio me informaba de lo ocurrido y de su retirada.

Por un mensaje que me envió el Che a las 2:10 de la tarde confirmé que en su repliegue, Horacio había dejado libre toda la zona de El Mango y se había colocado del otro lado del río, en la subida de la loma de El Desayuno. Esto significaba que el enemigo podía trasponer, sin impedimento alguno, precisamente la zona donde la resistencia hubiese sido más efectiva.

En ese mismo mensaje del mediodía del jueves 19, el Che me informó de algunas disposiciones adoptadas en el sector, en vista del repliegue de la línea rebelde hasta la loma de El Desayuno, entre ellas, la ocupación de los firmes alrededor de las Vegas con algunos combatientes de la escuela de Minas de Frío. Esa noche me comunicó que había bajado a la casa de José Isaac, colaborador campesino que vivía en Purgatorio, a mitad de camino entre las Vegas y Minas de Frío, y me preguntó qué debía hacer en caso de que las Vegas cayera al día siguiente en manos del enemigo, lo cual, a su juicio, era lo más probable. El Che había concebido el plan, un tanto riesgoso en las condiciones existentes, de hostigar a los guardias desde la retaguardia con parte del personal rebelde que cubría la dirección de San Lorenzo y con algunos hombres disponibles que tenía Crescencio en La Habanita.

Después de conocer lo ocurrido durante la jornada, yo también había llegado a la conclusión de que la caída de las Vegas era inevitable. En otras circunstancias, la decisión que cabía tomar era reforzar esa misma noche las nuevas posiciones rebeldes en la loma de El Desayuno y preparar rápido una línea de defensa lo suficientemente sólida como para contener al día siguiente la continuación del avance enemigo en dirección a las Vegas. No sería la primera ni la última vez durante la guerra que una situación difícil fuera revertida en una noche. Pero teniendo en cuenta lo que estaba sucediendo ese mismo día en los otros dos frentes de combate, era absolutamente imposible destinar hombres de otros sectores para tratar de reforzar la línea rebelde en el acceso a las Vegas.

Por tanto, nuestra respuesta a la situación creada en la noche del 19 en este sector debía adecuarse a la premisa de que al día siguiente el enemigo ocuparía las Vegas de Jibacoa. Aceptado este hecho, lo primero que debía garantizarse era que los guardias no pudieran dar un paso más. Las Vegas de Jibacoa, en definitiva, se prestaba para lograr allí la contención del enemigo. El lugar era uno de esos valles serranos a lo largo de un río, en este caso el Jibacoa, rodeado por todas partes de alturas y firmes que, si lograban ser ocupados por nuestras fuerzas, podían convertirse en una verdadera ratonera para los guardias. De ahí que la primera medida tomada por el Che era plenamente acertada.

En última instancia, lo ocurrido ese día en Santo Domingo y en el camino de las Vegas, y lo que parecía estar ocurriendo al Sur, figuraba dentro de nuestros cálculos como una de las variantes, a saber, la penetración del enemigo en el corazón del territorio rebelde y la consecuente concentración de nuestras fuerzas en anillos defensivos cada vez más estrechos, con la intención de proteger hasta el final la zona de La Plata y sus objetivos cruciales: la emisora, el hospital y las instalaciones logísticas creadas en ese lugar. Y si al final no fuésemos capaces de defenderla, dispersar nuestras fuerzas en grupos más pequeños, en condiciones de comenzar de nuevo la guerra de movimientos de los primeros tiempos.

En línea con esa estrategia decidí esa noche orientar al Che que moviera el personal de la columna de Crescencio hacia el firme de la Maestra, más acá de La Habanita, incluidos los grupos estacionados en El Macho y El Macío, al oeste del sector central de la ofensiva enemiga por el Sur, con el propósito de irlos reagrupando para crear líneas de defensa más cohesionadas.

En el caso específico de que las Vegas fuese ocupada por el enemigo al día siguiente, el personal encargado de la defensa de su acceso debía ser distribuido por todos los puntos que permitieran contener el ulterior avance de esa tropa en dirección al firme de la Maestra a la altura de Mompié, en particular a la zona conocida como Minas del Infierno, la vía natural de acceso a Mompié desde las Vegas.

En el mensaje que le envié con estas instrucciones, le insistía una vez más al Che en la concepción básica del plan:

Mientras quede una esperanza de mantener el territorio de la Plata, no debemos variar la estrategia.

El problema esencial es que no tenemos hombres suficientes para defender una zona tan amplia. Debemos intentar la defensa reconcentrándonos antes de lanzarnos de nuevo a la acción irregular.

Al amanecer del viernes 20 de junio, los guardias, en efecto, reemprendieron el avance en dirección a las Vegas.

Después de una débil y breve resistencia, los combatientes rebeldes comenzaron a retirarse de la loma de El Desayuno. Al mediodía ya habían rebasado en su retirada las últimas casas de las Vegas y se habían detenido en la subida hacia Minas del Infierno. De esa manera dejaron el camino expedito para el enemigo, cuya vanguardia entró en las Vegas en las primeras horas de la tarde casi sin disparar un tiro.

Era más que elocuente el tono del mensaje que recibí del Che esa tarde:

Hoy, como pocas veces en el transcurso de esta revolución, he recibido un golpe tan desesperante como este.

Después de hacer esfuerzos por cubrirle a Horacio el flanco izquierdo con dos fusiles, 4 granadas, mi presencia personal (y Miguel), para cubrir toda la loma que estaba a la izquierda de Horacio. Tranquilizado porque no dispararon ni un tiro en la tarde y haciendo planes para rescatar hasta bombas, que, según versiones quedaron enterradas, cuando consigo articular una línea de defensa y me dispongo a bajar a las Vegas, me alcanza una nota de Sorí que me anuncia que ya no hay ser viviente en este lugar y que Horacio se retiraba hacia Antonio el gallego [Antonio Morcate, vecino de Minas del Infierno] con su gente.

El Che concluía su mensaje con este toque de ironía, tan característico en él:

Debo decirte que en estos dos días no se han disparado tiros. Tu orden de ahorrar tiros se ha cumplido al máximo.

La información que yo había ido recibiendo de las Vegas justificaba plenamente esta evaluación del Che. Antes de recibir su mensaje en La Plata, donde permanecí esos dos días al tanto de los acontecimientos que se desarrollaban simultáneamente en los tres sectores de la batalla, le había mandado una notica a Celia, quien se mantenía en Mompié actuando como enlace, en la que, después de decirle que las noticias de las Vegas eran vergonzosas y decepcionantes, le indicaba lo siguiente:

Comunicale al Che, orden mía, investigar lo ocurrido, desarmar a todo el que haya incurrido en un acto de cobardía y enviar muchachos de la escuela a ocupar esos fusiles.

Enviarme detenido al responsable de la pérdida del detonador, cable y bomba y cualquier otra atrocidad por el estilo, y comunicarle a Horacio la orden de resistir metro a metro el terreno que quede de las Vegas con los hombres que tenga.

A esa hora todavía yo ignoraba que ya no era posible hacer resistencia alguna porque las Vegas había sido virtualmente abandonada al enemigo, aunque estaba ya convencido de que los guardias lograrían su objetivo. Por eso le pedí a Celia en ese mismo mensaje que ordenara a Aguilerita comenzar a fortificar con buenas trincheras Minas del Infierno y el camino que subía por ellas hacia el firme de la Maestra, que, como ya dije, era la ruta más probable del enemigo en caso de que decidiera proseguir su penetración.

En el mismo amargo mensaje que el Che me había enviado en la tarde de ese día, al comprobar el virtual abandono por parte de nuestras fuerzas de las Vegas de Jibacoa, me pedía instrucciones precisas sobre qué hacer en los casos de la escuela de Minas de Frío, las posiciones de Raúl Castro Mercader y Angelito Verdecia en el camino de San Lorenzo; las de Alfonso Zayas en la zona de El Jíbaro y las del personal de Crescencio Pérez. Y agregaba, con acertada valoración de la situación de conjunto en el sector:

Hay que considerar ahora la cantidad de caminos a defender. Yo no tengo armas para hacerlo si alguna de esa gente no me ayuda. Sacaré nuevamente de los claustros las escopetas y veremos. [...] Yo permaneceré en casa de José Isaac hasta recibir contestación y órdenes explícitas, y si a las 5 de la mañana [del día 21] no las he recibido, hago lo que crea conveniente, según las circunstancias.

Tras recibir el mensaje del Che, le pedí inicialmente por teléfono a Celia que, en respuesta a su petición de instrucciones, le comunicara las siguientes decisiones: primero, trasladar al personal de Raúl Castro Mercader y de Angelito Verdecia hacia Minas del Infierno y la subida de Mompié para que se hicieran cargo de la defensa de ese acceso; segundo, subordinar a ellos el personal de Horacio y el que era de Lara; tercero, cubrir con personal de la Columna 7 las posiciones que estaban ocupando aquellos dos capitanes en el camino de San Lorenzo; cuarto, informarle que yo bajaría a la nueva línea defensiva para redistribuir las armas de la gente de Horacio y de Lara entre un refuerzo de 10 buenos reclutas de la escuela, que el Che debía enviar a ese lugar, más otros cinco hombres del pelotón de Jaime Vega que llevaría conmigo para allá. Vega se había incorporado pocos días antes a nosotros, con un grupo de combatientes de la provincia de Camagüey.

En definitiva, como ya expliqué antes, mi intención había sido siempre que el Che se hiciese cargo, si las circunstancias lo exigían, de la defensa del sector más occidental de nuestro frente. Así se lo hice saber expresamente esa misma noche en un segundo mensaje en que le indicaba que se ocupara de la defensa de la Maestra desde Purgatorio hasta Mompié, incluidas Minas de Frío. Debo decir que durante todas las semanas de preparación de la defensa de nuestro territorio, en previsión de la ofensiva enemiga, y durante el desarrollo de ella hasta ese momento, el Che había fungido, de hecho, como segundo jefe del frente. En los archivos se conservan decenas de mensajes intercambiados entre los dos en los que, por mi parte, no solo le daba indicaciones acerca de qué hacer en el sector a su cargo, sino también, lo mantenía informado de los acontecimientos en los otros sectores y él, por su parte, me informaba de las medidas que tomaba y del cumplimiento de mis instrucciones; además, me hacía proposiciones y me daba noticias sobre lo que ocurría.

La decisión tomada, en relación con el traslado hacia Minas del Infierno y Mompié de los grupos de Raúl Castro Mercader y Angelito Verdecia, tuvo que ser revisada casi de inmediato por la evolución de los acontecimientos a partir del 21 de junio.

Ese día, Horacio había pedido el envío de Luis Crespo para que lo auxiliara en el mando de su personal, ya que tenía una pierna en malas condiciones y no podía moverse. En mensaje a Celia trató de explicar lo ocurrido, argumentó que su actuación no se debió ni a cobardía ni a falta de decisión, y expresaba que había dado a sus hombres la orden de no retirarse hasta que en cada emboscada se le hicieran dos o tres bajas al enemigo. Esto último era indicio de que, a estas alturas, todavía Horacio no había entendido la esencia de nuestra conducta frente a la ofensiva lanzada por los guardias, que no era otra que resistir a toda costa.

Por eso, al día siguiente, le comuniqué a Horacio su sustitución por Crespo, al mando del personal de Minas del Infierno. Hasta ese momento, el capitán Luis Crespo había estado a cargo de la fábrica de minas que establecimos en El Naranjo, a poca distancia de Santo Domingo. Esa instalación había tenido que ser desmantelada y evacuada en vista de la ocupación del lugar por el batallón de Sánchez Mosquera.

Es bueno aclarar que Horacio Rodríguez demostró después sus condiciones de combatiente y jefe guerrillero. Fue precisamente su arrojo la causa de su muerte en Manzanillo, al día siguiente del triunfo revolucionario, cuando se disponía a capturar a varios esbirros de la tiranía que hasta ese momento habían logrado evadir el arresto. Pero su actuación en las Vegas de Jibacoa fue realmente desafortunada.

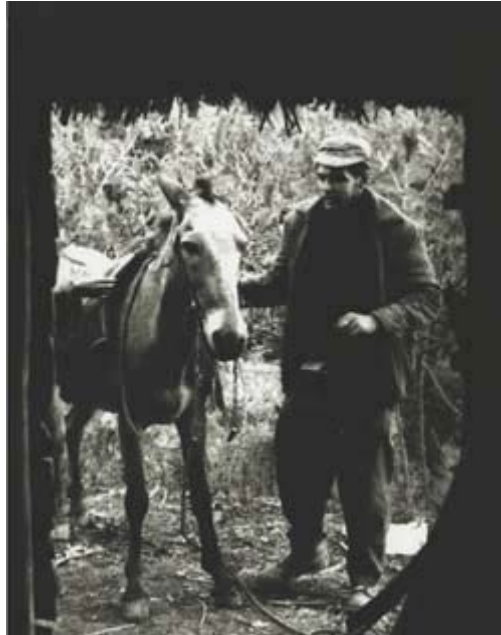
Ese mismo día 22 de junio se retiraron de las Vegas de Jibacoa, de regreso a Las Mercedes, las fuerzas del Batallón 17 que habían participado en la captura de esta posición, metida de lleno en la montaña y dentro de nuestro territorio. Quedaron allí las tres compañías del Batallón 19, las cuales establecieron su campamento en la parte baja del valle y en las alturas más pequeñas y cercanas al río.

La relativamente fácil ocupación de las Vegas de Jibacoa fue un revés significativo para nuestros planes de contención y rechazo de la ofensiva enemiga. En primer orden, se trataba de un lugar que había sido una base importante de operaciones para nosotros. Allí había establecido yo, en varias ocasiones, la Comandancia. Desde ese sitio operó Celia durante muchas semanas en su activa y vital labor de aseguramiento general del esfuerzo guerrillero. Contábamos, además, con la colaboración unánime de todos los pobladores campesinos. Allí efectuamos, el mismo día del inicio de la ofensiva en la zona de Las Mercedes, la primera asamblea campesina en la Sierra Maestra. Las Vegas de Jibacoa era un lugar, hasta cierto punto, simbólico de nuestra lucha.

En segundo orden, no podía desconocerse la significación estratégica de esa posición por su ubicación al pie de la Maestra, en el centro mismo del sector noroccidental de la zona de operaciones de la Columna 1. La posibilidad de acceso a las Vegas de medios mecanizados por el camino de carros de Las Mercedes, permitía al enemigo mantener un apoyo logístico fácil a la tropa estacionada allí, que a su vez se encontraba, teóricamente, en condiciones de emprender acciones ofensivas ulteriores en varias direcciones a lo largo de los caminos que subían desde el valle hacia diversos puntos del firme de la Maestra, entre ellos, lugares tan vitales como Minas de Frío y Mompíe.

Pero tal vez la significación mayor de la ocupación de las Vegas de Jibacoa fue su impacto moral en el mando y las tropas enemigas. La escasa resistencia encontrada en la defensa de un lugar tan estratégico, y el rápido logro del objetivo perseguido, sirvieron, junto con el éxito favorable en la operación de ocupar Santo Domingo, para contrarrestar en el enemigo el efecto del revés sufrido el propio día 20 por el Batallón 18 en el sector meridional, y para crear la ilusión de que la batalla contra el Ejército Rebelde podía ser ganada con relativa facilidad. Si bien —como los hechos posteriores demostraron— este factor creaba también una engañosa sensación de confianza que podía llevar al enemigo a cometer errores de apreciación o actuación, de consecuencias potencialmente peligrosas para sus propósitos; no era menos cierto que después de los resultados en Santo Domingo y las Vegas de Jibacoa la moral del enemigo experimentó un alza momentánea, lo cual podía traducirse en una mayor iniciativa y una conducta más agresiva de su parte.

Todos estos elementos tenían que tomarse en cuenta en nuestra valoración de la situación operativa general después del 20 de junio, y las medidas que debíamos adoptar. Con el enemigo en Santo Domingo, al pie del firme de la Maestra en La Plata, y subiendo por el río La Plata en dirección a ese lugar, la presencia de los guardias en las Vegas pasaba en realidad a un segundo plano de prioridad. La táctica a seguir en este caso era procurar que no dieran un paso más, es decir, contenerlos y, para lograrlo, utilizar las fuerzas estrictamente necesarias. Ya llegaría el momento de proceder en su contra como, en efecto, llegó.



EL CHE EN LA SIERRA MAESTRA



EN PRIMER PLANO, DE DERECHA A IZQUIERDA, EL TENIENTE EDDY SUÑOL Y EL COMBATIENTE FIDEL VARGAS, ENTRE OTROS REBELDES.



EL CAPITÁN FELIPE GUERRA MATOS Y EL COMANDANTE CRESCENCIO PÉREZ.



AL FRENTE, EL COMANDANTE CRESCENCIO PÉREZ, VETERANO COMBATIENTE, CON PARTE DE SU TROPA. A LA IZQUIERDA, SUS HIJOS SERGIO E IGNACIO PÉREZ.



ENTREGA DE PRISIONEROS EN LAS VEGAS DE JIBACOA



ALUMNOS DE LA ESCUELA DE RECLUTAS DE MINAS DE FRÍO, DIRIGIDA POR EL CHE.



EL CAPITÁN ORLANDO LARA.



INICIO DE LAS ACCIONES EN LA DIRECCIÓN ESTRADA PALMA-LAS MERCEDES. EL DÍA 25 DE MAYO DE 1958 SE DESATA LA OFENSIVA ENEMIGA CONTRA EL EJÉRCITO REBELDE.

INICIO DE LAS ACCIONES EN LA DIRECCIÓN ESTRADA PALMA - LAS MERCEDES

El día 25 de mayo de 1958 se desata la ofensiva
enemiga contra el Ejército Rebelde.

LEYENDA

Comandante Fidel Castro			Pelotón de tanques (3 Tanquetas T-17)
Escuadra de Ángel Verdecia reforzada con tres combatientes de las fuerzas de Raúl Castro Mercader			Bombardero B-26
			Avioneta L-20 Beaver
Pelotón de Raúl Castro Mercader			
Pelotón de Andrés Cuevas			
Pelotón de Horacio Rodríguez			
Pelotón de Eddy Sañol			
Pelotón de Alfonso Zayas			
Escuela de reclutas bajo el mando de Ernesto Guevara			
Trincheras			
			Poblados Cementerio

INICIO DE LAS ACCIONES EN LA DIRECCIÓN ESTRADA PALMA-LAS MERCEDES

La entrada en Santo Domingo

(Capítulo 7)



El 15 de junio, la fuerza enemiga que había alcanzado dos días antes El Descanso se movió desde ese punto hasta la boca de Los Lirios y entró en contacto visual con Lalo Sardiñas, quien me informó que se trataba de 400 guardias. La cifra, indudablemente, tal vez fuera alta, pero hay que tener en cuenta la impresión que debió causar al jefe guerrillero ver desfilar a pocos cientos de metros de su posición a casi un batallón completo de las fuerzas más experimentadas, y al jefe más agresivo y sanguinario del Ejército de Batista.

A esas alturas, el grueso de las tropas de Sánchez Mosquera se había reagrupado. El día 16, el Batallón 11, ya completamente reforzado, siguió su marcha paralela al firme de la Maestra y acampó en El Verraco. Se confirmó así mi evaluación táctica: el enemigo había cambiado la dirección de su golpe en este sector. En ese momento el objetivo inmediato que debía protegerse era Santo Domingo. Le ordené a Paco Cabrera Pupo que se ubicara con su escuadra en el alto de El Cacao para

cubrir esa entrada, y a Lalo que se retirara al camino entre Rancho Claro y Loma Azul, desde donde podía actuar en distintas direcciones, según las circunstancias.

Ese mismo día, Ramiro me informó en dos mensajes por separado que el enemigo que presionaba a sus fuerzas cambió el rumbo después de llegar al alto de Quintero, en lo que parecía ser la retirada de un territorio ya conquistado, y que el grueso de las fuerzas del Batallón 11 había completado su movimiento hasta La Estrella. Se confirmó plenamente mi evaluación, aunque la certeza no la tuve hasta el día 20, al saber que la tropa que ocupó Santo Domingo era la misma que avanzaba desde Minas de Bueycito.



Desgraciadamente, no hemos podido localizar las órdenes de operaciones cursadas por el puesto de mando de Bayamo al Batallón 11, ni los informes de operaciones de Sánchez Mosquera. Por eso, no es posible conocer la versión oficial acerca del cambio de dirección efectuado en su avance por el sanguinario jefe enemigo. No podemos saber si se trató de una maniobra preconcebida, de una variante impuesta por las circunstancias o de un cambio de plan sobre la marcha.



El hecho cierto es que la maniobra no correspondía a lo planteado en el plan primario de operaciones. Como ya se explicó, el Plan F-F contemplaba el establecimiento de una línea de Norte a Sur que cortarían el firme de la Maestra por las inmediaciones del alto de Palma Mocha. Desde el punto de vista de los estrategas de la tiranía, este aspecto del plan estaba siendo cumplido a la altura del 10 de junio. El Batallón 11 había logrado cierta penetración en territorio rebelde desde su punto de partida en Minas de Bueycito, mientras que el Batallón 18 ya había

establecido con relativa facilidad su cabeza de playa en el Sur, en Las Cuevas. Por tanto, la hipótesis de que el cambio de dirección del Batallón 11 obedeció a una maniobra preconcebida no parece tener mucha sustentación.

Se debió tratar, pues, de una variante sobre la marcha, bien como resultado de una nueva planificación o ante el imperativo de las circunstancias. En favor de la primera hipótesis está el hecho de que el puesto de mando necesitaba concentrar en Estrada Palma las terminales de las líneas de abastecimiento de los batallones en operaciones en los frentes nordeste y noroeste, y desde allí sería muy difícil apoyar al Batallón 11 si este se mantenía operando al este de Los Lirios, sin una base intermedia avanzada. La base intermedia ideal, por supuesto, era Santo Domingo. Esta consideración pudo haber contribuido a variar el plan original en el sentido de lograr la ocupación de Santo Domingo y, luego, ascender por el río Yara hasta La Jeringa o algún punto anterior desde el cual se pudiera intentar el asalto al firme de la Maestra.

Sin embargo, no parece probable que un jefe como Sánchez Mosquera, tan cerca aparentemente de su objetivo primordial —coronar el firme de la Maestra— fuera persuadido de variar su dirección de ataque por esta única consideración. Debieron influir otros factores. A esta altura del razonamiento, lo único que cabe inferir es que la táctica de desgaste aplicada por las fuerzas rebeldes dio el resultado que se esperaba de ella. El avance desde Minas de Bueycito resultó demasiado arduo y costoso para el enemigo. La tenacidad y movilidad defensivas de los efectivos rebeldes minaron la disposición combativa del batallón, mermaron el empuje de su ofensiva y agotaron sus fuerzas. En estas circunstancias, en el ánimo del jefe

del Batallón 11 podría resultar aconsejable intentar un rodeo que conduciría a esa unidad a una zona desde donde podría lanzarse un asalto más directo, en caso de que las condiciones fuesen favorables.

En el contexto de la conducta habitual de los mandos militares de la tiranía, no sería nada raro que la decisión de cambiar la dirección de su avance fuera tomada unilateralmente por el jefe del batallón, y que el puesto de mando de Bayamo la aceptara como un hecho consumado, y haya variado, en consecuencia, el plan de operaciones del Batallón 18, con el fin de que el ansiado encuentro de las dos unidades en el firme de la Maestra —primer paso definitivo hacia el cumplimiento del Plan F-F— se produjera más al Oeste de donde se planificó originalmente, esto sería a la altura de los cabezos del río La Plata, en lugar de un punto sobre la Maestra situado al este del firme de Palma Mocha.

Por supuesto, todo lo anterior es pura especulación. El hecho cierto es que entre el 12 y el 13 de junio, Sánchez Mosquera inició un cambio de dirección —no puede hablarse en propiedad de un repliegue, y mucho menos de una retirada—, y el día 16 ya el mando rebelde estaba plenamente apercibido de las implicaciones de ese cambio. Además de las medidas antes mencionadas, comencé a preparar en La Plata una escuadra de siete combatientes al mando de Huber Matos, armados todos con fusiles Garand, a los que pensé agregar dos más de la escuela de reclutas que pedí al Che.

Huber Matos, por cierto, era capitán por haberse distinguido en la construcción de trincheras. Había llegado a la Sierra en el avión que trajo a Miret y otros valiosos compañeros con dos ametralladoras 50, varias carabinas San Cristóbal y 100 000 balas de carabina M-1, que enviaba un amigo de la Revolución Cubana. Llevaba solo unos meses en la Sierra Maestra. Posteriormente, resultó ser un ambicioso y un traidor, que utilizaba los trucos anticomunistas para sembrar intrigas. No por ello ignoramos su participación en las acciones donde estuvo presente.

Este grupo salió de La Plata a reforzar a Paco Cabrera Pupo en el alto de El Cacao al amanecer del día 17. Ya a esa altura, yo estaba convencido de que por ahí era por donde el enemigo intentaría penetrar.

Ese mismo día llegó el Batallón 11 a El Cacao. Desde el día anterior, Paco Cabrera Pupo había ocupado la posición indicada por mí en el alto. Allí sus hombres cavaron algunas trincheras a lo largo del filo del firme, en un terreno completamente descubierto. Cerca de ellos, a pocos cientos de metros a la izquierda, estaban las casas de los campesinos Hilde Álvarez y Elpidio Cedeño, de quienes dependían durante su estancia allí para obtener un magro abastecimiento.

Tendidos en sus trincheras poco profundas, entre la hierba de guinea, los combatientes podían ver apenas algunas de las casas de El Cacao, abajo. La ladera que descendía delante de ellos hacia el valle estaba cubierta por un monte tupido, a través del cual serpenteaba en su ascenso el camino que presuntamente tomaría el enemigo si quería ganar el alto. Enfrente, a más de un kilómetro en línea recta, la prolongación del firme de Providencia hacia el Este cerraba casi todo el panorama. Detrás de ese firme y a la derecha, surgía otro alto, al que en la zona daban el nombre del Infierno.

A la izquierda, el estrecho filo del alto de El Cacao empata con el firme de la loma de El Brazón, cuya altura no sobrepasa la de aquel, mientras que a la derecha comienza a elevarse sin interrupción la falda imponente de la loma del Gallón. Detrás y abajo, muy abajo, Santo Domingo y el río Yara. A su espalda, el puñado de hombres que traía bajo su mando Paco Cabrera Pupo tenían una falda abrupta y pelada que cae 200 metros más abajo a la profunda cañada por donde se desliza entre el monte, a su encuentro con el Yara, el manso arroyo de Santo Domingo. Algunos campesinos habían edificado sus viviendas cerca del arroyo, en el fondo de la cañada, y le dieron al lugar, váyase a saber por qué, el nombre de La Manteca.

El 17, poco antes de la salida del sol, apareció el enemigo. Todavía estaba muy lejos. Ascendió desde El Verraco al firme del Infierno y comenzó el descenso hacia El Cacao. A esa misma hora, aproximadamente, apresté en La Plata el refuerzo y lo envié a Santo Domingo. A media

mañana llegó el mensaje de Paco Cabrera Pupo en el que me informaba que el enemigo bajaba a El Cacao.

Los próximos movimientos de esta tropa estuvieron ya completamente claros para mí. Traían la misión de ocupar Santo Domingo. Defender este punto se convirtió en la máxima prioridad. La ocupación de Santo Domingo entrañaba un doble peligro: primero, la presencia de una tropa enemiga al pie mismo del corazón rebelde en La Plata; segundo, el debilitamiento de las posiciones avanzadas rebeldes en Providencia y Casa de Piedra, que tendrían al enemigo río arriba a sus espaldas. No en balde lo segundo fue lo que más me preocupó en ese momento, a pesar de que el peligro táctico era inmediato. Pero yo sabía perfectamente que, a la hora de la verdad, un puñado de hombres sabrían defender hasta el final la subida al firme de la Maestra por El Naranjo.

Para conjurar la nueva amenaza pedí con urgencia al Che que me enviara desde Minas de Frío una escuadra de seis hombres armados de M-1, al mando de Geonel Rodríguez, a los que pensaba enviar también de refuerzo al alto de El Cacao. Se trataba del personal de reserva con que contaba el Che para defenderse de cualquier intento de penetración del enemigo a las Minas desde San Lorenzo, pero una vez más se impuso en nuestras evaluaciones tácticas la primordial importancia del peligro inmediato.

Sánchez Mosquera estableció campamento al mediodía del día 17 en El Cacao, y envió rumbo a Estrada Palma un arria de mulos en busca de suministros.

Ese día me llegaron a La Plata diversos rumores e informaciones en el sentido de que ya el enemigo había efectuado el cruce hasta Santo Domingo. De ser así, los acontecimientos se habían precipitado en relación con mis cálculos. Mientras esperaba recibir confirmación de estas noticias de parte de Paco Cabrera Pupo, el jefe que había situado a cargo de la zona, tomé preventivamente, no obstante, diversas medidas. Ordené a Félix Duque que, de ser cierta la información, avanzara por el Yara, río arriba, y se situara lo más cerca posible del enemigo, con el fin de abrirle fuego y contenerlo si intentaba explorar río abajo; y a Eddy Suñol que se replegara río arriba para organizar la defensa de la entrada del río desde Providencia.

Estas disposiciones tenían un doble propósito. El inmediato era obvio, pero más significación tenía el que lo era menos. Aun cuando resultara falsa la noticia, yo estaba convencido de que sería muy difícil impedir la entrada del enemigo en Santo Domingo. Y como siempre procuré, y sigo procurando, ir por lo menos dos o tres pasos por delante de los acontecimientos, ya estaba formando en mi mente la idea de tender un cerco a la tropa que lograra penetrar en Santo Domingo.

Mientras tanto, el refuerzo había llegado al alto de El Cacao. Después de evaluar la situación sobre el terreno, Paco Cabrera Pupo y Huber Matos llegaron a la conclusión de que las posiciones en el alto no eran propicias. Consideraron, en primer lugar, que la tropa enemiga que subiera por la falda de El Cacao tenía la posibilidad de desplegarse y protegerse en el monte, una vez que sintiera fuego desde el alto, y rodear con relativa facilidad las posiciones rebeldes. Estas, además, quedaban descubiertas, malamente disimuladas entre la hierba de guinea y expuestas a un fácil ataque aéreo. Por último, la retirada tendría que efectuarse por la abrupta ladera de La Manteca, muy pelada y de trabajoso descenso, con la agravante de que ya el enemigo tendría tomado el alto.

Estas consideraciones, a mi juicio, podían tener cierta validez, pero partían de la premisa de abandonar la posición del alto y, como principio, siempre era preferible una fuerza guerrillera bien atrincherada cuando se trataba de contener a una tropa de infantería en ascenso. No obstante, Paco decidió trasladar su emboscada más atrás, al punto donde el camino que baja del alto de El Cacao a Santo Domingo cae por primera vez en el arroyo. El lugar, escogido después de una rápida exploración, tenía ventajas indiscutibles, y también inconvenientes. La fuerza rebelde podía ocultarse entre el monte y tomar posiciones no solo en el arroyo, sino también, a los dos lados, en las pendientes laderas del fondo de la cañada. Por otra parte, todo hacía suponer que el enemigo, que en ese momento llevaba cinco días sin encontrar resistencia, avanzara en orden de marcha de hilera a lo largo de todo el camino, sin

precauciones especiales. Lo tupido del monte y lo escabroso del terreno harían dificultosa cualquier maniobra de rodeo que pudieran intentar los guardias después de caer en la emboscada. En suma, se trataba de un lugar propicio para efectuar una resistencia momentánea y causar cierto número de bajas al enemigo. Pero no parecía ser una posición defendible por tiempo indefinido, sobre todo, con tan poca cantidad de hombres. El plan de Paco Cabrera Pupo consistía en repetir pequeñas emboscadas del mismo tipo a lo largo del descenso hasta el río, pero conociendo de antemano que sería improbable impedir la llegada del enemigo hasta Santo Domingo.

En la noche del 17 recibí el informe de Paco acerca de las disposiciones adoptadas y, por tanto, la confirmación de que el enemigo no se había movido de El Cacao. En consecuencia, revisé las órdenes enviadas a Duque y Suñol en el sentido de que esperaran a que los guardias llegaran a Santo Domingo antes de realizar los movimientos que les había orientado anteriormente. La flexibilidad táctica que caracterizaba nuestra actuación nos permitía elaborar un nuevo plan de acuerdo con la situación cambiante. Al amanecer del 18 le comuniqué al Che mi apreciación de que el enemigo lograría penetrar en Santo Domingo:

[¼] en cuyo caso trataríamos de embotellarlo en la casa de Lucas [Castillo] y aprovechando las ventajas del terreno, no dejarlos subir ni bajar por el río, ni entrar para acá [para el alto de El Naranjo y La Plata], mientras Suñol quedaría impidiendo el avance desde Providencia.

Para ello yo contaba con cerrar el río por abajo con Duque, y por arriba con Lalo Sardiñas, a quien pensaba ordenar que en ese caso se moviera hacia Pueblo Nuevo, y tapar la subida por El Naranjo con las propias fuerzas de Paco Cabrera Pupo, reforzadas por las escuadras de Huber Matos y Geonel Rodríguez. Como se verá más adelante, este fue, en esencia, el plan que se aplicó en la primera Batalla de Santo Domingo.

A estas alturas éramos conscientes de que la entrada del enemigo en Santo Domingo era la señal para que se desatara con intensidad la ofensiva. En ese mismo mensaje al Che le escribí: "Si se produce choque en Santo Domingo se va a armar en todas partes". Mi plan era bajar al día siguiente lo más próximo posible a Santo Domingo para observar de cerca la situación. Sin embargo, los acontecimientos del día 19 en los otros dos sectores de la batalla me impidieron moverme de La Plata.

En Santo Domingo y El Naranjo, los vecinos no se habían movido de sus casas. Llevaban varios días de incertidumbre e inquietud. Los rumores sobre el acercamiento del Ejército eran contradictorios y alarmantes. La escuelita que mantenía Rolando Torres Sosa, llamado entre los rebeldes El Barberito, había seguido abierta a pesar de los frecuentes ametrallamientos y bombardeos en la zona. La armería de Luis Crespo, instalada en la casa de Clemente Verdecia en El Naranjo, continuaba funcionando, aunque se habían tomado todas las medidas para garantizar una evacuación rápida en caso necesario.

Los combatientes al mando de Paco Cabrera Pupo llevaban dos noches ocultos en la espesura del arroyo, unos 500 metros más arriba de las casas de La Manteca. No llegaban en total a 15 hombres. No hicieron campamento, no tendieron sus hamacas ni prepararon cocina. Llegaron al atardecer del día 17 seguros de que a la mañana siguiente ya estarían en combate. Esa primera noche la pasaron todos en tensión. Sabían que el enemigo, del otro lado del alto, era fuerte. No se enfrentarían con una patrulla ni un pelotón, ni siquiera con una compañía.

Amaneció el 18. Desde el fondo de la cañada percibían que el día había llegado porque el oscuro violeta del cielo se disolvió en una bruma gris a través de la espesura que los envolvía. Pasaron las primeras horas de la mañana mientras el sol en su ascenso iba diluyendo las sombras al fondo del valle.

El día transcurrió sin que el combatiente de guardia en el alto diera la alarma que todos esperaban ansiosos. Había un poco de desconcierto. ¿Y si toda la ansiedad resultaba innecesaria? ¿Y si los guardias habían seguido hacia Providencia en lugar de tomar el camino de Santo Domingo? Pero el observador, desde el alto, informó que el enemigo no se movía.

Los hombres no podían siquiera cocinar, pues el humo los podía delatar. Además, ¿qué iban a poner en la candela? Desde que bajaron del alto no habían comido. No había nada que comer.

Después de trepar la ladera de El Cacao, el camino que lleva a Santo Domingo irrumpe en el monte y gana el firme entre la hierba de guinea; pasa junto a las casas como si quisiera dar oportunidad al caminante de recuperar aliento antes de iniciar el empinado descenso. Cortando una S tras otra en el ralo potrero, el sendero se precipita entonces hacia el fondo de la cañada. Es una bajada molesta. ¡Cómo será la subida! El que se mueve debe afincar con cautela el talón antes de atreverse a dar un nuevo paso. El jinete vacila, se desmonta, o bien decide confiar en el instinto ciego de la bestia. Cualquier precipitación o descuido puede provocar una caída que nadie sabe hasta dónde puede llevar rodando cuesta abajo. Si ha llovido, el suelo es doblemente traicionero: pendiente y, de contra, resbaloso. Pero casi peor es que haya sol. Alguna guásima retorcida o palma esbelta —árboles sin sombra— matizan a trechos el inacabable serpenteo del sendero. Abajo, lejos, el monte invita con frescura y agua. Abajo, lejos, la muerte aguardaba al enemigo.

Sánchez Mosquera no se movió en todo el día 18. Evidentemente, el puesto de mando de Bayamo quería sincronizar la entrada del Batallón 11 en Santo Domingo con ataques simultáneos en los otros dos sectores principales. El 19 de junio era el "Día-D" escogido por el enemigo para el inicio de la segunda fase de la ofensiva. Desde varios días atrás, las tropas del Batallón 19, del comandante Suárez Fowler, habían llegado a Arroyón, donde se limitaron a realizar fintas exploratorias en el camino hacia las Vegas. El 19 de junio lanzarían el ataque a fondo en combinación con el Batallón 17 del comandante Corzo, que avanzaba desde Las Mercedes. También desde el día anterior, el Batallón 18 del comandante Quevedo había iniciado su movimiento desde la costa, y debía llevarlo al día siguiente a entrar en contacto con las fuerzas rebeldes que protegían la entrada desde el Sur.

La tarde del 18 de junio le avisé a Paco Cabrera Pupo que al día siguiente le enviaría este refuerzo. En mi escueto mensaje le advertí: "No dejen entrar los guardias por ningún camino".

También le recomendaba que utilizara las minas. A esas alturas yo estaba ansioso por comprobar el resultado de los artefactos explosivos que, por mi iniciativa e insistencia, se habían preparado en el taller de armamentos de Luis Crespo en El Naranjo. De hecho, el tema era martillante en todas las comunicaciones que le dirigí por estos días a los jefes. Al Che le escribí el 18: "Tengo ya ganas de ver reventar una mina en la vanguardia de una tropa. Esa que viene de El Cacao se ha paseado. ¡Qué buena está para sorprenderla!".

Por la noche llegó a La Plata la escuadra de M-1 que mandaba el Che desde Minas de Frío al mando de Geonel Rodríguez.

"Verás que hoy va a haber función amplia", le anuncié al Che en un mensaje enviado a las 6:00 de la mañana del día 19, que amaneció claro y soleado. Ya en ese momento se escuchaban en La Plata los cañonazos que tiraba la fragata *Máximo Gómez*. Poco después de redactar el mensaje al Che, me dispuse a partir hacia Santo Domingo junto con los hombres de Geonel Rodríguez.

Más o menos a esa misma hora, el Batallón 11 inició su movimiento. Iba a la vanguardia la Compañía 96. El jefe del batallón ocupó una posición al centro de la columna en marcha, junto a la Compañía A. Cubría la retaguardia la Compañía 97. El movimiento fue detectado desde el alto de El Cacao por el observador de guardia con tal fin, un muchacho campesino hijo de un vecino de El Cacao de apellido Castellanos. Después de cerciorarse de la ruta que tomó la tropa, el muchacho se arrojó potrero abajo a plena carrera para avisar a Paco Cabrera Pupo que ya se aproximaba el enemigo.

Después de sortear la empinada cuesta, el sendero que baja hacia La Manteca penetra de nuevo en el monte. El terreno se nivela en la medida en que el camino va banqueando la bajada hacia el arroyo. Unos 200 metros después de entrar en la espesura, el camino cae por primera vez sobre la margen derecha del cristalino arroyo que baja de la falda de El Gallón. Inmediatamente antes se endereza después de una última curva del banqueo, cavada ya

bastante por la erosión de las aguas y de cientos de miles de pisadas. Saltando sobre las piedras, el camino cruza el arroyo junto a una pequeña poza en la roca donde se acumula el gélido hilo de agua. A los dos lados, las márgenes ascienden dentro del monte espeso.

Paco Cabrera Pupo calculó que, en ese punto, la vanguardia de la columna enemiga, obligada a marchar en hilera por el estrecho sendero, se detendría a beber. Según el camino que traían, no habían visto agua desde que iniciaron el largo ascenso de la falda de El Cacao. Su idea era tender la bolsa de la emboscada alrededor de la poza del arroyo para tomar inadvertida a la vanguardia cuando se detuviera a refrescar. En la margen izquierda, del otro lado, en una posición desde donde se dominaban unos 30 metros de camino en su caída al agua después de su última curva, se situaron él, Huber Matos, Evelio Rodríguez Curbelo y un combatiente llamado Raulito, que estaba encargado de hacer estallar una mina. El monte clareaba un poco en la posición escogida. En la margen derecha, dominando un trozo de sendero antes de la última curva, se ubicó la mayor parte del personal del pelotón de Paco. En el centro, en el arroyo, Paco Cabrera González y Miguel Ángel Espinosa —el primero, detrás de una piedra grande, dentro del agua; y el otro, tras las raíces de un corpulento jagüey— tenían quizás la posición más peligrosa, pues estaban a menos de 30 metros del cruce del arroyo y de la poza. Estos combatientes eran los encargados de abrir el fuego cuando la punta de vanguardia se detuviera en el agua.

Cuando llegó jadeante el observador rebelde que estaba en el alto, los combatientes ocuparon presurosos sus posiciones respectivas. Se sucedieron los interminables minutos que siempre preceden a un combate. La visibilidad era nula; el enemigo sería avistado en el último momento.

Poco antes de las 7:00 de la mañana, el pelotón de avanzada de la Compañía 96 alcanzó el alto. Allí esperaron unos minutos a que se reuniera el resto del personal de su compañía, que venía subiendo trabajosamente la cuesta. Los ánimos estaban exaltados. Esperaban encontrar resistencia antes de alcanzar el firme. Exploraron el filo de la altura y descubrieron las trincheras abiertas cuatro días antes por los combatientes del grupo de Paco Cabrera Pupo. Pasaron el informe al jefe del batallón, que venía más abajo. Este ordenó continuar la marcha, ya estaba seguro de que entraría en Santo Domingo sin disparar un solo tiro.

En el camino, la vanguardia enemiga obligó a un haitiano, residente en El Cacao, a que continuara delante como práctico. El hombre, asustado, señaló con el dedo la bifurcación del camino: a la derecha hacia El Brazón, a la izquierda a La Manteca y Santo Domingo. El jefe de la compañía, capitán Orlando Enrizo, le ordenó que siguiera adelante en la segunda dirección.

Comenzaron el laborioso descenso; iban conversando y bromeando, de cuando en cuando se escuchaba alguna palabrota si alguien resbalaba o perdía el equilibrio y tenía que sujetarse ligero del primer plantón de hierba a su alcance. Poco a poco iban llegando a los labios del monte. Se aproximaban sin precaución.

Desde sus posiciones, los rebeldes emboscados escuchaban el avance de los primeros soldados; sintieron sus conversaciones y sus gritos. Experimentaron la extraña y mixta sensación de saber que se acercaba un enemigo todavía invisible, al que los ojos aún no habían dado una tranquilizadora dimensión humana. Los primeros en divisar al enemigo fueron los combatientes apostados sobre la margen derecha. De inmediato hicieron la señal que esperaban impacientes los del otro lado y los dos hombres que estaban en el arroyo. Paco me contó después que en ese momento todos se tensaron con las armas preparadas. Era una sensación conocida para todos nosotros, la de los últimos instantes antes del comienzo del combate.

Según el relato que escuché a los combatientes de esta emboscada, el primer soldado que apareció en el campo visual limitado de los dos rebeldes en el arroyo, era un hombre negro, corpulento. Llevaba su fusil, un Garand, colgado del hombro. Se detuvo un instante. Buscó la continuación del trillo del otro lado del arroyo. Entró en el agua y dio unos pasos en dirección a la piedra tras la cual estaba agazapado Paco Cabrera González. Detrás de él aparecieron otros cuatro o cinco guardias. También entró el haitiano.

De repente, el soldado que venía delante se detuvo, repentinamente petrificado. Por detrás de la piedra había surgido una figura barbuda, con un sombrero tejano y un fusil en la mano. Los ojos del soldado se abrieron desmesurados, y tan solo atinó a proferir un grito. El combatiente rebelde disparó apenas a 10 metros de distancia.

En un segundo la cañada retumbó con el fuego rebelde. Paco Cabrera Pupo comenzó a disparar con su Beretta. Un instante después, el combatiente encargado de la mina juntó las puntas de los cables y estalló el artefacto explosivo en el recodo del camino, adonde habían llegado también otros miembros de la vanguardia enemiga. Los que habían alcanzado el agua se pegaron aterrados a la orilla izquierda de la poza, donde la piedra formaba una pequeña faralla. Del camino, otros se tiraron al arroyo. Casi ninguno hizo ademán de defenderse. El haitiano, al sentir el primer disparo, saltó sobre las piedras y, rápido como una flecha, pasó por detrás de Paco Cabrera González. Este, ocupado en disparar y en cargar apresuradamente dos o tres tiros cada vez en el depósito de su Springfield, con el que disparaba, lo miró aprensivo: "¡No mata! ¡No mata!", gritó sin parar el haitiano. Allí mismo quedó, a la espalda del combatiente rebelde, sumergido en el agua hasta la nariz y gritando espantado, durante el combate.

En los primeros minutos, el fuego enemigo fue desorganizado. Todos disparaban, los que estaban en el camino detrás del recodo de la mina, los que venían más atrás, incluso, los que permanecían todavía en el alto. Pero disparaban desconcertados, a todas partes y a ninguna. En el alto un morterista emplazó su arma y lanzó dos o tres proyectiles sin rumbo.

Transcurrieron unos 20 minutos de combate. El jefe de la compañía logró dar las órdenes necesarias, y envió sus otros dos pelotones a flanquear por ambos lados la emboscada rebelde.

Con mucho trabajo y gran despliegue de fusilería, el pelotón que avanzaba por la falda derecha alcanzó la misma línea de las posiciones rebeldes, loma arriba. Paco Cabrera Pupo se dio cuenta de la maniobra y ordenó la retirada. El primer combate había dado el resultado que se deseaba. Al enemigo se le contaron no menos de 12 bajas en la vanguardia. Los combatientes rebeldes se replegaron ilesos, a pesar del intenso fuego enemigo y de la proximidad con que se desarrolló el combate. La acción había durado poco más de media hora. El fuego se calmó momentáneamente, mientras los guardias se reagrupaban y recogían a sus heridos y muertos. Eran alrededor de las 7:45 de la mañana.

En Santo Domingo y El Naranjo, los vecinos comenzaron a abandonar precipitadamente sus casas cuando sintieron el inicio del combate. Escondieron en el monte sus pocos muebles, su ropa, todo lo que no podían llevarse. Dejaron sus casas vacías. Mientras el padre y los hijos mayores se ocupaban de esta faena, la madre ensartaba su rosario de niños pequeños, y con el recién nacido en los brazos, iniciaba el ascenso hacia el firme de El Naranjo, o hacia Gamboa, o río arriba a Pueblo Nuevo, hacia donde pudiera encontrar refugio para ella y su familia. Las casas de La Manteca también quedaron solas, pero de aquí no hubo tiempo de llevarse nada.

Unos cuantos cientos de metros más abajo, Paco Cabrera Pupo preparó una segunda emboscada, similar a la primera, de acuerdo con las instrucciones recibidas. Arriba, en el alto, Sánchez Mosquera ordenó continuar el avance por el arroyo y por las dos faldas laterales. No quería correr el riesgo de caer en una segunda trampa y seguir perdiendo hombres, lo cual dañaba su prestigio de hábil táctico antiguerrillero. Al mismo tiempo ordenó avanzar en zafarrancho de combate, peinando sin cesar el monte con un continuo fuego de registro en el que intervenían, no solo la fusilería, sino también, las bazucas y los morteros.

Sánchez Mosquera había decidido, además, hacer a los campesinos pagar cruelmente el apoyo que él presumía había brindado a los combatientes guerrilleros. Las casas de La Manteca por las que pasó su tropa, enardecida por el revés sufrido y por la marihuana y por los demás estimulantes que llevaban en sus mochilas casi todos los soldados del Batallón 11, fueron reducidas a cenizas. Así, entre otras, las pobres viviendas de Plácido Vaillant, de Lucrecia Santana, de Eduardo e Ismael Tamayo, ardieron junto con lo que estas familias

poseían en el mundo. La tropa cargó a su paso con los animales que encontraba —gallinas, patos, guanajos, lechones—, se llevó el café, el cacao, el arroz, las viandas, todo lo que servía de botín. En media hora las familias de La Manteca quedaron arruinadas.

Después del enfrentamiento, Paco Cabrera Pupo me envió un mensaje urgente. Yo había escuchado el combate que se venía desarrollando desde poco después de las 7:00 de la mañana, mientras bajaba por la falda del firme de El Naranjo con la escuadra de Geonel. Solicité al Che el envío urgente de los últimos siete hombres de reserva de los que se podía disponer en Minas de Frío. Otro mensajero rebelde había salido en busca de Lalo Sardiñas con la orden de que también se trasladara de inmediato a la zona.

Los guardias poco después avanzaban desplegados. Paco Cabrera Pupo comprendió que nada podía hacer por contenerlos con la docena de hombres con que contaba. En consecuencia, ordenó la retirada. Los combatientes bajaron hasta la casa de Lucas Castillo, cruzaron el río Yara hacia su margen izquierda y ocuparon posición en el estribo terminal del firme de Gamboa, frente a la casa de Lucas. A su derecha les quedaba el arroyo de El Naranjo y un poco más atrás, abajo, la armería de Crespo y las otras casas de El Naranjo. Desde esa posición pensaban resistir cualquier intento de avance ulterior del enemigo hacia el firme de la Maestra, si así lo pretendieran después de ocupar Santo Domingo.

A las 10:20 de la mañana los primeros soldados terminaron el descenso del arroyo y salieron al río Yara. Comenzaron a explorar los alrededores de la casa de Lucas Castillo, en la margen derecha, y a hacer preparativos de campamento. Al parecer, no tenían intenciones de seguir avanzando, aunque mantuvieron un fuego indiscriminado con todo tipo de armas. Desde el estribo de Gamboa, al otro lado del río, los observaban los hombres que esa misma mañana les habían hecho pagar con un alto precio de sangre su intento de penetración en el corazón del territorio rebelde.

La escuadra de Geonel se unió al grupo de Paco Cabrera Pupo cuando ya los combatientes estaban llegando en su retirada a El Naranjo. En la Comandancia solo quedaba un fusil, el mío, y gran número de minas, los cables y los fulminantes pertinentes, que podían, incluso, hacerse estallar simultáneamente, con los cuales me acercaba a la zona de Lucas Castillo, si los guardias superaban con rapidez la resistencia de Paco Cabrera Pupo. Pensaba crear rápidamente un campo de minas que podían activarse al unísono. Tuve que regresar con todas ellas antes de alcanzar el punto.

Poco después de su llegada a la casa abandonada de Lucas Castillo, que de inmediato ocupó como puesto de mando, Sánchez Mosquera ordenó la salida de dos pelotones río abajo, con la misión de sacar a los heridos del combate. Desde su punto de observación, los combatientes rebeldes contaron siete camillas. Es una pena no haber dispuesto en aquel momento de suficientes hombres para haber cubierto también esa previsible ruta enemiga de refuerzo o evacuación, pues un segundo golpe ese mismo día —y este podía haber sido más efectivo— hubiese sido sumamente desmoralizador para el prepotente Sánchez Mosquera.

Los muertos fueron recogidos y sepultados al fondo de la casa de Lucas. Con este grupo el jefe del batallón dio inicio a un cementerio particular a donde fue enterrando todos los muertos de su tropa durante los 40 días que permanecería en Santo Domingo, muchos de los cuales ni siquiera reportó a sus mandos superiores. Al final, los rebeldes descubrieron cerca de 100 tumbas, en algunas de las cuales habría más de una persona enterrada. Este cementerio acogió también los cadáveres de las víctimas campesinas de la crueldad de este sanguinario jefe enemigo, entre ellas, el propio Lucas Castillo y varios miembros de su familia, quienes fueron asesinados alevosamente pocos días después.

La tropa que despachó el jefe del Batallón 11 con los siete heridos, bajó sin tropiezo por todo el río, y esa noche acampó en Casa de Piedra. Duque había observado el movimiento desde el firme de Gamboa cuando se dirigía al mediodía a ocupar posiciones por la zona de Leoncito, lugar inmediatamente contiguo a Santo Domingo, aguas abajo del río. Viró para tratar de interceptarla en caso de que la misión de esta tropa fuera subir por el arroyo de El Cristo hacia

El Toro o Gamboa y la Maestra. En ese momento, las fuerzas de Duque sumaban un total de nueve hombres.

Al día siguiente, esta fuerza enemiga pasó por Providencia y siguió la marcha sin tropiezos hasta Estrada Palma, donde entregó los heridos. La ubicación posterior de este pelotón correspondería al terreno de la conjetura. No ha sido posible determinar si quedó separado del resto del batallón y no participó, por tanto, en la primera Batalla de Santo Domingo, o si, por el contrario, volvió a su base de operaciones. En este segundo caso, ¿regresó por el río o entró por El Cacao desde Providencia? Si lo hizo por el río, ¿por qué no fue interceptada? Son interrogantes que, más de 30 años después, corresponde aún aclarar a los historiadores.

Todo parece indicar que el camino del río no fue cubierto por tropas rebeldes hasta el 29 de junio. Las dos fuerzas principales que operaban en la zona fueron ubicadas por mí en los principales firmes de acceso a la Maestra: la de Duque en el estribo de Gamboa frente a Santo Domingo, y la de Suñol en El Toro. No estaban, pues, en posición de cerrar la vía del propio río, que al parecer quedó expedita para los movimientos de los guardias durante los días inmediatamente posteriores a la entrada del Batallón 11 en Santo Domingo.

En cumplimiento de mis instrucciones, Suñol se retiró de sus posiciones en Providencia después de la entrada de Mosquera en aquel punto. Entre los papeles hay un documento del 20 de junio, esto es, al día siguiente del Combate de La Manteca, en el que le informé al Che que "Suñol se retiró perfectamente bien, sin perder absolutamente nada. Está cuidando ya la entrada de la Maestra [es decir, del firme] por el Cristo y El Toro".

El mantenimiento de la posición avanzada en Providencia ya no tenía sentido después de la ocupación tanto de Santo Domingo como de las Vegas de Jibacoa. Por cualquiera de las dos direcciones el enemigo podría salir a la retaguardia de las posiciones rebeldes en Providencia. Durante las semanas subsiguientes, esta zona quedaría patrullada únicamente por el grupo de escopeteros al mando de Urbano Garcés, hijo del colaborador campesino Polo Garcés, y conocido por el sobrenombre de Viejo. Esta escuadra tendría la misión de vigilar los movimientos enemigos y, en la medida de sus posibilidades, hostigarlos.

Grave amenaza por el Sur

(Capítulo 8)

El 16 de junio de 1958, el puesto de mando de la zona de operaciones, en Bayamo, emitió la Orden Número 99, en la que disponía el movimiento de dos de las compañías del Batallón 18 en dirección a las cabezadas del río La Plata, en cumplimiento de la idea estratégica inicial del Plan F-F, que, como se recordará, consistía en enlazar esta fuerza con las que penetraran hacia ese mismo punto desde el Norte (mapa p. 488). En este caso se trataría del Batallón 11 de Sánchez Mosquera. De acuerdo con esta orden, el comandante Quevedo debería iniciar la operación con el suyo al amanecer del día 18, subiendo por el río Palma Mocha hasta el alto del mismo nombre, en el firme de la Maestra, para de allí tomar rumbo Oeste hacia la dirección indicada.



Como parte de la maniobra, debía localizar y capturar la cárcel de Puerto Malanga, descrita con bastante exactitud en el documento como una casa recién construida y otra en forma de L invertida, ubicadas en el nacimiento de uno de los brazos del río La Plata, en el lugar conocido por los bajos de Jiménez. Una vez tomado este campamento, el jefe del batallón debía

incorporar a los guardias prisioneros a su unidad y mantenerse operando en toda la zona desde Jigüe y El Naranjal hasta el firme de la Maestra. En realidad, los guardias presos eran muy pocos, capturados indistintamente, que en virtud de los datos que conocieron no convenía liberarlos en ese momento.

La tercera compañía se trasladaría por mar el día 20 a la desembocadura del río La Plata, donde establecería el punto de abastecimiento en la retaguardia del batallón. Con tal motivo, se cursaron el propio día 16 las órdenes pertinentes a la fragata *Máximo Gómez* para que continuara su patrullaje de la costa, resolviera el traslado de la compañía a La Plata y proporcionara el apoyo directo de ar-tillería que solicitara el jefe del batallón.

Al recibir esta orden, el comandante Quevedo, en consulta con sus prácticos, tomó una decisión que provocaría un cambio total de la situación operativa en el frente sur en los días siguientes y, de hecho, salvaría al batallón de caer en la trampa que con tanto cuidado le habíamos preparado y en la que pusimos tantas expectativas. Esta decisión, además, introdujo un nuevo elemento de amenaza muy grave en ese sector, que solo sería conjurada gracias a la actuación rápida y enérgica de Ramón Paz y sus hombres.

Por una parte, Quevedo debió concluir que la ruta ordenada por el puesto de mando, a lo largo del río Palma Mocha, era peligrosa y poco practicable. Con muy buen juicio, el jefe del batallón enemigo seguramente supuso que encontraría resistencia rebelde si intentaba subir por el río y, en efecto, allí era donde lo estaba esperando Paz. Pero, además, sus prácticos le debieron informar que, si uno de los objetivos era ocupar la cárcel rebelde, la ruta indicada desde Bayamo era muy engorrosa, pues, teniendo en cuenta el lugar donde se ubicaba esa instalación, la tropa se vería obligada a cambiar la dirección de su movimiento completamente hacia el Sur después de alcanzar las cabezadas de La Plata y, de hecho, bajar del firme de la Maestra. En cambio, debieron proponerle utilizar el trillo que subía al alto de La Caridad para caer después en El Naranjal, de donde podrían continuar subiendo por el río La Plata para pasar por la cárcel y seguir hacia el firme en una misma dirección de avance.

Al parecer, convencido por este argumento, el jefe del batallón optó por esta ruta, poco transitada y menos usual para los guardias. Se trató, sin duda, de una decisión astuta, pues lo lógico era pensar que el enemigo buscaría la relativa protección de la fragata a lo largo del camino de la costa, o bien subiría por el camino más trillado y, por tanto, más convencional del río. En la práctica, con esta decisión —aunque, lógicamente, Quevedo no lo sabía— la tropa enemiga cruzaría entre las dos posiciones rebeldes que lo esperaban y seguiría por un camino en el que, por la extrema improbabilidad de su utilización, no se había previsto preparar resistencia alguna. Se libraría así de un golpe demoledor si chocaba con cualquiera de las dos fuertes emboscadas que teníamos dispuestas.

En cumplimiento de la orden recibida, las Compañías Escuela de Cadetes y 103 del Batallón 18 iniciaron la marcha en dirección al río Palma Mocha al amanecer del día 18. Llevaron consigo las arrias de mulos con provisiones para 15 días de campaña. En Las Cuevas quedó la Compañía G-4, al mando del capitán José Sánchez González, unidad encargada de trasladarse por mar el día 20 a La Plata y establecer el punto de abastecimiento del batallón.

Avanzando muy lentamente, y con especiales precauciones, no fue sino en la tarde cuando las dos unidades enemigas llegaron al río. Habían tomado por el más alto de los dos caminos inferiores. Cruzaron junto a la escuadra de Teruel, quien había cumplido sus instrucciones y los dejó pasar sin molestarlos y sin descubrirse. Esa noche, los guardias establecieron su campamento en El Colmenar, a unos 200 metros apenas de la posición donde Paz los esperaba con los ojos bien abiertos y los nervios en tensión. Las tropas del Ejército durmieron mientras los hombres de Paz vigilaban, con la seguridad de que al día siguiente se entablaría el combate.

A las 11:00 de la mañana del día 19, Quevedo reinició la marcha y realizó entonces el movimiento que tomó por sorpresa a Paz, Cuevas y los demás jefes rebeldes. En lugar de continuar río arriba o río abajo, cruzó y comenzó a subir por el camino de La Caridad, con lo que dejó a un lado y otro las dos fuertes emboscadas. La amenaza planteada por esta

maniobra era gravísima: si la tropa enemiga lograba coronar el alto de La Caridad, no tendría dificultad alguna para bajar del otro lado hasta el río La Plata, a la altura de El Naranjal, lo cual hubiese significado para el enemigo salir por la retaguardia de las fuerzas rebeldes estacionadas en la playa de La Plata y ocupar una posición en la profundidad del territorio rebelde.

En cuanto Paz se percató de la maniobra realizada por el enemigo, hizo una rápida evaluación del peligro planteado y decidió correctamente que era necesario tratar de interceptar a los guardias antes de que alcanzaran el alto. La única solución era lanzar a sus combatientes a toda carrera loma arriba y a monte traviesa, a lo largo de una ruta aproximadamente paralela a la del enemigo, en una feroz prueba de resistencia física. La orden fue que los de más fortaleza llegaran antes que los guardias a algún punto del camino donde se pudiera preparar una emboscada, y comenzaran a combatir en cuanto hicieran contacto con el enemigo, mientras iba llegando el resto del pelotón. No había tiempo ni posibilidad de planificar nada más, ni siquiera de informarme lo que ocurría ni de avisar a Cuevas y a Teruel.

Esta presencia de ánimo, esta energía y decisión de Paz, y la disciplina, el arrojo y la combatividad de sus hombres, salvó la situación sumamente peligrosa producida. A toda velocidad, en una agotadora ascensión rompiendo monte, por un trayecto más largo y más pendiente, el propio Paz, Ango Sotomayor —su segundo al mando—, Hugo del Río y otros cinco o seis combatientes lograron salirles adelante a los guardias y ocupar una primera posición en un recodo pedregoso del camino, a unos 200 metros del alto. Apenas dos horas después de la orden de Paz, el pelotón completo estaba reunido de nuevo, y la emboscada comenzaba a ser debidamente preparada.

El enemigo, mientras tanto, había llegado a las casas de La Caridad poco después del mediodía. Los combatientes del pelotón de Cuevas que permanecieron allí custodiando las mochilas, intercambiaron algunos disparos con la vanguardia enemiga y se retiraron monte arriba. La impedimenta rebelde fue ocupada por los guardias. Saquearon las mochilas, ocuparon los abastecimientos y dieron candela a todo lo demás. Sin embargo, esa tarde no avanzaron más y establecieron su campamento allí, lo cual permitió a Paz preparar con más calma su emboscada durante toda la noche.

La ocupación de las mochilas del pelotón de Cuevas fue algo que ocurrió muy pocas veces a una tropa rebelde durante toda la guerra. Semanas más tarde, en Jigüe, a algunos de los guardias capturados allí se les ocuparon uniformes y otros efectos pertenecientes a los integrantes de este pelotón rebelde.

Mientras tanto, Cuevas, en la playa, conoció del movimiento enemigo, de la destrucción de su cocina y la ocupación de las mochilas de sus hombres, por las noticias que le llevó, en el acto, algún enlace campesino. Envío de inmediato un mensaje a Pedro Miret, quien me lo trasmitió a las 2:00 de la tarde. Yo lo recibí esa misma noche, y la noticia se sumó al resto de los hechos desfavorables ocurridos durante todo el día. Recuérdese, en efecto, que este mismo "Día-D" el enemigo, además de penetrar desde el Sur hasta La Caridad, inició con éxito su avance hacia las Vegas de Jibacoa en el frente noroccidental, y por el nordeste logró llegar a Santo Domingo.

Como era lógico, Pedro Miret tuvo muy poca información de lo ocurrido, y su primer mensaje era bastante preocupante. En la nota recibida de Cuevas, este decía, naturalmente alarmado, que los guardias iban en dirección al río La Plata y que no tenía noticias de Paz. "Parece que los guardias se están moviendo hacia el Naranjal", me escribió a su vez Miret: "Ya pasaron el río de Palma Mocha y siguieron por la Caridad. No sé qué ha pasado con Paz".

Pedrito sugería en su mensaje retirar a Cuevas de la posición que ocupaba en Palma Mocha y ubicarlo en el camino que subía por el río La Plata desde la costa, encima del campo de aviación en la boca de Manacas, para cubrir, además, un camino que bajaba hacia allí del alto de La Caridad. Proponía también acelerar el traslado de su gente hacia Purialón, e informaba que iba a situar algún personal río arriba para evitar una sorpresa por la retaguardia. Todas estas medidas parecían acertadas, aunque, en realidad, la decisión más precisa habría sido

cubrir con la tropa rebelde de la desembocadura de La Plata los dos caminos que bajaban del alto de La Caridad a El Naranjal, y desde este punto hasta el río, y ordenar a Cuevas o a las unidades rebeldes situadas al Oeste que ocuparan la posición en la playa y la desembocadura del río.

Por las noticias que trajo el mensajero portador de la nota, me percaté enseguida de lo ocurrido: el enemigo eludió la trampa que le teníamos preparada y se escurrió entre las dos emboscadas. Lo que más me preocupaba era no haber recibido noticias de Paz, y que las fuerzas de Quevedo no estuviesen ni siquiera localizadas con exactitud.

La situación era extremadamente peligrosa. Hasta ese momento mi atención había estado concentrada en conjurar el peligro más inmediato que planteaba la penetración de Sánchez Mosquera en Santo Domingo, y seguir con inquietud los acontecimientos en el frente de las Vegas de Jibacoa. Ahora todo eso debía pasar a un segundo plano ante la urgencia de tomar las disposiciones necesarias en el frente sur. Y, en situación tan difícil, contaba en La Plata, por toda reserva, con el fusil y las minas que ya mencioné.

Pero aun en estas complejas circunstancias, no podía perderse la cabeza. Lo más urgente era ubicar la fuerza enemiga y la posición de Paz, y así lo primero que hice fue despachar un mensajero con la misión de que localizara a Paz y le llevara nuevas instrucciones. En el caso de Cuevas, era obvio que si los guardias lograban coronar el alto de La Caridad, el mantenimiento de su posición dejaba de tener sentido. Por el mensaje que Cuevas le había enviado a Pedrito, se sabía que aún estaba posicionado en la desembocadura del río Palma Mocha. Por otra parte, la presencia de Cuevas en la zona de Santo Domingo era importante para reforzar ese otro frente tan peligroso. De hecho, antes de conocer todos estos acontecimientos en el Sur, yo le había solicitado a Paz que me enviara con urgencia la escuadra de Cuevas, con la intención de utilizarla en Santo Domingo, donde estaba en ese momento la amenaza principal.

Igualmente, si la información recibida resultaba cierta, las fuerzas de Pedro Miret tenían que replegarse de inmediato hacia El Naranjal, no solo para evitar que quedaran del otro lado del enemigo, sino además para organizar una defensa más concentrada del territorio de La Plata. En el mismo sentido, las líneas defensivas del sector más occidental —El Macho, El Macío, La Habanita, Cienaguilla, Cayo Espino— debían ser replegadas también. Las de la costa ya no tenía sentido mantenerlas con el enemigo posicionado en el curso superior del río La Plata.

En este mismo sentido, mi segunda preocupación en ese momento era la necesidad urgente de reconcentrar las defensas en torno a las instalaciones de La Plata. Recuérdese el mensaje que le envié al Che la noche del 19, citado en un capítulo anterior, en el que lo puse al tanto de la situación, del peligro que representaba la presencia de una tropa enemiga no localizada, y del riesgo de perder el territorio y toda la infraestructura que habíamos logrado crear con tanto sacrificio —el hospital, la planta de radio, los almacenes de víveres y parque, los talleres, en fin, todo—, y le reiteré: "El problema esencial es que no tenemos hombres suficientes para defender una zona tan amplia. Debemos intentar la defensa reconcentrándonos antes de lanzarnos de nuevo a la acción irregular".

Siempre quedaba la alternativa de la guerra irregular con la fuerza multiplicada varias veces y mejores armas, pero sería muy alto el costo de arriesgar el tiempo histórico de la Revolución y el de perder las instalaciones creadas.

Estaba decidido —y así se lo hacía saber al Che— a mantener sin variación alguna la estrategia que estábamos siguiendo mientras quedara una esperanza de conservar en nuestras manos el territorio de La Plata.

En ese mismo mensaje comunicaba al Che que debía concentrar el personal de Crescencio en el sector occidental del territorio más amenazado. Este redespiegue significaría el abandono de la costa al oeste de La Magdalena y de toda la zona de La Habanita, pero permitiría consolidar la defensa del sector occidental a partir de Minas de Frío.

La infiltración del enemigo planteaba una situación que no admitía alternativa: la fuerza rebelde en la boca de La Plata quedaría prácticamente en la retaguardia enemiga. Sobre la base de las informaciones recibidas hasta ese momento, la retirada de esa fuerza era imperativa, y así se lo hice saber a Pedro Miret en un mensaje en el que trataba de infundirle un poco del optimismo, que yo estaba tratando de conservar, a despecho de los acontecimientos: "La situación es difícil pero hay que conjurarla". La realidad es que en ese momento no parecían quedar muchas opciones viables. Sin embargo, una vez más quedaría demostrado que, tanto en una guerra como la que desarrollábamos, como en cualquier lucha, aun la situación al parecer más desesperada puede tener una salida si se conserva la serenidad y no se pierde la voluntad de pelear.

En La Caridad, esa noche, todo permaneció estable. Los guardias acamparon en la casa del campesino Graciliano Hierrezuelo y en otra más cerca del alto, a menos de 600 metros de la emboscada de Paz. Pero todavía yo no sabía nada de esto. Entre la incertidumbre de lo que estaba ocurriendo en el Sur, la preocupación por la presencia de la tropa enemiga llegada a Santo Domingo, y la irritación por lo que consideraba una actuación muy deficiente de los combatientes que defendían el frente de las Vegas, no sería exagerado decir que esa fue una de las peores noches de todas las que pasé en la guerra.

A eso de las 10:00 de la mañana del día 20 fue cuando recibí el mensaje de Paz en el que me informaba de la emboscada tendida cerca del alto de La Caridad. La noticia me tranquilizó un poco, pero mantuve mi decisión de mandar a retirar a Pedro Miret de la desembocadura de La Plata. Por otra parte, me fui dando cuenta de que si los guardias lograban alcanzar El Naranjal no era tan grave la situación, pues sería muy difícil que pudieran continuar avanzando o siquiera salir de ese lugar.

En La Caridad, el enemigo comenzó a avanzar poco después del amanecer del día 20, y alrededor de las 9:00 de la mañana hizo contacto con la emboscada de Paz. En el fuerte tiroteo que se produjo, los guardias utilizaron todo lo que tenían, pero tras media hora de combate el enemigo se replegó a su punto de partida. Durante todo el resto de la mañana los morteros se mantuvieron disparando contra la sólida posición rebelde.

En esa ocasión, un mortero hirió gravemente a dos combatientes rebeldes: Fernando Martínez y su hijo Albio, recién incorporados a la tropa. El primero moriría allí mismo, mientras que el segundo sería trasladado hasta el hospital de Martínez Páez, en Camaroncito, cerca de La Plata, pero todos los esfuerzos por salvarlo resultaron inútiles.

Poco después del mediodía recibí la información de Paz acerca de este primer combate y del rechazo del enemigo. La acción decidida de Paz aclaró considerablemente la situación. Ahora lo que importaba, ante todo, era impedir que los guardias siguieran avanzando en la dirección que habían tomado. Partiendo de la premisa de que Paz mantendría su posición y lograría rechazar definitivamente al enemigo, a Quevedo le quedarían dos opciones para tratar de cumplir la misión encomendada: la primera sería continuar en busca del alto de Palma Mocha, o sea, proseguir en la dirección originalmente prevista en la orden de operaciones; la segunda, retroceder hasta la costa, reembarcar y volver a desembarcar en otro punto, que por toda lógica no podía ser más que la playa de La Plata. Como es natural, yo no sabía en ese momento que Quevedo había de-estimado la ruta indicada desde el puesto de mando de Bayamo, lo cual hubiese sido un elemento adicional a favor de la segunda variante. Pero, no obstante, poniéndome en su lugar, había llegado a la conclusión de que lo más viable era intentar un nuevo desembarco.

En vista de este análisis, después de recibir el primer mensaje de Paz, mandé a Miret a reforzar con 10 hombres bien armados la posición de este en La Caridad, y que con el resto de su personal regresara río abajo lo más cerca posible de la playa y continuara fortificando el camino del río La Plata. Mi intención era crear de nuevo las condiciones para resistir palmo a palmo el avance enemigo que, con seguridad, se produciría a lo largo de ese río.

A Paz le contesté:

No sabes el valor que tiene en estos instantes haber rechazado a los guardias por ese camino. Te felicito por el acierto y por la acción a lo igual q. a los bravos compañeros que están contigo. Esto nos permite mejorar una situación q. parecía difícil si los guardias hubieran llegado a Naranjal.

Realmente, la actuación de Paz y de sus hombres fue excepcional durante todos estos días. Con su rápida y decidida respuesta a la sorpresiva maniobra enemiga, Paz demostró sus extraordinarias condiciones como táctico, como jefe y como combatiente. En ese mismo mensaje le informé del refuerzo que estaba orientando enviarle y de otra escuadra de ocho hombres que despaché a reforzar la posición de Roberto Elías en el camino del alto de Palma Mocha.

Mientras tanto, después del mediodía, los guardias realizaron un nuevo intento de romper la defensa de Paz y sus combatientes en el alto de La Caridad. Se produjo otro intenso combate, en el que esta vez el enemigo actuó con mayor habilidad y trató de flanquear las posiciones rebeldes. Sin embargo, de nuevo la aguerrida tropa de Ramón Paz, inspirada por el éxito de la acción de la mañana y por el aliento que recibió de su jefe, contuvo el avance y rechazó a la fuerza enemiga, mucho más numerosa, mejor armada y provista de abundante parque. En esta segunda acción, los guardias sufrieron varias bajas entre muertos y heridos, y ningún rebelde fue siquiera herido. Una vez más se demostraba que una moral invicta y una voluntad decidida convertían a nuestra guerrilla en una fuerza prácticamente invencible y capaz de mantener una posición bien escogida y preparada.

Ese mismo día comenzó a cumplirse la otra parte del plan original del mando enemigo, es decir, el desembarco previsto en la playa de La Plata de la Compañía G-4 del Batallón 18, la que debía servir de apoyo logístico a las otras dos, cuya misión era penetrar en profundidad en el territorio rebelde.

La desembocadura del río La Plata era uno de los lugares fortalecidos de manera especial a lo largo de toda la costa, pues siempre tuve la certeza de que en algún momento el enemigo lo utilizaría, por su posición en la misma base del eje principal de su más probable dirección de ataque y por sus privilegiadas condiciones topográficas para establecer un campamento de retaguardia con todas las ventajas, como cabeza de playa de su ofensiva desde el Sur. Por esa razón, el grupo rebelde desplegado allí era relativamente numeroso, con amplias posibilidades de preparar buenas trincheras y reforzado, además, con una de nuestras dos armas pesadas: la ametralladora calibre 50 que manejaba Braulio Curuneaux. La posición, como se recordará, estaba a cargo de Pedro Miret, auxiliado por René Rodríguez y Dunney Pérez Álamo.

Sin embargo, parece ser que la situación de las posiciones rebeldes en la desembocadura del río había comenzado a deteriorarse en los días inmediatamente anteriores al desembarco enemigo. La inactividad y la tensión de los tantos días pasados en espera de este desembarco, las difíciles condiciones de suministro y la consiguiente hambre de la tropa, la falta de una disciplina lo suficientemente estricta como para evitar la aparición de algunas manifestaciones de desorganización y pequeñas rencillas entre los distintos grupos a los que les había tocado convivir durante un tiempo prolongado, provocaron un cierto grado de relajamiento. A estos factores habría que añadir la indecisión manifestada en ese frente en los primeros momentos posteriores a la maniobra de Quevedo en dirección a La Caridad, y la poca agilidad demostrada en el cumplimiento de las sucesivas órdenes que recibían. Téngase en cuenta la extrema fluidez de la situación en las últimas 24 horas antes del desembarco, durante las cuales Pedrito recibió instrucciones más de replegarse hacia el interior en el momento en que la situación de Paz era aún incierta, para luego recibir la orden de ocupar de nuevo posiciones lo más cerca posible de la playa cuando yo pensaba que ya se habían replegado. Sin embargo, en la práctica, la situación operativa cambiaba constantemente y mis órdenes se solapaban sobre las anteriores sin haber sido cumplidas.

Todo esto contribuyó, al parecer, a crear cierta confusión. El hecho es que, cuando los guardias se acercaron a la costa e iniciaron la preparación del desembarco, apenas se les dispararon unos cuantos tiros. Hay que imaginar el daño que hubiera podido hacer un grupo de rebeldes bien atrincherados, disparando a mansalva sobre los guardias en la maniobra de

desembarco, con el apoyo nada menos que de una ametralladora 50 en manos de nuestro mejor artillero. Posiblemente, el desembarco se hubiese llevado a cabo de todas maneras, pero el enemigo hubiese sufrido un buen número de bajas. Y no es ilógico suponer que, ante una resistencia organizada y efectiva, el jefe de la compañía habría desistido. Hubiese sido una tremenda victoria que, junto con la de Paz en La Caridad, habría compensado con creces el pobre desempeño rebelde ese mismo día en el frente de las Vegas de Jibacoa.

Pedrito me mandó primero un escueto mensaje donde decía que los guardias habían desembarcado, que Álamo hizo resistencia y se retiró como se le había dicho, y que toda la tropa estaba ya camino de Purialón.

Me extrañó mucho en esa nota la información de que el enemigo no le había dado tiempo a nada y que la gente de Álamo estaba dispersa, lo cual indicaba una retirada desorganizada.

Más tarde, recibí un segundo reporte un poco más amplio, por el que me di cuenta de que las cosas no habían salido como debían. Sin embargo, la evaluación de Pedrito de lo ocurrido y de la conducta de los hombres de Álamo, era positiva. Por ese segundo mensaje me enteré también de que al producirse el desembarco ya René Rodríguez estaba camino de Jigüe con parte del personal de la playa, lo cual podía haber contribuido a que ocurriera tan deslucida función en la playa de La Plata.

Tanta insistencia en ocupar posiciones a lo largo del curso inferior del río, en la boca de Manacas, Purialón o Jigüe, me hacía pensar que Pedrito no había comprendido bien el sentido de mis reiteradas prevenciones acerca del curso de acción que debía seguir en caso de que los guardias forzaran la línea de Paz en La Caridad y logran penetrar hasta El Naranjal. En ese caso, no tendría sentido alguno mantener una tropa más abajo de este punto, máxime después de producirse el desembarco en la playa. Por eso le reiteré, en la tarde del día 20, después de haber recibido sus dos mensajes sobre lo ocurrido en la desembocadura del río, que si el enemigo entraba en El Naranjal tenía que trasladarse con todo el personal hacia arriba. Y, sobre todo, le insistí en que hiciera contacto lo antes posible con Paz para que coordinara su actuación con él. En medio de los peligros de una situación a cada momento cambiante, me tranquilizaba constatar que Paz sabía tomar decisiones acertadas de acuerdo con las circunstancias. Por otra parte, la reunión de las dos fuerzas era necesaria para el plan que había comenzado a madurar en mi mente.

A estas alturas, como dije antes, ya había dejado de preocuparme demasiado la posibilidad de penetración de los guardias hasta El Naranjal. Me percataba cada vez más de que, con una resistencia adecuada, era prácticamente imposible que una columna enemiga pudiera seguir avanzando más allá. Esa noche ya había iniciado los preparativos para crear una resistencia, comenzando por colocar minas, que ocultas tras un matorral, ramas u hojas, podían desbaratar cualquier vanguardia enemiga que se aventurara más allá de El Naranjal. Estaba casi seguro de nuestra capacidad de paralizar a los guardias en esa dirección. El lugar, además, se prestaba no solo para contener a esa tropa, sino también, para su posible captura.

Lo que más me preocupaba esa noche era la situación de otra tropa enemiga que, según los informes recibidos durante el día, subía por el río Palma Mocha en dirección a El Jubal, donde de-bíamos tener la emboscada de Roberto Elías en la casa de Emilio Cabrera. Resultó que no existía esa pequeña fuerza allí, donde había dado instrucciones precisas de ubicarla, pero eso no lo supimos hasta el día siguiente. Esa noche me ocupé de pedirle a Paz un refuerzo para esa posición y de preparar varios exploradores que al amanecer debían partir hacia El Jubal a evaluar la situación sobre el terreno.

En cuanto a Paz, le ordené que se replegara con todos sus hombres hacia El Naranjal esa misma noche. Quizás esta orden le resultase sorpresiva, teniendo en cuenta que durante todo el día había estado combatiendo exitosamente para impedir precisamente que el enemigo pudiera cruzar de La Caridad hacia El Naranjal. Pero mi valoración era la siguiente: si los guardias habían logrado romper la resistencia de Paz, cosa que yo no sabía todavía, de todas maneras era necesario que se retirara más arriba de El Naranjal; pero si todavía mantenía su posición en La Caridad, entonces lo que había que hacer era precisamente dejarle expedito el

camino de El Naranjal para invitarlos a seguir en esa dirección. Tan seguro estaba de que caerían en una ratonera que buscaba cómo librarles el camino de obstáculos.

También en esta ocasión, sin embargo, Paz demostró su perspicacia táctica. En el mensaje que me envió al día siguiente, me confirmaba el cumplimiento de la orden de trasladar sus posiciones a El Naranjal, y me decía:

Yo creo que obligando a los guardias a pelear en el terreno que a nosotros nos conviene, podemos no solo aguantarlos, sino hacerlos retroceder y derrotarlos.

Pienso poner 2 hombres a hostilizarlos por dondequiera que traten de llegar, pero lejos de la emboscada que les tenemos.

La nueva línea defensiva en El Naranjal estaba compuesta por el personal de Paz, el de Pedro Miret y la escuadra de la ametralladora calibre 50 manejada por Albio Ochoa y Fidel Vargas. Era una de las dos que llegaron desde Costa Rica en el avión en que viajó Miret. Paz dispuso la ubicación del personal de Álamo con la otra 50 —la de Curuneaux— sobre el camino nuevo, abierto de hecho por los rebeldes, que comunicaba Palma Mocha y los llanos del Infierno con la zona de Camaroncito, más arriba de El Naranjal. Esta posición cubría el posible acceso de una fuerza enemiga desde el curso superior del río Palma Mocha, en caso de que fuese cierta la información de que una tropa enemiga se movía río arriba, si era superada la emboscada de Roberto Elías a la altura de El Jubal. Con ello se evitaría que el enemigo apareciera por la retaguardia de la línea rebelde en El Naranjal.

Ese era uno de los puntos que más me preocupaba en ese sector a estas alturas de las disposiciones defensivas. Otros dos eran el camino que subía de la casa de Emilio Cabrera en El Jubal al firme de la Maestra y bajaba de allí a Santana, sobre el río Yara, más arriba de Santo Domingo, y el camino de a pie a lo largo del firme de la Maestra, hacia el Este, en dirección al alto de Joaquín y hacia el Oeste en dirección a Radio Rebelde y la Comandancia en La Plata. Estos accesos tenían significación a partir de la premisa que aún no habíamos desestimado de que existía una fuerza enemiga en el río Palma Mocha, cuyo destino evidente sería coronar el firme de la Maestra por el segundo de los caminos que acabo de mencionar, o el de Palma Mocha, por el camino nuevo, para caer después sobre el río La Plata.

La amenaza potencial de esta fuerza en Palma Mocha, adquiriría significación adicional en caso de que el enemigo intentase alcanzar el firme de la Maestra desde el Norte, bien mediante el avance ulterior de la tropa llegada a Santo Domingo o bien mediante el ingreso de una nueva fuerza procedente de El Cacao o de El Verraco que cruzara hacia los cabezos del río Yara por San Francisco o La Jeringa. La primera posibilidad parecía ya a la altura del día 21 bastante improbable, como resultado de las posiciones de contención colocadas alrededor de la fuerza enemiga en Santo Domingo. Pero quedaba latente la segunda variante que, por obvia, siempre fue tenida muy en cuenta por nosotros en la planificación. En este momento yo pensaba colocar en el alto de la Maestra, en el punto donde cruzaba el camino de Palma Mocha, a Cuevas y su gente, con lo cual quedaría garantizada la protección de esta vía en las dos direcciones.

En cuanto al acceso que brindaba el camino nuevo de Palma Mocha sobre la retaguardia rebelde en El Naranjal, la decisión de Paz de utilizar a la escuadra de Álamo era correcta. Sin embargo, el emplazamiento exacto de la emboscada podía ser revisado, para lo cual le mandé a decir a Paz que yo iría personalmente para ubicar e instruir a Álamo en la primera oportunidad que tuviese.

Con estas medidas —además de la ubicación por el Che del personal de Raúl Podio, que había estado cuidando la playa de El Macho, en el alto de Cahuara con instrucciones de vigilar todo el firme al oeste del río La Plata hasta lo más cerca posible del mar, y del envío de una posta a cuidar un difícil camino de a pie que subía de frente desde Jigüe—, la disposición defensiva del sector sur quedaba asegurada. En el largo mensaje que envié a Paz al mediodía del sábado 21 de junio, detallaba todas estas posiciones y le incluía unas apreciaciones que es bueno citar ahora porque sirven de anticipo de lo que iba a ocurrir en las semanas siguientes:

Desde luego, que hay puntos por ahí, donde si los guardias se meten, lo mejor sería dejarlos, para acabar con ellos ya que los refuerzos podrían ser cortados por completo. Hay que esperar esa oportunidad, algunas de las cuales se han presentado ya, no pudiéndose aprovechar por falta de personal armado.

De ahora en adelante hay que matarles la vanguardia dondequiera que se presenten. La línea ahora, por la Maestra, desde el Frío, hasta el camino P [Palma] Mocha-Santo Domingo, estará muy difícil de atravesar. El martillazo grande debemos buscarlo por el Sur.

Si logramos llevar adelante estos planes, será una gran victoria, aparte de que podremos conservar la planta de radio y el territorio base de aprovisionamiento de armas.

Pero el día 21, la fuerza enemiga del comandante Quevedo, a la que se le dejó expedito el avance en dirección a El Naranjal, emprendió la retirada de La Caridad de regreso a su punto de partida en la costa. Al parecer, el jefe del Batallón 18 decidió que la resistencia ofrecida por los rebeldes a los dos intentos de alcanzar el firme de La Caridad era lo suficientemente bien organizada como para impedirle ese objetivo. El propio Quevedo escribió después que pesaron también en su decisión el hecho de que los mulos que transportaban la comida de la tropa se despeñaron y que, aun superando la dificultad de la emboscada rebelde: "no íbamos a tener caminos para continuar".

Como justamente evaluaba Paz en el mensaje en el que informó de estos acontecimientos en la tarde del día 21, "[¼] siempre que ellos traten de subir por un lado y se les haga retroceder es una victoria nuestra pues se les extravían los planes y ven que no es muy fácil cruzar por sobre no-sotros".

En definitiva, al día siguiente las dos compañías del Batallón 18 reembarcaron y descendieron por segunda vez, en esta ocasión en la desembocadura del río La Plata, donde había establecido campamento la Compañía G-4.

En la noche del 21 de junio informé a Paz que debía subordinar bajo su mando a todo el personal que operaba en el sector sur, decisión que comuniqué a Pedro Miret, René Rodríguez, Dunney Pérez Álamo, Raúl Podio y demás jefes de escuadras o grupos estacionados en diversas posiciones. De todos los cuadros con que contábamos en el sector sur, Ramón Paz era el que había demostrado no solo más capacidad como táctico y organizador, sino también mayor decisión y combatividad. Era, sin duda, el jefe idóneo para ese momento y ese lugar, donde ya cabía prever la posibilidad de dar un primer golpe contundente al enemigo.

Al día siguiente, domingo 22 de junio, bajé de La Plata hasta Puerto Malanga. Allí me esperaba Álamo para ir conmigo hasta la posición precisa en el firme de Palma Mocha donde yo consideraba que debía ubicarse. Aproveché el recorrido para conocer de manera directa mayores detalles acerca de lo ocurrido el día 20 en la playa de La Plata, ya que me parecía muy deficiente la actuación de nuestras fuerzas en oposición al desembarco enemigo e insatisfactorias las explicaciones dadas hasta ese momento. De ahí mi insistencia durante estos días en reivindicar aquella pobre actuación con una resistencia firme y efectiva al avance que seguramente emprenderían muy pronto los guardias por el camino del río La Plata. A eso me refería en el mensaje que le envié a Paz en la mañana del 24 de junio:

Sobre el aspecto táctico, te recomiendo que además de vigilar bien cualquier punto de entrada al Naranjo [El Naranjal] desde las lomas, insistas con Pedro [Miret] en la necesidad de defender el camino de la Playa para tratar de que el enemigo no llegue al Jigüe. Aquella gente, con minas solamente podría detener al Ejército en ese camino.

En ese mismo mensaje le comunicaba la decisión de trasladar para la zona de Santo Domingo a la escuadra de Roberto Elías y a la escuadra con la calibre 50 de Braulio Curuneaux, la primera, porque la posición que ocupaba en la zona de El Jubal perdía importancia tras la ubicación de Álamo en el camino nuevo de Palma Mocha y de Cuevas en el firme de la

Maestra; y la segunda, porque no era imprescindible para la defensa del camino del río y, en cambio, podía desempeñar un papel significativo en el cerco que planeábamos hacerle a la tropa enemiga de Santo Domingo.

Esta ametralladora había participado la noche anterior en una incursión organizada por Pedrito y René contra el campamento enemigo en la de-semboadura de La Plata, durante la cual se dispararon tres obuses de mortero, 70 tiros de calibre 50 y cierta cantidad de disparos de fusil, con efectos indeterminados. Tras la acción, el personal regresó a sus posiciones sobre el camino del río a la altura de la boca de Manacas, donde había sido preparada nuestra pista aérea.

El martes 24 de junio, las dos compañías del Batallón 18 que habían desembarcado primero en Las Cuevas y que, en definitiva, habían reembarcado en ese punto y desembarcado nuevamente en la playa de La Plata, el día 22, para unirse a la unidad ya estacionada allí, iniciaron su movimiento hacia el interior de nuestro territorio a lo largo del río La Plata, desde su desemboadura. Los guardias no encontraron resistencia hasta que llegaron a la boca de Manacas, donde poco después del mediodía chocaron con la emboscada rebelde. Ocurrió un breve combate con el sorprendente resultado de que nuestra fuerza se retiró hasta Jigüe y dejó libre el camino al enemigo, en flagrante desestimación de la consigna de defender el terreno palmo a palmo.

En el parte que me mandó ese mismo día Pedro Miret sobre esta acción refirió una improbable cantidad de 11 bajas fatales hechas al enemigo, y justificó la retirada con el argumento de que las posiciones rebeldes estaban a punto de ser copadas, lo cual tampoco parecía probable dadas las características del terreno en el lugar donde tenía efecto la escaramuza.

Puede comprenderse fácilmente la decepción que sentí al recibir las primeras informaciones sobre este hecho. De inmediato, antes de conocer el informe de Miret, despaché al amanecer del día 25 el siguiente mensaje a Paz, que cito en extenso porque me parece que explica con exactitud lo que hacía días estaba tratando insistentemente de llevar al ánimo de los capitanes rebeldes que actuaban en el sector:

Aunque no he recibido todavía el informe de Pedro [Miret], e ignoro el punto exacto donde va a situarse, me adelanto a exponerte, que no deben situarse en el mismo caserío de Jigüe, sino lo más abajo posible, para hacerles la resistencia en el río que es inexpugnable. Yo estoy seguro de que si defienden el río bien, ellos [los guardias] no pueden avanzar, y tendrán que intentar entonces avanzar por el firme donde está Podio, donde solo pueden usar mulos al principio y después seguir a pie por un trillo muy malo, o inventar otra ruta.

Pedrito debe buscar en el río una buena posición estratégica, de esas que están entre farallones y allí hacer buenas trincheras de piedra, poniéndole techo de doble hilera de troncos con piedras arriba, contra la que nada pueden los morteros, única arma con la que pueden intimidar un poco a los defensores. En los sitios donde sea posible las trincheras deben hacerse cavando en tierra porque siempre son mejores, pero siempre poniéndoles techo, como las que tenemos aquí [en la zona de La Plata y el firme de la Maestra].

Después de la primera línea, deben preparar otra y así sucesivamente.

Insisto en esto, porque sé que es el único método correcto de hacer la resistencia. Si la gente usara nada más que un poco la inteligencia yo te aseguro que sería suficiente. Desgraciadamente suele ocurrir así muy pocas veces.

Mi impresión es que esos guardias no pueden sentirse muy decididos a subir por ese río. Van a inventar alguna vuelta y se les puede hacer lo mismo que tú les hiciste en la Caridad.

El día 25 los guardias ocuparon Purialón sin encontrar resistencia. La línea rebelde permanecía detrás de Jigüe, con lo cual, de hecho, se dejaban libres más de tres kilómetros de río y de camino en los que había infinitas posibilidades de desgastar y, hasta quizás, detener el

peligroso avance enemigo hacia el interior de nuestro territorio. La creciente insatisfacción que sentía por el desempeño de la defensa rebelde en la zona del río La Plata me hizo tomar la decisión ese mismo día de bajar hasta el frente a inspeccionar personalmente la situación. Como resultado de este recorrido, dispuse esa noche relevar a Pedrito y a René del mando del personal del río La Plata y designar en su lugar al segundo de Paz, Fernando Chávez, *El Artista*, a quien ascendí en ese momento al grado de teniente, y le ordené reorganizar la primera línea de defensa lo más abajo posible y cerca de Purialón. La escuadra de Podio en el firme de Cahuara quedaba también subordinada a Chávez; este, a su vez, lo estaba a Paz, quien seguía siendo el responsable de todo el sector.

Miret cumplió disciplinadamente, de inmediato, mi orden de trasladarse con el personal del mortero a la casa del Santaclarero en La Plata. René, en cambio, dilató la entrega de su fusil a Chávez y su subida a La Plata, como yo había dispuesto, por lo que dos días después ordené que se presentase o fuese conducido en calidad de preso a Puerto Malanga.

Al amanecer del 26 de junio, Chávez partió a asumir su mando y cumplir las instrucciones. Llevaba indicaciones precisas de preparar sucesivas emboscadas a lo largo del camino del río cada 500 ó 600 metros, tomando en cada caso las medidas convenientes para asegurar su retaguardia y garantizar su retirada y, si los guardias lo obligaban a retroceder hasta Jigüe, una vez llegado a ese punto, retirarse en dirección al alto de Cahuara y preparar una sólida línea de defensa en el firme. La intención de este último movimiento era doble: por una parte, tapar el acceso a la Maestra por esa vía y, por otra, poder utilizar a esa fuerza para atacar por la retaguardia a los soldados en caso de que prosiguieran su avance por el río La Plata en dirección a El Naranjal y chocaran allí con la emboscada de Paz.

Pero el enemigo no dio tiempo para poder ejecutar estas órdenes, pues también al amanecer del 26 las dos compañías al mando del comandante Quevedo reiniciaron la marcha río arriba, y en la tarde llegaron a Jigüe. Al alcanzar ese lugar, el enemigo había logrado situarse aproximadamente a mitad de camino desde la costa al alto de La Plata.

La Plata amenazada

(Capítulo 9)

Los días 19 y 20 de junio fueron posiblemente los más críticos de toda la ofensiva. En el transcurso de esas jornadas, como ya hemos relatado en los capítulos anteriores, las fuerzas enemigas lograron ocupar Santo Domingo y las Vegas de Jibacoa, bases de operaciones potencialmente muy importantes para el posterior asalto al reducto rebelde en el firme de la Maestra, y alcanzaron una penetración profunda en el territorio rebelde desde el Sur después de ser rechazadas por la pequeña fuerza de Ramón Paz en La Caridad.

**FIDEL Y LUIS CRESPO, RESPONSABLE DE LA
ARMERÍA DE LA COLUMNA 1, EN EL NARANJO.**

Para nosotros, lo peor durante los dos días, como también hemos visto, fue, por una parte, la convicción de que al menos en uno de esos frentes —el de las Vegas— la resistencia no había sido todo lo eficaz y decidida que hubiese hecho falta, y, por la otra, la incertidumbre ante la carencia de informaciones precisas de lo que estaba ocurriendo en el Sur. Pero, incluso, ante esta realidad, que me provocaba, como es de suponer, profunda inquietud, hice un esfuerzo por evaluar serenamente la nueva situación



creada y tomar una serie de medidas con el fin de aplicar el plan previsto para una eventualidad de este tipo.

Incluso, en este momento en que el enemigo llevaba la iniciativa táctica, nuestros planes no contemplaban simplemente la defensa escalonada del territorio rebelde. En una guerra clásica, pudiera suponerse que en una coyuntura así lo que procedía era aplicar a plenitud las ideas y estrategias concebidas según las características del terreno y la disponibilidad de fuerzas propias.



CELIA, FIDEL Y HAYDÉE SENTADOS EN UN SECADERO DE CAFÉ, EN ABRIL DE 1958.

En efecto, una de las líneas dominantes en mis razonamientos estratégicos, desde el comienzo mismo de la ofensiva enemiga, era el aprovechamiento del terreno. Específicamente, el empleo en beneficio de nuestros planes de la topografía característica de la Sierra Maestra, matizada por valles o depresiones rodeadas de alturas. En la práctica, no me preocupaba mucho que alguna de las unidades enemigas lograra penetrar en el territorio donde se había concentrado la defensa rebelde, siempre que la unidad

cayera en uno de esos valles o depresiones. En realidad, no podía dejar de hacerlo, ya que en los valles de la Sierra es donde se encuentran dos de los elementos más importantes para el sostenimiento de un contingente relativamente numeroso de tropas, a saber, el agua y las vías de comunicación más expeditas, que, aun cuando discurren en parte de su recorrido por los firmes de la montaña, tienden a buscar el curso de los ríos o arroyos que de manera invariable corren por el fondo de esas depresiones.

Una tropa estacionada en un valle de la Sierra Maestra era blanco propicio para el establecimiento de un cerco a lo largo de las alturas circundantes. Con una ubicación así —teniendo en cuenta que un asalto frontal a una altura es siempre, en todo tipo de guerra, una de las operaciones más difíciles, y más aún dadas las características montuosas de la mayor parte de las laderas de la Sierra en aquel momento— la tropa sitiada tenía tanto en teoría como en la práctica pocas posibilidades de salir de la situación en que se encontrara si no contaba con apoyo exterior; en otras palabras, si no disponía de refuerzos que acudieran a romper el cerco desde fuera y ayudar a salir a la tropa cercada.

Como operación militar, el cerco suele ser de carácter netamente ofensivo. Su intención, por lo general, es lograr la rendición de la tropa sitiada por hambre, o buscar el agotamiento de sus recursos defensivos mediante acciones de desgaste, con el fin de poder lanzar al final un asalto a la posición cercada, en caso que fuese necesario. Pero puede darse otro tipo de cerco, cuyo objetivo sea solo contener cualquier movimiento ofensivo de la tropa asediada. Este último da al cerco, más que un carácter ofensivo, uno contraofensivo.

La operación que yo tenía en mente, como primera fase de la respuesta a la amenaza planteada por la tropa enemiga que logró penetrar en Santo Domingo el 19 de junio, pudiera ser caracterizada como una combinación de estos dos tipos de cerco.

Desde el día anterior, cuando llegué a la conclusión realista de que no iba a ser posible impedir la entrada del enemigo en ese lugar, en mi mente comenzó a conformarse el plan de establecer eventualmente el cerco a la tropa. Pero no vaya a pensarse que, en ese momento, el objetivo principal a que aspiraba era, como instancia inmediata, la captura de la fuerza enemiga que iba a ser cercada, lo cual solo podría lograrse mediante un asalto frontal. Era obvio que a esas alturas la correlación de fuerzas no nos permitía emprender una acción de tal naturaleza, que, por otra parte, podría provocar un número considerable de bajas en nuestras

filas. El enemigo mantenía aún la iniciativa y sus tropas se encontraban más o menos intactas, avanzaba de manera simultánea desde tres direcciones. Nosotros no estábamos en condiciones de concentrar en una operación, por un tiempo relativamente prolongado, la cantidad de fuerzas necesarias para establecer una correlación local adecuada. Eso significaría debilitar demasiado las líneas defensivas opuestas a las otras direcciones de ataque del enemigo, lo cual podría traer consecuencias desastrosas.

El cerco que tenía en mente, en esta primera fase, era fundamentalmente de contención. No había sido posible evitar la penetración en el territorio rebelde. Lo que cabía hacer ahora era no dejar a esa fuerza enemiga dar un paso más, ni adelante ni atrás. En otras palabras, para utilizar la expresión que yo mismo empleé en el mensaje al Che del 18 de junio, ya citado, de lo que se trataba era de "embotellar" al enemigo. O como le escribí a Suñol ese mismo día, antes de la ocupación de Santo Domingo por los guardias:

Caso que los soldados bajen por el Cacao y logren entrar en S. D. [Santo Domingo] después de combatir con Paco [Cabrera Pupo], entonces no los vamos a dejar seguir ni para abajo ni para arriba ni para adentro de la Sierra, no quedándoles otro camino que regresar por donde han venido si [no] es que se lo tapamos también, cosa que no resultaría muy fácil porque ese firme [el alto de El Cacao] está completamente pelado.

No obstante, ese cerco podría desempeñar también un papel ofensivo en la medida en que fuera capaz de desgastar y desmoralizar al enemigo atrapado en Santo Domingo, así como, preparar los medios necesarios para golpear o destruir los refuerzos enviados en su auxilio. De esa manera, tal vez crearían condiciones propicias para, en una segunda instancia, lograr la rendición de la tropa sitiada.

La fluida situación táctica que se produjo el día 19 me obligó a variar provisionalmente este plan, al menos en lo que se refería al cierre del camino del río Yara, aguas abajo de Santo Domingo, para el que había pensado utilizar la pequeña fuerza de Félix Duque, y ya había dado las órdenes pertinentes. No podía pensarse por el momento en la ocupación del alto de El Cacao, aparte del hecho de que estuviera "completamente pelado", mientras existiese aún alguna tropa enemiga considerable en la zona de El Verraco. Cualquier fuerza rebelde estacionada en aquel alto quedaría entre tres fuegos: por delante desde Santo Domingo, por detrás desde la dirección de El Verraco y El Cacao, y por arriba desde el aire, en un firme donde no había posibilidad de encubrimiento contra un ataque de la aviación.

Por estas razones, el plan de cercar a la tropa de Santo Domingo no se ejecutó en su totalidad desde los primeros momentos. Como ya mencioné, la vía del río quedó descubierta, y lo seguiría estando en los días siguientes por la necesidad prioritaria de cerrar todos los accesos al firme de la Maestra al oeste de Gamboa. El alto de El Cacao sería ocupado de nuevo el 29 de junio, después de que el resto de la tropa enemiga ubicada del otro lado cruzara y se incorporara a la de Santo Domingo.

En su lugar, lo que se estableció de inmediato fue una línea defensiva de contención que abarcaba las direcciones por las que no se podía permitir de ninguna manera un avance ulterior del enemigo. Estas dos direcciones fueron, por supuesto, la del curso superior del río Yara y la del firme de El Naranjo, que conducían de manera más o menos directa a una penetración a fondo en el "territorio básico" rebelde.

En cuanto al firme de El Naranjo, la misión de impedir todo avance ulterior correspondía, en un primer momento, a la misma tropita de Paco Cabrera Pupo que combatió en La Manteca, a la que se había incorporado el grupo a las órdenes de Huber Matos, reforzada ahora por el de Geonel Rodríguez, llegado inmediatamente después de ese combate. Pero en los días subsiguientes a la entrada del enemigo en Santo Domingo fui fortaleciendo de manera progresiva esta línea con la incorporación de nuevas fuerzas extraídas de otras zonas de operaciones.

Como parte de este reforzamiento defensivo en el área del alto de El Naranjo, alrededor del día 22, ubiqué personalmente a la escuadra de Dunney Pérez Álamo, que había estado en la playa

de La Plata como parte de las fuerzas de Pedro Miret y a la que había ordenado permanecer en la zona de la Comandancia de La Plata después de su retirada en ocasión del desembarco de la Compañía G-4 en ese lugar el día 20. Las nuevas posiciones de este personal serían en la bajada de El Naranjo, del otro lado, y muy cerca del firme de La Plata, en el punto donde troncaban el camino de El Naranjo con el de Los Mogos. La gente de Álamo debía cubrir cualquiera de esas dos direcciones en caso necesario. Este grupo, de unos 20 hombres, también permanecería por el momento en condición de reserva para ser utilizado según las circunstancias y, posteriormente, formaría parte del cerco en Santo Domingo.

Mandé también a buscar una escuadra perteneciente a las fuerzas de Camilo, la cual fue separada del resto de esa tropa y quedó en la zona de Aigualrevés con Ramiro; la ubiqué cerca y a la izquierda de la posición de Lalo Sardiñas, al comienzo del firme de Los Mogos. Esta escuadra, de unos seis o siete hombres, estaba al mando de Zenén Meriño.

El día 26 envié también al firme de El Naranjo a nuestra principal arma pesada, la "artillería": la escuadra de la ametralladora calibre 50 al mando de Braulio Curuneaux. En los días finales del mes de junio situé al pelotón de René Ramos Latour, *Daniel*—quien había llegado el día 23 a La Plata al frente de un grupo de refuerzo procedente de Santiago de Cuba—, más o menos a mitad de distancia entre esas posiciones y el alto de la Maestra, como segundo escalón de reserva que entraría en acción en caso necesario. Esta relativa concentración de fuerzas demuestra la importancia concedida a la defensa de la subida de El Naranjo, la vía más directa para el asalto al firme de la Maestra en las cercanías de La Plata.

Todas las escuadras de la primera línea de contención hubieran estado subordinadas a Paco Cabrera Pupo, salvo el grupito de Zenén Meriño, que por su ubicación se subordinaría al mando de Lalo Sardiñas en Pueblo Nuevo. Pero, precisamente por estos días, Paco Cabrera Pupo enfermó, con un dolor apendicular agudo en el costado derecho, y tuvo que retirarse; como consecuencia de esto, no pudo asumir funciones de combatiente durante el resto de la ofensiva. En ausencia de Paco, no me quedó otra alternativa que confiar el mando general de esta línea a Huber Matos.

El día 20, el grupo de Paco Cabrera Pupo se había trasladado al otro lado del arroyo de El Naranjo, y ocupado posiciones en el camino que sube por el arroyo, un poco más arriba de la casa de Clemente Verdecia, la misma que había servido hasta pocos días atrás de taller de confección de bombas y reparación de armas. En ese lugar se podía hacer resistencia tanto en el caso de que los guardias intentaran subir por el arroyo para ocupar El Naranjo, como en el de que tomaran hacia el firme, pues ese camino salía unos 100 metros detrás de la posición ocupada por Paco.

Fue de allí de donde Paco Cabrera Pupo se tuvo que retirar el día 22 ó 23 hacia La Plata. Durante esos dos o tres días, el enemigo no intentó entrar por El Naranjo. Se limitó a hacer algunas exploraciones por las faldas de los estribos que caen sobre la margen izquierda del Yara, a los lados del arroyo de El Naranjo.

Después que Huber Matos asumió el mando, di la orden de dividir el grupo en tres. Una pequeña escuadra de cuatro o cinco hombres, al mando de Paco Cabrera González, ocupó dos trincheras existentes en el punto donde el camino que subía al firme de El Naranjo entraba en el monte y comenzaba a ascender, después de dejar atrás las primeras casas de El Naranjo y un tramo de potrero. La escuadra de Geonel Rodríguez se ubicó en el mismo alto de la loma de Sobicú, a la izquierda del camino. Huber Matos, por su parte, se instaló con el resto del personal en otras trincheras en un punto intermedio de la subida al firme, en pleno monte de la falda de Sobicú.

La idea de esta distribución era cubrir dos de las posibilidades de avance de los guardias, en caso de que intentaran subir al firme de El Naranjo, a saber, por el camino—faldeando la loma de Sobicú— o de frente, a monte traviesa, para ganar directamente el alto de Sobicú. En cada caso chocarían con los grupos de abajo y de arriba, respectivamente, mientras que la función del grupo intermedio de Huber Matos era reforzar arriba o abajo, donde hiciera falta. La

escuadra de Geonel, además, debía prevenir la posibilidad de que el enemigo intentara ganar el firme por la falda opuesta a El Naranjo, esto es, por la ladera del arroyo de Los Mogos.

Muchos de nuestros combatientes, a quienes correspondió ocupar posiciones en esta línea, encontraron sus trincheras ya hechas. Esta falda del firme de El Naranjo, por su proximidad a las instalaciones de la Comandancia de La Plata, había sido uno de los lugares donde trabajamos con más intensidad en la preparación del terreno, con vistas a la defensa del corazón de nuestro territorio.

Colateral al firme de El Naranjo estaba el estribo del firme de Gamboa, que muere en el río Yara frente a Santo Domingo, allí donde se había situado primero Paco Cabrera Pupo inmediatamente después del Combate de La Manteca. Al pasar Paco al estribo de El Naranjo, envié a Félix Duque a cubrir esta otra importante vía de posible acceso al alto de la Maestra por esta zona. La escuadra de Duque, que en ese momento contaba con no más de 10 hombres, se ubicó muy cerca de la mitad del camino entre el río Yara y el alto de la Maestra.

Otra entrada a la propia Maestra que podía ser utilizada por los guardias era la vía de los lugares conocidos como El Cristo y El Toro, por donde se accedía al firme de la llamada tiendecita de la Maestra, ubicada en la zona de Jiménez, entre La Plata y Mompié. Este acceso fue cubierto de inmediato por la escuadra de Eddy Suñol, cuyas posiciones en Providencia carecían de sentido después de la entrada del enemigo en Santo Domingo.

En lo que respecta a la segunda vía principal, la de río arriba, desde el 18 de junio, cuando recibí las primeras informaciones no confirmadas —que resultaron inciertas— de que el enemigo ya había penetrado en Santo Domingo, le ordené a Lalo Sardiñas que bajara con sus hombres por La Jeringa y se situara lo más cerca posible de los guardias por el camino del río. Los hombres de Lalo realizaron a marcha forzada, esa misma noche, la difícil y agotadora caminata por Loma Azul, y llegaron al río Yara, a la altura de la finca de Gustavo Sierra en Santana, al amanecer del 19, casi al mismo tiempo en que comenzaban los tiros en La Manteca. Al día siguiente, ya habían tomado posiciones en la zona de Pueblo Nuevo, a poco menos de dos kilómetros aguas arriba de la casa de Lucas Castillo en Santo Domingo, donde Sánchez Mosquera instaló su puesto de mando.

Cualquier tropa estacionada en Santo Domingo tenía cuatro rutas posibles en caso de que su intención fuese penetrar más profundamente en el territorio rebelde. Tres de ellas conducían de forma directa al firme de la Maestra. La más occidental era la que subía por todo el estribo de Gamboa, cuyo acceso estaba cubierto por Duque. La seguía hacia el Este, la vía que tomaba por el arroyo de El Naranjo y la falda de la loma de Sobicú hasta el firme de El Naranjo, y a lo largo de este hasta el alto de la Maestra, muy cerca de la Comandancia de La Plata y de las instalaciones de Radio Rebelde. La tercera de estas rutas era un sendero que salía de Pueblo Nuevo, más allá del arroyo de Los Mogos, y entroncaba con el camino de El Naranjo cerca del firme de la Maestra. La unión de estas dos vías era la posición defendida por Álamo. Por último, la cuarta ruta probable era seguir aguas arriba por el camino del río Yara, con intención después de desviarse a la derecha hacia el firme, bien por el camino que subía por Santana o bien por La Jeringa, a ganar la Maestra cerca del alto de Palma Mocha. La ruta de Gamboa llevaría al enemigo al oeste de la Comandancia; y las de Santana o Palma Mocha, al este. Conducían directamente a la zona de la Comandancia los caminos de El Naranjo y de Los Mogos, que se unían, como se ha dicho, muy cerca del firme.

La posición que le ordené tomar a Lalo Sardiñas a la altura de Pueblo Nuevo tenía precisamente como objetivo cubrir, tanto la eventual subida de la tropa enemiga río arriba, como la posibilidad de un intento de ascender por el camino de Los Mogos. En un mensaje que le envié al amanecer del día 21, le di instrucciones expresas a Lalo para que se posicionara más abajo del sendero de Los Mogos, que sería, además, su vía de retirada en caso necesario, y le advertí:

Es preciso combatir duro. Cada pedazo de terreno que se retroceda tiene que ser después de haberlo defendido duramente. Cuando estés ya en el trillo que sube a la Maestra tienes que parapetarte y no dejarlos pasar.

A toda costa había que impedir que el enemigo alcanzara el firme de la Maestra, del cual aparentemente lo separaba solo un paso. Yo estaba convencido de haber evaluado de un modo certero las intenciones enemigas, y estaba dispuesto a hacerle pagar bien caro ese paso. Se trata, quizás, del momento más crítico, en el orden táctico, de toda la ofensiva. No obstante, se mantenía inalterable mi confianza en la capacidad defensiva de las fuerzas rebeldes en esa zona. Al Che le informo el propio día 20:

La situación aquí ha mejorado algo pero sigue todavía imprecisa.

La tropa de la casa de Lucas no se ha movido un metro hacia arriba o hacia Naranjo donde están nuestras emboscadas prácticamente dobles [...]. Lalo está ya en Santo Domingo cuidando el camino por ese lado [...].

Lalo, en definitiva, temiendo que en caso de un encuentro los guardias pudieran alcanzar una altura en la margen derecha del río desde la cual podrían batir o envolver la emboscada rebelde, ocupó una posición aproximadamente 200 metros más atrás de la indicada, pero todavía delante del camino de Los Mogos. Allí había distribuido los 23 hombres de su tropa a los lados del río y del camino, entre los cafetales cercanos a la casa del colaborador campesino Mario Maguera. De este lugar a la casa de Lucas Castillo, donde tenía instalado Sánchez Mosquera su puesto de mando, había unos 1 200 metros por el río.

En aquel momento, el pelotón de Lalo Sardiñas contaba apenas con 11 armas, de las cuales unas siete se podían considerar más o menos efectivas. Las demás eran escopetas y mosquetones Máuser. En cuanto a parque, las armas más provistas disponían de entre 60 y 80 tiros. Uno de los fusiles contaba tan solo con ocho tiros. El aspecto general de esta pequeña tropa, mal vestida y peor calzada, provocó que muchos combatientes rebeldes se refirieran a ella como "los descamisados". Por otra parte, aunque ya en ese momento la situación había mejorado considerablemente gracias a la ayuda del propio Mario Maguera y, sobre todo, de Feliciano Rivero —un haitiano cuyo chalé estaba construido sobre la margen izquierda del río, unos 600 metros más atrás de la emboscada—, las largas semanas que permanecieron en la zona de Los Lirios habían sido difíciles para ellos en cuanto a la alimentación.

Dentro de la disposición operativa prevista en el plan de operaciones del Ejército, la fuerza de choque al mando del teniente coronel Sánchez Mosquera estaría compuesta por su batallón —el número 11— y por el Batallón 22, a las órdenes directas del comandante Eugenio Menéndez. Esta segunda unidad tendría en un inicio la misión de marchar a la zaga de la otra, para asegurar su retaguardia y sus líneas de abastecimiento.

Después del 12 de junio, al producirse el cambio de dirección en el avance del Batallón 11, la otra unidad varió también la ruta de su marcha y siguió la misma que tomó Sánchez Mosquera. Entre los dos batallones se mantenía siempre una distancia aproximada, equivalente a dos días de marcha.

El 19 de junio, el Batallón 22 se encontraba en El Verraco. Recibí la confirmación de esta noticia en un mensaje que me envió Lalo Sardiñas al llegar a La Jeringa, donde me informaba con bastante precisión que se trataba de una tropa de 300 hombres. El propio día 19, Almeida también me comunicó sobre la presencia de esta tropa en El Verraco y apreció, erróneamente, que se movía en dirección a Estrada Palma.

Esta situación fue motivo de inquietud para nosotros durante los días críticos del 19 y el 20 de junio. A Lalo le ordené que dejara algunos hombres en el alto de San Francisco, para prever la posibilidad de que esta fuerza enemiga intentara el cruce hacia el río Yara por una ruta paralela a la de Sánchez Mosquera, pero mucho más al Este, con lo cual caería a la retaguardia de la posición que le había ordenado ocupar al propio Lalo en Pueblo Nuevo y crearía una situación sumamente complicada. El 20 de junio le comuniqué esta preocupación al Che. En el mensaje que le mandé califico la probabilidad de ese movimiento como un "factor nuevo que puede presentarse" y que alteraría otra vez mi plan. Y al día siguiente, en otro mensaje a Paz, que estaba en el frente sur, volví sobre el mismo tema:

Por el momento no hay peligro de que suba tropa desde Santo Domingo hacia la Maestra por el camino de Palma Mocha [el de Santana], pues la tropa enemiga que llegó a Santo Domingo la tenemos medio embotellada en casa de Lucas [Castillo], pero ese peligro puede surgir si del Verraco o del Cacao, entran tropas por San Francisco o la Jeringa hacia los cabezos del río Yara, Santo Domingo arriba.

Cuando esa situación se presente confío resolverla si Cuevas acaba de aparecer con su pelotón y los reclutas que llevó. Ni qué decir tiene que si además llega Camilo entonces vamos a abusar de los guardias.

En realidad, como quedará demostrado por los hechos, mi apreciación acerca del punto de destino de esta fuerza era correcta. Lo que varió fue la ruta escogida. Apenas se resiste la tentación de especular lo que hubiera ocurrido si el Batallón 22 hubiese intentado hacer el cruce hacia el río Yara por el alto de San Francisco. Tal vez no lo hicieron porque el mando enemigo consideró que esa vía estaba muy defendida, cuando lo cierto era que en ese momento no había nadie cuidando el camino de San Francisco. Lalo no recuerda haber dejado personal en aquel momento en esa posición.

El 21 de junio, Guillermo García, quien había venido siguiendo una ruta paralela al enemigo por los firmes desde que se produjo el cambio de dirección, estaba por la zona de Agualrevés y La Jeringa, e informó que la tropa se encontraba a la altura de Rancho Claro. Con la llegada del capitán Guillermo a esta zona se aliviaba un tanto la amenaza táctica, pues los combatientes de que disponía podían ofrecer una primera resistencia efectiva en caso de que el enemigo intentara el cruce hacia el río Yara.

Teniendo en cuenta la situación planteada por estas dos fuerzas enemigas, y previendo además el cerco que yo pensaba tender alrededor de Santo Domingo, le había ordenado a Andrés Cuevas que se posicionara en la zona de Rascacielo, a poco más de un kilómetro al este del firme de La Plata. Cuevas llegó a ese lugar el día 22. Desde allí podía actuar como reserva, en cualquiera de las dos direcciones en que su presencia como refuerzo fuese necesaria, ya que estaba más o menos equidistante de Santo Domingo y de La Jeringa. Los hombres de Cuevas llegaron a Rascacielo después de otra fatigosa jornada desde el alto de La Caridad. La situación material de esta tropa rebelde era bastante difícil. Como se recordará, habían perdido sus mochilas en La Caridad, capturadas por los soldados del comandante Quevedo, el 19 de junio. Cuevas me escribió el día 23:

[...] lo que necesitamos es que nos mande algo con que abrigarnos, que anoche 9 hombres no pudimos dormir porque hace aquí mucho frío y no tenemos nada, y sobre los zapatos Ud. sabe que con las caminas que hemos dado tenemos unos cuantos que están descalzos. De mercancías tenemos un hombre que nos sirve viandas, nos hace falta sal y si no un poco de carne salada de la de Yeyo [Gello Argelís] que esa nos sirve y también unos frijoles.

A despecho de estas penurias, la disposición combativa del bravo capitán rebelde y sus hombres no había decaído: "[...] este es un buen lugar para esperar los soldados", me decía Cuevas en el mismo mensaje.

Salvo pequeñas patrullas de exploración que enviaba a corta distancia de su campamento, Sánchez Mosquera no realizó ningún movimiento durante varios días después de su entrada en Santo Domingo. Todo parecía indicar que, de acuerdo con un plan preconcebido, estaba esperando la llegada del segundo batallón, que componía su fuerza de asalto, antes de dar el siguiente paso.

Pero no todo era tiempo perdido para este teniente coronel que había ganado sus estrellas asesinando campesinos. Ante la inminencia de la llegada de los guardias, Lucas Castillo había abandonado su casa, junto con toda su familia, y se había refugiado en el monte. Sánchez Mosquera le envió un recado con una de sus hijas: "Dile al viejo que regrese a su casa, que cómo va a estar pasando trabajo en el monte, que no tiene nada que temer".

Lucas Castillo, ingenuamente, confió en esa palabra y se presentó a los pocos días. Los detalles de lo que ocurrió después nadie puede testimoniarlos a ciencia cierta. El caso es que tras la presurosa retirada de Sánchez Mosquera a finales de julio, el cadáver de Lucas Castillo, baleado y bayoneteado, apareció en una de las decenas de tumbas cavadas en el cafetal contiguo a su propia casa, que sirvió de improvisado cementerio para las múltiples bajas y víctimas inocentes de los guardias. Junto con el anciano, fueron masacrados otros cuatro campesinos, dos de ellos miembros de su familia, con los que el oficial asesino quiso saciar su vesania o vengar cobardemente su impotencia.

Estos días de inactividad en Santo Domingo coincidieron, en otros frentes, con el desembarco del grueso del Batallón 18 en la boca de La Plata, y el inicio de la penetración de esa fuerza enemiga a lo largo de todo el río desde el Sur. Sin embargo, no será sino hasta el día 26 por la noche cuando llegarán las tropas de Quevedo a Jigüe y establecerán campamento en ese lugar. En cuanto al sector noroeste, después de la ocupación de las Vegas de Jibacoa el día 20, las fuerzas enemigas no habían realizado ningún otro movimiento de significación.

Por tanto, en los días inmediatamente posteriores al 20 de junio, el peligro principal, en el orden táctico, estaba planteado por las fuerzas enemigas ubicadas en Santo Domingo, las que habían penetrado más a fondo y se encontraban, al parecer, a un paso del corazón del territorio rebelde.

El 24 de junio, cinco días después de la llegada de Sánchez Mosquera a Santo Domingo, ocurrió un hecho al parecer intrascendente, pero que ejerció una influencia considerable en los acontecimientos posteriores.

A media mañana de ese día, una patrullita de tres guardias a caballo se acercó por el río hasta el arroyo de Los Mogos, y comenzó a subir por la margen izquierda. Al parecer, más que con ánimo de explorar, se habían aventurado hasta allí, a un kilómetro de las últimas líneas del perímetro del campamento enemigo en Santo Domingo, en busca de unas reses y unos mulos que, según noticias recibidas, andaban sueltos por la zona. Este ganado significaba comida para el campamento, donde nunca venía mal un suplemento alimentario, que se sustraía de la población campesina y de los rebeldes. Los tres guardias avanzaban confiados; los fusiles amarrados en las monturas. Evidentemente, no tenían información sobre la existencia de rebeldes en ese lugar, o no creían probable que estuvieran tan cerca del campamento enemigo.

Los hombres de Lalo Sardiñas estaban en sus posiciones a lo largo de la carrera de Júpiter que sube por el lomo del estribo. Llevaban cuatro días allí, esperando en cualquier momento ver la aparición del batallón completo acampado en Santo Domingo. Al ver acercarse a los soldados a caballo, uno de los combatientes de Lalo disparó su arma. Otros rebeldes creyeron que era la señal para abrir fuego y comenzaron también a disparar.

Los tres guardias, sorprendidos y asustados, viraron grupas y trataron de escapar. Una de las bestias cayó herida, pero el jinete saltó a tiempo, agarró su fusil y siguió corriendo loma abajo junto a sus dos compañeros, hasta que se perdieron en el monte de la orilla del río.

Todavía sonaban disparos cuando a lo largo de la fila rebelde se corrió la voz de retirada. Al parecer, en la confusión general, alguien creyó que Lalo había dado la orden. Los combatientes comenzaron a ascender por el arroyo de Los Mogos y se reunieron en la casa del campesino Nando Alba. Allí les llegó por la tarde mi orden de que subieran todos a La Plata.

Yo recibí las primeras informaciones sobre este tiroteo apenas dos horas después. La primera versión que llegó a La Plata estaba magnificada. A tal punto era así, que a las 11:15 de la mañana del día 24, en un mensaje a Paz, le escribí:

Ya le hemos dado otro combate a los guardias, en el mismo Santo Domingo, en casa de Mario [Maguera] y tuvieron que retroceder de nuevo a casa de Lucas. No hemos abandonado el río.

Sin embargo, poco después, el incidente fue cobrando su verdadera dimensión. Me fui enterando de que se trató de unos tiros desorganizados a una patrulla de tres guardias a caballo, que se gastaron balas y no se ocuparon armas ni parque. Se delató, pues, una posición sin obtener nada a cambio. Pero me enteré, además, de que el grupo rebelde se había retirado sin justificación, a pesar de mis constantes exhortaciones, en el sentido de que cada pulgada de terreno tenía que ser defendida con las uñas y los dientes, y no podía ser cedida más que cuando no quedara otro remedio. El incidente podía echar a perder el plan de cerco que ya en ese momento estaba elaborando. No era, por cierto, de buen humor como mandé buscar a Lalo y a sus hombres.

Supé después que en la Sierra fueron siempre famosos y temidos mis disgustos ante cualquier manifestación de incompetencia, indisciplina o negligencia. Supongo que ya se sabía que yo no me mordía la lengua cuando tenía delante al responsable, aunque, por lo general, media hora después estaba bromeando con él o —como se dice— suavizando un poco el regaño. Quería hacerlos pensar, hurgar en su vergüenza, no herirlos; todos eran absolutamente voluntarios y sus sacrificios eran grandes. En este caso, me consta que los que recibieron mi reprimenda aquella vez todavía se estremecen al recordarlo. Debe ser que estaba tan molesto con lo ocurrido que fui particularmente duro.

No recuerdo de manera exacta todo lo que les dije a los miembros del pelotón de Lalo. Me parece que de lo que menos los acusé fue de ser unos comevacas, un calificativo muy duro entre los combatientes. Estuve a punto de pasarle las armas a otros ansiosos por luchar, lo cual constituía el más duro castigo que podía aplicarse. Pero les manifesté que tendrían que regresar a la misma posición, y que no podían dejar pasar por allí al enemigo, vinieran cuantos vinieran; que tenían que fortificar sus posiciones, y que no podían dar un paso atrás; si los guardias lograban romper la defensa por ese lugar sería porque ya no quedaría uno solo de ellos; al que subiera en retirada lo estaría esperando yo con una calibre 50 en el alto. Nunca le hablé así a nadie. ¡Qué trabajo me costó enviarlos otra vez a aquel punto crítico!

Esperaba a los hombres de Cuevas para darles la tarea, pero no habían llegado todavía.

A algunos de los combatientes del grupo de Lalo se les llenaron los ojos de lágrimas de coraje y vergüenza. Otros argumentaron que habían recibido la orden de retirada, pero que estaban dispuestos a volver a la posición. Al poco rato, después de haberme calmado un poco, les di algunas balas y dos minas, y los mandé de regreso.

Los acontecimientos posteriores parecen indicar que el tremendo regaño mío cumplió su papel. Por lo visto, mis palabras calaron hondo en el amor propio de aquellos rebeldes. Los combatientes del pequeño grupo de Lalo Sardiñas regresaron a ocupar sus posiciones dispuestos, en efecto, a morir todos antes que dar un solo paso atrás. Algunos de ellos, incluso, según supe después, hicieron un secreto juramento colectivo de que la próxima vez no habría retirada, aunque la orden fuese dada.

Lalo no ocupó exactamente la misma posición. Esta vez situó a sus hombres cerrando el camino del río, a los dos lados, unos 350 metros más atrás. En el propio cauce del río, donde el camino cae al agua desde la margen derecha en uno de los innumerables pasos de su serpenteante recorrido, se distribuyeron entre las piedras Lalo y la mayor parte de sus hombres. Otros se ubicaron entre las sombras y los troncos del umbroso cafetal de la margen izquierda. Del otro lado, en el cafetal de la margen derecha, un tercer grupo cerró la U de la emboscada. Pocos metros más atrás de nuestra línea, asciende hacia el firme de Los Mogos el camino que entronca arriba con el del firme de El Naranja.

En el firmecito de la carrera de Júpiter, de la parte izquierda del arroyo, se ubicó la escuadra de siete hombres al mando de Zenén Meriño, que pertenecía a la tropa de Camilo. La escuadra había aparecido días antes por la zona de Agualrevés, y Ramiro me la había enviado a La Plata. Era parte del reforzamiento de la zona que yo había solicitado y Camilo mandó por delante. Di instrucciones de ubicarla en un trillo que subía a la Comandancia.

Al otro lado del río, a la altura de la casa del campesino Benito García, los combatientes de Lalo Sardiñas colocaron una de las minas, cuyo funcionamiento estaría a cargo de Joaquín La Rosa, desde el cafetal de la izquierda. La emboscada, así conformada en Pueblo Nuevo, resultaba una trampa mortífera.

Como ya expliqué, a los pocos días de la llegada de los guardias a Santo Domingo comenzamos a ejecutar el plan de cerco de esa tropa. Decidí aplicar la táctica de encerrar y hostilizar al enemigo en su campamento, con el fin de provocar el envío de refuerzos desde fuera o un intento de ruptura del cerco desde dentro. En cualquiera de los dos casos el enemigo sería sorprendido en movimiento por las emboscadas convenientemente situadas en todas las vías de acceso o retirada.

Esta era, por supuesto, la táctica que habíamos ido aplicando y perfeccionando durante la guerra y que terminaríamos de perfilar en todos sus detalles en la lucha contra la ofensiva enemiga, hasta alcanzar su éxito más rotundo y su ejecución más limpia en la Batalla de Jigüe, y hacia el final de la guerra en la Batalla de Guisa. Pero todavía en este momento, Quevedo no había penetrado desde el Sur, y las tropas de Las Mercedes y las Vegas no daban nuevas señales de actividad.

En los días posteriores al 20 de junio, como ya dije, el Batallón 11 representaba el peligro inmediato y más cercano para las posiciones esenciales del territorio rebelde.

Mi intención inicial, en efecto, era declarar un cerco en toda regla a las fuerzas enemigas acampadas en Santo Domingo, lo cual provocaría, quizás, el envío de refuerzos desde Estrada Palma. Ningún ejército puede dejar abandonada una tropa a su suerte sin correr el riesgo de que su moral combativa y sus planes concluyan por derrumbarse. Lo que debía lograrse era crear líneas lo suficientemente sólidas que fuesen capaces, en el caso de que llegaran los posibles refuerzos, no solo de detenerlos, sino también de destruirlos y, en cuanto a la tropa sitiada, de mantener una presión apreciable que lograra el desgaste y la desmoralización del enemigo, y estar en condiciones de darle un golpe final a la posición cercada si las condiciones fuesen favorables.

A la altura del día 24, cuando ocurrió el incidente de los tres guardias a caballo, ya estábamos dando los pasos para completar la organización del cerco. "Estoy planeando una encerrona buena", le escribí a Paz ese día. En este mismo mensaje le pedí al capitán rebelde que me enviara para el día siguiente la ametralladora calibre 50 de Braulio Curuneaux: "[...] para cuyo uso tengo formidables posiciones y puede decidir el éxito del plan". A la otra calibre 50 se le partió una pieza que no pudo ser resuelta, pero la de Curuneaux heredó todas las balas.

Los guardias se habían atrincherado bien alrededor de la casa de Lucas Castillo. Hacía falta sacarlos de sus cuevas con el fuego pesado de la "artillería" rebelde.

Desde la loma de Sobicú se dominaba el campamento enemigo, a unos 400 metros en línea recta y abajo. Curuneaux se instaló el día 26 de junio en el firme de El Naranjo, unos 100 metros detrás del alto de Sobicú.

El propio día 24 mandé a buscar también la escuadra de Roberto Elías, que cuidaba el camino de Palma Mocha más arriba de la casa de Emilio Cabrera. Para ese momento se había determinado que no quedaban guardias en esa dirección. La escuadra de Elías fue asignada como refuerzo a Duque en el firme de Gamboa.

Al día siguiente, Camilo llegó con 40 hombres a El Descanso, y así me lo informó: "Siguiendo sus instrucciones voy hacia Santo Domingo", me escribió, "[...] vamos un poco lentos, todos estamos agotados, los hombres hacen un esfuerzo grande, hace 10 noches no dormimos [...]". Debo decir que recibí esta noticia con extraordinaria alegría. Yo sabía bien que con la llegada de Camilo podía contar con un jefe experimentado, valiente y responsable, y con una tropa decidida y aguerrida cuya participación en el plan de cerco significaba una inyección de fuerzas importante. "Me alegro muchísimo de tu arribo", le contesté a Camilo el día 27 en un mensaje

en el que le indicaba que prosiguiera la marcha hasta la casa del Santaclarero en La Plata, donde yo estaba en ese momento. Y le agregué: "Has llegado en el momento más oportuno". El 27, Camilo alcanzó la zona de La Jeringa, a unas dos leguas de camino de La Plata. Desde allí me escribió: "Todos queremos nos dé el lugar donde más haya que pelear y le prometo que no subirán, a no ser cuando se termine el parque, y sabremos ahorrarlo".

Ese mismo día le ordené a Guillermo García que se moviera con todo su personal al alto de San Francisco. Una vez allí, esperaba la llegada de otras fuerzas que estaba reuniendo — algunas de ellas debía enviarlas Almeida— y ocupar El Cacao. La intención de este movimiento era tener a Guillermo en posición de cerrar una de las dos vías más probables de llegada de refuerzos a Santo Domingo desde Estrada Palma. Para la otra ruta, que era el camino del río, tenía pensado utilizar a Camilo, con una emboscada en Casa de Piedra.

La escasez de fuerzas rebeldes en este sector me obligaba a replantear con rapidez la disposición de nuestros combatientes para el cerco. A la altura del 27 de junio, estaba considerando mover al personal de Lalo para la zona de La Manteca, y cubrir las posiciones de Pueblo Nuevo con la gente de Cuevas. A Suñol le ordené bajar al río Yara y ocupar la región de Leoncito, pues con Camilo en el camino de Casa de Piedra —hacia donde pensaba mover también a Duque— no parecía ser necesaria la presencia de aquel personal en la subida de El Cristo. Con estos movimientos, el cerco de Santo Domingo quedaría casi totalmente conformado.

Sin embargo, como demostración de lo fluida que resultaba ser la situación general en estos días finales de junio, ese mismo 27 se produjo la penetración por parte de la tropa enemiga estacionada en las Vegas de Jibacoa hasta Taita José, con lo cual —como se verá en detalle en un capítulo posterior— los guardias no solo podían flanquear las posiciones de Suñol y avanzar en dirección a La Corea y el firme de la Maestra a la altura de la tiendecita, sino que también resultarían amenazadas desde la retaguardia las posiciones que se ocupasen en Casa de Piedra. Por esa razón, Suñol debió mantenerse en El Cristo a la expectativa.

Guillermo, jefe experimentado, llegó al alto de San Francisco el 28 de junio. De inmediato dispuso que una de sus escuadras siguiera para El Cacao, me informó de este movimiento y se mantuvo a la espera de mis órdenes.

Lo había mandado a buscar a la escuadra de Reinaldo Mora, que estaba en El Confín, y aguardaba también la llegada del personal que debía enviar Almeida. Ese día, sin embargo, los acontecimientos se precipitaron.

Hasta San Lorenzo

(Capítulo 10)

El 20 de junio, el mismo día de la ocupación por el enemigo de las Vegas de Jibacoa, le ordené a Raúl Castro Mercader y a Angelito Verdecia que cubrieran con sus hombres la subida hacia Minas del Infierno y Mompié desde las Vegas. Como se recordará, los dos capitanes estaban situados en ese momento detrás de Las Mercedes, esa posición resguardaba la subida hacia el firme de la Maestra en la zona de San Lorenzo, por la vía de la loma de El Gurugú.

A pesar de que nuestra apreciación era que el siguiente paso del enemigo, una vez ocupada Las Mercedes, sería avanzar en dirección a San Lorenzo, la presencia en las Vegas de una tropa planteaba otra amenaza de cierto peligro: la posibilidad de un avance desde las Vegas también en dirección al firme, pero en este caso por una zona mucho más céntrica y cercana a nuestro territorio base, como sería Mompié y el alto de la tiendecita de la Maestra. De ahí mi decisión de cambiar momentáneamente las prioridades en la defensa del sector noroeste. Raúl Castro Mercader y Angelito incorporaron en estas nuevas posiciones a personal de las tropas de Horacio Rodríguez y Orlando Lara, que habían participado en la derrotada defensa del acceso a las Vegas.

Sin embargo, dos días después, el grueso de las fuerzas que ocuparon las Vegas de Jibacoa se retiró a sus bases de partida en Arroyón y Las Mercedes. En las Vegas quedó solamente la Compañía 92 del Batallón 19, que en los días subsiguientes se limitó a realizar exploraciones en los alrededores del propio caserío.

Al tener noticias de este movimiento el día 22, me percaté de que mi apreciación inicial era la correcta, y que el siguiente golpe principal del enemigo en este sector estaría dirigido hacia San Lorenzo. Por esta razón, dispuse el traslado de la escuadra de Angelito Verdecia hacia el camino de La Yegua, que sube a Minas de Frío desde las Vegas. Desde allí, en caso necesario, Angelito podría moverse rápidamente a cubrir la subida hacia San Lorenzo si los guardias intentaban acceder por esa vía.

Pocos días después, el mando enemigo realizó un movimiento al que todavía hoy resulta difícil encontrar explicación. Las Compañías 91 y 93 del Batallón 19 recibieron la orden de entrar de nuevo a las Vegas y, junto con la otra compañía que había quedado allí, seguir avanzando, pero no en dirección al firme por los caminos de Minas del Infierno, Mompíe o Minas de Frío, como hubiese sido lo lógico, sino en dirección al barrio de Taita José, lo cual desviaba completamente a esa tropa del firme de la Maestra. Taita José, por su ubicación al suroeste de las Vegas, no tenía en esos momentos significación militar alguna. Tal vez el mando enemigo recibió alguna información, en el sentido de que allí existían determinadas instalaciones rebeldes, lo cual no era cierto.

A estas alturas, todos los accesos a la Maestra desde las Vegas habían sido cubiertos por el Che, quien estaba a cargo directamente de la defensa de este sector desde su puesto de mando en Minas de Frío. Una escuadra al mando de Ramón Fiallo cubría el camino de Minas del Infierno y otra, a las órdenes de Roberto Ruiz Borrego, estaba ubicada en el camino de Purgatorio, que asciende desde las Vegas a Minas de Frío. Angelito Verdecia se mantuvo en la subida de La Yegua, mientras que Orlando Pupo y Daniel Readigo protegían los accesos por las lomas de La Vela y de El Pino, respectivamente. Esta última escuadra sostuvo el día 27 de junio un breve encuentro con la tropa enemiga que iba camino de Taita José, en el que el Ejército sufrió dos bajas.

Por su parte, Alfonso Zayas se situó en el camino de Gabiro y Raúl Castro Mercader y sus hombres fueron trasladados hacia Polo Norte, cerca de Minas de Frío, donde se mantuvieron como reserva, dispuestos a moverse hacia donde las circunstancias lo requirieran.

Con muy buen sentido, si consideramos que la vía de Gabiro era una de las que con mayor probabilidad utilizarían el enemigo si pretendía continuar hacia el interior de la montaña, el Che ordenó también a Angelito Frías, quien permanecía en El Jíbaro, que reforzara a Zayas y enviara para allí a César Suárez con 20 hombres.

Entre el 28 y el 29 de junio, posiblemente después de comprobar que en el barrio no había nada de lo que buscaban, los guardias abandonaron Taita José y regresaron a las Vegas. En esos días, toda mi atención estaba enfocada en los combates que tenían lugar en Pueblo Nuevo y Casa de Piedra, con los que se iniciaba la primera Batalla de Santo Domingo, a la que nos referiremos en un capítulo posterior.

Concentradas de nuevo las fuerzas de tres compañías enemigas en las Vegas, el día 30 de junio intentaron penetrar en dirección al firme de la Maestra, pero fueron rechazadas en la loma del Infierno por la emboscada rebelde de las escuadras de Orlando Pupo y Ramón Fiallo, en la subida de la loma de La Vela, con el apoyo de los hombres de Angelito Verdecia, Daniel Readigo y Roberto Ruiz, que acudieron con prontitud en auxilio de sus compañeros. Los rebeldes causaron una baja al enemigo. El Ejército se retiró precipitadamente hacia las Vegas.

Ese mismo día fui entrevistado en La Plata, vía telefónica, desde la tiendecita de la Maestra, por el periodista Norton Silverstein, de la televisión norteamericana. Desgraciadamente, no ha sido posible encontrar esa grabación, pero expliqué al periodista las razones de nuestra lucha y expresé el mayor optimismo ante el desarrollo de las acciones de contención de la gran

ofensiva enemiga. Ya en ese momento, con la primera Batalla de Santo Domingo, la iniciativa había comenzado a estar de nuestra parte.

Al día siguiente del combate en la loma de La Vela, las Compañías 91 y 93 se retiraron de las Vegas en dirección a Las Mercedes. Obviamente, como consecuencia de este combate, el mando enemigo consideró que los accesos al firme desde las Vegas estaban bien protegidos por nuestras fuerzas, y decidió probar la vía alternativa de San Lorenzo.

El día 1ro. de julio, las Compañías 71 y 72 del Batallón 17 iniciaron el avance en dirección a Gabiro desde Las Mercedes. Las fuerzas rebeldes al mando de Raúl Castro Mercader, Alfonso Zayas, César Suárez y Angelito Frías combatieron con tenacidad durante más de una hora, pero al cabo se vieron obligadas a retirarse. Bajo un aguacero torrencial, los combatientes rebeldes se replegaron sucesivamente a lo largo de las líneas defensivas escalonadas, dispuestas con anticipación, y frenaron el avance enemigo durante el resto de la tarde. Al anochecer, sin embargo, ya los guardias alcanzaban el alto de la Maestra sobre San Lorenzo. Los rebeldes se retiraron en dirección a Polo Norte y El Tabaco. El Ejército sufrió ese día algunas bajas.

En la mañana del 2 de julio, el grueso del Batallón 17 llegó a San Lorenzo y, luego de ocupar el caserío deshabitado, estableció allí su campamento avanzado. Una vez tomadas las alturas colindantes y asegurado el perímetro, esa misma tarde, las compañías 91 y 93 del Batallón 19, recién llegadas el día anterior a Las Mercedes, se trasladaron a San Lorenzo por el mismo camino de Gabiro.

Como ya dije, la ocupación de San Lorenzo por fuerzas enemigas era una de las alternativas previstas por nosotros en este sector noroeste, aunque en realidad no era lo más preocupante que podría ocurrir, pues solo requería la adopción de algunas medidas de reajuste de las líneas defensivas. El mando del Ejército decidió lanzar su golpe principal en este sector, en una dirección que lo alejaba del territorio central rebelde, motivado tal vez por el temor de una resistencia mucho más fuerte en la zona de las Vegas y en un terreno más favorable a nuestras fuerzas. No obstante, el movimiento hacia San Lorenzo tendría para el enemigo la ventaja de adentrarse en un frente que, precisamente por su condición más periférica, podía estar menos defendido y donde era más factible la maniobra de la infantería atacante, la cual podía, incluso, ser apoyada en una buena parte del trayecto por medios mecanizados. Si su propósito era continuar en dirección a Minas de Frío, podría lograrlo ocupando este punto, a través de un rodeo de las principales líneas de defensa rebeldes y no mediante el asalto frontal desde las Vegas.

Por eso, una vez conocida la noticia de la ocupación de San Lorenzo por el grueso del Batallón 17 y dos compañías del Batallón 19, decidí concentrar los principales efectivos de ese sector en la defensa del acceso a Minas de Frío. Desde ese propio día, comencé a tomar las disposiciones necesarias. En la madrugada del 3 de julio yo mismo salí de La Plata hacia Minas de Frío para estar más cerca de este frente de combate y dirigir desde allí las operaciones. Llevé conmigo a Andrés Cuevas y su pelotón y a una escuadra de la tropa de Camilo a las órdenes de Felipe Cordumy.

Aparte de los grupos rebeldes que habían defendido San Lorenzo, en la zona permanecían las tropas de Raúl Castro Mercader y Angelito Verdecia, situadas en ese momento en Polo Norte y Gran Tierra, respectivamente, además del personal de la escuela de reclutas de las Minas, que podía ser armado con parte de lo ocupado en la Batalla de Santo Domingo. Por el momento, yo consideraba que estas fuerzas eran suficientes. Otros grupos de los que habían participado en las acciones de Santo Domingo podrían ser movidos hacia este sector, y ubicados en posiciones desde donde pudieran moverse como refuerzo, según las circunstancias.

Pero había que prever también la posibilidad de que la intención del enemigo después de la ocupación de San Lorenzo no fuese continuar en dirección a Minas de Frío, sino seguir hacia El Tabaco, con el propósito de cruzar hacia Meriño, lo cual podría significar una amenaza de cierta consideración, aunque menos inmediata y grave que la planteada por la posibilidad del asalto directo a Minas de Frío, pero para la que también debíamos prepararnos. La ocupación

de Meriño colocaría al enemigo en la profundidad del sector noroeste de nuestro territorio, con el agravante de que desde allí podría enlazar con las fuerzas del Batallón 18 que venían avanzando desde el Sur.

Junto con el avance y la ocupación de San Lorenzo, las fuerzas enemigas estacionadas en Cienaguilla penetraron ese día hasta Aguacate. También algunas tropas llegaron a Cupeyal, donde fueron tiroteadas por grupos de escopeteros de la columna de Crescencio Pérez. Pero no siguieron más allá. El propio día 3 tomé la decisión de ordenar la evacuación del hospital de Pozo Azul hacia la zona de Limones, debido a que este se encontraba directamente amenazado por la ocupación de Aguacate.

Quevedo en Jigüe

(Capítulo 11)



En contra de lo que cabía prever razonablemente, las dos compañías del Batallón 18 enemigo, llegadas en la tarde del jueves 26 de junio a Jigüe, no prosiguieron de inmediato su penetración río arriba, sino que se dedicaron a establecer campamento en ese lugar y fortificar sus posiciones. Esa misma noche fueron tiroteados por los hombres de Raúl Podio y Fernando Chávez. El primero, como se recordará, cuidaba el firme de Cahuara, encima de la posición enemiga; y el segundo asumía el mando del personal rebelde en el río La Plata desde la noche anterior, en sustitución de Pedro Miret y René Rodríguez.

La llegada de esta tropa a Jigüe y su establecimiento en ese lugar nos permitía preparar las condiciones para ejecutar el plan que ya habíamos empezado a elaborar. De lo que se trataba era de encerrar a la fuerza enemiga en un cerco del que no pudiera escapar, mantenerla inmovilizada hasta lograr su rendición, detener y, si fuese posible, destruir los refuerzos que se envíasen en su auxilio. Para ello, el teatro de operaciones en Jigüe y en el curso inferior del río La Plata reunía condiciones topográficas ideales. El campamento enemigo, metido en el centro del sector meridional del territorio controlado por nosotros, estaba rodeado por todas partes de firmes y altos que podían ser ocupados con facilidad, por nuestro personal, y desde los cuales podía mantenerse, con una cantidad relativamente pequeña de combatientes, la presión, el bloqueo de suministros y el hostigamiento necesarios para sostener un cerco efectivo. La única vía que tendría el enemigo para reforzar a la tropa sitiada era la del río, por el camino que subía desde la playa, y a lo largo del cual existían decenas de lugares en los que se podían crear emboscadas eficaces contra cualquier refuerzo.

En este caso funcionaba nuestro conocimiento íntimo del terreno, una de las prioridades del guerrillero y una de las cuestiones a las que prestamos mayor atención desde el inicio de la lucha en la Sierra Maestra. Ese conocimiento era lo que nos había dado pie para concebir el plan de acción, y era, además, lo que nos permitía llegar a la convicción de que el lugar que más se prestaba para el combate contra los refuerzos, por sus características topográficas y por su distancia relativa, tanto de la costa como de la tropa que sería sitiada, era Purialón.

El 28 de junio, apenas día y medio después de la llegada del Batallón 18 a Jigüe, orienté a Paz las primeras órdenes preparatorias del cerco y del establecimiento de la línea defensiva contra los eventuales refuerzos. En cuanto a lo primero, reforcé la posición de Podio en el alto de

Cahuara con la escuadra de Ramón Fiallo, que antes cubría algunos de los puntos de la costa al oeste del río La Plata, y envié desde Mompí una pequeña escuadra de reserva, al mando de Arturo Pérez, a copar el sendero que ascendía de frente desde Jigüe al alto llamado de El Pino y a la zona de Mayajigüe. En cuanto a lo segundo, le pedí a Paz que mandara un explorador a verificar si no habían quedado guardias en Purialón. Yo contaba con la inminente llegada de Camilo y su personal a La Plata para enviarlo a esa posición crucial, mientras que los combatientes de Paz serían los que se encargarían del cerco a la fuerza enemiga principal.

En esa fecha, mi atención estaba centrada en la preparación del golpe a la tropa estacionada en Santo Domingo. Pero, incluso, esta planificación tenía que tomar en consideración la posibilidad de que, al iniciarse el combate en Santo Domingo en la forma prevista —al día siguiente—, la fuerza enemiga acampada en Jigüe recibiera la orden de avanzar hacia el alto de La Plata para ir en auxilio de sus compañeros, atacados del otro lado del firme de la Maestra. Así se lo hice saber a Paz para que estuviera preparado, ya que esa podía ser su oportunidad de dar el buen golpe que esperábamos con tanta ansiedad.

Sin embargo, durante todo el desarrollo de la primera Batalla de Santo Domingo, entre los días 28 y 30 de junio, el Batallón 18 no se movió de su campamento de Jigüe. Según testimonio posterior del comandante Quevedo, la primera acción concreta de su personal fue la exploración realizada río arriba por la Compañía 103, una de las dos integrantes de la fuerza acampada, que no arrojó resultado alguno. Todo indica que esta incursión no se alejó mucho de Jigüe, pues ni siquiera se acercó a las posiciones de Paz en El Naranjal, a menos de cuatro kilómetros del campamento de Quevedo.

El 2 de julio, el jefe del Batallón 18 envió dos pelotones de su fuerza en misión de abastecimiento a la playa. Esta hubiese sido una buena oportunidad para golpear al enemigo, pero todavía no contábamos con el personal suficiente para cerrar el cerco.

Otras dos ocasiones se presentaron al día siguiente, la primera, por la mañana cuando regresaron a Jigüe los dos pelotones custodiados por otros dos de la Compañía G-4, que integraba el Batallón 18, y que, como se recordará, había permanecido en la desembocadura de La Plata; y la segunda, por la tarde, cuando esta última fuerza volvió a su base en la playa.

Al fin, el enemigo se movió el sábado 5 de julio. Esa mañana salieron del campamento de Jigüe cuatro pelotones y parte de las armas de apoyo del Batallón 18 —una bazuca y un mortero de 60 milímetros— en dirección a las cabezadas del río La Plata, a lo largo de su curso superior. Como era de esperar, poco después chocaron con la emboscada de Paz en El Naranjal.

El combate comenzó exactamente a las 10:20 de la mañana. Desde el día anterior yo me había movido a la zona de Meriño para organizar el cerco que planeaba tender a la fuerza enemiga llegada el día 3 a ese lugar. Allí me llegó un primer aviso de Camilo desde La Plata informándome que escuchaba un fuerte tiroteo en dirección a la playa, confirmado pocos minutos después por un recado similar del Che desde Mompí. No fue sino hasta las 2:00 de la tarde cuando Camilo me comunicó haber recibido un primer mensaje de Paz en el que informaba que los guardias avanzaron en dos direcciones sobre su posición, y que había tenido que abrirles fuego antes de que llegaran a las minas colocadas en el camino.

En realidad, ya a esa hora Paz había rechazado el avance de los guardias después de un intenso combate de más de tres horas de duración. Los pocos más de 30 combatientes rebeldes, parapetados en buenas trincheras, decididos a resistir y actuando con inteligencia, fueron capaces de frustrar el empuje de más de 150 soldados enemigos, apoyados por un mortero, provistos de parque abundante y bajo el mando de un jefe habilidoso. Junto a los hombres de Paz combatieron en la decisiva acción de El Naranjal las escuadras de Hugo del Río, Joel Pardo, Fernando Chávez y Vivino Teruel, así como el personal de la ametralladora 50 operada por Fidel Vargas.

La importancia del Combate de El Naranjal no estuvo dada por la cantidad de material ocupado o las bajas sufridas por el enemigo. En cuanto a lo primero, solamente pudo ocuparse un fusil

Springfield, varios cientos de tiros y algunas granadas de fusil. Las bajas enemigas reconocidas ascendieron a ocho heridos, aunque Paz afirmó en sus partes haber dado muerte a no menos de cuatro soldados. Radio Rebelde informó después cinco guardias muertos. Sin embargo, el hecho tenía la enorme significación de haber liquidado de manera definitiva la amenaza planteada por la tropa enemiga en su avance desde el Sur. No solo se impidió al enemigo alcanzar su objetivo y se le rechazó de regreso a su campamento base, sino que se le propinó un golpe psicológico demoledor, como lo demostraron los acontecimientos posteriores. Vale la pena citar aquí la valoración realizada por el propio jefe del Batallón 18, el comandante José Quevedo:

[...] el saldo más doloroso para nuestros hombres era moral: se notaba la decepción en todos y cada uno de ellos.

Sin comentarios sabíamos, que no era tanto por el fracaso, sino por el abandono constante de que se veían objeto por parte del puesto de mando y del alto mando militar. Sabían que para la operación habíamos pedido apoyo aéreo y no se nos había brindado; sabían de los compañeros heridos, de que habíamos solicitado un helicóptero para evacuarlos y no se nos había enviado; sabían por los comentarios de sus compañeros, que los jefes de Bayamo hablaban de que los prisioneros estaban mal custodiados, y más aún de que estaban de acuerdo con los custodios, al extremo de que dichos jefes hablaban de que no se explicaban cómo era posible que hasta el momento no los habíamos rescatado, y que al salir a cumplir una misión tan "sencilla" se encontrarán ante un enemigo poderoso, que contaba con abundantes armas automáticas, inclusive hasta con ametralladoras calibre 50.

Está claro que en este análisis omitió una consideración fundamental: no se trataba tanto de una pretendida superioridad rebelde en armas y parque —que nunca existió— ni del supuesto abandono del que fueron objeto los guardias por parte de los altos mandos de la tiranía —que sí existió en alguna medida—, sino de la evidente calidad moral del guerrillero en relación con la pobre moral combativa del guardia, por un lado y, por otro, del buen conocimiento y adecuado aprovechamiento del terreno por nuestros hombres, lo cual les confería una ventaja adicional de mucha importancia.

El propio Quevedo reconoció que entre los factores que lo hicieron retirarse de nuevo hacia Jigüe figuró la consideración de que los rebeldes desarrollaban el combate en el terreno escogido por ellos y en posiciones "inexpugnables". Según el jefe del Batallón 18, otros elementos tomados en cuenta fueron la necesidad de evacuar sus heridos y el peligro de que su retaguardia se viera envuelta por las fuerzas rebeldes.

Esta última mención es interesante, pues era precisamente lo que yo hubiese dispuesto si en ese momento contáramos con los hombres suficientes para hacerlo.

Se recordará que desde el 26 de junio, cuando Fernando Chávez recibió la misión de preparar la defensa rebelde en el río más abajo de Jigüe, y retirarse si tuviese que hacerlo hacia el alto de Cahuara, ya estaba concebida por nosotros la variante de atacar con esa fuerza al enemigo por la retaguardia, en caso de que los guardias llegados a Jigüe prosiguieran su avance y chocaran con la emboscada de El Naranjal. Pero después fue necesario llevar a Chávez a ese punto para reforzar las posiciones de Paz, y quedaron en el alto de Cahuara solo las escuadras de Podio y Fiallo. Por otro lado, la maniobra era casi imposible desde el momento en que el enemigo dejó parte de su fuerza en Jigüe, cuidando, precisamente, su propia retaguardia.

Al día siguiente del Combate de El Naranjal, mi decisión estaba tomada: concentrar un dispositivo lo bastante numeroso como para poder de-sarrollar con todo éxito la operación de cerco y la destrucción de refuerzos que habíamos concebido. Como parte de la preparación del cerco, mandé a buscar ese día a Guillermo García, quien con su pelotón estaba posicionado desde antes en el camino de San Francisco, con el propósito de tapar la entrada al curso superior del río Yara desde El Cacao o El Verraco. Después de la contención del enemigo en Santo Domingo, era muy improbable que en esa dirección fuese a surgir una amenaza de consideración. Guillermo llegó a La Plata el 7 de julio, el mismo día del Combate de Meriño, y partió hacia la zona de Jigüe el día 8, luego de recibir detalladas instrucciones mías.

Este personal hizo dos cosas al llegar a Jigüe, después de una dura caminata por el firme de Manacas para rodear el campamento enemigo. La primera fue explorar toda la zona para conocer en detalle las posiciones que ocupaban los guardias y las medidas defensivas que habían tomado. La segunda, llenar de trincheras toda la falda del firme de Manacas, de cara al campamento enemigo, y la del firme de Cahuara.

Otra medida de reforzamiento del dispositivo rebelde en Jigüe fue el traslado de la ametralladora 50 de Curuneaux hacia la posición de Paz, quien se había mantenido en El Naranjal después del combate, en espera de nueva ubicación. Curuneaux, como se verá en el capítulo siguiente, había participado el día 8 en el Combate de Meriño.

Yo había decidido ocuparme personalmente de la dirección general de toda la operación de Jigüe, teniendo en cuenta su carácter complejo y la significación decisiva que pudiera tener una victoria rebelde contundente en el desenlace, no solo de la ofensiva enemiga, sino también, en el desarrollo ulterior de toda la guerra. Esto no quería decir que carecíamos de jefes capaces de hacerlo. No tenía la menor duda de que Camilo o el Che, por mencionarlos solamente a ellos dos, tenían capacidad sobrada. Pero a mi juicio, la consideración principal era que el jefe que dirigiera la operación debía tener la mayor autoridad sobre un grupo numeroso de capitanes, a quienes durante los próximos días se les exigiría el máximo, y debían, a su vez, exigir el máximo a sus hombres.

Tal decisión suponía mi traslado físico al teatro de operaciones durante todo el tiempo que durase la batalla, y mi dedicación casi completa a su desarrollo. Para ello tenía que resolver el mando de los otros dos sectores del frente, en cada uno de los cuales todavía estaban planteadas amenazas concretas.

En el caso del sector de Santo Domingo, la presencia de Sánchez Mosquera seguía siendo un elemento a tener en cuenta. Yo estaba seguro de que aún el sanguinario jefe enemigo no había hecho su última movida en el intento de alcanzar el firme de la Maestra en la zona de La Plata. De enfrentar esa amenaza quedaría encargado Camilo, a quien de hecho ya había convertido en jefe de todo el sector desde mi traslado a la operación de Meriño, la noche del 3 de julio.

En el caso del sector noroccidental, continuaría el Che organizando la defensa del territorio rebelde en los alrededores de Minas de Frío y las Vegas de Jibacoa, como lo había estado haciendo generalmente hasta entonces. Aquí la amenaza estaba planteada, en primer lugar, por la presencia del fuerte contingente enemigo en San Lorenzo y la posibilidad de que intentara el asalto al firme de la Maestra en la zona de Minas de Frío; en segundo lugar, por la continua ocupación de las Vegas de Jibacoa por el Batallón 19 y el peligro de que esa tropa pudiese forzar el acceso a la Maestra por la zona de Mompíe o de las propias Minas. Sin embargo, contar con estos dos lugartenientes me ofrecía confianza más que suficiente para poder ocuparme de la operación de Jigüe, y dejar en sus respectivas manos el cuidado de tan importantes accesos al corazón del territorio rebelde.

Estábamos convencidos de que la rendición de un batallón completo y la destrucción de los importantes refuerzos que, sin duda, enviaría el mando enemigo en auxilio de la tropa sitiada, serían golpes demoledores para la tiranía, tanto en el orden moral como en el material. Ciertamente, ya habíamos logrado detener el empuje enemigo y la iniciativa había pasado en la práctica a nuestras manos. Pero no podía, ni con mucho, decirse en ese momento que la ofensiva ya había sido derrotada. Lo sería a partir del momento en que el batallón que pensábamos cercar en Jigüe se rindiera.

Si fuéramos a dividir en etapas los setenta y tantos días que duró la ofensiva enemiga, tendríamos que señalar un primer momento de desarrollo de dicha ofensiva, en el que la iniciativa correspondió totalmente al enemigo, enmarcado entre el 25 de mayo y el 28 de junio, es decir, entre el comienzo de la operación de la toma de Las Mercedes y el inicio de la primera Batalla de Santo Domingo, con el Combate de Pueblo Nuevo. A partir de este momento se abrió una segunda etapa que pudiera caracterizarse como de contención de la ofensiva, en la cual el enemigo recibió los primeros reveses de consideración, y se le inmovilizó o impidió

avanzar en dos de los tres sectores. La única excepción era la entrada de los guardias en Meriño, pero el resultado de esa maniobra fue tan desastroso para el enemigo que la excepción no basta para invalidar la regla. Esta etapa se prolongó tal vez hasta el 11 de julio, fecha en que comenzó la Batalla de Jigüe, a partir de la cual se inició la etapa que pudiera denominarse de contraofensiva rebelde, durante la cual la iniciativa nos perteneció por entero. Hay también una excepción: la ocupación de Minas de Frío por el enemigo el 15 de julio, pero tampoco fue suficiente para impedir la caracterización de este momento.

Concluida con un resultado bastante favorable la operación de Meriño, regresé de Minas de Frío a Mompí, y en la noche del 9 de julio me trasladé al alto de Cahuara, encima del campamento enemigo en Jigüe, adonde llegué al amanecer del día siguiente. Había decidido establecer en este lugar mi puesto de mando mientras durase la operación contra el Batallón 18 y los refuerzos, lo cual significaba regresar a la etapa seminómada de la guerrilla, con campamentos en el monte. No era posible dirigir una operación de esa envergadura por control remoto, era vital hacerlo desde la misma línea de combate.

Antes de salir de las Minas, me reuní con Lalo Sardiñas y Andrés Cuevas, y les expliqué en detalle la misión que debían cumplir. En su caso debían formar en Purialón la línea principal de contención y rechazo de los refuerzos que vinieran desde la playa en apoyo de la tropa que cercaríamos en Jigüe. A estos dos capitanes les correspondería la tarea más importante en toda la operación planificada. El arrojo y la capacidad combativa que habían demostrado en las semanas anteriores justificaban plenamente la confianza que depositábamos en ellos y en los hombres bajo sus órdenes directas.

El esquema táctico se completaba con la misión que tendría Ramón Paz, a quien pensaba darle la tarea de ubicarse también en la zona de Purialón, con el objetivo de copar por la retaguardia a los refuerzos, una vez que chocaran con la emboscada de Cuevas y Lalo. La idea sería no solamente detener y rechazar al refuerzo, sino destruirlo.

La selección de Paz para esta misión era también obvia. Este capitán había probado, primero en La Caridad y luego en el Combate de El Naranjal, su inteligencia, iniciativa y decisión, condiciones que lo convertían en el jefe idóneo para esta parte de la operación, que requería esas cualidades de quien fuera a ejecutarla.

Para ello era preciso instruir a Paz, quien aún estaba ubicado en El Naranjal. Por eso, lo primero que hice al llegar al alto de Cahuara, después de conocer por Podio y Fiallo la situación de las fuerzas enemigas y las posiciones ocupadas por sus hombres, fue avisar a Paz que iría a verlo para coordinar con él las ideas del plan, y pedirle que saliera a mi encuentro por el camino del hospital de Martínez Páez para que me diera tiempo a reunirme con él, y regresar esa misma noche a Cahuara. Esto último era crucial para mí, ya que el plan debía comenzar a ejecutarse en la mañana del viernes 11 de julio, y yo quería estar en mi puesto en ese momento.

Junto con ese aviso, le pedí a Paz que despachara de inmediato, sin esperar por mi llegada al encuentro con él, la ametralladora 50 de Curuneaux con su escuadra de apoyo. Esta era otra pieza clave del plan, pues debía formar parte esencial del dispositivo de cerco de la tropa enemiga acampada en Jigüe. Otros elementos de ese dispositivo serían, en un primer momento, las escuadras de Fiallo y Podio, redistribuidas en la falda del firme de Cahuara, inmediatamente al oeste y noroeste del campamento de los guardias; la pequeña escuadra de Arturo Pérez, que llevaba varios días posicionada en la subida hacia el alto de El Pino, al norte de la posición enemiga; y el personal de Hugo del Río que estaba junto a Paz en El Naranjal, tendrían que ocupar posiciones en un pequeño firme al noreste del campamento del Batallón 18, en dirección hacia El Naranjal. Este sería el personal destinado inicialmente al cerco, que se iría completando y reforzando en la medida de lo necesario.

Después del mediodía del jueves 10 de julio emprendí la marcha desde el alto de Cahuara a encontrarme con Paz. El camino se hacía más largo y difícil a causa del rodeo que era preciso dar por toda la loma de Jigüe para evadir el campamento enemigo y poder salir al otro lado. Al poco rato de estar caminando se sintió el ruido característico de la explosión de una de

nuestras minas, relativamente cerca del lugar por donde iba cruzando el pequeño grupo que me acompañaba, seguido de un breve pero intenso tiroteo. Tomamos de inmediato las precauciones debidas y esperamos tensos durante los minutos que duraron los tiros. Al cesar toda actividad enviamos a uno de nuestros compañeros a explorar los alrededores, y regresó con la noticia de que no se veía nada, entonces decidimos continuar la marcha.

Cuando nos topamos con el personal de la escuadra de Arturo Pérez supimos la causa del tiroteo. Resulta que una patrulla enemiga que subía por el firme, en dirección al alto de El Pino, tropezó por sorpresa con la posición rebelde. El Vaquerito, que después de haber terminado su trabajo de ayuda a Celia en las Vegas de Jibacoa había solicitado ser enviado a la línea de combate, y lo habíamos asignado a esta escuadra, decidió estallar una mina sin grandes esperanzas de causar daño a los guardias, sino para amedrentarlos y ahuyentarlos. Se logró hasta cierto punto el efecto, pues el enemigo dio vuelta y emprendió una veloz carrera loma abajo, mientras que nuestros hombres abrían fuego indiscriminado y se lanzaban a su vez, en carrera veloz, loma arriba. El resultado fue una posición delatada, una mina desperdiciada y varias decenas de balas gastadas inútilmente.

Días después, por los informes de algunos de los guardias capturados, supimos que no se trataba ni siquiera de una patrulla, sino de tres o cuatro guardias que salieron a acompañar hasta su casa en el alto de El Pino al práctico de su tropa, un campesino llamado Isidro Fonseca. Confirmé, entonces, mi apreciación inicial de que si la posición rebelde hubiese estado debidamente protegida por la observación, y si se hubiese actuado con serenidad y decisión al producirse el encuentro sorpresivo, habría sido posible capturar allí a esos guardias, lo cual significaría la posibilidad de contar con una apreciable fuente de información sobre la composición y los planes de la fuerza enemiga que nos proponíamos hostigar a partir del día siguiente.

Este incidente cerca del alto de El Pino fue sobredimensionado en un primer momento. Al producirse el encuentro con los guardias y antes de mi llegada al lugar, Arturo Pérez envió un mensaje alarmista e inexacto en el que daba a entender que un contingente enemigo importante iba subiendo en dirección al alto de El Pino, y que sus hombres se habían visto obligados a retirarse. De ser cierta esta noticia, quería decir que los guardias habían intentado un movimiento sorpresivo destinado a ocupar el estratégico alto de El Pino, que dominaba la posición del enemigo en Jigüe, o quizás con el fin de rodear la emboscada de El Naranjal y seguir hacia las cabezadas del río La Plata y el firme de la Maestra. En cualquiera de los dos casos, la retirada de la escuadra que protegía esa dirección dejaba abierto el camino al enemigo, y se podía crear una situación muy peligrosa.

Por suerte llegué al lugar casi inmediatamente después del incidente, y pude percatarme de que lo informado por Arturo Pérez no obedecía a la realidad. Pero a este primer mensaje se añadía poco después la información también fantasiosa de que los guardias no solo habían rebasado la posición rebelde en la subida de El Pino, sino que, además, habían alcanzado la zona de Mayajigüe, del otro lado del macizo, con lo cual podrían amenazar la retaguardia de nuestras posiciones en El Naranjal y la propia zona de La Plata. El Che recibió las dos informaciones y también se dio cuenta de que no resultaban muy coherentes. No obstante, de manera preventiva instruyó por teléfono a Camilo en La Plata para que enviara un refuerzo a cubrir el camino del hospital.

Una vez que nos dimos cuenta sin duda alguna de lo que había ocurrido tomé la decisión allí mismo de desarmar a Arturo Pérez y entregar el mando de la escuadra a El Vaquerito, con la indicación de que debía ahora ocupar nuevas posiciones más cerca aún del campamento enemigo.

A todas estas, ninguno de mis dos lugartenientes principales sabía que yo estaba al corriente de lo acontecido. Por el contrario, como conocían de mi proyecto de trasladarme ese día al encuentro con Paz, les preocupó el hecho de que no estaba ubicado, y que andaba precisamente por la zona donde se decía que había ocurrido el combate, con el consiguiente riesgo de ser sorprendido por los mismos guardias que, se suponía, habían asaltado el alto de

El Pino. Pero ya, en las primeras horas de la noche, todo quedó aclarado, y por la madrugada mandé de vuelta a donde estaba Camilo al refuerzo enviado por él.

Durante esa noche también quedó armada la trama para el comienzo —al día siguiente— de la operación contra la tropa enemiga de Jigüe. Ya expliqué la disposición de la línea organizada en Puralón para esperar y rechazar a los refuerzos que vinieran de la playa, así como las escasas fuerzas rebeldes que se ocuparían en una primera fase de mantener el hostigamiento sobre los guardias sitiados. Un grupo de estos hombres avanzaría en la noche sobre las posiciones enemigas, y se acercaría al campamento lo suficiente como para abrir fuego al amanecer sobre los guardias.

La intención de esta primera escaramuza sería causar entre el enemigo algunas bajas, lo que obligaría al jefe del batallón a evacuarlos hacia la playa; ocasión que aprovecharía Guillermo, quien estaría posicionado sobre el río en espera de la columna de guardias que bajase desde Jigüe, para asestarles el primer golpe de consideración. Así, según el plan, comenzaría la batalla, para la cual todo había quedado dispuesto en la madrugada del 11 de julio.

La primera Batalla de Santo Domingo

(Capítulo 12)

El Batallón 22 entró en Santo Domingo al mediodía del sábado 28 de junio, y su jefe, el comandante Eugenio Menéndez, recibió la orden del teniente coronel Sánchez Mosquera de proseguir la marcha río arriba y establecer campamento a la altura de Santana.



EL CAPITÁN REBELDE ANDRÉS CUEVAS, UNO DE LOS JEFES “MÁS EFICACES, COMBATIVOS E INTELIGENTES”.

En esta decisión del jefe de la agrupación enemiga hay dos cuestiones que comentar. En primer lugar, resulta evidente que la orden obedecía al plan operacional trazado por el mando enemigo. No existe constancia documental de este plan, pero no hay que hacer demasiado esfuerzo para comprender que de lo que se trataba era de situar a este segundo batallón en una posición idónea para dar el siguiente paso: el asalto simultáneo por dos direcciones paralelas al firme de la Maestra.

Al Batallón 11 le correspondería la misión de alcanzar el alto de El Naranjo desde Santo Domingo, mientras que el Batallón 22 debía tomar el alto de Santana y, quizás, el de Rascacielo, a poco más de un kilómetro en línea recta hacia el este del anterior. Una vez en esa posición, las tropas del Batallón 22, supuestamente, enlazarían con las del Batallón 18 del comandante Quevedo, que avanzaba desde el Sur en dirección a esos mismos puntos. Así se cumpliría uno de los objetivos esenciales del plan general de la ofensiva enemiga: cortar en dos, de Norte a Sur, el territorio rebelde y establecer una línea básica a partir de la cual pudiera iniciarse la fase ulterior de peine del terreno en dirección al Oeste, o un posible cerco estratégico de nuestras fuerzas en combinación con las unidades que avanzaban al interior de la Sierra desde el noroeste, esto es, desde las Vegas de Jibacoa, Las Mercedes y San Lorenzo, después de la ocupación de este último punto en los días finales del mes de junio, como veremos en el capítulo siguiente.

No cabe duda de que la premisa del doble asalto simultáneo al firme de la Maestra tenía un sólido fundamento desde el punto de vista de la planificación enemiga. Ante una situación semejante, nuestros reducidos efectivos en la zona hubiesen tenido que realizar un esfuerzo verdaderamente heroico para contener la iniciativa del Ejército.

De entrada, si el segundo Batallón enemigo lograba llegar a Santana, la amenaza planteada nos obligaría a desistir por el momento de nuestros planes de cercar a la tropa de Santo Domingo, pues no nos quedaría más remedio que concentrar apresuradamente a todos nuestros grupos en este sector y traerlos para esos dos puntos. Esto significaría, por ejemplo, entre otras disposiciones, situar al personal de Guillermo García, Lalo Sardiñas y Andrés Cuevas en la subida de Santana, o bien mandar a Camilo para ese lugar y mantener a Lalo o a Guillermo en Santo Domingo como refuerzo de las líneas defensivas en esa zona, además de dejar a Félix Duque donde estaba, en el ascenso del firme de Gamboa, y mover a Eddy Suñol para El Naranjo. En cualquier caso, el plan de cerco de la tropa enemiga en Santo Domingo y de emboscada a los refuerzos en el río o en el alto de El Cacao tendría que aplazarse.

Para nosotros era de vital importancia, como ya expliqué en capítulos anteriores, que el enemigo no pudiera llegar al curso superior del río Yara, ya fuese por la vía de San Francisco, que pocos días antes se había planteado como amenaza, o por la vía de Pueblo Nuevo. La primera variante quedó progresivamente eliminada, en la medida en que el Batallón 22 continuó su marcha desde El Verraco a El Cacao por una ruta similar a la de Sánchez Mosquera. Ahora quedaba la segunda alternativa, en previsión de la cual habíamos situado la fuerte emboscada de Lalo en Pueblo Nuevo.

Y aquí nos encontramos con el segundo elemento en la decisión de Sánchez Mosquera que vale la pena comentar. Según refirieron después los guardias prisioneros en el Combate de Pueblo Nuevo, todo parece indicar que el jefe del Batallón 11 no le advirtió al comandante Menéndez que apenas cuatro días antes, una patrulla de sus fuerzas había chocado con una emboscada rebelde, justo sobre la misma ruta en la que ordenaba seguir a la unidad recién llegada, ni le hizo saber que ese camino permanecía aún sin explorar. Por el contrario, a juzgar por la manera en que venía la vanguardia que tropezó poco después con los combatientes de Lalo Sardiñas, la impresión era que avanzaban confiados en que la ruta había sido debidamente explorada y no existía peligro alguno de encontrar resistencia a lo largo de todo el camino. De ser así, se trató de un grave error militar o ético.

En el parte militar divulgado por Radio Rebelde, después de la batalla, decíamos al respecto:

No nos corresponde a nosotros enjuiciar las faltas militares de los jefes de la dictadura, pero es evidente que el Teniente Coronel Sánchez Mosqueda [Mosquera] incurrió en graves errores tácticos que no señalamos, porque nos interesa que no se rectifiquen y actuó con evidente falta de pundonor militar al enviar como Conejillo de Indias un batallón por un camino que no había explorado sin advertirle, que días antes sus fuerzas habían hecho contacto con los rebeldes en ese trayecto, dejando luego [a] los soldados abandonados a su suerte.

Aquí cabría preguntarse qué motivo pudo animar al jefe del Batallón 11 a actuar de esa manera. El hecho cierto es que el Batallón 22 prosiguió la marcha río arriba poco después de llegar a Santo Domingo, y lo hizo sin tomar las mínimas precauciones que cabría esperar en circunstancias como esas. Sánchez Mosquera era un tipo ambicioso y extraño que se creía superior a los demás jefes; había ascendido dos grados en un año. Guardaba un gran odio por el golpe asestado a su pelotón de paracaidistas en enero de 1957.

El resultado fue que, poco después de las 2:00 de la tarde, la vanguardia de esta tropa chocó con la emboscada de Lalo Sardiñas en Pueblo Nuevo. El Combate de Pueblo Nuevo marcó el inicio de lo que entonces denominamos la primera Batalla de Santo Domingo, pero señaló también el comienzo de la contención de la ofensiva enemiga. De hecho, se abrió una segunda etapa en el rechazo de este último gran intento del Ejército de la tiranía por ganar la pelea contra las fuerzas rebeldes en la Sierra Maestra. En la primera de estas etapas, como es conocido, la iniciativa estuvo casi completamente en manos del enemigo, desde el 25 de mayo, fecha en que se iniciaron sus movimientos de penetración en nuestro territorio por Las Mercedes y la zona de Minas de Bueycito, y a lo largo de casi todo el mes de junio, con la ocupación sucesiva de las Vegas de Jibacoa y de San Lorenzo en el sector noroccidental, Santo Domingo en el sector nororiental y Jigüe en el sector meridional del frente de batalla. A partir de Pueblo Nuevo, el 28 de junio, el enemigo sería rechazado cada vez que intentara avanzar en mayor profundidad, con las únicas excepciones de la ocupación momentánea de

Meriño a principios de julio y de Minas de Frío a mediados de ese mismo mes, o sería inmovilizado en las posiciones ya alcanzadas. De ahí el término utilizado de "etapa de contención de la ofensiva". Esta etapa se prolongará hasta el 11 de julio y culminará con el inicio de la Batalla de Jigüe, que conducirá a la derrota y captura del Batallón 18. A partir de ese momento se desatará la contraofensiva incontenible de nuestras fuerzas hasta la retirada total y definitiva del enemigo de toda la montaña.

Con una efectiva combinación de fuego y el efecto demoledor de la mina colocada en el camino, estallada en el momento preciso, la vanguardia del Batallón 22 fue completamente destruida desde los primeros momentos, y el resto del personal enemigo quedó fijo en los lugares ocupados al inicio de la acción, casi todos en el cauce y las márgenes del río. Allí, a pesar de los morteros contra las líneas rebeldes, los guardias quedaron encerrados en un anillo de fuego que muy pronto comenzó a provocar bajas cuantiosas entre ellos.

La escuadra rebelde de Zenén Meriño que cuidaba un trillo hacia el alto de El Naranja atacó la primera compañía del Batallón 22, cercada por el pelotón de Lalo.

Mientras, los hombres de este —reforzados después del inicio del combate por el pelotón de Andrés Cuevas— iban diezmando al enemigo y estrechando cada vez más el cerco.

Un refuerzo de la tercera compañía del Batallón 22, por el camino más directo hacia el puesto de mando, chocó a boca de jarro con la ametralladora 50 de Curuneaux y la fusilería de la escuadra rebelde que la acompañaba. Hizo dos intentos por avanzar en mayor profundidad, el segundo de ellos con apoyo de un refuerzo del Batallón 11 de Mosquera. Ya a la altura de las 6:30 de la tarde, Huber Matos me informaba del rechazo de estas maniobras, y más tarde empecé a recibir las primeras noticias de la magnitud del desastre sufrido por el enemigo.

A la caída de la noche, la situación era desesperada para el mando del Batallón 22, una de sus compañías —la N— había sido parcialmente aniquilada, y el resto de su tropa permanecía atrapada, otra había sufrido muchas bajas y se dispersó, y la tercera fue rechazada hacia Santo Domingo, desde donde no volvió a realizar intento alguno de acudir de nuevo en apoyo de sus compañeros. El experimentado Batallón 11, por su parte, tampoco se movió, salvo el pequeño refuerzo que envió a la tercera compañía del 22.

Durante la noche del 28 de junio, los hombres de Lalo se dedicaron a recopilar todas las armas de los muertos enemigos o abandonadas por los que habían huido.

En esta primera requisa se ocuparon más de 30 fusiles, una ametralladora calibre 30, un mortero de 60 milímetros, abundante parque para todas estas armas y alrededor de 60 mochilas. Se contaron esa noche 11 guardias muertos y se capturaron dos prisioneros. A la mañana siguiente, ya el conteo ascendía a unos 20 muertos, 23 prisioneros y más de 50 armas, casi todas semiautomáticas.

El resultado de esta primera jornada, durante la que se combatió fuertemente a lo largo de más de cinco horas, fue tan espectacular que nos hizo llegar a la conclusión de que era factible, no solo precipitar los planes de cerco que habíamos elaborado, sino considerar, incluso, la posibilidad de lanzar un asalto en toda regla contra la fuerza enemiga establecida en Santo Domingo.

En las primeras horas de la noche comencé, por tanto, a dictar las órdenes pertinentes para ocupar las posiciones, tanto en torno a Santo Domingo, como en el punto indicado para contener cualquier posible refuerzo que viniera desde Providencia por el río, ese sitio era sin discusión a la altura de Casa de Piedra.

La otra única vía para un posible refuerzo era la del Sur, con los efectivos del batallón acampado en Jigüe. Pero en esa dirección, para impedirlo, estaba Ramón Paz posicionado en El Naranjal. En mensaje que le envié a este capitán rebelde, responsable días antes de haber

conjurado el peligro que planteó momentáneamente la entrada de Quevedo por La Caridad, le informé:

Esta noche he tomado todas las disposiciones para cortar la retirada a esa tropa [la de Santo Domingo] y tratar de batirla totalmente aprovechando el momento más oportuno. Las próximas 24 horas, a partir de mañana al amanecer, van a ser de intensa y decisiva lucha. Tengo la seguridad de que si el combate se desarrolla mañana por Santo Domingo en la forma planeada, la tropa enemiga de Jigüe hará lo posible por avanzar hacia acá y esa será tu oportunidad.

Te envío estas noticias para que estés alerta.

Camilo había llegado finalmente con sus hombres a La Plata esa misma tarde, y ya de noche, tras apenas un par de horas de descanso, siguió rumbo a Casa de Piedra en una dura caminata. Llevaba instrucciones de que la emboscada contra el refuerzo tenía que estar dispuesta al amanecer, y fueron cumplidas. Con el apoyo del personal de Félix Duque, al que moví también hacia Casa de Piedra, la trampa contra el refuerzo quedó montada a tiempo y con toda eficacia.

En cuanto a la tropa principal cercada en Santo Domingo, también esa noche envié instrucciones a Ramiro para que acelerara el traslado hacia el alto de El Cacao del personal de la columna de Almeida que había recibido instrucciones de moverse hacia esa zona, y ordené a Guillermo ocupar posiciones en La Manteca, lo más cerca posible de los guardias. De esta forma podía quedar cerrado por el Sur el anillo rebelde en torno al campamento del Batallón 11. Por el Norte, es decir, por los estribos del firme de la Maestra, se mantendrían los grupos rebeldes, y serían reforzados por el personal de reserva de René Ramos Latour. Parte de estos grupos debía cubrir las posiciones dejadas por Duque en el estribo de Gamboa.

Lalo y Cuevas, por su parte, seguirían en sus posiciones en Pueblo Nuevo, donde seguramente tendrían que combatir al día siguiente contra los restos del Batallón 22 que aún permanecían en el río. Cuando fueran venciendo la resistencia de los guardias, debían avanzar en dirección a Santo Domingo. Del otro lado, es decir, aguas abajo por la zona de Leoncito, por ahora no disponíamos de ningún personal para destinar a ese lugar, pero no era este un problema que me preocupara demasiado: si la tropa enemiga atacada en Santo Domingo optaba por intentar una retirada por el río, su marcha podría ser interceptada con relativa facilidad por alguno de los grupos rebeldes que atacarían desde cualquiera de las dos laderas y, en última instancia, estaba en Casa de Piedra la emboscada de Camilo, a quien le advertí de esta contingencia para que estuviera preparado a virar sus posiciones si fuera necesario.

En esta dirección contábamos con la escuadra de Eddy Suñol en El Toro, destinada en un primer momento precisamente a la posición de Leoncito, pero, como se recordará, este personal había debido permanecer donde estaba para actuar en caso de que la tropa enemiga recién llegada el día anterior a Taita José intentase continuar su penetración. Estos guardias, sin embargo, emprendieron el propio día 29 el regreso a las Vegas, con lo cual el peligro en esta zona quedó conjurado. Pero la información llegó demasiado tarde, y los hombres de Suñol no participaron por esa razón en el combate contra la tropa de Santo Domingo esa segunda noche.

En la mañana del domingo 29 de junio, al día siguiente del primer choque en Pueblo Nuevo, se reanudó el combate en ese lugar. El personal al mando de Lalo Sardiñas comenzó a realizar una limpieza de toda la zona por donde se habían dispersado los guardias el día anterior, y a media mañana recibieron con una lluvia de fuego a la compañía enviada por Sánchez Mosquera desde Santo Domingo para tratar de rescatar los restos del diezmado Batallón 22. El jefe enemigo intentó nuevamente avanzar por las faldas del alto de El Naranja, pero sin mucha decisión.

Fortalecido por las armas y el parque capturado durante la noche, y por la euforia del triunfo aplastante alcanzado el día anterior, la fuerza rebelde combatió ese día de nuevo con energía y efectividad. Alrededor del mediodía el enemigo fue rechazado otra vez hacia Santo Domingo.

El balance de los resultados de estos dos combates, realizado en días sucesivos e informado por Radio Rebelde el 30 de junio, fue el siguiente: 26 guardias muertos, 27 prisioneros, un mortero calibre 60 con bastante parque, un fusil ametrallador con 10 cajas de cintas, 38 fusiles semiautomáticos Garand, siete carabinas San Cristóbal, cinco carabinas M-1, tres fusiles Springfield, dos subametralladoras Thompson; es decir, 57 armas en total.

Se ocuparon, además, alrededor de 15 000 balas, 60 mochilas completas, uniformes y botas adicionales, siete casas de campaña, cananas, cantimploras, alimentos en conserva y un equipo de comunicación por microonda. Había sido un verdadero desastre para el Ejército enemigo, sufrido por una de sus agrupaciones de campaña mejor equipadas, como se observa por la calidad del armamento ocupado.

Pero ese mismo domingo 29 de junio, el enemigo recibió otro fuerte golpe, al chocar un pelotón enviado por Sánchez Mosquera en busca de suministros con la emboscada de Camilo y Duque en Casa de Piedra. Ocurrió un combate violento que comenzó poco después del mediodía, como resultado del cual murieron ocho guardias, se capturaron tres prisioneros —dos de ellos heridos, quienes fallecieron posteriormente—, y se ocuparon un fusil ametrallador Browning, dos Garand, tres San Cristóbal, una carabina M-1, tres fusiles Springfield y unas 3 000 balas. Según el parte que me envió Camilo esa tarde, los guardias que lograron escapar de regreso a Santo Domingo llevaban consigo no menos de 10 heridos más.

En este primer Combate de Casa de Piedra sufrimos una baja en nuestras filas: Wilfredo Lara, conocido por *Gustavo*, quien murió combatiendo en el firme de Casa de Piedra, en el lugar donde el enemigo hizo el principal esfuerzo por escapar de la emboscada.

Concluido el combate, Camilo comenzó a moverse río arriba para cumplir las instrucciones recibidas, en el sentido de coadyuvar en la acción contra el campamento de Santo Domingo planificada para esa noche. El personal de Duque regresó a sus antiguas posiciones en el firme de Gamboa.

Mientras tanto, las otras fuerzas rebeldes que participarían en el asalto al campamento principal habían ido ocupando sus posiciones. En mensaje que le envié a Guillermo, quien ya estaba en el alto de El Cacao, le indiqué que al anochecer avanzara resueltamente con sus hombres en dirección a la casa de Lucas Castillo, donde, como se recordará, estaba instalado el puesto de mando de Sánchez Mosquera, y le participé que la intención de la operación era "procurar partirlas en dos partes por ese punto, atacando también desde Naranjo, Santana y casa de Piedra".

"Puede ser esta una victoria decisiva", le advertí también a Guillermo en ese mensaje. Y a Paz ese mismo día le trasmití la misma apreciación optimista: "Esto está constituyendo una gran victoria, que tratamos de lograrla completa".

Realmente, nuestra impresión después del primer triunfo en Pueblo Nuevo era que podíamos aprovechar la situación creada para tratar de obtener la captura del grueso de la fuerza enemiga estacionada en Santo Domingo, lo cual sería algo determinante para el curso posterior de la ofensiva enemiga. La posibilidad de poder derrotar y capturar una de las tres agrupaciones enemigas principales que actuaban contra nuestras fuerzas, de ellas la más poderosa, mejor equipada y comandada por uno de los jefes más notorios con que contaba el Ejército de la tiranía, era demasiado atractiva como para dejar pasar la ocasión sin intentarlo. No cabría duda alguna de que, si éramos capaces de lograr ese objetivo, el mando enemigo sufriría un golpe del que difícilmente podría recuperarse, tanto por la significación moral de nuestra victoria como por la implicación material negativa, ya que se vería privado de una de las piezas fundamentales para sus planes. Nuestras fuerzas, por su parte, recibirían una importante inyección de recursos con los que podríamos asumir la iniciativa y lanzarnos a una contraofensiva indetenible.

En nuestra apreciación de la situación táctica, además, partíamos del criterio de que los golpes recibidos los días 28 y 29 por el enemigo en la zona, sumados a la cobarde conducta de Sánchez Mosquera, habían producido una desmoralización en la tropa estacionada en Santo

Domingo, lo cual parecía confirmar las declaraciones de algunos de los guardias capturados. Aunque en términos estrictamente materiales la correlación local de fuerzas no resultaba todavía favorable a nosotros, valorábamos, también, que disponíamos de cerca de 100 combatientes rebeldes que podrían entrar en acción desde distintas direcciones convergentes sobre el área ocupada por los guardias en Santo Domingo, lo cual, unido al hecho de que ocupábamos posiciones dominantes en las alturas en torno al campamento, nos permitiría disponer de una cierta ventaja.

Todas estas consideraciones nos llevaron a ratificar, al mediodía del domingo 29, nuestra decisión de lanzar esa noche el ataque concertado al enemigo. El asalto tendría efecto desde las cuatro direcciones principales, con la participación de casi todas las fuerzas rebeldes presentes en la zona. Desde el Sur, del otro lado del río Yara, atacarían los grupos al mando de Huber Matos, reforzados por las tropas de Daniel, Pérez Álamo y Geonel Rodríguez, y con el apoyo de la ametralladora 50 de Curuneaux. Desde el Norte avanzarían hacia las líneas enemigas los combatientes de Guillermo García, a los que se habían sumado los de Reinaldo Mora y otros pequeños grupos llegados en las últimas horas. Desde el Este, a lo largo del río desde Pueblo Nuevo, las fuerzas de Lalo Sardiñas, Andrés Cuevas y Zenén Meriño tratarían de quebrar la resistencia en ese sector del perímetro enemigo. Desde el Oeste, también sobre el río, los combatientes de Félix Duque, con un refuerzo de hombres de la tropa de Camilo, intentarían cerrar en esa dirección el anillo rebelde y, con el apoyo del grueso del personal de Camilo situado todavía en Casa de Piedra, impedirían la fuga de los guardias por la vía más probable.

Durante el resto de la tarde, nuestros combatientes fueron ocupando sus posiciones avanzadas para el combate. En esas pocas horas previas a la acción, los técnicos de Radio Rebelde instalaron a la carrera, cerca del alto de Sobicú, uno de los altoparlantes de la emisora con sus micrófonos, tocadiscos y demás equipos de apoyo, alimentados por una planta relativamente pequeña y portátil con que ya contábamos. Habíamos decidido también emplear, por primera vez en la lucha en la Sierra Maestra, el recurso de esta arma psicológica para impresionar al enemigo y contribuir a profundizar la desmoralización que suponíamos en sus filas.

Poco después del anochecer comenzó el combate, que se prolongó durante casi toda la noche y la madrugada del día 30. Sin embargo, el enemigo resistió fuertemente desde posiciones bien fortificadas. Sánchez Mosquera tuvo la previsión de tomar algunas de las alturas menores alrededor de su campamento, sobre todo, las más cercanas a las dos márgenes del río.

Los combatientes rebeldes que avanzaron desde la zona de El Naranjo no lograron siquiera alcanzar el río, pues se vieron expuestos muy pronto al fuego de flanco desde las posiciones enemigas en las últimas alturas de los estribos de Gamboa y de El Naranjo. Como me informó Daniel al amanecer del día 30:

Al llegar abajo nos vimos en un camino malísimo con dos firmes a ambos flancos ocupados por soldados [...] en posiciones muy estratégicas para ellos de modo que quedábamos al centro, en un terreno bajo y sin árboles apenas. Estoy seguro [de] que desde allí podíamos hacer algunas bajas a los Soldados de Batista. Pero exponíamos muchas vidas y malográbamos una victoria tan hermosa. A menos de 50 metros de los Guardias ordené retirada y subimos de nuevo al firme.

Daniel temió que el enemigo fuese capaz de envolver a sus hombres, cortándoles la retirada hacia el alto de El Naranjo, o que estuviese en condiciones de contraatacar en dirección al alto de Sobicú y el firme de la Maestra. En las circunstancias de una pelea a tan corta distancia, además, pensó que no podría contar con el apoyo efectivo de la ametralladora de Curuneaux, cuyo fuego, en realidad, se estaba concentrando hacia el propio campamento enemigo.

Algo parecido le ocurrió al personal de Félix Duque. Al avanzar por el río comenzaron a ser batidos por el fuego de posiciones enemigas desde las alturas más inmediatas entre Leoncito y Santo Domingo, por lo que Duque decidió dar un rodeo por la margen izquierda del río, con la intención de atacar desde sus anteriores posiciones en el estribo de Gamboa. Pero aquí tropezó con la resistencia de los guardias atrincherados en las alturas terminales de este

estribo, los mismos que hostigaron el flanco izquierdo del avance de Daniel, y siguió dando la vuelta hasta unirse a los combatientes que avanzaban desde El Naranjo. Al dar Daniel la orden de retirada, este grupo se replegó también y regresó a sus antiguas posiciones en el estribo de Gamboa. Desde allí Duque, me informó lo ocurrido en la mañana del día 30.

El personal rebelde que avanzó desde Pueblo Nuevo pudo acercarse considerablemente al perímetro central del campamento enemigo, pero también en esa dirección el Ejército había tomado precauciones y fortificado sus posiciones defensivas en puntos estratégicos, desde los que se dominaban el cauce y las márgenes del río. A pesar de la presión sostenida durante toda la noche por los combatientes de Lalo y Cuevas, no les fue posible romper la defensa enemiga en este sector, y al amanecer se vieron obligados a retirarse.

Donde el asalto tuvo más éxito fue en el sector norte, en el que actuaron los hombres al mando de Guillermo. Bajando sobre el perímetro enemigo desde el alto de La Manteca y la falda de la loma de El Gallón, los combatientes de este sector lograron ocupar varias trincheras de la primera línea de defensa del campamento y capturar algún parque abandonado en ellas por los guardias, quienes, en su huida, dejaron huellas de sangre y otros indicios de bajas. Pero una vez más el dispositivo montado por el enemigo, aún con recursos abundantes para combatir, no permitió a Guillermo seguir avanzando. Fue esta tropa la que sufrió la única baja mortal rebelde en la acción: el combatiente Wilfredo González, *Pascualito*, alcanzado por el fuego cruzado de las posiciones enemigas, mientras avanzaba sobre las trincheras de los guardias.

Ante la certeza de que sería improbable continuar el asalto de las posiciones enemigas sin perder a otros combatientes, Guillermo determinó también suspender el ataque después de varias horas de combate, y se retiró al firme.

Esa noche, mientras los montes en torno a Santo Domingo retumbaban con el fragor del combate, desde el alto de Sobicú los altoparlantes de Radio Rebelde no cesaron de sonar con las encendidas arengas de Ricardo Martínez, Orestes Valera y nuestros otros locutores, con los himnos patrióticos grabados en discos y con las alegres e intencionadas canciones del Quinteto Rebelde, que bajo la entusiasta dirección del campesino Osvaldo Medina hacía su primera aparición en el mismo escenario de guerra. Fue la primera prueba de un arma que, pocas semanas después, en Jigüe, iba a desempeñar un papel de primera importancia.

La acción de la noche del 29 de junio contra el campamento de Sánchez Mosquera en Santo Domingo, a pesar de que no culminó en el de-senlace al que en un momento determinado habíamos aspirado: la captura del Batallón 11 y de los restos del Batallón 22, tuvo, no obstante, resultados significativos para el curso posterior de la ofensiva enemiga. En primer lugar, enfrentó al Ejército de la tiranía por primera vez a un asalto frontal por parte de las fuerzas rebeldes a una posición fortificada, lo cual resultaba una evidencia, no solo del grado de maduración de nuestras tropas sino, además, de sus potencialidades combativas. Nunca antes en la Sierra Maestra una unidad enemiga se había visto atacada de esa forma, y sometida a un volumen de fuego tan considerable. Es evidente que este hecho, unido al efecto psicológico de la presencia de Radio Rebelde en medio del combate, produjo en la tropa acampada en Santo Domingo un resultado profundamente desmoralizador. Prueba de ello fue que un jefe de tanta iniciativa como Sánchez Mosquera, quien contaba con una fuerza nada despreciable desde el punto de vista de sus posibilidades combativas, quedó casi anulado durante todo el desarrollo ulterior de la campaña enemiga. Como se verá en su momento oportuno, solo en una ocasión volvió a hacer un intento relativamente tímido por cumplir la misión asignada de tomar el firme de la Maestra, del que, como hemos dicho varias veces, apenas lo separaba, en apariencia, un paso. Habíamos logrado, por tanto, uno de los propósitos fundamentales que nos habíamos propuesto cuando comenzamos a planear el cerco contra esta tropa.

Como expresé en el parte redactado por mí para Radio Rebelde, y leído por la emisora a raíz de estas acciones, la Batalla de Santo Domingo, librada a lo largo de los días y las noches del 28 y 29 de junio y la madrugada del 30, había suministrado:

Pruebas tan elocuentes de la victoria que muy pocas veces se ven en una guerra donde la parte derrotada cuenta con ventajas extraordinarias en armas y número, demostrándose de manera inequívoca la superioridad del combatiente idealista sobre el soldado mercenario.

El enemigo sufrió no menos de 36 muertos en el transcurso de la batalla, desde las primeras acciones en Pueblo Nuevo. Sin embargo, la cifra de bajas mortales debe haber sido superior. En nuestro poder quedaron 28 prisioneros, algunos de ellos heridos, quienes fueron atendidos por nuestros médicos.

Por Radio Rebelde transmitimos al día siguiente una comunicación a la Cruz Roja cubana en la que expresábamos nuestra disposición de entregar a los guardias heridos en el lugar conocido como El Salto, sobre el río Yara, entre Providencia y Casa de Piedra. Este llamado no recibió respuesta en los primeros momentos.

A partir de la Batalla de Santo Domingo, puede decirse que comenzó el fin de la ofensiva enemiga.

El combate de Meriño

(Capítulo 13)

Tal como yo había previsto, al día siguiente de la ocupación de San Lorenzo, mientras las fuerzas del Batallón 17 permanecían en el caserío desierto, las Compañías 91 y 93 del Batallón 19 siguieron su avance en dirección a Meriño. Subieron a El Tabaco buscando la loma de Caraquita y chocaron con una emboscada rebelde de la escuadra del teniente Ciro del Río, de la tropa del Che. Tras un breve encuentro, los guardias rebasaron el firme y bajaron al pequeño caserío de Meriño, donde los pocos bohíos estaban desiertos.

El día 6 de julio recibí la confirmación de la entrada de los guardias en Meriño, mediante una nota de Celia que decía lo siguiente: "El Che llamó a Fajardo que acamparon en Meriño 250 guardias, no han tomado El Roble. Que digas si retira las fuerzas de Las Vegas y los lleva a defender allí. Él espera, dentro de 10 minutos llama".

El Che estaba estrenando la línea telefónica recién tendida hasta Minas de Frío. En ese momento, Celia permanecía en La Plata y recibió esta llamada de Piti Fajardo desde la tiendecita de la Maestra. Yo había salido de La Plata esa madrugada y me encontraba en camino, ya muy cerca de la tiendecita y de Mompié, con la intención de seguir hasta Minas de Frío. Al mensaje de Celia contesté de inmediato: "Que no retire las fuerzas de las Vegas. Que yo mando refuerzos para tomar El Roble. Que traslade al Roble la bomba de 100 libras".

Al recibir este mensaje decidí cambiar mi rumbo, y en vez de seguir hacia Minas de Frío me dirigí a El Roble de Meriño con el personal que me acompañaba: el pelotón de Andrés Cuevas y una escuadra de la tropa de Camilo a las órdenes de Felipe Cordumy. Al llegar a El Roble, ubiqué en sus respectivas posiciones a Cuevas y a Cordumy. Mi idea era que si los guardias intentaban seguir avanzando desde Meriño hacia El Roble, lo cual era el movimiento previsible, chocarían con la emboscada de Cuevas; mientras Cordumy, quien los habría dejado pasar, les cortaba la retirada, apoyado por la escuadra de Ciro del Río, que había permanecido del otro lado del firme de Meriño.



También al llegar a El Roble envié un mensaje urgente a Lalo Sardiñas para que se trasladara sin pérdida de tiempo con su pelotón a Minas de Frío. Mi intención era enviarlo al alto de Meriño para cerrar completamente la retirada de los guardias. En ese momento, Lalo estaba en la zona de Pueblo Nuevo como parte del cerco de contención organizado contra la tropa de Sánchez Mosquera en Santo Domingo. La presencia de Lalo contribuiría a la realización del plan concebido para capturar la tropa que había tenido la osadía de entrar en Meriño, al tiempo que impediría la llegada de algún refuerzo enviado por el mando enemigo desde San Lorenzo. Cuevas, por su parte, a quien después de su ubicación en El Roble se le sumó Jaime Vega con parte de sus hombres, aseguraría que esa tropa no pudiera avanzar más allá de El Roble y enlazar con el Batallón 18 que venía subiéndolo desde el Sur, en caso de que esa fuera la intención del mando enemigo.

EL CAPITÁN RAMÓN PAZ, DE "PROBADA INTELIGENCIA, INICIATIVA Y DECISIÓN".



A Camilo, quien había quedado al frente del dispositivo de contención en Santo Domingo, le envié con el mismo mensajero la siguiente nota:

Esta Columna de guardias está en una verdadera ratonera. Lo que necesitamos es alguna tropa más, para impedir la llegada de refuerzos. Pero no quiero debilitar esa posición [la de Santo Domingo]; por eso, después de pensarlo muy bien, he decidido mover de ahí, la única tropa, que no está en posición defensiva, sino de ataque: la de Lalo.

[...] Con Lalo aquí, creo que podemos hacer algo bueno.

Todavía a estas alturas nos veíamos obligados a realizar verdaderos juegos malabares para distribuir y redistribuir las escasas fuerzas con que contábamos, de acuerdo con la mayor amenaza concreta que enfrentáramos en cada coyuntura. En ese momento, la presencia enemiga en Santo Domingo, a pesar de su cercanía a la zona de La Plata, había dejado de ser un peligro inmediato después del golpe, más psicológico que material, recibido días antes en la primera Batalla de Santo Domingo. Ahora la prioridad era la posible captura de la tropa llegada a Meriño.

De acuerdo con el Che mandé a buscar también hacia Minas de Frío a Raúl Castro Mercader y sus hombres, quienes, como se recordará, estaban posicionados en Polo Norte, cerca de las Minas. Este grupo se mantuvo como reserva en las Minas.

Tras llegar a marcha forzada al alto de Meriño, Lalo me informó al mediodía del 6 de julio que, después de inspeccionar el lugar previsto para tender la emboscada, consideraba que la posición no era la más idónea, aunque luego exploraría algo más abajo.

En respuesta a este mensaje, le envié a Lalo un refuerzo de hombres para cubrir otro probable acceso cercano a su posición, con las siguientes instrucciones:

Te mando los hombres que quedaron. Sitúalos en el otro punto que te indiqué con un jefe valiente, que cuide aquel camino y a la vez ataque por la retaguardia a cualquier grupo enemigo que intente salir de Meriño, por el camino donde tú estás.

De inmediato, Lalo situó al refuerzo enviado, un total de 12 hombres, en un estribo del pico Caraquitas, con lo cual cubrió del otro lado el camino de Limones. Al frente de este grupo designó a Néstor Labrada.

Ese mismo día llegó Braulio Curuneaux a Meriño con su ametralladora 50, a quien también mandé a buscar el día anterior desde El Naranjo. Sin perder tiempo, Curuneaux ocupó una

posición en el sector este del cerco, en la falda de la loma de La Magdalena, junto al Che y parte de sus hombres, incluida la escuadra de Hugo del Río, que cuidaba el acceso a Minas de Frío.

Al amanecer del día 7 recibí un mensaje del Che con una confusa información de Cuevas en la que decía que los guardias venían subiendo por El Roble. Esto me obligó a replantear toda la operación prevista contra la tropa enemiga en Meriño. Lo mejor es transcribir el mensaje que envié al Che a las 11:50 de esa mañana, pues me parece que explica de la manera más clara posible la extraordinaria flexibilidad de nuestra planificación táctica:

Si Cuevas dice que los guardias subían por el Roble, puede significar que vienen de la playa hacia arriba y no tenga nada que ver con los movimientos en Meriño. Si así fuera, lo que tiene que hacer él es virar los cañones hacia el otro lado, mientras planeamos alguna otra maniobra. Si eso fuese rigurosamente cierto, el plan nuestro podría ser destacar una patrullita que se hiciera fuerte en una posición buena un kilómetro o dos más debajo de Cuevas, para ver si, cuando aquella haga contacto con el enemigo, los de Meriño avanzan hacia abajo y caen en la trampa.

Trata de ver qué quiso decir Cuevas.

En definitiva, no existió ese presunto movimiento enemigo desde el Sur. No obstante, véase que en nuestras previsiones siempre figuró el enlace de la tropa llegada a Meriño con el Batallón 18 o alguna otra fuerza enemiga procedente de la costa. Era el movimiento más lógico desde el punto de vista del mando enemigo, pues con él, nuestro territorio en el sector más occidental, quedaría dividido, y todas nuestras fuerzas al oeste del río La Plata, separadas y desvinculadas de las demás.

A estas alturas, mi mayor deseo no era que se produjera la llegada de un refuerzo procedente de San Lorenzo, sino que la tropa de Meriño intentara seguir avanzando en dirección a El Roble, en cuyo caso la encerrona preparada entre las fuerzas de Cuevas y las de Lalo sería fatal. Si fuese necesario, podrían emplearse, además, las fuerzas de Raúl Castro Mercader y una escuadra de seis hombres de la tropa de Camilo, al mando de Orestes Guerra, que mantenía conmigo en Minas de Frío también como reserva.

Pero no ocurrió ninguna de estas dos cosas. A las 6:10 de la mañana del día 7 de julio, el Che me avisó que los guardias de Meriño estaban aparejando sus mulos, evidentemente con la intención de moverse, pero me advirtió que "no se sabe el derrotero todavía". Hora y media más tarde me comunicó:

Ya aparejaron todos los mulos y quitaron la posta del lado del alto de Meriño. Aparentemente esperan algo de la aviación. Ya avisé a Cuevas. Si se mueven en algún sentido le doy nuevo aviso. El camino que parece más probable es el del Roble pero todavía están regados en las casas. Hay que tener en cuenta el camino que sube a la Mina [de Frío]. Yo le avisaré a Ciro [del Río] en el momento que avancen para algún lado.

Como se observa, hasta esa mañana el Che coincidía con mi apreciación de que la ruta más probable de los guardias de Meriño sería en dirección a El Roble. Pero ya en mi mente había surgido la alternativa de que el movimiento de la tropa de Meriño fuese sencillamente de retirada, de regreso hacia San Lorenzo. La tibia conducta del mando enemigo para asegurar el enlace de esta tropa con otra procedente del Sur, y el hecho cierto de que ordenar a los guardias de Meriño que avanzaran sin apoyo hasta El Roble significaría hacerlos penetrar más aún al interior de nuestro territorio, con la perspectiva segura de caer en una trampa, me hicieron considerar como probable la variante de la retirada.

De ello es testimonio el siguiente mensaje que le envié a Lalo a las 7:25 de la mañana de ese mismo día, desde mi puesto de mando en Minas de Frío, después de recibir la primera comunicación del Che:

Los guardias han aparejado todos los mulos. Ya quitaron la posta del Alto de Meriño; parece que se van a mover hacia el Roble. Debes estar atento. Para cualquier dirección que se muevan vamos a tratar de destruirlos. Si tratan de salir hacia San Lorenzo, cójanlos entre tú y los 12 [de Néstor Labrada], que desde acá se le ocupará el campamento y se les atacará por la retaguardia.

Si avanzan hacia el Roble o Las Minas, tu misión es no dejarlos recibir refuerzos.

En mensaje al Che, a las 9:15 de la mañana, le informé:

Ya mandé aviso a Lalo con instrucciones para cada situación. Mandaré explorar los caminos que vienen de San Lorenzo y Las Vegas y tengo a Raúl [Castro Mercader] y los 6 de Camilo [los de Orestes Guerra] listos para moverlos a donde hagan más falta si no fuesen necesarios aquí. Ordené situar en el Alto de Mompíe los 7 hombres que quedaban de Camilo en La Plata y hasta Guillermo puede ser utilizado si las circunstancias lo requieren.

La prioridad concedida por mí a esta operación en Meriño se infiere del hecho de que yo estaba dispuesto, incluso, a mover hacia ese lugar a Guillermo García y sus hombres, quienes en ese momento estaban en la zona de La Plata.

A las 5:00 de la tarde le envié otro mensaje a Lalo, en el que, para que no existieran dudas, le reiteré su misión y la de la escuadra de Labrada.

Todo está bien. Yo espero de un momento a otro se muevan los guardias. Si vienen por ahí, procura matarle la vanguardia y rechazarlos. Los otros 12 deben entonces tomar el camino de Meriño y emboscarse allí para el caso de que los que están dentro intenten atacarte. Esos 12 deben tener un jefe valiente y que sepa lo que tiene que hacer si se quedan aislados del lado de allá; subir Caracas y bajar por el Roble, hasta hacer contacto de nuevo.

Al atardecer, ordené enviar un mortero a la posición de Cuevas, para reforzar la vía más probable de avance del enemigo en dirección a El Roble.

El caso es que, en la mañana del 8 de julio, los guardias de Meriño emprendieron su retirada hacia El Tabaco y San Lorenzo. En verdad, el jefe de la agrupación estacionada en Meriño, capitán Martínez Torres, había recibido de su mando superior la misión de avanzar hasta El Roble y subir luego a Cahuara para enlazar con el Batallón 18 en Jigüe, es decir, la maniobra que habíamos previsto. Sin embargo, con el pretexto de que a sus dos compañías —la 91 y la 93 del Batallón 19— se les habían agotado las provisiones y, aunque habían tratado de comunicarse con la avioneta de enlace, no lo habían logrado, decidió regresar a San Lorenzo para abastecerse. Al parecer, a este jefe enemigo le preocupaba con mucha razón la perspectiva de caer en una trampa si seguía las instrucciones de su mando superior.

Luego de un fatigoso ascenso hasta alcanzar el firme, a las 8:45 de la mañana, la vanguardia enemiga chocó con la emboscada tendida por el pelotón de Lalo Sardiñas y se inició el combate. Minutos después, los 12 hombres de la escuadra al mando de Néstor Labrada, situada en un firme del otro lado del camino, comenzaron a disparar sobre el flanco izquierdo del enemigo. Ante el nutrido fuego cruzado que recibieron, los soldados solo atinaron a protegerse en los cangilones que la erosión había formado en el propio terreno. Pese al apoyo de la aviación, que desde las 9:30 de la mañana ametralló los alrededores, la tropa enemiga se vio obligada a retroceder hacia las trincheras abiertas alrededor del caserío de Meriño.

Al mediodía, Curuneaux, desde la posición que ocupaba en la falda de la loma de La Magdalena, me pidió instrucciones. En ese momento todavía no pude darle órdenes precisas, sin conocer a ciencia cierta el rumbo que seguía el enemigo ni el plan del Che con sus hombres. En consecuencia, le orienté: "[...] si tú ves que los guardias tratan de forzar el cruce hacia San Lorenzo, atacando a Lalo, y tú los divisas por el firme que sube, dispara sobre ellos a discreción para intimidarlos y dispersarlos".

Ante su incapacidad para superar las posiciones rebeldes, el capitán Martínez Torres pidió un nuevo apoyo de la aviación para intentar una vez más el avance en dirección al camino de San Lorenzo. Cerca de las 12:20 del mediodía, dos B-26 y un caza F-47 comenzaron a ametrallar los alrededores por espacio de dos horas y media. Tras el ataque aéreo, las compañías enemigas intentaron un nuevo avance sobre las posiciones rebeldes, pero fueron nuevamente rechazadas por los hombres de Lalo y de Labrada. La escuadra de Ciro del Río, apoyada por la ametralladora 50 de Curuneaux, comenzó a avanzar para colocarse en posición de hostilizar a los guardias desde su flanco derecho.

A las 12:50 de la tarde, el Che me envió un mensaje donde me informaba:

Me da la impresión que todos los guardias se han descolgado para el otro lado del firme. Traté de hacer contacto con Lalo pero no ha vuelto mi mensajero. Ciro del Río está avanzando por el firme que ellos tenían hacia arriba.

A la 1:55 de la tarde, el Che me envió otro informe todavía con datos poco precisos de la acción:

Los guardias estaban en la punta del firme pero parece que Lalo se retiró y ya tomaron la embocadura del camino a San Lorenzo. Estas son conjeturas; exacto no sé nada. Los mensajeros no hicieron contacto con Lalo. De aquí (500 m) se ven pasar uno a uno para San Lorenzo.

No es sino hasta las 2:00 de la tarde cuando recibí por un mensaje de Lalo la primera información concreta del desarrollo de las acciones:

Tuvimos combate con los de Meriño. Le vimos 2 muertos pero considero tengan como ocho; esta emboscada de este lado es muy corta, pero le tiré 12 granadas y como ocho satélites a un montón que había en un hoyo y gritaban: "No dejen los heridos, huyan, nos están ro-deando", y uno decía: "avanza por el trillo", y otro decía "avanza tú". Duró como una hora y media, empecé a las 9 y 30, la aviación no hizo nada. Están intentando avanzar de nuevo; la emboscada de San Lorenzo no la moví para nada.

El dato aportado por Lalo en este mensaje acerca de que su emboscada "es muy corta" resultó clave en lo que ocurrió en definitiva. Ya en este momento, yo había tomado algunas disposiciones urgentes para reforzar la posición de Lalo y frustrar el propósito de los guardias de salir hacia San Lorenzo. A las 2:15 de la tarde, le informé al Che en un mensaje:

Mandé a Raúl Castro [Mercader] con 8 hombres a reforzar a Lalo. Los 7 hombres que quedaban a Camilo de su columna en la Plata ya están al llegar aquí. Guillermo está situado en el alto de Mompíe con su pelotón para trasladarlo aquí si las circunstancias lo requieren.

Si los guardias no han salido, esta noche mandaré 40 hombres a cavar trincheras en la loma donde está Lalo y lo reforzaré con los de Camilo que están al llegar (todos con automáticas y un rifle ametrallador). También situaré la bomba de 100 libras que ya está aquí.

Mientras tanto, el pelotón de Andrés Cuevas, reforzado con los hombres de Jaime Vega, y el Che con parte de su tropa, avanzaban para atacar por la retaguardia a las compañías enemigas.

Poco después, a las 3:20 de la tarde, envié un mensaje a Lalo Sardiñas en el que le informaba:

Dentro de unos minutos salen para allá un fusil ametrallador y seis hombres más con armas automáticas. Por la noche mandaré una bomba de cien libras para ponerla en el camino de San Lorenzo. Mandaré hombres también para hacer trincheras. Si se resiste bien ahí los copamos y rendimos.

[...] Cuevas, Vega, Che, Ciro y una escuadra de Camilo están avanzando por Meriño. Los felicito a todos.

P.D. Mandé a Fonso [Alfonso Zayas] que los tiroteara por el camino de la Mina a San Lorenzo.

En efecto, la escuadra al mando de Alfonso Zayas, con un Garand y 10 fusiles de cerrojo, había partido por el camino de Minas de Frío hasta las cercanías del campamento enemigo en San Lorenzo, y había hecho algunos disparos con el propósito de provocar la salida de la tropa allí estacionada en persecución de la patrulla rebelde o en auxilio de las compañías cercadas en Meriño. Rápidamente, Zayas tomó de nuevo el firme y se dirigió a toda prisa en busca de un alto propicio cerca del camino a Meriño para preparar una emboscada. Así me lo hizo saber en un mensaje que me envió a las 2:10 de la tarde. Pero al llegar a un trillo que iba en línea recta de San Lorenzo al lugar donde se encontraban apostadas las fuerzas de Lalo Sardiñas, Zayas decidió hacer contacto primero con sus compañeros. Entonces, Raúl Castro Mercader, quien había llegado con la escuadra de refuerzo, le indicó que debía quedarse cuidando ese trillo aún desguarnecido, para así cubrir la retaguardia rebelde en ese punto.

Los guardias de Meriño intentaron esa tarde forzar por tercera vez la salida por el camino de San Lorenzo y fueron rechazados nuevamente. Una vez más se vieron obligados a retroceder bajo el hostigamiento continuo desde la retaguardia por fuerzas del Che, Cuevas y Jaime Vega, apoyados por la ametralladora 50 de Curuneaux. En este último repliegue, los soldados abandonaron algunos de sus mulos.

A las 4:05 de la tarde, el Che me informó: "Estoy a 300 m de los guardias, pero debajo de ellos. Tengo 7 mulos que no los dejamos marchar pero necesitaríamos una ayudita en cualquier dirección, preferentemente retaguardia para tomarlos".

Así las cosas, cabía prever tres posibilidades: la primera, que siguieran insistiendo una vez más en forzar el camino hacia San Lorenzo; otra, que trataran de hacerlo por el camino de El Tabaco; y la tercera, que el enemigo enviara un refuerzo desde San Lorenzo. Con estas variantes en mente, a las 5:00 de la tarde transmití el siguiente mensaje a Lalo Sardiñas:

Salgo a hacer contacto con Che y Cuevas y a ver si puedo reforzar el camino del Tabaco.

Hagan una buena defensa de trincheras en el camino que viene de San Lorenzo y pónganle dos bombas.

Puedes poner veinte hombres y la trípode hacia San Lorenzo y el resto hacia Meriño. Cuida también tu retaguardia por el firme donde estás con alguna posta.

Fonso tomó posesión en un firme cerca del camino que sube a Meriño, para tiro-tear cualquier refuerzo que venga de S. Lorenzo.

Si todavía no se han escapado por algún lado, hay que impedir mañana de todas formas que vengan refuerzos.

Llena eso de huecos.

Y a Celia, que estaba en Mompié, le indiqué:

Voy a hacer contacto con el Che y Cuevas.

Laferté que se encargue de mandar antes de que sea de noche el personal para cavar trincheras. Guillermo que permanezca ahí.

La orientación era que el ex teniente del Ejército de la tiranía Evelio Laferté —quien permaneció con no-sotros tras su captura en febrero, en el segundo Combate de Pino del

Agua, y que ahora estaba a cargo de la escuela de reclutas en Minas de Frío— enviara un grupo de ellos a cavar las trincheras para extender la línea de Lalo.

Los guardias intentaron por cuarta ocasión forzar el camino de San Lorenzo, y fueron rechazados una vez más por las fuerzas rebeldes. El combate se prolongó hasta las 6:30 de la tarde, y el enemigo se vio obligado a retroceder nuevamente.

Durante el desarrollo de este cuarto combate salí de Minas de Frío para hacer contacto con el Che y Cuevas. Pero en el camino me tropecé con algunas escuadras rebeldes en retirada, al parecer por un mal entendido de alguna orden. Luego de darles nuevas instrucciones y cambiar impresiones con Lalo, envié un mensaje al Che a las 7:45 de la noche:

Llego aquí por el camino de la Mina a Meriño y me encuentro una gran confusión. Tengo aquí la escuadra de Ciro que iba en retirada, diciendo que había guardias en Meriño, que a mi entender eran Cuevas y compañía. La 30 iba también en retirada según me dice por orden tuya. Me extraña un poco que tú hayas dado esa orden quedándote ahí.

Acabo de conferenciar con Lalo hace media hora. La cosa por allá está muy bien; pero me temo que los 12 que estaban cuidando el camino de Limones y que por la mañana dispararon contra los guardias, al verse todo el día sin contacto, se retiren por Caracas. Todo eso hay que arreglarlo. A mí me parece que debemos vernos tú y yo, pues las mejores posiciones están o pueden estar en nuestro poder. El refuerzo sólo puede venir por San Lorenzo y yo te aseguro que no llega.

Yo dejaría un poquito de gente por aquí abajo y concentraría la fuerza en el camino que viene de Limones pues son ese punto y la posición de Lalo, en estos momentos, las más esenciales, ya que los guardias para abajo no van a ir de ninguna manera. Los mulos sólo pueden salir por cualquiera de esos dos caminos.

En realidad, la escuadra de 12 hombres que cuidaba el camino de Limones, al mando de Néstor Labrada, se había retirado por la loma de Caracas, y unido a los siete hombres de la columna de Camilo. El refuerzo esperado de la tropa enemiga estacionada en San Lorenzo no salió en ningún momento en auxilio de sus compañeros cercados.

En vista de la difícil situación en que se encontraban las compañías enemigas cercadas en Meriño, el guía de esa tropa, un campesino de la zona nombrado Armando Rabí, le planteó al capitán Martínez Torres, como única salida para romper el cerco, descolgarse hacia el valle de El Tabaco por los farallones, del otro lado de la parte más meridional del firme. Aprovechando la oscuridad de la noche y el hecho de que la línea rebelde de Lalo no llegaba hasta esa parte del firme, la tropa enemiga emprendió sigilosamente la fuga en esa dirección, dejando atrás el resto del arria de mulos.

No fue sino hasta cerca de la medianoche, después de la llegada de Cuevas al ahora desierto campamento enemigo, que recibí la confirmación de la huida de la tropa.

A las 11:45 de la noche envié a Lalo un mensaje:

Los guardias parece que se descolgaron todos para el Tabaco. Dejaron siete mulos con alguna mercancía, calderos y mochilas. No se sabe por dónde se llevaron los otros. Los 12 tuyos, según noticias, se juntaron con siete de Camilo que subieron por el firme de Caracas y estaban por el camino de Limones.

Mañana a las 4 y 30 de la madrugada, levanta a la gente y con la primera claridad manda a explorar el firme hasta el camino de Limones, toma el firme con la gente, teniendo cuidado con algún guardia rezagado que pueda quedar y registren todo bien buscando armas, balas, mochilas, etc. En una hora pueden terminar. Deja entonces una posta de seis hombres para que cuiden el camino hasta las 12 del día, y tú trasládate bien temprano para la Mina con el personal a descansar.

Los mulos que se ocuparon no tenían balas. Investiga para ver qué pasó con los otros. Trae las minas.

A pesar de que el Combate de Meriño no representó un aporte importante desde el punto de vista material en armas, municiones y pertrechos, significó, no obstante, otra victoria de nuestras fuerzas en este sector, que contendría por un tiempo los planes de la ofensiva enemiga.

Los varios intentos de los guardias de forzar las líneas rebeldes fueron todos rechazados. Al enemigo se le ocasionaron no menos de ocho muertos y un número indeterminado de heridos, mientras que las tropas rebeldes no sufrieron ni una sola baja. Aunque el grueso de las dos compañías del Batallón 19 lograron escapar del cerco tendido, perdieron toda su impedimenta y quedaron en condiciones tan difíciles que apenas pudieron ser nuevamente utilizadas con efectividad durante el resto de la campaña.

Pero lo más importante fue que el intento de penetración del enemigo en la profundidad de nuestro territorio había sido rechazado. Los guardias fueron desalojados de Meriño, y se les impidió, por el momento, su plan de enlazar esta tropa con la del Batallón 18 que avanzaba desde el Sur.

Tocaba ahora, precisamente, el turno de liquidar esta otra amenaza. Al día siguiente, me trasladé a Mompíe y de allí a Jigüe. No cabía un minuto de descanso.

Contención en Santo Domingo

(Capítulo 14)

Con el Combate de Pueblo Nuevo y el inicio de lo que llamé entonces la primera batalla de Santo Domingo, las fuerzas rebeldes dieron el primer paso para arrebatar la iniciativa al enemigo, quien la mantendrá parcialmente todavía en los demás sectores donde se desarrollaba su ofensiva. No será hasta el 5 de julio, fecha en que ocurrió el Combate de El Naranjal, cuando el Ejército perderá su empuje en el sector sur, es decir, en la zona del río de La Plata. El 9 de julio, las fuerzas rebeldes darán otro golpe importante en Meriño y privarán también al enemigo de la iniciativa estratégica en el sector noroccidental. La única otra acción ofensiva en esta zona será la ocupación de Minas de Frío el día 13.

EN LA PLATA, CAMILO DIRIGÍA LA DEFENSA DEL SECTOR NORDESTE.

Por tanto, puede afirmarse que a partir del 28 de junio se inició una segunda etapa en la ofensiva enemiga, caracterizada por la contención de esta por nuestras escasas y pobremente equipadas fuerzas. La segunda etapa, a los efectos historiográficos, se extiende hasta el 11 de julio. Ese día, el comienzo de las acciones en Jigüe que conducirán a la rendición del Batallón 18 y a la liquidación de los refuerzos enviados para auxiliarlo, marcó el inicio de la tercera etapa, que será la final de este proceso, y que se caracterizará por el despliegue ya incontenible de la contraofensiva rebelde en los tres sectores de las operaciones hasta la derrota terminante del enemigo y su salida de la Sierra Maestra.



Yo estaba convencido de que Sánchez Mosquera, a pesar de la derrota recibida entre los días 28 y 30 de junio, no iba a permanecer inactivo. No sería consecuente con todo lo que se decía de él si se mantenía en una posición pasiva después del golpe potencialmente desmoralizador que acabábamos de darle. Además, tampoco era concebible que, después de llegar hasta allí, abandonara la pretensión de seguir avanzando hasta coronar el firme de la Maestra en la zona

del alto de El Naranjo, con lo cual se colocaría al alcance de las instalaciones de la Comandancia de La Plata.

EL COMBATIENTE REBELDE BRAULIO CURUNEAUX, EXPERTO TIRADOR DE LA AMETRALLADORA CALIBRE 50.

Por tanto, ordené a todos los pelotones que habían participado en la acción contra el campamento enemigo que reasumieran sus posiciones anteriores, en caso de que se hubiesen movido de ellas, las cuales estaban concebidas a manera de semicírculo desde Pueblo Nuevo, pasando sobre el río Yara al este de Santo Domingo, hasta Leoncito, sobre el propio río, al Oeste. En las primeras horas de la mañana del día 1ro. de julio, todas las fuerzas rebeldes se habían repositonado de acuerdo con este plan.



El pelotón de Lalo Sardiñas se ubicó nuevamente en Pueblo Nuevo, con la intención de contener cualquier intento enemigo de penetración río arriba en dirección a Santana o La Jeringa. Ese mismo día, por cierto, firmé una orden en la que, en reconocimiento al extraordinario papel desempeñado por Lalo durante los tres días de acciones en Santo Domingo, decretaba la amnistía del juicio contra él —que había quedado pendiente para cuando concluyera la guerra, por la actuación excesivamente violenta que tuvo en octubre de 1957 al requerir a un soldado por una falta disciplinaria, de la cual resultó la muerte involuntaria del combatiente—, y disponía la restitución de su grado de capitán. Era un acto de justicia hacia uno de nuestros más aguerridos y competentes jefes, quien había sido un factor decisivo en el exitoso desenlace de lo que en ese mismo documento calificué como "la más resonante victoria rebelde desde que comenzó la guerra".

A la izquierda de Lalo, cubriendo la falda del firme de El Naranjo que da para el arroyo de Los Mogos, volvieron a ubicarse la escuadra de Zenén Meriño y el pelotón de Andrés Cuevas, pero este último fue movido por mí hacia La Plata al día siguiente, pues quería utilizarlo en algún otro sector donde fuese más necesario. A continuación, ya en el mismo firme de El Naranjo, mantenía sus posiciones el grupo al mando de Huber Matos y, a la izquierda de este, la escuadra de Braulio Curuneaux con la ametralladora 50. Del otro lado del arroyo de El Naranjo, en la falda del firme de Gamboa, Félix Duque se colocó de nuevo con su escuadra. Daniel quedó más arriba, muy cerca del firme, en un lugar que los combatientes de su grupo bautizaron como el alto de La Pulga; era una reserva operativa capaz de actuar según las circunstancias.

Esa misma mañana, el enemigo realizó un tanteo en dirección a las posiciones de Duque en el estribo de Gamboa. Al amanecer, previendo ese movimiento —que me parecía el más lógico— avisé a Duque de la posibilidad del avance desde Santo Domingo en su dirección, y le mandé a decir a Curuneaux que si advertía semejante desplazamiento no hiciera nada hasta que los guardias no chocaran con la tropa de Duque. Yo estaba seguro de que las fuerzas rebeldes en el firme de Gamboa eran lo suficientemente sólidas como para frenar el golpe enemigo, lo cual nos permitiría maniobrar con la gente de Huber Matos, apoyada por la ametralladora de Curuneaux —que se subordinaba al puesto de mando— para cortar a los soldados por su retaguardia y hacerles una pequeña encerrona.

Curuneaux, sin embargo, comenzó a hostigar a los guardias desde que se percató de su movimiento por el firme de Gamboa. En definitiva, la fuerza enemiga —posiblemente un pelotón— no llegó a chocar con Duque y regresó a Santo Domingo dos horas después. De manera evidente, se trataba de una finta de Sánchez Mosquera para descubrir nuestras defensas en esa dirección.

Entre los documentos de ese día se conserva una nota de Curuneaux en la que me rendía cuenta minuciosa de las balas gastadas. Vale la pena citarla a manera de ejemplo del control estricto que exigíamos a nuestros capitanes: "En el ataque de ayer le hice al enemigo 476 disparos, que unidos a los 275 anteriores suman 751, quedando por tanto 349 tiros". Seguidamente, me pedía 162 tiros que había dejado en la casa del Santaclarero. Le respondí que debía mantenerlos allí como reserva.

En los días siguientes, los guardias se limitaron a moverse por los alrededores de su campamento y, cuando más, entraban y salían del caserío de El Naranjo, a veces a la vista de nuestras posiciones. Se mantuvo contra ellos un hostigamiento permanente, con disparos esporádicos de fusilería y un tiro de Curuneaux con la calibre 50, cada media hora más o menos. La intención era más psicológica que otra cosa: debían saber que seguíamos allí cuidando el acceso a la Maestra.

El día 3, en vista de la inacción en este frente y de los movimientos desarrollados por la agrupación enemiga que había logrado finalmente ocupar San Lorenzo el día 1ro., me trasladé hacia Minas de Frío y dejé a Camilo con la responsabilidad de la coordinación de la defensa en este sector.

Al otro día mandé a buscar a Lalo con su personal para que participara en la emboscada que preparaba a la compañía del Ejército que había penetrado en Meriño. La tropa de Lalo era la única que no estaba en una posición defensiva en el sector de Santo Domingo, sino de ataque. Orienté, entonces, a Camilo que cubriera con la escuadra de Zenén Meriño el camino que subía desde Pueblo Nuevo hacia el firme, y que vigilara bien los movimientos de los guardias en ese flanco. La situación operativa en aquel momento permitía lo que pudiera parecer como un debilitamiento de la línea de contención en su extremo derecho, puesto que en caso de que el enemigo intentara de nuevo avanzar río arriba, la única disposición que habría que tomar era la de vigilar con atención su movimiento y fortalecer la defensa del camino que subía al firme desde Santana. Sin embargo, yo estaba convencido de que el próximo intento de Sánchez Mosquera iba a ser por el firme de El Naranjo o por el mismo de Gamboa, por donde había tanteado el día 1ro.

El sábado 5 de julio, los guardias de Santo Domingo se movieron de nuevo, y fueron rechazados de forma fácil por los rebeldes en la subida de El Naranjo. El enemigo sufrió cuatro bajas y abandonó un fusil Springfield y 350 tiros. Ese mismo día, en El Naranjal, Ramón Paz rechazó definitivamente el avance enemigo del Batallón 18 desde el Sur.

En vista de estos acontecimientos, le indiqué a Camilo que ordenara el traslado del pelotón de Guillermo García —el cual cubría, en el alto de San Francisco, los accesos a la zona de La Jeringa y las cabezadas del río Yara desde el Norte— hacia La Plata, y de allí a donde yo estaba, para recibir instrucciones. También mandé a buscar a Curuneaux y su ametralladora. Para compensar este último movimiento, Camilo trasladó el pelotón de reserva de Daniel más abajo, y reforzó con algunos de los hombres de esta tropa la línea rebelde en la loma de Sobicú. Después de intervenir en la acción de Meriño el día 8, Curuneaux fue enviado por mí de regreso al firme de El Naranjo, a donde llegó justo a tiempo para ocupar su posición anterior a la izquierda del alto de Sobicú.

Sánchez Mosquera lanzó finalmente, el miércoles 9 de julio, su intento de asalto al firme de la Maestra. Desde el amanecer, la vanguardia enemiga comenzó a subir por toda la falda de Sobicú. De nuevo, el sanguinario oficial demostró ser también el jefe más capaz. Sus hombres no se desplazaron por camino alguno, sino por dentro del monte, ni lo hicieron en formación lineal, sino desplegados a lo largo de un frente relativamente extenso. La artillería enemiga disparó de manera incesante sobre la loma, mientras la aviación ametrallaba y bombardeaba el área donde los mandos de la agrupación enemiga presumían que debían estar las posiciones defensivas rebeldes. Ese día, muchos de los combatientes contemplaron por primera vez los terribles efectos de las bombas incendiarias de napalm, suministradas al Ejército de la tiranía por los Estados Unidos.

Sin embargo, las posiciones rebeldes resistieron con firmeza la acometida. El enemigo llegó hasta el mismo alto de Sabcú, y allí chocó con las fuerzas de los tenientes Dunney Pérez Álamo y Geonel Rodríguez, reforzadas con personal de Daniel y apoyadas por la ametralladora de Curuneaux, que estaba todavía allí, y la escuadra que, bajo el mando de Huber Matos, se había mantenido en el flanco izquierdo de la línea rebelde en el firme de El Naranjo.

Se combatió tenazmente durante más de dos horas. Después de un momento de relativa calma, la lucha se reanudó con mayor violencia alrededor del mediodía. Al cabo, el Ejército se replegó y regresó a Santo Domingo después de sufrir un número indeterminado de bajas y dejar abandonados varias armas y bastante parque.

El Combate de El Naranjo tuvo una significación mucho mayor que lo que pudieran indicar sus resultados concretos, en términos de bajas y botín ocupado. Representó el último esfuerzo del fuerte contingente enemigo estacionado en Santo Domingo por seguir avanzando hacia el corazón rebelde.

Téngase en cuenta que, en ese momento, esta era la tropa enemiga más peligrosa para nosotros por varias razones: era la que estaba más cerca de La Plata, una de las más numerosas y mejor equipadas, y la que contaba con el jefe más decidido e inteligente. Sin embargo, todos estos factores, aparentemente favorables, se estrellaron contra la resistencia de un puñado de combatientes bien preparados, decididos a luchar hasta el final para impedir el avance enemigo en esa dirección.

No hay que desestimar tampoco el hecho de que los golpes recibidos por esta tropa en la primera Batalla de Santo Domingo, pudieran haber creado un ambiente derrotista y cierta desmoralización entre los soldados y, sobre todo, en su engrdeido jefe. El hecho fue que, después del día 9, Sánchez Mosquera no hizo el menor intento de moverse en dirección alguna hasta que recibió la orden perentoria de abandonar Santo Domingo el día 26. Esta inercia me permitió trasladar de nuevo hacia otros sectores a Curuneaux y otros combatientes rebeldes que cubrían este frente, que quedó protegido durante todo ese tiempo por las escuadras de Duque, Geonel Rodríguez, Zenén Meriño, Huber Matos y Álamo, y por el personal de reserva de Daniel en el firme de El Naranjo.

Pocos días después del Combate de El Naranjo, el borde externo de este frente quedó cubierto con varias escuadras y grupos de las Columnas 3 y 4, al mando, respectivamente, de los comandantes Juan Almeida y Ramiro Valdés, quienes fueron distribuidos por Camilo en Aigualrevés, La Jeringa, el llamado cruce de Lima, el punto de la Maestra donde el camino del firme es interceptado por el que viene de Palma Mocha, por la subida de Santana y otros puntos de la Maestra.

El personal del firme de El Naranjo mantuvo sus posiciones a pesar del embate constante de la aviación, que se empleó a fondo en la zona durante todos estos días, y del incesante fuego de morteros realizado por el enemigo desde Santo Domingo. Fue uno de esos obuses de mortero 81, lanzado al rumbo, el que vino a caer el día 11 directamente encima del caballete de la casa de un colaborador campesino, en la falda de la loma de Sabcú opuesta al campamento enemigo, en el momento en que el combatiente Juan de Dios Zamora, auxiliado por las también combatientes Rita García y Eva Palma, cocinaban el almuerzo de las fuerzas rebeldes. La explosión mató de manera instantánea al cocinero e hirió de extrema gravedad al capitán Geonel Rodríguez y al teniente Carlos López Mas, conocido por Carlitos Mas, quienes se encontraban descansando en la casa. Conducidos rápidamente a la Comandancia de La Plata, los dos combatientes fueron operados de urgencia por los cirujanos rebeldes, pero la hemorragia interna resultó incontenible y ambos murieron.

Radio Rebelde informó con pesar, el día 12, la muerte de Geonel y su entierro en suelo rebelde. Era una pérdida particularmente dolorosa la de este joven estudiante de ingeniería, colaborador del Che en la creación de *El Cubano Libre*, el primer periódico guerrillero en la Sierra Maestra; combatiente modesto y valeroso, quien caía abatido, no por el fuego concentrado de un combate, sino por un azar infortunado. Todavía hoy se conserva su tumba a la entrada de la Comandancia de La Plata, donde permanecen los restos que su madre

anciana nunca quiso reclamar, para que reposaran por siempre allí, en la tierra por cuya defensa entregó su vida generosa. En la rústica cruz que los señala fue clavado el plato de campaña de Geonel, grabado por sus propios compañeros en homenaje a su memoria.

Salvo este lamentable incidente, nada extraordinario ocurrió en este frente durante los días en que se desarrolló la Batalla de Jigüe. Mi atención se concentró en lo que constituyó el objetivo prioritario para nuestras fuerzas en ese momento: la derrota del batallón cercado por el Sur. Mientras tanto, me mantuve en comunicación constante con Camilo, quien desde La Plata dirigía la defensa del sector nordeste, mientras el Che aguantaba al enemigo en la zona de Minas de Frío.

La retaguardia rebelde

(Capítulo 15)

Resulta obligado dedicar, en este recuento de la gran ofensiva enemiga, un capítulo al funcionamiento del dispositivo de retaguardia de nuestra acción militar, pues su actividad fue, sin duda alguna, una de las razones de nuestra victoria.

EL DESTACADO GUERRILLERO EL VAQUERITO.

Ya dije antes que en la labor de retaguardia fue decisivo el papel desempeñado por Celia. Gracias a ella y a sus colaboradores, yo pude despreocuparme muchas veces de esos miles de detalles que coadyuvaban al mejor desempeño de nuestras unidades en el plano militar, y concentrar mi atención en los aspectos estratégicos y tácticos de la operación.

Un problema esencial que debía resolver nuestro aparato de retaguardia, quizás el más importante, era el de garantizar los suministros necesarios para apoyar, tanto la acción militar —armas, balas y otros pertrechos de guerra—, como los alimentos y otros bienes —ropa, calzado y equipos.

En el caso de las armas, no era tanta mi preocupación. La vida y la experiencia de la lucha en la Sierra habían demostrado, y lo hacían todavía de manera más clara durante la ofensiva, que el principal suministrador de armas de todo tipo era el enemigo, al que se las arrancábamos en combate.

Después de las acciones de la primera Batalla de Santo Domingo, incrementamos de manera considerable nuestro arsenal, de nuevo aumentado sustancialmente tras la victoria en Jigüe y en las acciones finales de nuestra contraofensiva. No era, por tanto, la obtención de armas un asunto de prioridad para nuestra retaguardia.

No obstante, como nunca estaba de más cualquier ayuda en ese sentido, no dejé de insistir a nuestras organizaciones en el exterior para que continuaran los esfuerzos por conseguir armas y pertrechos. Pensando en recepcionar las que nos llegaran por esa vía, habíamos habilitado la pista aérea llamada Alfa en el río La Plata. Incluso, llegué a advertirles que, en el caso de que Alfa fuese tomada por el Ejército de la tiranía, siempre cabía la posibilidad de continuar los envíos de armas por paracaídas sobre algún punto de la montaña no dominado por el enemigo. La realidad, sin embargo, fue que durante toda la ofensiva no recibimos ningún otro envío de armas del exterior. Fue suficiente con las que conquistamos en combate.



En sentido general, tampoco era de gran preocupación obtener balas, pues también nuestro suministrador principal era el enemigo. Sin embargo, para mí, sí era fundamental la cuestión del ahorro de esas balas. A lo largo de estas páginas hemos visto la importancia que yo concedía al tema del ahorro del parque, y la gran irritación que me producía el gasto excesivo e inútil de balas que, en ocasiones, realizaban algunos combatientes.

El 5 de junio, por ejemplo, le escribí a Celia:

Creo que los planes de defensa han sido adelantados bastante. El problema que me preocupa mayormente hoy por hoy es que la gente no acabe de darse cuenta [de] y que en un plan de resistencia continua y escalonada, no se puede tirar en dos horas las balas que deben durar un mes. Lo único que me queda por hacer es guardar bien las que me quedan y no dar una bala más a nadie, hasta que no sea ya cuestión de vida o muerte porque realmente no le quede a nadie una bala. ¿Recuerdas el día que íbamos a ver a Horacio [Rodríguez] el segundo día de combate en las Mercedes, que escuchamos fuego de fusiles? Pues bien: en esos 15 minutos solamente, Raúl Castro [Mercader] tiró 80 balas con su fusil.

Yo no me canso de insistir en ese problema que es realmente nuestro talón de Aquiles.

A tal punto llegaba mi obsesiva atención al asunto, que determiné crear en La Plata una reserva central de balas manejada personalmente por mí. Una de las funciones que cumplió Ramiro durante buena parte de la ofensiva fue la de ser el administrador de esta reserva, con instrucciones expresas de no entregar nada sin mi autorización. Esta tacañería mía no era comprendida por todos los jefes subalternos, pero muchos otros, como el Che, estaban conscientes de que esta extrema austeridad en el caso del uso del parque era una política necesaria.

En estas páginas he citado la preocupación que al respecto manifestaba, por ejemplo, Braulio Curuneaux, quien con frecuencia me daba parte de la cantidad exacta de balas utilizadas en un combate y, con mucha precisión, de las que le quedaban. Y eso que Curuneaux, magnífico combatiente y maestro en el uso racional y efectivo de la ametralladora calibre 50 —nuestra única "artillería" hasta que no conseguimos morteros y bazucas— en muy contadas ocasiones no fue ejemplo de ahorro estricto del parque de su arma.

Donde debía lucirse nuestra retaguardia era en garantizar otros suministros, sobre todo, alimentarios.

Ya dije que, en previsión de la ofensiva, creamos en el barrio de Jiménez, cerca de La Plata, en la finca del colaborador Radamés Charruf, una fábrica de carne salada. La tasajera de Jiménez, bajo la dirección del combatiente Gello Argelís, funcionó durante toda la ofensiva, incluso cuando la penetración desde el Sur, del Batallón 18, condujo al enemigo muy cerca de Jiménez. Mediante una constante selección y transportación de ganado bajo los bombardeos y la metralla de la aviación enemiga, la producción y el suministro de carne salada a nuestras fuerzas en las primeras líneas de combate nunca faltó.

Otro tanto puede decirse de la producción de queso, organizada por Celia en diversos puntos del territorio, y su distribución entre nuestros combatientes. Un ejemplo de la flamante producción láctea queda de manifiesto en este mensaje que le cursó Celia el 12 de julio, desde el alto de Cahuara, a Ramón Paz, quien en ese momento estaba posicionado en Purialón, en espera de la llegada de los refuerzos que debían ir a socorrer a la tropa enemiga sitiada desde el día anterior en Jigüe:

Ahí le manda el Comandante ese queso y cigarros para usted y Orestes [Guerra]. Aunque sabemos que se abastecen por allá y malamente, igual aquí, pero así la vamos pasando. Queremos que participen del primer queso de la quesería nuestra.

También de los días de la Batalla de Jigüe, e igualmente referido a la leche, es este otro ilustrativo mensaje de Celia a Curuneaux, quien en ese momento estaba en la primera línea de combate del cerco a la tropa sitiada en ese lugar:

A usted y al guardia herido les mandé leche, para usted dos [latas]. [...] Aquí me quedan tres latas que las he guardado, una suya mañana y dos de los heridos; esto para asegurar porque yo mandé a buscar y me debe llegar leche esta tarde, entonces mañana le mandaré más. Pero si no llega le tengo aunque sea una separada.

Gracias a la administración de Celia y a su manejo riguroso y organizado de los suministros, nuestros escasísimos recursos fueron distribuidos de acuerdo con las prioridades de cada momento.

Y ya que he mencionado las latas de leche condensada, debo decir que dentro de nuestros limitados abastecimientos alimentarios este era uno de los artículos que recibían un tratamiento especial. La leche condensada, por su valor energético y su gusto tan apreciado, era para nosotros un producto de lujo, y su distribución estaba sujeta a mis indicaciones personales. Un ejemplo: en previsión de la dura caminata que tendrían que realizar los hombres de Lalo Sardiñas desde los alrededores de Santo Domingo —cuando le ordené a Lalo trasladarse sin pérdida de tiempo a Meriño para completar el cerco a la tropa que había penetrado en ese lugar—, le envié a Celia la indicación expresa de que entregara a cada uno de los hombres del pelotón de Lalo dos latas de leche condensada. Sin esta indicación personal mía, cero leche condensada para los abnegados combatientes del pelotón de Lalo.

Otro producto estratégico que nuestra retaguardia debía asegurar era la sal. La necesitábamos, no solo para el consumo normal de nuestras tropas, sino también para el funcionamiento de la tasajera e, incluso, para la actividad de una fabriquita de cuero que también llegamos a instalar. Como se recordará, en previsión a la ofensiva, Celia había organizado una producción suficiente de sal en varios puntos de la costa. Algunas de estas salinas artesanales, cercanas a las desembocaduras de los ríos La Plata y Palma Mocha, tuvieron que ser abandonadas tras el desembarco del Batallón 18 en esa zona, pero otras, como las de Ocuja, La Magdalena, El Macho y El Macío, se mantuvieron funcionando durante toda la ofensiva, y cubrieron nuestras necesidades básicas. Fue otra proeza de la retaguardia.

Sin embargo, no siempre las cosas funcionaron como deseábamos. La movilidad requerida para poder atender cabalmente el desarrollo de las operaciones o dirigir las, como en el caso de la Batalla de Jigüe, supuso para nosotros, desde el punto de vista de las condiciones materiales que rodeaban al dispositivo de la Comandancia rebelde, el regreso, en ocasiones, a situaciones características de los primeros meses de la guerra. Nunca fue esto más evidente que durante los 11 días que permanecí en el alto de Cahuara, conduciendo la operación de Jigüe. Allí hubo que improvisar un puesto de mando más o menos permanente dentro del monte; crear condiciones mínimas para el funcionamiento de la Comandancia y para el abastecimiento de su cocina y del personal que participaba en el cerco del Batallón 18. Una muestra de los pequeños y grandes problemas cotidianos durante esos días la ofrece Celia en este mensaje que envió desde Cahuara a Delsa Puebla, *Teté* para nosotros, en Mompié, el primer día de la Batalla de Jigüe:

Llama por teléfono a Camilo [a La Plata] y dile que me mande una de las cajas de tabacos que hay allí de Fidel, que trate de ver a Gello [Argelís] que viene para acá para que la traiga. Aquí no tiene tabacos Fidel ni el Ché. Al Ché lo llamas [a Minas de Frío] y dile que Fidel solo se quedó con un tabaco y dos le mandé a él, que mando a buscar a Camilo y cuando me lleguen yo le mandaré.

En ese mismo mensaje, Celia se refiere también a otros problemas más serios que este de los tabacos:

[...] anoche nos mojamos todos y la mercancía y las balas también. Estamos acampados en el monte y llueve desde la tarde hasta la salida de la luna. Pedí los nylon y los zapatos desde el día antes de salir de la Mina; cuéntale a Camilo la necesidad que tenemos para que se apure y

los mande. Hemos pasado dos días sin comer, por aquí no teníamos nada; recordando tiempos que no han pasado, se alejan pero vuelven. He cogido el gran catarro.

Esa noche el agua le cayó encima a la Comandancia.

Una de las consecuencias del estricto bloqueo impuesto a la Sierra Maestra por el enemigo, como parte de su ofensiva, fue el hecho de que dejamos de recibir las contribuciones monetarias que nos enviaban desde el llano, recopiladas a partir de donaciones de hacendados, empresarios, comerciantes u otras fuentes, así como de los propios militantes clandestinos del Movimiento. Era este dinero el que se utilizaba para pagar escrupulosamente toda la mercancía que se adquiría de los campesinos, sobre todo, viandas y otros productos alimenticios. Sin embargo, a pesar de las entregas gratuitas espontáneas que realizaron muchos de los pobladores del teatro de operaciones, pronto encontramos algunas alternativas para suplir esa carencia de dinero. Un ejemplo de ello queda de manifiesto en este mensaje que me envió Ramiro el 28 de mayo desde la Columna 4:

He autorizado a un hombre responsable y serio para hablar con los caficultores de una extensa zona para recabar fondos. El ejército amenaza por esa zona y es propicio el momento para la gestión, pues ellos esperan protección. Le he dado instrucciones al enviado para que los caficultores no vayan a pensar que sus aportes económicos sean un canje con nuestra protección. Si tienes algún plan para la próxima cosecha de café házmelo saber para ponerlo en práctica.

Ya recibí la contesta a una de mis gestiones: \$2.000 de crédito en un almacén de Bayamo; ya salió el primer envío de mercancías para ésta.

Factor de gran importancia, y muchas veces determinante de nuestro desempeño exitoso en las acciones emprendidas por las fuerzas rebeldes durante la ofensiva, fue el papel de los mensajeros rebeldes. A lo largo de estas páginas hemos visto y seguiremos viendo numerosas ocasiones en que fue posible tomar a tiempo decisiones cruciales para garantizar el éxito de una operación determinada, gracias a la celeridad y eficiencia con que nuestros mensajeros transmitían las órdenes o indicaciones pertinentes, o me hacían llegar las informaciones enviadas por los jefes en los frentes de combate.

Ya expliqué en el capítulo referido a los preparativos para la defensa de nuestro territorio que, en previsión de la ofensiva, habíamos logrado establecer comunicación telefónica entre La Plata, la tiendecita de la Maestra y Mompí; que ya durante plena ofensiva pudo extenderse hasta Minas de Frío, gracias al bravo esfuerzo del grupo encargado de ello. Ese era todo el alcance de nuestra red telefónica, la cual, a pesar de su limitación, fue muy útil en varias ocasiones. En cambio, el enemigo tenía a su disposición todos los medios de comunicación inalámbrica existentes en aquel momento, sobre todo, equipos de microonda, lo cual le aseguraba una comunicación inmediata entre sus diferentes unidades, y entre estas y el puesto de mando de Bayamo o los puestos avanzados en Estrada Palma, Cerro Pelado, Cienaguilla y otros puntos. Nosotros, sin embargo, teníamos que depender de la habilidad, la astucia y la resistencia física de nuestros mensajeros, capaces de recorrer largas distancias en las montañas, casi siempre a pie, en un tiempo asombrosamente corto.

Muchas veces los mensajes eran llevados por algún combatiente escogido por el jefe de una de nuestras escuadras o pelotones, con estas características que acabo de mencionar. Pero por lo general, en el caso de los mensajes que yo enviaba desde donde tuviera instalado en un momento determinado mi puesto de mando transitorio o sencillamente desde donde me encontrara en esa ocasión, nuestro intercambio de mensajes era realizado por un grupo selecto de combatientes cuya función era la de actuar como mensajeros. De todos ellos, quizás el más confiable por su rapidez y responsabilidad fue el ocurrente Juan Pescao, ya mencionado en estas páginas. Otros nombres que no puedo dejar de registrar son los de Edilberto González Rojas y Eliécer Tejeda Peña, ambos subordinados a Remigio Álvarez Figueredo, quien fungía como jefe de este pequeño grupo de mensajeros al servicio de la Comandancia.

Con ellos y con otros, nuestro Ejército Rebelde tiene una enorme deuda de gratitud. Quizás muchos no hayan disparado jamás un solo tiro ni hayan estado presentes en algún combate, pero todos se merecen con creces el reconocimiento de su condición de combatientes, pues también contribuyeron decisivamente a nuestra victoria.

No debe olvidarse tampoco la labor desarrollada por nuestros arrieros, responsables de trasladar con sus mulos todo tipo de suministros, incluidos, en ocasiones, armas, municiones y otros pertrechos de guerra. Era un trabajo de gran responsabilidad y plagado de peligros, pues en cualquier momento estas arrias, generalmente acompañadas por arrieros desarmados, podían caer en una emboscada enemiga o ser blanco de un ataque aéreo. Recuerdo ahora el nombre de Eduardo Rodríguez Vargas, *Pipe*, arriero de confianza de Celia, quien por su íntimo conocimiento de todos los rincones de la montaña prestó después del triunfo de la Revolución, durante muchos años, un inapreciable servicio como práctico del equipo de investigadores históricos que con su trabajo minucioso contribuyeron a reconstruir la historia de la Sierra, y en los que me he apoyado para la redacción de estas páginas.

Mención especial en este recuento merecen los médicos rebeldes. En condiciones sumamente precarias, a veces sin los recursos mínimos necesarios, realizaron verdaderas proezas. Los heridos, tanto los rebeldes como los guardias enemigos capturados tras un combate, y también niños y otros pobladores de la montaña, deben sus vidas, en muchas ocasiones, al empeño abnegado y eficiente de los médicos que prestaban servicios en nuestras filas.

Doctores como René Vallejo, Manuel Piti Fajardo, Julio Martínez Páez, Bernabé Ordaz, Vicente de la O, Sergio del Valle, Fabio Vázquez, Raúl Trillo y el dentista Luis Borges Alducín, entre otros, no pueden dejar de ser mencionados en estas páginas. Varios de ellos, como Vallejo, Piti Fajardo y De la O, realizaron, en varias oportunidades, funciones de apoyo a nuestra acción, ajenas a su profesión médica.

Dentro del teatro de operaciones de la ofensiva en el Primer Frente funcionaban solamente dos instalaciones que pudieran ser consideradas como hospitales sedentarios de campaña: el de Pozo Azul, atendido por el doctor Vallejo, que en un momento determinado fue preciso mudar a la zona de Limones ante la amenaza de que fuese ocupado por una tropa enemiga que llegó hasta Aguacate, a unos cinco kilómetros de distancia; y el de La Plata, establecido primero en Camaroncito, al cuidado del doctor Martínez Páez, junto al río La Plata, que debió cambiarse de lugar después que una crecida del río lo afectó severamente, entonces fue ubicado en Rincón Caliente, a media distancia entre la Comandancia y el barrio de Jiménez. A partir del mes de junio, este hospitalito fue trasladado a la propia Comandancia, donde funcionó durante la ofensiva, en instalaciones provisionales, y en el que prestaron servicios, entre otros, aparte de Martínez Páez, los doctores Ordaz, Fajardo, De la O y Trillo. En la Comandancia de La Plata se conserva todavía el hermoso hospital construido después de la ofensiva como instalación permanente, y el rústico vara en tierra que sirvió como gabinete dental del doctor Borges Alducín. Salvo estos hospitales, la labor de nuestros médicos se realizó principalmente en el mismo campo de batalla.

Dentro de la actividad de retaguardia, mención aparte merecen también las mujeres. En esta época no había surgido aún la idea de la creación de un pelotón femenino, que cuajó en el mes de septiembre, después de la ofensiva, al constituirse por iniciativa mía, en contra de la opinión de algunos, el Pelotón Mariana Grajales. Las mujeres presentes en nuestras filas durante la ofensiva, muchas de las cuales integraron más tarde el pelotón de las Marianas, desempeñaron en esta época funciones de apoyo de todo tipo, como asistentes de los médicos, mensajeras, cocineras, ayudantes en tareas de suministro, reparadoras de uniformes y calzado, centinelas; en fin, prestaron valiosísimos y variados servicios.

Ejemplar fue la labor de asistente de Celia realizada por Teté Puebla, quien, además, como veremos en su momento, desempeñó con eficacia la delicada misión de ser la emisaria enviada por el Che al campamento enemigo en las Vegas de Jibacoa para negociar los detalles de la entrega de prisioneros y heridos enemigos, efectuada el 23 de julio, aún en plena batalla contra la ofensiva.

Otras mujeres destacadas en esta etapa fueron Rita García y Eva Palma, sobrevivientes milagrosas del mortero que mató a Geonel Rodríguez; Orosia Soto y Juana Peña, ayudantes de los médicos; Olga Guevara, Angelina Antolín y Ada Bella Pompa.

Papel decisivo, como parte de nuestra retaguardia durante la ofensiva, correspondió a Radio Rebelde. La emisora que, como se recordará, fue trasladada a finales de abril desde Pata de la Mesa, en la zona del Che, hacia La Plata, funcionó durante los 74 días de combate como vehículo de información a otros frentes rebeldes, a los combatientes de la clandestinidad en el llano y a todo el pueblo, de lo que estaba ocurriendo día a día en las montañas de la Sierra.

Casi a diario, Radio Rebelde transmitía un parte de guerra, muchas veces redactado por mí, acerca del desarrollo y los resultados de las acciones combativas. Por esta vía sus oyentes, dentro y fuera de Cuba, recibían una información absolutamente veraz de lo que ocurría, y podían hacer caso omiso de las falsedades, exageraciones, omisiones y desinformaciones divulgadas por los medios de propaganda del Ejército enemigo.

En esta labor de Radio Rebelde participaron, de manera decisiva: Luis Orlando Rodríguez, director titular de la emisora; el técnico principal Eduardo Fernández, asistido por Orlando Payret, Luis González y Otto Suárez, quienes fueron capaces de mantener la emisora funcionando con regularidad a pesar de todas las dificultades; la asistente Alicia Santacoloma, mecanógrafa y editora; los locutores Jorge Enrique Mendoza, Orestes Valera, Ricardo Martínez y Violeta Casals, quienes con sus voces llegaron a convertirse en exponentes emblemáticos de la lucha rebelde.

A propósito de los locutores, entre los papeles se conserva esta nota mía a Orestes Valera, que incluyo en estas páginas para mostrar la atención minuciosa con que yo seguía la labor de Radio Rebelde, precisamente por la importancia que le concedía, a pesar de que ya teníamos un futuro traidor, Carlos Franqui, que después de desertar del Partido Comunista —entonces PSP— fue erróneamente captado por el Movimiento 26 de Julio, y resultó ser, en realidad, un tráfuga y ambicioso que trataba de sembrar la cizaña del anticomunismo en nuestra filas:

Orestes: Vas adquiriendo un tono y un énfasis por radio parecido a los locutores de Díaz Balart [Rafael Díaz Balart, principal vocero del régimen batistiano]. No te vayas a ofender por eso. Solo quiero que trates de superarlo. Tú sabes que la de clamación es un arte. Tú tienes voz sonora y dicción buena, pero das énfasis de gente fascinerosa a las frases. Ricardo [Martínez] le da un

énfasis más amable aunque menos enérgico. Me luce que lo perfecto para nuestras transmisiones es el tono amable y el énfasis

enérgico. ¿Podremos conseguirlo? Ayer me gustó más la lectura de Ricardo.

¡Esfuézate! Cuando hay condiciones todo es cuestión de voluntad.

Otra función crucial de Radio Rebelde fue la de servir de enlace con el exterior, especialmente con los núcleos del exilio revolucionario en los Estados Unidos, Venezuela y otros países americanos. Por esta vía conocíamos, entre otras informaciones de importancia, sobre la próxima llegada de algún cargamento de armas y pertrechos, como el que arribó en el avión que aterrizó el 10 de mayo en nuestra improvisada pista aérea del río La Plata, en la desembocadura del arroyo de Manacas, a la que habíamos bautizado con el nombre en clave de Alfa. Ya desde el día anterior yo tenía la sospecha de que estaba próximo a llegar un avión, pues me habían mandado a preguntar a través de Radio Rebelde si Alfa estaba lista, y yo había contestado afirmativamente.

En los primeros días de la ofensiva enemiga tuvimos problemas con la comunicación mediante clave por Radio Rebelde. Ocurrió lo que yo siempre había temido y sobre lo que había advertido en varias ocasiones, y es que a la hora de descifrar algunos mensajes no contamos con la clave adecuada. Nos pasó con un mensaje importante que debía descodificarse

mediante dos libros y una pluma que llegarían de Santiago de Cuba. Nadie me pudo dar una explicación del paradero de los libros, y tuve que contestar que el mensaje era imposible de descifrar por falta de los elementos necesarios. Otro mensaje llegado de Miami, cifrado en una clave numérica que dominaba el Che, tuve que enviárselo a Minas de Frío para que él lo hiciera y pedirle que mandara a alguien de regreso a explicarme el funcionamiento de esa clave.

Pero, salvo estos tropiezos ocasionales, la comunicación con el exterior funcionó bastante bien durante la ofensiva, gracias a Radio Rebelde y a su dedicado personal.

Un buen ejemplo de ello fue la entrevista de más de una hora de duración que concedí a principios de julio a un grupo de periodistas venezolanos. Recuérdese que el pueblo de Venezuela acababa de librarse de la brutal dictadura de Marcos Pérez Jiménez. De esta larga entrevista me parece oportuno citar el siguiente fragmento:

Los venezolanos y los cubanos nos comprendemos bien, porque ambos conocemos el dolor de la opresión y el precio de la libertad. Después del cubano el pueblo que más me emociona en estos instantes es el de Venezuela.

La profunda admiración que sentí hacia ese país, donde nació el más grande hombre de este Continente, se acrecentó con el extraordinario ejemplo de civismo que acaba de dar al mundo, cuando muchos creían lejano el día de su hermoso despertar.

A la admiración se une la gratitud por la hospitalidad que allí encuentran los perseguidos políticos cubanos, la atención que reciben en la prensa ya libre de Venezuela, las noticias que no puede publicar la prensa amordazada de Cuba y el dolor con que ese pueblo hermano siente como si fueran propios los sufrimientos nuestros.

Y a la gratitud se une la esperanza: la esperanza de que Venezuela siga adelante por el camino que se ha trazado, y la esperanza de que nos ayude con el mismo espíritu con que Bolívar ayudó a otros pueblos oprimidos, para buscar en la unión de las naciones libres de América Latina, la solidaridad y la fuerza que nos preservasen de los graves peligros de la debilidad, la desunión, la tiranía y el coloniaje.

En esa misma entrevista, por cierto, dije lo siguiente con relación al intento de huelga del 9 de abril de ese año:

La movilización del pueblo para la huelga tiene una técnica propia a la cual hay que ajustarse, y que está reñida con el secreto, el rigor y la sorpresa que exigen las acciones armadas. Mientras el éxito de una acción armada puede depender de muchos factores imponderables, la movilización del pueblo, cuando hay conciencia revolucionaria, llevada a cabo con métodos correctos es infalible y no depende de eventualidades.

El paro general tenía extraordinario ambiente pero el Comité de Huelga cometió el error fundamental de supeditar la movilización de las masas a la acción sorpresiva de milicias armadas. A la seguridad de estas acciones de carácter sorpresivo se sacrificó la movilización del pueblo. [...]

La huelga es el arma más formidable del pueblo en la lucha revolucionaria y la lucha armada debe supeditarse a ella. No se puede llevar al pueblo a una batalla, como no se puede llevar a un Ejército si no se le moviliza adecuadamente para el instante de la acción. Y eso ocurrió el 9 de abril. [...] El error no volverá a repetirse.

A la huelga general no hemos renunciado como arma decisiva de lucha contra la tiranía.

Uno de los entrevistadores venezolanos me preguntó, refiriéndose a la ofensiva enemiga en pleno desarrollo, si "ante el brusco giro de los acontecimientos ¿es cierto que pensó abandonar la Sierra Maestra?". He aquí mi respuesta:

El Ejército Rebelde no abandonará jamás sus posiciones de la Sierra Maestra como no sea para avanzar sobre el resto del territorio nacional. La muerte o la victoria es la única alternativa que aceptamos. Sin libertad y sin patria ninguno de nosotros quiere la vida. La idea de abandonar la Sierra Maestra no llegó a tentarme siquiera cuando me vi con tres hombres y dos fusiles.

En ese espíritu se ha forjado la conciencia de nuestros combatientes. Hemos aprendido a luchar contra lo imposible. Aquí caerá gloriosamente si es necesario desde el primero hasta el último rebelde. La patria no se abandona para salvar la vida. Un ejemplo vale siempre más que un hombre.

Muchos otros temas de interés abordaron con apetito insaciable los entrevistadores venezolanos, entre ellos, el crucial tema de la unidad y los planes de un futuro gobierno revolucionario, pero no quiero alargar excesivamente este capítulo dedicado al papel de la retaguardia rebelde durante la ofensiva.

Solo me queda apuntar, por último, que también en plena ofensiva comenzaron a sentarse las bases del aparato administrativo que, al cabo, a partir del mes de septiembre, quedó constituido en la Comandancia de La Plata con el nombre de Administración Civil del Territorio Libre (ACTL), al frente de la cual estuvo Faustino Pérez hasta el final de la guerra. Esta administración se dedicó al necesario manejo de la vida económica y social de la montaña rebelde, vasto territorio definitivamente liberado, cuya población carecía casi en lo absoluto de todo, y llegó a estar integrada por ocho departamentos encargados, de asuntos agrarios y campesinos, educación, salubridad y asistencia social, justicia, promoción, industrias, obras públicas, suministros y finanzas. Aspectos relevantes de su labor fueron la asistencia médica, la escolarización, la alfabetización, el desarrollo de infraestructuras para producir alimentos y la creación de no menos de 35 cooperativas campesinas.

Al igual que las instituciones creadas por Raúl en el Segundo Frente, la organización civil desarrollada en la Sierra Maestra en los meses finales de la guerra elevó a un plano superior las relaciones existentes, desde el inicio de la lucha en la montaña, entre el Ejército Rebelde y los campesinos, y constituyó la semilla del nuevo Estado que surgiría tras el triunfo revolucionario, fiel al espíritu democrático y popular de la Revolución.

La Batalla de Jigüe, las primeras acciones del cerco

(Capítulo 16)

Al amanecer del viernes 11 de julio, el mismo día que un obús de mortero 81 hirió mortalmente a Geonel y a Carlitos en la zona de la Comandancia de La Plata, comenzó a ponerse en práctica el plan elaborado para la captura del batallón enemigo acampado en Jigüe. Alrededor de las 5:30 de la mañana de ese día, 20 fusiles rebeldes abrieron fuego contra la formación de soldados que se preparaban para iniciar el día en el campamento. El tiroteo duró unos 15 minutos, y después, tal como estaba previsto, se hizo silencio desde nuestras posiciones en la falda del alto de Cahuara, para simular un simple hostigamiento.



RAMIRO Y CAMILO, DESARMAN UNA BOMBA.

La intención de este ataque era causar bajas entre los guardias que obligaran al jefe del batallón a evacuar a los heridos hacia la playa. Esa sería la ocasión que esperaba Guillermo, posicionado con sus hombres sobre el camino del río, para emboscar la fuerza que acompañara esta evacuación y tratar de destruirla.

Como supimos después, este ataque ocasionó solamente heridas leves a un soldado, quien recibió un impacto de bala en el tobillo. No eran realmente buenos tiradores nuestros bisoños

combatientes. Sin embargo, al usar el hostigamiento, según la impresión de las fuerzas enemigas, el mando del batallón decidió evacuar al herido a la playa, aprovechando que para ese mismo día estaba ya planificada la salida de dos pelotones en misión de suministro.

El plan, por tanto, funcionó como lo habíamos concebido. Los dos pelotones emprendieron el camino de la playa, y apenas media hora después de haber salido del campamento enemigo chocaron con la emboscada de Guillermo, convenientemente dispuesta a menos de dos kilómetros de distancia. El resultado fue que, a los pocos minutos de combate —el cual escuchamos desde el alto de Cahuara—, el personal rebelde ya había logrado hacer varias bajas a la vanguardia, entre ellas, cinco muertos y dos prisioneros, uno de ellos herido de gravedad, que murió también poco después, y capturar seis armas y algún parque. El enemigo fue rechazado y tuvo que regresar al campamento.

En el momento en que rompieron estas acciones en Jigüe, ya habían quedado formadas las dos líneas rebeldes en Purialón, encargadas de detener y, de ser posible, destruir a los refuerzos que enviara el enemigo desde las costa en auxilio del batallón cercado.

Abajo, en el río, y sobre las faldas que dominaban el camino que subía de la playa, estaban posicionados los 40 hombres de los pelotones de Andrés Cuevas y Lalo Sardiñas, provistos de buen número de fusiles semiautomáticos y dos ametralladoras calibre 30 de trípode.

A su vez, emboscado en el firme de Manacas, relativamente lejos del camino, permanecía el personal de Ramón Paz, cuya misión sería bajar rumbo al río una vez iniciado el combate, para cortar la retirada del refuerzo, coparlo y destruirlo. Tal concentración relativa de fuerzas obedecía al plan de propinar el golpe principal precisamente a los refuerzos.

En la zona del cerco, mientras tanto, se mantuvieron fuerzas rebeldes en número reducido, que esa mañana realizaron fuego esporádico sobre el campamento enemigo, desde las respectivas posiciones de las distintas patrullas formadas con ese propósito. No obstante, me preocupaba el hecho de que esas fuerzas tan reducidas no aguantaran un movimiento enemigo en dirección al alto de Cahuara, en un posible intento de romper el cerco en esa dirección. Por otra parte, podría ser necesario incrementar nuestro poder de fuego sobre la tropa sitiada para aumentar la presión psicológica y física.

Como medida de reforzamiento de nuestras posiciones en la falda de Cahuara, esa misma mañana le había pedido al Che que, después de valorar la situación en su sector, y si llegara a la conclusión de que no había peligro inmediato por esa zona, me enviara una escuadra de 11 hombres de la gente de Camilo que habían combatido junto a él en Meriño. El Che, además, me había informado que Curuneaux estaba camino a Jigüe con su ametralladora calibre 50, tal como yo había solicitado. Al mediodía del propio día 11, le pedí que trasladara al pequeño grupo al mando de Rogelio Acevedo con su ametralladora calibre 30 hacia la zona donde me encontraba, con lo cual reforzaría la línea rebelde en la falda del alto de Cahuara y completaría el poder de fuego en el cerco al campamento enemigo.

Al Che también le indiqué que ordenara a Ramiro Valdés situar 15 combatientes de la Columna 4, bien armados, para cuidar el camino de Palma Mocha a Santo Domingo a la altura del mismo firme de la Maestra, en la posición que, como se recordará, había ocupado gente de Cuevas antes de su traslado a la zona de Meriño, y donde antes permaneciera Almeida con varios de sus hombres. Esta era una posición estratégica por dos razones: en primer lugar, porque la tropa rebelde situada allí podría impedir la toma del firme por cualquier fuerza enemiga que intentase sorprender con un movimiento, bien desde el Norte, de la zona de Santana, como desde el Sur, desde el río Palma Mocha; en segundo lugar, porque desde allí ese personal podría acudir, en caso necesario, en ayuda de nuestras líneas, tanto en la zona de Santo Domingo como en el propio Jigüe.

En cuanto a otras posiciones del cerco, en la noche del 11, El Vaquerito, en cumplimiento de una orden mía, ocupó un lugar más cercano al norte del campamento enemigo, en la misma falda del alto de El Pino. La escuadra de Hugo del Río, a su vez, que hasta ese momento había permanecido en El Naranjal, se situó el día 12 en el mayor de los estribos que caían sobre el

río La Plata, al nordeste de los guardias. En mensaje de esa fecha a Hugo, le indicaba que debía actuar de pleno acuerdo con El Vaquerito y le decía:

Tienen que irse aproximando cada vez más a los guardias y ganar terreno cuando la lucha se reanude aquí. Los tenemos completamente rodeados. Ahora hay que irles quitando cada vez más terreno y no dejarlos ni comer ni dormir.

En un mensaje anterior al Che, al mediodía del propio primer día de las acciones en la zona de Jigüe, le reiteraba mi propósito con la operación iniciada, y le explicaba en los términos siguientes el sentido de todas estas disposiciones:

Si las circunstancias lo llegasen a requerir, podría ser conveniente trasladar el personal de la Escuela, desguarnecer la mina [Minas de Frío], atrincherar la Maestra más acá del Pino [el alto llamado también del Cake, entre Minas de Frío y Mompié], y trasladar acá la mayor cantidad posible del personal ocupado en aquella zona. Nuestra estrategia debe ser, a mi entender, sangrar y diezmar los refuerzos enemigos, mientras debilitamos, reducimos y rendimos la tropa sitiada. El ejército está obligado a un gran esfuerzo en un momento en que luce estarse agotando. Me preocupa un poco el lado de Palma Mocha, que con unos pocos hombres podrá fortalecerse mucho. Con reservas aquí en el alto de Cahuara no me inquieta el lado de la Magdalena y el Mulato. Por Meriño me luce difícil que entren otra vez.

Y más adelante volvía sobre el tema táctico: "Yo estoy calculando que esta tropa hará algunos intentos de escapar. Cuando sea rechazada por dos o tres partes quedará destruida moralmente y fácil de aniquilar".

El resto de la mañana de este primer día, los grupos rebeldes del cerco se mantuvieron realizando disparos esporádicos contra el campamento enemigo para hostigar a los guardias e impedirles un momento de distensión. Sin embargo, a partir de las 2:30 de la tarde, aproximadamente, en cumplimiento de una orden mía, cesó todo el fuego, y se hizo el más absoluto silencio en nuestras posiciones de la falda de Cahuara. La idea era dar la sensación al mando enemigo de que nos habíamos retirado después del efectivo golpe matutino. Con ello perseguíamos el propósito de crear un ambiente de relativa confianza entre los oficiales del batallón cercado, que los indujera en algún momento, quizás al día siguiente, a realizar alguna exploración o una nueva salida del campamento, ocasión en la cual los estaríamos esperando para golpearlos de nuevo lo más duramente posible.

A estas alturas ya se me había ocurrido la posibilidad de utilizar, como otra pieza en el combate contra la tropa cercada, los altoparlantes de Radio Rebelde. Llegado el momento en que los guardias comenzaran a sentirse desmoralizados ante su imposibilidad de romper el sitio, me parecía indudable que tendría un efecto psicológico importante para ellos escuchar desde el monte las transmisiones que realizábamos con el Himno Nacional, las exhortaciones a la rendición con plenas garantías para sus vidas y, tal vez, hasta la utilización, igual que en Santo Domingo, de las canciones pegajosas y de letras tan intencionadas del Quinteto Rebelde.

Al mediodía de esa misma primera jornada mandé a buscar a La Plata los altoparlantes y la pequeña planta eléctrica de la Comandancia, junto con parte del personal técnico y los locutores, y les orienté que esperaran en Mompié nuevas instrucciones. Esa misma noche, Camilo me informó desde La Plata de la salida de los equipos y el personal solicitado hacia ese punto. Y el Quinteto fue movilizado hacia Jigüe por orden mía en la mañana del día 14. Otro elemento importante en esta acción psicológica era la posibilidad de disponer de las claves y del equipo de comunicación, por la microonda capturada en Santo Domingo. Nos dimos cuenta de que no existía comunicación entre el batallón sitiado y la playa donde permanecía la Compañía G-4 de esa unidad. Lo significativo era que hasta el mediodía del 13 de julio no había aparecido en escena ni un solo avión enemigo.

Por el prisionero ileso en el combate sostenido esa mañana en el río, que fue remitido de inmediato por Guillermo a mi puesto de mando en el alto de Cahuara, conocí los primeros detalles acerca de la tropa cuyo cerco y captura habíamos decidido. Averiguamos que se trataba de dos compañías del Batallón 18, que contaban con dos morteros —uno de 81

milímetros y otro de 60— y una bazuca como armas de apoyo, y que los suministros de boca escaseaban. Por este prisionero supe, además, que esta era la tropa estacionada en Maffo antes del inicio de la ofensiva, y que el jefe de la unidad era el comandante José Quevedo Pérez, antiguo compañero de estudios universitarios.

Curuneaux llegó al alto de Cahuara en la madrugada del día 12, e inmediatamente se ubicó en un estribo, desde el que dominaba con el fuego de su ametralladora 50 todo el campamento enemigo. Llevaba instrucciones de mantener el silencio que había sido respetado escrupulosamente por nuestros hombres desde el mediodía anterior. Mi convicción absoluta era que el mando del batallón, confundido por esta conducta, intentaría muy pronto una nueva salida hacia la costa en busca de suministros, lo cual le haría caer de nuevo en la emboscada de Guillermo.

Esta fuerza rebelde, por tanto, era la que estaba llamada a asumir, por segunda vez, la responsabilidad mayor. Después de la acción de la mañana del 11, las posiciones de Guillermo fueron consolidadas con la ocupación de los firmes laterales que dominaban los flancos de su emboscada principal sobre el camino del río. Al amanecer del día 12, por otra parte, el personal del pelotón de Jaime Vega, incorporado al cerco, ya había tomado un estribo de la falda de Cahuara, desde donde podía no solo hostigar al campamento enemigo cuando se diera la orden de hacerlo, sino, también, acudir en apoyo a Guillermo por el flanco derecho del avance de los guardias, en caso de que atacaran con fuerza las posiciones rebeldes en el río. En última instancia, si el enemigo lograra romper la línea y proseguir su avance río abajo, o si ocurriera la eventualidad de que se filtrara alguna tropa en esa misma dirección por cualquier otro punto, Guillermo —según las instrucciones recibidas— debía perseguirla para atraparla en Purialón con el apoyo de los hombres de Lalo y Cuevas. De esta manera, todas las posibilidades quedaban previstas.

Sin embargo, el enemigo no realizó movimiento alguno durante los días 12 y 13 de julio. Ambas jornadas fueron invertidas por nosotros en perfeccionar el dispositivo del cerco. Por una mala interpretación inicial de mis mensajes, Acevedo y su escuadra de la ametralladora 30 no recibieron la orden de trasladarse a Jigüe sino hasta la noche del 12, y llegaron al alto de Cahuara en la tarde del día siguiente. En ese momento contábamos ya en las distintas posiciones del cerco con unos 80 combatientes, entre los integrantes de los pelotones o escuadras de Ramón Fiallo y Raúl Podio, Jaime Vega, Curuneaux, Acevedo, El Vaquerito, Hugo del Río e Ignacio Pérez; este último incorporado también a los efectivos que ocupaban diversas posiciones en la falda del alto de Cahuara. Guillermo disponía de más de 40 hombres en la emboscada del río, mientras que Lalo, Cuevas y Paz reunían en Purialón un fuerte dispositivo de alrededor de 75 combatientes en total.

A la altura del mediodía del 13 de julio, la inactividad enemiga me tenía impaciente. Habíamos logrado mantener el silencio en nuestras líneas, pero yo había tomado la decisión de abrir fuego con la ametralladora de Curuneaux al día siguiente, si antes no ocurría algún movimiento. Otra medida fue el nuevo estrechamiento del cerco mediante la ocupación de todos los pequeños altos que circundaban el campamento de los guardias, con la intención expresa de llegar a impedirles, incluso, el acceso a cualquiera de los dos ríos, entre los cuales estaba situado —el de La Plata y el de Jigüe, afluente del anterior—, y obstaculizar la provisión de agua: "[...] para no dejarlos ni respirar", como le decía en un mensaje a Paz el día 13.

A cada momento era mayor mi convicción de que el golpe combinado que pensábamos dar en esta batalla —la rendición del batallón cercado y la destrucción de los refuerzos— tendría una significación determinante en el curso de la guerra y, por tanto, en el fin de la tiranía. En mis mensajes de esos días a los distintos capitanes que participaban en la operación, les machacaba con la idea de que estábamos enfrascados en una acción decisiva. A Lalo Sardiñas el día 14, por ejemplo, le decía: "Hay que hacer un esfuerzo grande, porque esta batalla puede ser el triunfo de la Revolución". Ese mismo día 14 ocurrió el segundo episodio mayor de la contienda. El mando del batallón enemigo decidió finalmente enviar un segundo contingente a la playa en busca de suministros y para evacuar los heridos de acciones anteriores. Esta vez se trataba de una compañía completa —la 103—, compuesta por tres pelotones y alrededor de un centenar de hombres. La marcha se organizó con muchas

precauciones para evitar el desastre anterior. Un pelotón avanzaba por el firme, y otro a media falda de la margen izquierda del río, mientras que el tercero iba por el camino con los mulos y los heridos. La partida se fijó para el mediodía, alrededor de las 2:00 de la tarde, con la esperanza de que a esa hora las posibles emboscadas rebeldes estuvieran menos alertas, acostumbradas a que todos los movimientos de los guardias tuvieran efecto al amanecer.

Sin embargo, apenas a la hora de haberse marchado esta fuerza del campamento enemigo, de donde la vimos salir, se produjo de nuevo el contacto con la emboscada de Guillermo en el río y en el firme. El combate resultó intenso, y se prolongó durante toda la tarde y parte de la noche, hasta que los guardias se replegaron una vez más hacia su campamento de partida en Jigüe. Solamente unos 10 ó 12 soldados lograron filtrarse entre las líneas de Guillermo y escapar hacia el Sur, pero la mayoría de ellos, así como algunos mulos y sus arrieros que dejaron pasar durante el tiroteo, cayeron en manos de los hombres de Lalo y Cuevas, río abajo, en Purialón. Uno de estos grupos de guardias escapados dio muerte al día siguiente al combatiente Eugenio Cedeño, de la tropa de Lalo Sardiñas, quien se sumaba así a la corta lista de los rebeldes caídos durante el rechazo a la ofensiva enemiga.

El resto del batallón cercado no hizo intento alguno por acudir en auxilio de sus compañeros durante este combate. Por nuestra parte, desde el comienzo de la acción despaché un grupo de hombres con armas semiautomáticas, al mando de Jaime Vega, por uno de los estribos que bajaban hasta el río, con la misión de cortar el regreso de los guardias, pero no encontraron posiciones adecuadas.

Desde el punto de vista material, el resultado de este segundo Combate en el río La Plata fue muy significativo. El enemigo sufrió no menos de cinco muertos y más de 10 heridos, 21 prisioneros, perdió seis arrieros que apresamos y, además, 39 mulos —de los cuales 32 fueron capturados vivos—, y más de 20 armas, entre ellas, varios fusiles semiautomáticos Garand y un fusil Browning automático. Pero mayor aún que el impacto material fue el efecto psicológico y moral de este combate. Nadie mejor que el propio jefe de la fuerza sitiada, el comandante José Quevedo, para explicarlo:

Ya no quedaban dudas de que estábamos cercados y de que el cerco era completo, porque recibíamos incesante fuego de hostigamiento por todas direcciones. Sólo nos quedaba una alternativa de las dos siguientes: todo el batallón tratar de romper el cerco y escapar hacia la playa, o resistir el máximo de tiempo posible en espera de refuerzos. La decisión era difícil, pero no tuvimos dudas en cuanto a tomar la que consideramos más acertada, o sea, la segunda.

Quevedo argumentó, en favor de esta decisión, primero, que tratar de romper el cerco constituiría una indisciplina porque significaba desobedecer inconsultamente la orden recibida de llegar a la cárcel rebelde de Puerto Malanga y al firme de la Maestra; y, segundo, el intento de romper el cerco tenía muy pocas probabilidades de éxito. Sin duda, el razonamiento era sensato. Al jefe del batallón cercado, cada vez en condiciones más precarias, solo le quedaba aguardar por el refuerzo que debía venir a salvarlo en cualquier momento, según era lógico suponer.

En cuanto a las posibilidades de dicho refuerzo, lo sorprendente, a estas alturas de los acontecimientos, era que el mando enemigo no hubiese aún dado ningún paso para auxiliar a su batallón cercado. Durante esos primeros días de la batalla, no hubo presencia alguna de la aviación, ni siquiera de la avioneta de observación. Sabíamos que el jefe del batallón no tenía manera de comunicarse con su compañía de retaguardia en la costa y, mucho menos, con el puesto de mando en Bayamo o alguna otra unidad en operaciones, por lo que solo podía hacerlo por medio de la avioneta, cuando esta sobrevolara el campamento. Por tanto, era razonable suponer que el mando enemigo no estaba del todo consciente de la muy difícil situación de su Batallón 18, lo cual hacía más increíble el hecho de que no se preocupara siquiera por establecer contacto mediante la avioneta.

Después de concluida la batalla, supimos que el comandante Quevedo resolvió en cierta forma esta situación.

Envió a uno de sus prácticos en la noche del 14 de julio hacia la costa, con el objetivo de filtrarse entre nuestras líneas e informar al jefe de la Compañía G-4 del estado de la fuerza sitiada para que lo comunicara al puesto de mando. Este emisario, al parecer, logró rodear esa noche nuestras posiciones, tanto las del río como las de Purialón, o evadir a nuestros centinelas en esos lugares, y llegar a la playa. También hay que recordar que algunos de los guardias del pelotón desarticulado por Guillermo en el segundo combate del río lograron alcanzar la playa. El resultado directo fue que en la mañana del día 15 apareció por primera vez la aviación enemiga sobre Jigüe.

Llegó primero el aparato de reconocimiento y, tras él, los aviones de combate: una primera oleada compuesta por dos bombarderos B-26 y dos cazabombarderos F-47, relevada por otra y, luego, por otra. Desde las 6:00 de la mañana hasta alrededor de la 1:00 de la tarde, la aviación sometió nuestras posiciones a un violentísimo ataque, en el que incluyeron bombas incendiarias de napalm. Quevedo narró de manera muy elocuente lo ocurrido esa mañana:

[...] nosotros aumentábamos el volumen de fuego sobre las posiciones enemigas y aquello era realmente impresionante. El picar de los aviones entrando en los desfiladeros entre montañas, el estruendo de las explosiones, con la caja de resonancia que producen las alturas y el eco sordo de las mismas, las explosiones de las granadas y el fuego cruzado de la fusilería y armas automáticas, daban a aquel espacio de tierra cubana un carácter infernal. Pero, ante cada ataque o ametrallamiento de la aviación, en vez de apagar el fuego enemigo, parecía que lo acrecentaba, parecía que nada les hacía, y que nadie retrocedía. Los rebeldes estaban enardecidos y nos gritaban todo tipo de improperios, a la vez que disparaban sus armas, nosotros les contestábamos el fuego y las palabras.

En la noche del 14 de julio yo había dado la orden a todas las posiciones rebeldes de romper el silencio que durante 72 horas habíamos mantenido rigurosamente, y abrir fuego discrecional sobre el campamento enemigo. Al oscurecer, casi todas nuestras líneas se movieron e hicieron más estrecho el cerco. Por eso, la descripción que hizo el comandante Quevedo del fuerte tiroteo del día 15 es hasta cierto punto exacta, aunque me da la impresión de que se exageró el volumen de fuego recibido por los guardias, ya que nuestros hombres, si bien tenían autorización para disparar, habían recibido instrucciones muy precisas de ahorrar el parque y hacer fuego cuando tuviesen blancos definidos o para mantener un estado de hostigamiento permanente sobre las posiciones enemigas.

Yo tenía mi puesto de mando en un pequeño firme, desde cuyo extremo Este se podía observar el campamento del Batallón 18, muy próximo al río Jigüe, de poco caudal; la instalación estaba ubicada en una verdadera hondonada entre montañas.

Al revés de lo que siempre ocurría después de los primeros disparos del combate, no apareció la aviación. El batallón de Quevedo estaba sin comunicación con el mando superior ni con la Compañía G-4 en la playa y esperaba infructuosamente el vuelo de la avioneta.

El enemigo se concentraba en la zona de Santo Domingo y otros frentes. Durante cuatro días completos no aparecieron los aviones. Cuando descubrieron lo ocurrido, atacaron con inusitada fuerza. El quinto y sexto días del cerco, una pesada bomba cayó a 40 metros del lado norte del firme donde, en el lado sur, yo tenía mi puesto de mando en el bosque. Una lluvia de piedras y palos cayó sobre nosotros. Minutos después llegó Pedrito, precedido de la noticia de que había sido herido. Pensé que lo traían en camilla, pero llegó caminando con una mano en el pecho. Estaba en el punto de observación dentro de una trinchera y una bala ligera del ametrallamiento aéreo le dio de rebote en el esternón sin penetrarle en el pecho. Fue pura casualidad. No hubo imprudencia alguna ni derroche de balas.

Afortunadamente, esta intensa actividad de la aviación enemiga solo produjo en nuestras filas la baja de Pedrito Miret.

A la altura de este quinto día de asedio, la situación de los cercados en el campamento de Jigüe era cada vez más difícil. Por los prisioneros sabíamos que la comida se había acabado y los soldados pasaban hambre. Por otra parte, el fuego esporádico de nuestros fusileros y de

las dos ametralladoras emplazadas en la falda de Cahuara obligaba a los guardias a mantenerse todo el día dentro de sus trincheras, con la consiguiente incomodidad resultante de la estrechez, el calor y la inacción. Los soldados se veían obligados a hacer hasta sus necesidades fisiológicas dentro de sus propias trincheras, para no correr el riesgo de ser blanco de nuestros disparos. Para mí, la rendición de la tropa sitiada era cuestión de dos o tres días más, siempre que fuéramos capaces de mantener esa presión sobre el campamento e impedir la llegada de los refuerzos.

Este martes 15 de julio, de tanta actividad en la zona del cerco, estuvo también marcado por las noticias poco favorables procedentes del sector de Minas de Frío. Desde el día 13 las fuerzas enemigas estacionadas en San Lorenzo habían comenzado a avanzar en dirección a las Minas, y el 15, después de la tenaz resistencia de los escasos grupos rebeldes de los que disponía el Che para defender ese sector, lograron ocuparla. Pero no dieron un paso más. El avance de los guardias en esa dirección nos mantuvo alertas durante todos esos días a las posibles variantes que pudiera aplicar el mando enemigo, sobre todo, si realizaban algún intento de acudir desde el noroeste en apoyo de la fuerza sitiada en Jigüe. Ya veremos, en su momento, las disposiciones adoptadas o previstas.

En medio de la compleja situación planteada, yo confiaba en que a los guardias les sería imposible franquear las líneas de contención que podríamos interponer en El Roble, La Magdalena, El Coco o Mompíe, por mencionar solamente algunos de los puntos por donde el enemigo podría tratar de penetrar en dirección a Jigüe. Durante todo ese tiempo procuré mantener una comunicación constante y minuciosa con el Che, a quien le informaba en detalle de la marcha de la operación, y de quien recibía pormenorizados informes de lo que iba sucediendo en su sector. Por eso, cuando el Che me comunicó en la mañana del propio martes 15 que el enemigo no había podido ocupar Meriño de nuevo supe, entonces, a ciencia cierta, que la crisis por ese sector y la consiguiente amenaza a nuestra operación principal quedaban prácticamente resueltas, pues aunque los guardias pudieran llegar a las Minas les sería casi imposible continuar su avance. Minas de Frío, en efecto, cayó en la tarde del propio día 15, pero el enemigo quedó inmovilizado allí.

Junto a la presión del fuego y la fijación sobre el campamento enemigo, ese mismo día 15 decidí utilizar los otros recursos de guerra psicológica planificados. Terminado el bombardeo y ametrallamiento de la aviación di la orden de instalar los equipos de Radio Rebelde en un punto escogido previamente, fuera del alcance del fuego enemigo, desde donde podrían ser escuchados sin dificultad por los guardias sitiados.

A la 1:00 de la madrugada del día 16, los montes y las laderas en torno al campamento enemigo en Jigüe retumbaban de nuevo, pero esta vez no como resultado del fuego de las armas, sino por las voces de nuestros locutores. Aparte del contenido de las arengas y los mensajes que comenzaron a trasmitirse sin interrupción, el otro efecto que se buscaba era frustrar el descanso de los soldados para, de otra manera, seguir minando su disposición a la resistencia. Era la segunda vez que usábamos este recurso en la Sierra Maestra, pero aquí en Jigüe la impresión resultaba verdaderamente sobrecogedora, y tuvo que causar un impacto enorme en los guardias.

Dentro de las transmisiones de esa madrugada se incluyó la lectura de la siguiente carta preparada por mí para el jefe del batallón cercado, comandante José Quevedo, un compañero de estudios universitarios:

Con profunda tristeza he sabido, por los primeros prisioneros, que Ud. es el jefe de la tropa sitiada.

Sabemos que Ud. es un militar caballeroso y culto Oficial de Academia, doctor en Derecho. Ud. sabe que la causa por la que están sacrificándose y muriendo esos soldados y Ud. mismo no es una causa justa.

Ud., militar de honor y conocedor de las leyes, sabe que la Dictadura es la violación de todos los derechos constitucionales y humanos de su pueblo. Usted sabe que la Dictadura no tiene

derecho a sacrificar a los soldados de la República, para mantener al Régimen que oprime a la Nación, arrebatada las libertades y se mantiene bajo el terror y el crimen; no tiene derecho a enviar a los soldados de la República a combatir contra sus propios hermanos, que solo reclaman vivir con libertad y dignidad. Nosotros no estamos en guerra contra el Ejército, estamos en guerra contra la Tiranía. Nosotros no queremos matar soldados; nosotros lamentamos profundamente cada soldado que muere, defendiendo una causa innoble y vergonzosa.

Creemos que el Ejército es para defender la Patria, no la Tiranía.

Los políticos ladrones, los Ministros, los Senadores y los Generales, están en La Habana, sin correr riesgos ni pasar trabajos, mientras sus soldados están sitiados por un cerco de acero, pasando hambre y al borde de la destrucción.

A Ud, y a los soldados los han enviado a morir, conduciéndolos a una verdadera trampa, situándolos en un hueco de donde no tienen escapatoria alguna, sin mover un solo soldado para tratar de salvarlos.

Morirán de hambre o morirán de bala, si la batalla se prolonga.

Sacrificar a esos hombres en una batalla perdida, en aras de una causa innoble, es un crimen que un hombre de sentimientos no puede cometer.

En esta situación le ofrezco una rendición decorosa y digna. Todos sus hombres serán tratados con el mayor respeto y consideración. Los oficiales podrán conservar sus armas. Acéptelas, que no se rendirá usted a un enemigo de la patria, sino a un revolucionario sincero, a un combatiente que lucha por el bien de todos los cubanos, hasta de los mismos soldados que nos combaten, a un compañero de las aulas universitarias, que desea para Cuba lo mismo que para Ud.

También se leyó esa noche la carta dirigida por uno de nuestros médicos, el doctor René Vallejo, a su colega de la fuerza cercada, doctor Charles Wolf, quien había sido, igualmente, su compañero de estudios de Medicina en la Universidad de La Habana:

He sabido que eres el oficial médico de esa tropa que está sitiada y sin esperanza de salvación. Todos los soldados que han tratado de salir han sido capturados por nosotros. Como médico y persona decente que me consta tú eres y por la obligación en que estamos por nuestra profesión de salvar vidas humanas, te exhorto para que aconsejes a tus compañeros que se rindan. Te doy mi palabra de honor que todos serán respetados y tratados como seres humanos. No vaciles en hacerlo en la seguridad de que estarás cumpliendo un sagrado deber para con la patria y tus compañeros.

Junto a estas dos comunicaciones se dio lectura, además, a otros mensajes, y hablaron algunos de los prisioneros, quienes confirmaron el trato humano recibido hasta ese momento y lo inútil de prolongar la resistencia ante la imposibilidad de romper el cerco tendido por nosotros. Cito completo, a continuación, el texto del mensaje redactado por mí y dirigido a los soldados, en que exponíamos en detalle las condiciones para la rendición de la tropa sitiada:

El ejército rebelde, seguro de que toda resistencia es inútil y solo conduciría a mayores derramamientos de sangre con esta batalla que dura ya 5 días, y por tratarse de una lucha entre cubanos, os ofrece las siguientes condiciones de rendición.

1. Solamente se ocuparán las armas. Todas las demás pertenencias personales, serán respetadas.
2. Los heridos serán entregados a la Cruz Roja como se está haciendo con los soldados prisioneros heridos de la batalla de Santo Domingo.

3. Los prisioneros todos, soldados, clases y oficiales serán puestos en libertad en un plazo no mayor de 15 días.
4. Los heridos, hasta que sean recogidos por la Cruz Roja, serán atendidos en nuestros hospitales por médicos y cirujanos capacitados.
5. Todos los miembros de esa tropa sitiada recibirán cigarrillos, alimentos y todo lo que necesiten de inmediato.
6. Ningún prisionero será interrogado, maltratado o humillado de palabra o de obra, y recibirán el trato generoso y humano que han recibido siempre de nosotros los soldados prisioneros.
7. Enviaremos noticias inmediatas por radio a las esposas, madres, padres y familiares de cada uno de ustedes, que en estos momentos lloran desesperados, por tener noticias ni saber la suerte que pueden correr.
8. Si se aceptan estas condiciones, envíen un hombre con bandera blanca y diciendo en voz alta: Parlamento, Parlamento.

En el mismo sentido de exhortar a los guardias sitiados a la rendición, pero en un tono algo diferente, se leyó, también, el siguiente mensaje dirigido a los soldados de fila:

Soldado: Si tus jefes te obligan a sacrificarte en una batalla que está perdida y sin la menor esperanza de salvación para ninguno de ustedes, ríndete a discreción. Puedes avanzar de día con los brazos en alto y el arma a la espalda, en cualquier dirección que camines te encontrarás con nuestras fuerzas.

Si es de noche, avanza solo hacia estos altoparlantes diciendo en voz alta: no disparen, soy soldado y acepto deponer las armas.

Consecuentemente con estas exhortaciones, anunciamos por los altoparlantes, en la mañana del día 16, que a las 12:00 meridiano suspenderíamos el fuego desde todas nuestras posiciones durante un lapso de tres horas, a partir de las cuales, si no se habían rendido ni había indicios de que fuera esa la intención, se reanudaría el combate. Di las instrucciones pertinentes a todos nuestros grupos en los distintos sectores del cerco, incluida la prohibición terminante de disparar sobre ningún soldado enemigo que saliera de las trincheras y quedara al descubierto durante esas tres horas.

Así ocurrió, en efecto, y los guardias aprovecharon la tregua para estirar los músculos, coger un poco de sol, limpiar sus trincheras, conversar con sus compañeros y pasear por el campamento, sin que ocurriese ningún incidente. Tengo entendido que, incluso, hubo contactos personales con algunos de nuestros hombres que ocupaban posiciones más próximas.

Esta tregua siguió a una mañana en la que la aviación enemiga arremetió con mucha fuerza. De nuevo fueron utilizadas contra nuestras posiciones bombas de 500 libras, napalm, cohetes y abundante fuego de ametralladoras, que convertían todos los alrededores en un verdadero infierno. Pero una vez más la aviación demostraría su ineficacia en la montaña cuando actuaba contra fuerzas guerrilleras incorporadas al monte y provistas de trincheras y refugios competentes. A estas alturas de la guerra, ya la inmensa mayoría de nuestros combatientes había aprendido la lección y perdido el miedo a los aviones y a sus descargas aparentemente mortíferas.

Entonces comenzamos a aplicar el ya referido engaño a la aviación enemiga mediante el empleo del equipo de comunicación de que disponíamos, que en manos de Curuneaux se convertía en un efectivo instrumento de desinformación, a partir de la probabilidad de que el equipo del jefe del batallón cercado estuviese roto o carente de alimentación. La idea era interferir la comunicación entre este y los aparatos de observación para indicarles que

concentraran su ataque precisamente en las posiciones de los guardias. Yo le había dado las instrucciones pertinentes a Curuneaux desde la noche anterior, y en realidad, el truco funcionó en alguna medida, pues algunos de los aviones descargaron sus bombas dentro o muy cerca del perímetro del campamento enemigo. Pero no parece que esta maniobra haya surtido efectos concretos, sino más bien psicológicos.

Cuando nos convencimos de que los guardias no tenían aún intención de acogerse a nuestras condiciones de rendición, di la orden a través de los altoparlantes de reanudar el fuego una hora después de vencido el plazo, es decir, a las 4:00 de la tarde. Este desenlace estaba previsto. Era muy improbable que, por muy desmoralizada que estuviese esa tropa, un jefe tan tenaz como Quevedo fuera a rendirse a la primera oportunidad. Como le había escrito en uno de mis numerosos mensajes al Che, en este caso en la madrugada del 16 de julio, casi 12 horas antes de la tregua:

No me hago ilusiones. Hay [que] apretarlos más todavía pero ya están en condiciones muy desventajosas. Mandé preparar posiciones por el único lado que les queda fuera del alcance de nuestro fuego. Se les han acabado los víveres hace días. No tienen ya ni un grano de sal siquiera. Están virtualmente muertos de hambre.

Hasta ese momento, el hostigamiento contra el campamento enemigo había sido mantenido básicamente por el fuego esporádico de las dos ametralladoras —la calibre 50 de Curuneaux y la calibre 30 de Acevedo— y de unos 25 fusiles repartidos entre las posiciones de la falda de Cahuara y las escuadras de Ignacio Pérez y El Vaquerito. Para poder apretar más el cerco había, en primer lugar, que permitir un volumen un poco mayor de fuego desde esas mismas posiciones y, en segundo lugar, ocupar posiciones aún vacías. Para una de estas —en la ladera del firme de Manacas que miraba sobre el campamento enemigo desde el Este, al otro lado del río La Plata—, le pedí a Almeida y a Ramiro que mandaran algún personal de sus reservas. Pero la medida más importante en el estrechamiento del cerco hasta sus últimas consecuencias ya había sido tomada por mí antes de redactar el mensaje al Che. Esa misma madrugada ordené a Guillermo que abandonara su emboscada aguas abajo en el río —ya sin significación militar alguna desde el momento en que el mando de la tropa sitiada no estaba en condiciones de intentar una nueva salida hacia la playa—, y que cerrara el cerco desde el Sur colocándose encima del enemigo en las faldas que dominaban directamente sus posiciones del otro lado del río La Plata. De esta forma, el objetivo de impedir a los guardias llegar siquiera al agua se cumplía en su totalidad, con lo que el cerco adquiría el carácter de un estrangulamiento inexorable. Ahora solo cabía esperar. Como le escribí también al Che en el mensaje antes citado: "[...] creo que si logramos impedir la llegada de refuerzos en 48 horas, se rinden irremisiblemente". Tocaba al fin el momento del combate contra el refuerzo.

Contención en Minas de Frío

(Capítulo 17)

El 13 de julio, al segundo día del comienzo de las acciones en Jigüe, recibí en mi puesto de mando en el alto de Cahuara la información de que fuerzas del Batallón 17 enemigo habían comenzado a avanzar desde San Lorenzo en dirección a Minas de Frío. La noticia era preocupante. Si el enemigo lograba ocupar las Minas se colocaba en posición privilegiada para penetrar en el corazón de nuestro territorio. Desde las Minas podía intentar de nuevo ocupar Meriño y seguir hacia El Roble con la posibilidad de caer desde la retaguardia sobre nuestras posiciones en Jigüe, lo cual podría poner en peligro la operación contra el Batallón 18, y significaría cortar nuestro territorio, al que había aspirado con la operación de Meriño.

VILMA ESPÍN EN SU SEGUNDA ESTANCIA EN LA SIERRA MAESTRA, MARZO DE 1958.

Sin embargo, en esa peligrosa coyuntura, yo tenía gran confianza en la capacidad del Che y de las fuerzas rebeldes bajo su mando en ese sector para impedir que el enemigo lograra su objetivo. Mientras tanto, mi atención personal tendría que seguir dirigida hacia la derrota de la tropa cercada en Jigüe y el rechazo de cuantos refuerzos fueran enviados desde la costa en su auxilio.

No fue la única mala noticia que recibí ese día. A las 2:00 de la tarde, el Che me informó desde Mompíe:

Los guardias venían subiendo por el alto de Meriño. Di instrucciones a Raúl [Castro Mercader], para que mandara la gente de Angelito Verdecia (que estaba descansando en la Mina) a tapar ese camino. Parece que hubo una confusión y Angelito cayó en una emboscada en la que resultó muerto, perdiendo su arma, según uno de la tropa que vino desperdigado, los otros dos que iban con él no han aparecido.



Si los guardias avanzan y rompen esa línea, no hay refuerzos para allí.

Lo que había ocurrido era que cuando los guardias ascendían hacia el alto de Meriño, Angelito Verdecia y algunos hombres que lo acompañaban habían sido sorprendidos por el camino que sube a El Tabaco. En el encuentro, el enemigo sufrió cuatro bajas, entre ellas, dos heridos de gravedad, pero resultó muerto el bravo capitán rebelde. Los combatientes que lo acompañaban se dispersaron y dejaron el cadáver de su jefe en poder de los soldados.

La sensible pérdida de Angelito Verdecia me produjo gran dolor y contrariedad, pero mayor fue mi irritación por las circunstancias en que tuvo lugar. Sin conocer detalles, ordené al Che investigar bien lo ocurrido y aclarar responsabilidades:

No tengo nada que decirte. Con toda seguridad llegó el aviso de que los guardias venían subiendo de S. Lorenzo a Meriño, le dijeron a Angelito que fuera a interceptarlos en el alto, sin calcular que tenían mucho más tiempo que él para llegar a ese punto y allí mismo lo jodieron.

Cuando yo salí de la Mina dije que cuidaran el camino del Moro más acá del alto; tú me dijiste que lo mejor sería poner posta en el mismo camino que sube de S. Lorenzo a Meriño, para vigilarlo y yo estuve de acuerdo. ¿Cómo pueden haber sorprendido entonces a Angelito en una emboscada? ¿Es que acaso subieron por algún trillo y salieron más acá del alto? ¿Entonces, qué pasó con los que debían estar en el alto de posta?

Esa misma tarde, las fuerzas enemigas del Batallón 17 coronaron el firme de Meriño. Así me lo comunicó el Che a las 7:05 de la noche:

Esta tarde coronaron el firme los guardias y dice Raúl [Castro Mercader] que tiene noticias que ya están en Meriño, aunque yo no lo creo. Me parece necesario o un refuerzo o evacuar preventivamente las Minas de todo lo superfluo. Tú dirás.

Temprano en la mañana siguiente, el Che me informó: "De Meriño todavía no hay novedad, los soldados están en el caserío y tienen el firme; ordené el repliegue sobre las Minas de todos los otros".

El Che agregaba en su mensaje que parecía que la culpa del sorpresivo encuentro donde resultó muerto Angelito Verdecia el día anterior la tuvo el propio Angelito o el guía que llevaba, pues fueron a pasar mucho más abajo de donde se encontraban los soldados. Se confirmó, según uno de los que acompañaba a Angelito, que el Ejército había sufrido cuatro bajas.

A las 11:55 de la mañana, el Che me comunicó con urgencia las noticias recibidas en su puesto de mando en Mompíe:

Sin que pueda decirte cómo, los guardias están en las Minas. Apenas te había mandado la comunicación, llegó la noticia que los guardias estaban sólo en el alto del firme. Ordené entonces un repliegue general y que Ciro [del Río] defendiera esa posición junto con la gente que era de Angelito Verdecia. Sin embargo, a la 1/2 hora me comunicaron que los guardias estaban en el firme del Moro arriba y la gente de Angelito estaba aislada entre dos tropas, en el firme. Mandé confirmar las noticias porque me parecía imposible, pero a los 5 minutos comunicaron que los guardias estaban en la Mina ya, que cortaban la comunicación; yo no pude hablar más.

La fuerte resistencia que esa mañana ofrecía la escuadra que era de Angelito Verdecia —de solo siete hombres—, a la tropa enemiga en el alto de El Moro, hizo suponer que los guardias habían ocupado Minas de Frío, cuando en realidad tardarían aún varias horas en lograrlo. Según los informes de que disponía, el Che me explicaba en detalle la situación de sus fuerzas en la defensa de este sector:

La situación es la siguiente: Raúl [Castro Mercader], Ciro [del Río] y Angelito Frías pelean de frente. La gente de Angelito queda entre dos fuerzas con escape hacia Meriño; Fonso [Alfonso Zayas], César [Suárez] y Roberto [Fajardo] quedan cercados con la sola posibilidad de faldear potreros entre las Vegas y la Mina; Orlando [Pupo] tiene que escalar un firme difícil pero no está en mucho peligro. Daniel [Readigo] y sus hombres tienen retirada fácil.

Todo depende de que Raúl [Castro Mercader] no haya perdido la cabeza y haya podido avisar a los compañeros. Con la gente que nos queda se puede defender bien el camino, pero no se puede defender otro que la Magdalena. El del Roble y la Candela quedan desguarnecidos.

De manera preventiva, el Che ordenó el traslado de la escuela de reclutas de Minas de Frío hacia La Magdalena, y hacia ese punto decidió moverse personalmente para asumir su defensa. No obstante, me preguntó cuánto tiempo era necesario resistir en ese sector, ante la amenaza de que la fuerza enemiga pretendiera continuar hacia Jigüe en auxilio de sus compañeros cercados.

A las 3:05 de la tarde, desde mi puesto de mando en el alto de Cahuara, le respondí al Che:

Mira a ver cómo puedes recoger los restos de esas escuadras y restablecer el frente.

Me conformaría con disponer de 4 días antes de que esas tropas puedan penetrar hasta aquí. Yo creo que si aparecen la gente de Fonso, Verdecia y Suárez, se les podría encomendar a ellos la Maestra y disponer de Ciro, Raúl [Castro Mercader] y Pupo, para utilizarlos en la defensa de los caminos que vienen hacia acá. Mientras tanto haz lo que puedas y trata de mantenerme informado.

A las 8:00 de la noche, el Che me aclaró en un mensaje que los guardias no habían tomado aún las Minas, pero que estaban próximos a hacerlo, y reiteró que había

repartido a sus hombres para resistir. Poco después, a las 8:25 de la noche, me ofreció más detalles:

En la carrera por ver quién es más comemierda e irresoluto, nos volvieron a ganar los guardias. La escuadra que era de Angelito, (con 7 hombres) mantuvo en el alto del Moro al Ejército. Había ordenado a Ciro que fuera a reforzar ese punto, pero este volvió a ser "atacado" y "oyó silbar las balas" y se retiró. Los tiros en el alto hicieron creer a todo el mundo que ya estaban encima. 500 metros de tendido se han acortado y el teléfono, empatao rudimentariamente por mí, no anda; veré si lo arreglan mañana. Ordené a todos los pelotones avanzar para recuperar posiciones. Me quedan de reserva Angelito Frías y Raúl [Castro Mercader]; total: 10 armas.

Si tratan de avanzar de frente o por las Vegas, podremos hacer buena resistencia, si flanquean por Meriño, se nos van. A esta hora no sé si hay o no guardias en este punto. Yo me quedo aquí; les deseo éxito pronto.

A la mañana siguiente, las fuerzas rebeldes al mando del Che continuaron combatiendo contra las tropas enemigas que avanzaban en dirección a Minas de Frío. Como resultado de una confusión, mientras realizaba una exploración, Ciro del Río resultó herido por otro rebelde que se encontraba emboscado. A las 9:05 de la mañana, el Che me informó:

En este momento la gente está fajada en el firme de casa del Moro. Es un tiroteo no muy nutrido pero continuo. Ciro del Río fue herido en un pulmón por un compañero que lo confundió. Hasta ahora hay dos guardias muertos, según [José Ramón] Silva. El camino del Roble no está custodiado, pero parece que centralizan su esfuerzo por el alto.

Dos horas después me enviaba otro mensaje:

[...] los guardias nos tomaron el firme y van avanzando sobre la Mina, pero no hoy, por lo que sé en Meriño, y espero aguantarlos sin que lleguen siquiera a la Escuela [escuela de reclutas de Minas de Frío]. Todo depende de la decisión con que combata la gente; hay buenas posibilidades. Creo que pueden contar ellos con dos días de respiro incluyendo el de hoy.

Ocupado como estaba en la planificación de los detalles de la operación en Jigüe, las noticias sobre el avance de los guardias en dirección a Minas de Frío me obligaron a dedicar atención a las posibles variantes que pudiera aplicar el mando enemigo, sobre todo, si realizaban algún intento de acudir desde el noroeste en apoyo de la fuerza sitiada en Jigüe. En medio de la compleja situación planteada, tenía puesta toda mi confianza en que a los guardias les sería materialmente imposible franquear las líneas de contención que podrían interponerse en El Roble, La Magdalena, El Coco o Mompíe, por mencionar solamente algunos de los puntos por donde el enemigo pudiera tratar de penetrar en dirección a Jigüe.

Durante este tiempo procuré mantener una comunicación constante y minuciosa con el Che, a quien le fui informando, en detalle, de la marcha de la operación en Jigüe, y de quien iba recibiendo pormenorizados informes de los sucesos en su sector. Cuando el Che me comunicó esa mañana que el enemigo no había podido aún ocupar Minas de Frío, me convencí de que la difícil situación creada en ese sector, y la consiguiente amenaza a la operación principal de Jigüe quedaban prácticamente resueltas, pues aunque los guardias pudieran llegar finalmente a las Minas les sería casi imposible continuar su avance desde allí.

A las 11:20 de la mañana del 15 de julio le envié al Che un mensaje en el que reconocía su esfuerzo y le informaba las medidas tomadas en previsión de un avance ulterior del enemigo:

Te felicito de que hayas logrado superar la crisis por allá, mejorando mucho nuestro ánimo al sabernos sin peligro desde esa dirección. Si están en Meriño e intentan bajar

hacia acá lo que tienes es que mandarme un mensajero a caballo para avisarme rápido. Yo mandé a hacer trincheras más allá del Coco y podemos agarrarlos entre dos fuegos. De todas formas, al pasar por el camino del Roble deben ser tiroteados por el flanco.

Si no pudieras retener la Mina, no dejes de dividir las escuadras como te indiqué, para que un grupo cuide la Maestra y el otro la Magdalena.

El día 16, la tropa enemiga que ocupó Minas de Frío no realizó ningún movimiento. A las 10:00 de la mañana, desde su posición en una falda de la loma de La Magdalena, el Che me transmitió un mensaje por intermedio del teléfono de Mompié, restablecido después de una interrupción de varios días:

Dice el Che que los guardias no parecen tener intenciones de avanzar hoy.

Que recibió un refuerzo de seis hombres bien armados, los que utilizará en caso necesario para reforzar a los que cuidan la Magdalena.

Que si tratan de ir por abajo, él personalmente se ocuparía de impedir que avancen.

Y horas después, a las 5:20 de la tarde, volvía a informar:

Dice el Che que no hay un solo guardia en Meriño; que de la Mina se han ido como 40 guardias; que no se ve movimiento de guardias desde Las Vegas hasta Meriño y que no se ve intento de avanzar por ahora. No ha habido actividad ninguna en La Mina; que si tratan de avanzar se lo impedirá en lo que a él le sea posible.

El 20 de julio, convencido de que las disposiciones defensivas adoptadas alrededor de Minas de Frío eran suficientes para contener el avance ulterior del enemigo, el Che regresó a Mompié. Ese día, en Jigüe, estaban ya en marcha los trámites para la rendición del Batallón 18, lo cual yo le había informado al Che junto con mi intención de proceder de inmediato, de manera simultánea, contra dos de las otras fuerzas enemigas ubicadas todavía en el interior de nuestro territorio, a saber, el Batallón 11 de Sánchez Mosquera en Santo Domingo, y la Compañía 92 del Batallón 19 en las Vegas de Jibacoa. En cuanto a las Compañías 91 y 93 que habían logrado penetrar hasta Minas de Frío, mi criterio en ese momento era que lo dispuesto por el Che garantizaba la contención del Ejército y que, eventualmente, el mando enemigo se convencería de que su posición era insostenible y decidiría su retirada. De no ser así, estábamos en condiciones de rendirlo una vez liquidada la amenaza en Santo Domingo, en ese momento, la más peligrosa.

Durante la noche, el Che me envió un mensaje: "Estoy en Mompié. Todo tranquilo. Vine a verte porque tus proyectos dobles me parecen demasiado arriesgados. Espero que me digas dónde estarás mañana para darme una carrera a la noche".

Al día siguiente todo se mantuvo tranquilo en Minas de Frío. Ese día, como veremos en capítulos posteriores, yo estaba camino de La Plata con los guardias prisioneros del Batallón 18, y el Che se mantenía ocupado en los preparativos de la entrega de estos prisioneros a la Cruz Roja, como pactamos con esta organización humanitaria.

En un mensaje que recibí esa noche, el Che me explicaba todos los arreglos que se hicieron para efectuar la entrega de prisioneros en las Vegas de Jibacoa, y agregaba al final, casi de soslayo: "El fuerte de las Minas, sin novedad". Era su manera de decirme que la situación se mantenía igual, que los guardias no habían dado un paso más allá de Minas de Frío.

En los días subsiguientes, no ocurrió nada nuevo en el frente de las Minas. El 27 de julio, mientras se desarrollaba la batalla contra las fuerzas que huían de Santo Domingo, el mando enemigo, como parte de un nuevo plan de operaciones al que haré referencia en otro capítulo

más adelante, ordenó a la tropa posicionada en Minas de Frío abandonar el lugar y retirarse de regreso a San Lorenzo y Las Mercedes. Esto era exactamente lo que yo había previsto.

A las 3:55 de la tarde, el Che me informó del movimiento de las tropas enemigas:

[...] los guardias han hecho un movimiento de retroceso en la Mina llegando al firme del Moro. No sería raro que hicieran lo mismo en Las Vegas [...].

Le doy órdenes a Raúl [Castro Mercader] para que avance simultáneamente con la retirada de los guardias.

Minutos antes, el Che había instruido a Raúl Castro Mercader, en previsión de que esta tropa acudiera en auxilio de la compañía cercada en las Vegas de Jibacoa:

Debes estar atento para ir tomando posiciones adelantándose a medida que los guardias retrocedan.

Si abandonamos el firme del Moro debes colocarte en la Maestra, en la encrucijada de San Lorenzo, si se quedaran en el alto del Moro hay que tomarles el firme de la derecha, por donde está construido el camino a las Vegas para hostilizarlos si pretenden bajar por allí.

Sin embargo, estas precauciones resultaron innecesarias. La tropa enemiga retrocedió directamente hasta San Lorenzo e, incluso, con el apoyo de una compañía enviada desde Las Mercedes por el jefe del Batallón 17, comandante Corzo Izaguirre; esta tropa, más las fuerzas que permanecían en San Lorenzo, completaron su retirada hasta Las Mercedes.

De esta manera, no solo Minas de Frío, sino además, todo un extenso territorio en el sector noroccidental —incluidos Meriño, El Tabaco, San Lorenzo, Gabiro y La Esmajagua—, quedaba liberado. Resultaba obvio que el enemigo no podría volver a penetrar en él; era otra victoria nuestra, esta vez sin necesidad de combatir.

La Batalla de Jigüe, el combate contra los refuerzos

(Capítulo 18)

Durante los primeros seis días de la Batalla de Jigüe, mientras se desarrollaban las acciones iniciales en el cerco y los dos combates de Guillermo García en el río La Plata, las fuerzas rebeldes, concentradas en Puralón en espera de los refuerzos que debían venir desde la playa para apoyar a la tropa sitiada, habían permanecido casi todo el tiempo ociosas. Solamente tuvieron ocasión de actuar los días 15 y 16 de julio en la captura de la mayor parte de los guardias escapados de la segunda emboscada de Guillermo el día 14. En una de estas escaramuzas murió el 15 de julio, como ya dije, el combatiente Eugenio Cedeño, *Geño*, del pelotón de Lalo Sardiñas. En realidad, casi todos los soldados prisioneros como resultado de ese combate fueron capturados por nuestros hombres en Puralón, así como la mayoría de las armas ocupadas.

ALUMNOS DE LA ESCUELA DE RECLUTAS DE MINAS DE FRÍO, DIRIGIDA POR EL CHE.

Al anochecer del propio miércoles 16 de julio, Curuneaux me informó, en una noticia, haber interceptado varias comunicaciones enemigas, algunas de las cuales indicaban que la tropa concentrada en la playa había recibido la orden de avanzar en dirección a Jigüe para romper el cerco de la fuerza sitiada.



No estaba claro si la intención era reforzarla con la pretensión de que cumpliera su misión original, lo cual a estas alturas resultaba totalmente absurdo o, por el contrario, auxiliarla a escapar. El caso es que con esta noticia recibíamos el primer indicio concreto de que el tan esperado refuerzo proveniente de la playa estaba ya en camino.

Esa misma noche trasladé la información a nuestros tres capitanes encargados de la línea de contención del refuerzo en la zona de Puralón. Según lo interpretado por Curuneaux, se trataba de un batallón enemigo que avanzaría desde la playa. Por eso, en mi mensaje a Cuevas, Lalo y Paz les decía:

Un batallón no es nada para ustedes. En Santo Domingo se destruyó uno con muchos menos hombres, y Paz ha rechazado dos veces al ejército con 8 hombres. Ojalá manden un solo batallón para que quede prisionero de ustedes.

En realidad, el mando enemigo no había dispuesto el envío de un batallón, sino de la propia Compañía G-4 de retaguardia en la playa. Pero eso lo sabríamos después del combate. Nuestra valoración en aquel momento era que, desde el punto de vista del enemigo, debía ser obvio a estas alturas que haría falta mucho más que un batallón para llegar donde la tropa cercada y tener alguna posibilidad real de sacarla. Por eso, la noticia de que se trataba solamente de un batallón nos causaba cierta seguridad, a tal punto que en la respuesta que le mandé a Curuneaux le decía confiado: "Si nada más han enviado un batallón, queda en el camino".

Sería bueno detenerme en las instrucciones contenidas en el mensaje a los capitanes de Puralón, a la luz de lo que ocurrió después:

Es de suma importancia que el arroyo de Manacas, que está situado de la parte [de] allá del alto donde está Paz, esté tomado por nosotros, para que no intenten dar un rodeo por allí. Considero conveniente reforzar a Paz con una escuadra por lo menos para que con algunos hombres más suyos, la sitúe en dicho arroyo a unos seiscientos u ochocientos metros del camino. Paz que se sitúe en el lugar más alto posible del punto que le señalé, tratando de que los guardias no hagan contacto con él en los primeros momentos, en cuyo caso, los del arroyo Manacas deben atacar por el flanco a los guardias que lleguen al alto donde está él.

Lo perfecto es que los guardias crucen sin chocar con Paz y el combate comience cuando caigan en la emboscada de Lalo y Cuevas, para que sean encerrados; ya ustedes saben lo que pasa cuando eso ocurre, no hay quien venga a sacarlos. Lalo y Cuevas, deben tener bien tomados todos los firmes y altos que ellos puedan intentar tomar para rechazarlos completamente.

No dejen de usar las minas, sobre todo las bombas de cien libras.

Tomen todas las disposiciones desde bien temprano para que les alcance el tiempo. No se preocupen de ninguna otra cosa. Concentren la atención en la tarea de ustedes. Es posible que el avión ametralle primero; eso los hará venir más confiados.

En una posdata del mismo documento les aclaraba: "Quiero añadir que el ataque de flanco lo puede hacer Paz desde el alto y la gente del arroyo Manacas desde abajo".

A Raúl Podio —posicionado desde dos días antes en el firme de Gran Tierra, a la derecha del río La Plata—, le envié también esa noche aviso del anunciado movimiento de los guardias, y le expliqué detalladamente lo que debía hacer en caso de que una parte de la tropa de refuerzo intentase avanzar por ese firme. El meollo de sus instrucciones era que no podía retroceder ni un paso, lo cual podía lograr si actuaba con inteligencia y coraje.

Mi mensaje a Cuevas, Lalo y Paz concluía con estas palabras, que indican la aspiración que yo abrigaba en ese momento, y la confianza en que podía ser alcanzada:

Yo no he querido mover un solo hombre de ahí, porque nuestro propósito en esta batalla decisiva debe ser muy ambicioso, no sólo rendir la tropa sitiada, sino, destruir también los refuerzos.

Esto puede ser el fin de Batista.

¡Mucha serenidad y mucho ánimo y buena suerte!

Esta misma seguridad se refleja en el mensaje que también esa noche le envié al Che, a quien siempre había mantenido al tanto en detalle del desarrollo de los acontecimientos, y que vale la pena citar en extenso para que se tenga una idea precisa de nuestro estado de ánimo en la víspera de lo que considerábamos un combate decisivo para el curso posterior de la guerra:

Al anochecer interceptamos un mensaje de la avioneta al jefe de un batallón, al parecer situado en la playa diciéndole que avanzara ocupando los puntos llaves, esto es, las alturas y protegiera el arria de mulos con un pelotón.

Esta misma noche acabo de enviar mensajero a Cueva[s], Lalo y Paz informándole esto. Cuentan entre los 3 con 76 hombres bien armados con una moral altísima de lucha, buenas posiciones y están prevenidos. En pocas ocasiones anteriores, tal vez ninguna, se esperó al enemigo en mejores condiciones. Lo que más me atrae de toda esta operación es la destrucción de los refuerzos, vengan por donde vengan. Teniendo la tropa sitiada al borde del colapso y el gobierno obligado a socorrerla, nosotros debemos tratar de convertir esta operación en una batalla decisiva. Ya el Ejército no puede hacer más, ha llegado en estos días al límite de su potencialidad; más bombas, más metralla, más cohete, más napalm y más morteros no puede usar; ni tampoco más columnas; se palpa su impotencia. Situado tú en el vértice de la Mina y Camilo en la Plata, con los refuerzos de Almeida y Ramirito a mano, no podemos tener mejores perspectivas de victoria.

Me ocupé de transmitirle la misma confianza a Curuneaux —cuya participación en toda la operación estaba siendo tan destacada—, en la mañana del día en que la tropa enemiga de la playa debía estar ya en movimiento:

Vamos a ver cuál es el resultado de la batalla contra los refuerzos. Si derrotamos los refuerzos estos [los guardias cercados en Jigüe] se rendirán irremisiblemente con poco esfuerzo de nuestra parte. Esta es la oportunidad de hacerle a la Dictadura un desguazo completo que puede ser su caída. Están obligados a mandar refuerzos y a los refuerzos los podemos aniquilar.

El personal de la Compañía G-4, al mando del capitán José Sánchez González, inició su avance desde la desembocadura del río La Plata a las 6:00 de la mañana del jueves 17 de julio. Iban apoyados en su movimiento por el fuego de la fragata *Máximo Gómez*, situada frente a la playa, y por la observación desde la avioneta que sobrevolaba constantemente la zona. Durante varias horas los guardias subieron por el río y las faldas laterales, en aquellos lugares donde la pendiente hacía practicable el avance, sin encontrar resistencia rebelde.

Alrededor de las 11:00, después de haber sobrepasado el amplio recodo del río en Purialón, la vanguardia enemiga chocó con la emboscada rebelde y comenzó el combate. El personal de Lalo y de Cuevas se batió firmemente en sus posiciones, de donde no podían ser desplazados por la fusilería y los morteros del Ejército, y pronto comenzaron a causar las primeras bajas entre los guardias. De hecho, a los 15 minutos de combate ya los dos primeros pelotones de la compañía habían quedado totalmente desarticulados, y muchos guardias huían de manera desordenada.

Esta retirada de los restos de la tropa enemiga fue posible en gran medida porque la fuerza rebelde de Ramón Paz, posicionada en el firme de Manacas, no se movió durante el combate. Por un error de interpretación de mis órdenes, Paz no cumplió con su encomienda de bajar en dirección al río una vez iniciada la acción, con el propósito de cerrar por la retaguardia al

enemigo, impedir su retirada y embotellarlo en un cinturón de fuego rebelde que lo pusiera en la disyuntiva de rendirse íntegramente o ser destruido en su totalidad. A causa de este error, la primera acción en Purialón no causó el desastre previsto para el Ejército. Sobre este tema volveré dentro de un momento.

Pero, a pesar de este contratiempo, el combate del 17 de julio en Purialón significó una notable victoria rebelde. En primer lugar, se logró el objetivo principal: detener el refuerzo e impedir que llegara hasta el batallón sitiado en Jigüe.

En segundo lugar, si bien no se alcanzó —como ya dije— el propósito de destruir dicho refuerzo, lo cierto es que la Compañía G-4 quedó tan vapuleada que dejó de contar como fuerza oponente. El primer parte enviado por Cuevas a nuestro puesto de mando en el alto de Cahuara, a las 2:20 de la tarde, daba las cifras de 12 guardias muertos y 14 prisioneros. El conteo final de hombres capturados, sin embargo, se elevó a 24. Sin duda, hubo cierto número de heridos evacuados por los soldados en su retirada.

En tercer lugar, hay que destacar el botín ocupado en este primer combate contra los refuerzos. En nuestro poder quedaron nada menos que 34 armas largas: 17 fusiles Springfield, 10 carabinas San Cristóbal, 4 fusiles semiautomáticos Garand, dos fusiles ametralladoras Browning y una ametralladora de trípode calibre 30, además de 18 000 balas y 48 granadas de fusil. Cayeron, además, en nuestras manos, casi todos los suministros para aliviar la situación del batallón cercado que traía la compañía en un arria de mulos.

El personal rebelde no tuvo una sola baja en este combate, lo cual indica la calidad de las posiciones preparadas por Lalo y Cuevas para la emboscada.

Por los primeros informes recibidos, me percaté de que la operación no había funcionado tal y como había sido planificada. En un principio decidí esperar por noticias de Paz, pues estaba convencido de que un jefe tan responsable, capaz y decidido como él cumpliría al pie de la letra su misión, y que, tal vez, lo que había ocurrido era que había cortado a los guardias mucho más abajo sin tiempo de informar el resultado. Sin embargo, en el transcurso de la noche, al recibir el informe de Paz, quedó claro que el éxito completo de la operación no había sido posible debido a la inacción de esta fuerza rebelde, que era parte muy importante del plan. Pero tan persuadido estaba de las condiciones de este jefe, que a la mañana siguiente le envié un mensaje donde le decía que parecía haber ocurrido una confusión con las órdenes, le pedía que me mandara mi mensaje de la noche del 16 en el que estaban contenidas las instrucciones a él, a Cuevas y a Lalo, y lo exhortaba a que no se desanimara, pues aún quedaban muchas cosas por hacer.

Paz me contestó esa misma tarde, entre dolido y disgustado. Su respuesta es digna de ser reproducida:

La realidad es que entendimos que me situara más arriba, pues usted sabe que yo no soy capaz de rehuir un combate, ni dejar de cumplir una orden suya aunque en ella me vaya la vida; pues un hombre de mi convicción no quiere la vida el día que se considere indigno de vestir el uniforme de nuestro glorioso ejército.

Ahora mi dolor es que no he podido coger

ni un arma y tengo 9 hombres desarmados.

Mándeme órdenes, pero que sean de pelear.

Desgraciadamente, Paz había interpretado mi orden de la noche del 16, en el sentido de que se situara en lo alto del firme y no se moviera de allí en previsión de que una parte de la tropa de refuerzo enemiga fuese a avanzar por allí. A su mensaje le contesté de nuevo:

No tienes que decirme lo que yo sé sobradamente de tu valor y capacidad de lucha y de mando porque lo has sabido probar muchas veces.

Te pedí mi comunicación para cerciorarme de la forma en que había enviado las instrucciones porque a mí me cabe la responsabilidad de cualquier fallo que pueda haber. [...] Mi preocupación de que te situaras en lo más elevado del pico era pensando en la conveniencia de que los guardias no fuesen a hacer contacto contigo antes que con Cuevas. La instrucción que les dio el avión era la de ir tomando los puntos llaves. Nosotros tomamos las precauciones debidas a la situación. Se esperaba un ataque en regla y no el envío de una compañía solitaria que venía como si estuviera desfilando por el paseo del Prado. Son cosas absurdas de las que hace el enemigo.

Mi intención era que se les cortara por la retaguardia avanzando desde el alto tuyo y desde el arroyo Manacas. Si la columna enemiga hubiese sido muy larga, el ataque entonces, más que de retaguardia sería de flanco.

La retirada de ellos parece también que fue demasiado rápida, aunque una patrulla situada en el arroyo Manacas a 600 u 800 metros del camino los hubiera podido cortar a tiempo.

Hombre de gran vergüenza, Paz estaba sumamente molesto con lo que había pasado, pero quise que entendiera que para mí estaba claro que lo ocurrido fue consecuencia de una mala interpretación de mi orden, y que en ningún momento pensé que fuera resultado de una actitud de inercia o cobardía de su parte.

Cuando lo vuelvo a leer ahora pienso que tal vez pude explicarle con más claridad cuál era su misión y le habría ahorrado aquella amargura a un hombre tan digno.

Con la inyección de las armas capturadas fue posible armar a casi 40 nuevos combatientes, entre personal que mandé pedir a Almeida y reclutas de la escuela de Minas de Frío. El personal desarmado de los pelotones de Cuevas y Lalo también recibieron armas a raíz del combate, con lo que se logró reforzar más aún la línea rebelde en Puralón y mover un grupo de 15 combatientes hacia las posiciones de completamiento del cerco principal en Jigüe.

Nos acostumbramos de nuevo a los aviones. Ellos no podían, sin embargo, atacar a los que sitiaban al batallón porque estaban atrincherados muy cerca de sus posiciones.

Contra la tropa sitiada se emplearon muchos elementos de acciones psicológicas que incluían altoparlantes, arengas, las cartas capturadas a refuerzos se enviaban con algún prisionero. Los disparos, incluidos algunos de la calibre 50, eran rigurosamente calculados y medidos. Al final quedaron sin agua ni alimentos.

Ante el desastre sufrido el 17 de julio con el primer intento de refuerzo del Batallón 18, el mando enemigo comenzó a prepararse al día siguiente para un nuevo movimiento. Esta vez encomendó la misión al llamado Batallón de Los Livianos, al mando del capitán Noelio Montero Díaz. Se trataba de una fuerza de choque integrada por las Compañías I, K y L de la División de Infantería, con sede en el campamento de Columbia —que hasta ese momento habían actuado en la zona de operaciones como compañías independientes—, a las que se sumaron los restos que pudieron salvarse de la Compañía G-4. Este contingente no solo era mucho más numeroso, sino además, mejor entrenado y equipado que la compañía derrotada en el combate del día 17. Era la carta de triunfo del enemigo en esta operación, con la cual pensaban ilusamente que podrían sacar al batallón cercado de su desesperada situación. Ese mismo día desembarcaron en La Plata la mayor parte de los elementos del batallón, más unas cuantas piezas de artillería de 75 milímetros.

Por nuestros equipos de comunicación podíamos interceptar todas las comunicaciones enemigas relacionadas con la preparación de este segundo y decisivo refuerzo. Ese día ratifiqué a los tres capitanes de Puralón las órdenes anteriores, y avisé también a Podio que era inminente el nuevo intento enemigo.

Los Livianos partieron de la playa de La Plata poco después de amanecer el sábado 19 de julio, y comenzaron a subir por el camino del río, en un movimiento casi idéntico al realizado dos días antes por la Compañía G-4. En todo caso, el jefe del contingente desplegó un poco más sus flancos, sobre todo el derecho, por las laderas del cañón de La Plata. Esta vez, sin embargo, el avance enemigo contó con el apoyo martillante, tanto de la fragata como de las piezas de artillería emplazadas en la playa y, sobre todo, con un redoblado apoyo aéreo. Fue, sin duda, el día de mayor actividad de la aviación durante toda la batalla y, posiblemente, una de las jornadas aéreas más intensas que presenciamos durante toda la guerra.

Un objetivo especial de la aviación eran las posiciones donde el mando enemigo suponía, por las informaciones recibidas de los oficiales y jefes de la compañía diezmada el día 17, que se mantenía la emboscada rebelde sobre el río. Desde las primeras horas de la mañana el ametrallamiento y bombardeo sobre la zona de Purialón fue muy intenso. Pero nuestros combatientes no se dejaron impresionar y mantuvieron sus posiciones. Cerca del mediodía, poco antes del comienzo del combate, una bomba de 500 libras estalló junto a la trinchera donde se encontraban los combatientes Victuro Acosta, *El Bayamés*, y Francisco Luna, en la retaguardia de las posiciones de Cuevas, y les causó instantáneamente la muerte.

Alrededor de las 2:00 de la tarde, la vanguardia enemiga chocó con los hombres de Cuevas en Purialón y se entabló el combate. Esta segunda acción contra los refuerzos del Batallón 18 fue una de las más intensas de toda la guerra. El enemigo, debidamente preparado y advertido, ofreció una resistencia tenaz e, incluso, trató en varias ocasiones de forzar las líneas rebeldes. Pero cada vez que los guardias lograban reagruparse e intentar un ataque, eran repelidos con fuertes bajas por los combatientes de Cuevas y de Lalo.

Mientras tanto, Ramón Paz, quien, como se recuerda, estaba posicionado en el alto de Manacas en espera del comienzo de la acción, realizó esta vez de manera impecable la maniobra prevista desde el combate anterior y, bajando a toda velocidad hacia el río, encerró por la retaguardia al enemigo. Simultáneamente, algunos de los hombres de Paz, situados a media falda del firme de Manacas, intentaron detener el avance de un pelotón enemigo por ese lugar, pero en un momento determinado decidieron retirarse unos metros hacia mejores posiciones. Fue durante ese repliegue por un potrero descampado cuando fue alcanzado y muerto por el fuego de los guardias el combatiente Roberto Corría, del pelotón de Paz.

Al atardecer, después de más de tres horas de duro combate, los guardias comenzaron a dar finalmente señales de agotamiento. Se escucharon entre sus filas gritos de rendición, mezclados entre el sonido cada vez más espaciado del fuego enemigo. Interpretando tal vez que la tropa estaba desmoralizada y en situación de rendirse, e impulsado por el ardor del combate, el capitán Cuevas salió de su trinchera y comenzó a avanzar hacia los guardias con la intención, al parecer, de precipitar la rendición. Sin embargo, apenas dio unos pasos fue alcanzado por una ráfaga disparada desde las posiciones enemigas y cayó sin vida.

La muerte de Cuevas desconcertó momentáneamente a los combatientes rebeldes y frustró la probable rendición esa misma tarde del segundo refuerzo. Fue un revés de consideración, pues se trataba de uno de nuestros jefes más audaces y efectivos. Como le escribí al Che al informarle de los resultados del primer día de combate: "[...] espero que se les haya ocasionado a los guardias un enorme destrozo, pero la muerte de Cuevas tiene a todos aquí muy tristes y la casi segura victoria nos resulta amarga". Esa misma tarde, al conocer la noticia, emití la siguiente orden:

Se asciende póstumamente al grado de Comandante del Ejército Rebelde por su ejemplar conducta militar y su heroico valor al Capitán Andrés Cuevas, muerto en el día de hoy, cuando avanzaba sobre el enemigo. En lo adelante se mencionará su nombre con el grado de Comandante.

Márquese el sitio de su sepultura para construir allí un obelisco que perdurará con el recuerdo imborrable de todos sus compañeros de ideal.

Esta orden se cumplió en todos sus puntos. Hoy la Revolución ha construido en Purialón, a pocos metros de donde Andrés Cuevas cayó combatiendo de cara al enemigo, un hermoso monumento en memoria de quien fue uno de los más aguerridos combatientes y de los más capaces jefes del Ejército Rebelde.

Esa misma tarde también, después de recibir los primeros informes de Lalo Sardiñas, dispuse el envío a Purialón de un grupo de más de 20 combatientes desarmados que acababan de llegar, al mando de René de los Santos, con la intención de que se equiparan con parte de las armas ocupadas. A Lalo le comuniqué que pusiera al pelotón de Cuevas a las órdenes del combatiente Antonio Sánchez Díaz, conocido por Pinares, quien fungía como segundo al mando de esa fuerza.

Después de evaluar la situación sobre la base de las informaciones recibidas, le cursé esa noche las siguientes instrucciones a Lalo Sardiñas:

Este es un momento decisivo. Los compañeros tienen que llenarse de valor a pesar de las bajas. Si retrocedemos habremos perdido la oportunidad de escribir una de las páginas más gloriosas de la historia de Cuba; si resisten nuestros hombres, ese ejército no podrá avanzar y Batista estará perdido. Confío en ti que tienes valor y tienes inteligencia para afrontar la situación. Si la gente amanece mañana pegada a los guardias los aviones no podrán bombardearlos; si continúan ametrallando por el río, la gente se puede apartar del camino, pero tomando precauciones para cortar a los guardias, si intentan avanzar.

[...] Si en cualquier circunstancia hubiera que perder terreno, hay que resistir firmemente un poco más acá. En ninguna forma debe quedar libre el camino al enemigo. Yo estoy seguro [de] que con el destrozo que ustedes les han hecho hoy esa tropa no avanza. ¡Mucho ánimo y mucho valor que esta es una oportunidad para todos ustedes de escribir una página en la Historia!

El balance provisional del combate, al amanecer del domingo 20 de julio, era de siete muertos y 21 prisioneros enemigos, más de 20 armas y buena cantidad de parque calibre 30.06; por la parte rebelde, cuatro muertos —Cuevas, Acosta, Luna y Corría— y otros tantos heridos.

Al segundo día de combate, los combatientes de Lalo y Pinares, que habían acercado sus posiciones durante la noche a las de los guardias, volvieron a rechazar durante la mañana los débiles intentos de romper el cerco rebelde. Los hombres de Paz, por su parte, siguieron presionando por la retaguardia, aunque durante la noche muchos guardias lograron escapar hacia la playa. Al mediodía, casi 24 horas después de iniciado el combate, toda resistencia había cesado. El total de muertos enemigos se elevaba a 17, y en nuestro poder quedaban 14 fusiles San Cristóbal, 10 fusiles Garand, dos cajas de obuses de mortero calibre 81 y un arria de mulos con suministros.

Pero el resultado más significativo era que el segundo y último refuerzo al batallón cercado en Jigüe había sido rechazado. A partir de este momento, la suerte de esa tropa quedaba definitivamente sellada, y con ella tal vez —pensábamos todos— la suerte final de la tiranía batistiana.

La Batalla de Jigüe, la rendición del Batallón 18

(Capítulo 19)

El miércoles 16 de julio, víspera del esperado combate contra el refuerzo —sobre el cual teníamos noticias de que vendría desde la playa a tratar de socorrer al batallón sitiado en Jigüe—, ya habían comenzado a ejecutarse las disposiciones relacionadas con el estrechamiento del cerco. Guillermo García ocupó con su pelotón las posiciones indicadas en la falda del firme de Manacas, directamente sobre el campamento enemigo. Mi intención era que, al día siguiente, este personal rebelde abriese fuego, lo cual sería la señal para que los

combatientes ubicados en la falda del alto de Cahuara y en las demás posiciones, hiciesen lo mismo, incluida la ametralladora 50 de Braulio Curuneaux.

LALO SARDIÑAS EN LA SIERRA MAESTRA.

Curuneaux tenía también instrucciones de volver a repetir la estratagema de comunicarse con la avioneta para desinformar a la aviación enemiga acerca de la verdadera ubicación de los guardias, y tratar de lograr que descargaran sus bombas y ametralladoras, no sobre nuestras posiciones, sino sobre las del batallón cercado. Se recordará que este truco había sido empleado con relativo éxito ese mismo día 16.

Desgraciadamente, en este momento tan decisivo de la batalla no pudimos contar con una de nuestras armas psicológicas más importantes. En la mañana del 17, los combatientes que atendían la instalación de campaña de Radio Rebelde me informaron que el amplificador se había descompuesto, y que la avería era de tal magnitud que habría que llevarlo hasta la Comandancia de La Plata para repararlo. La falta del equipo se hizo sentir desde esa misma tarde, cuando empezamos a recibir las noticias del descalabro sufrido por el primer refuerzo. No cabe duda de que haber compartido esa información con los guardias sitiados hubiese surtido un efecto psicológico muy significativo.



Al amanecer, recibí la confirmación de Guillermo de que había ocupado sus posiciones, junto con la siguiente evaluación, bastante explícita, por cierto:

Ahora sí [los guardias] no se pueden mover pues los domino perfectamente. No pueden ni bajar al río, le tengo una posta a Cien m [metros] de la casa de abajo, creo que tienen que ensuciar dentro de las trincheras.

Durante toda la mañana nuestros hombres siguieron ocupando nuevas posiciones, más cerca aún del enemigo. Se movieron, entre otros, el personal de la ametralladora calibre 30 de Rogelio Acevedo, la escuadra de Ignacio Pérez y la gente de Curuneaux. El fuego se mantuvo de manera intermitente contra el campamento asediado.

El refuerzo solicitado a Almeida llegó a la zona de Jigüe al amanecer del día 18. Se trataba de una escuadra de 10 combatientes, ocho de ellos armados, al mando del capitán Vitalio Acuña Núñez, *Vilo*, que fueron ubicados de inmediato del otro lado del río, frente a la posición de los guardias y a la derecha de Guillermo.

Esa jornada transcurrió también en relativa calma. El foco de los acontecimientos estaba concentrado en Purialón y en el combate contra el primer refuerzo. El personal rebelde del cerco mantuvo el fuego de hostigamiento contra los guardias sitiados y se dedicó a adelantar sus trincheras y perfeccionarlas.

Durante estos días en el campamento enemigo no se observaba apenas movimiento alguno. Esa noche algunas posiciones se acercaron todavía más a las trincheras de los guardias, en algunos casos hasta una distancia de unos 40 metros. Con el parque obtenido en el combate contra el primer refuerzo había mejorado la situación de nuestros fusiles en el cerco, lo que hizo posible incrementar la potencia de fuego contra el campamento enemigo.

Aunque ya a estas alturas yo no estaba muy preocupado por la presencia de los guardias en Minas de Frío ni por la posibilidad de que pudiesen intentar un movimiento en dirección a Jigüe para apoyar a sus compañeros sitiados, no dejé de tener presente en todo momento esta amenaza en medio de las innumerables cuestiones cuya atención debía priorizar, derivadas de los acontecimientos en la batalla principal que librábamos en toda la zona entre Jigüe y Purialón. En la tarde del día 18 envié nuevas instrucciones al Che, pues si el enemigo intentaba avanzar desde las Minas en dirección a Jigüe, debía hacer una primera resistencia mientras se preparaba con parte de los combatientes posicionados en la zona de Cahuara una línea de defensa a la altura de La Magdalena Arriba. El Che y sus hombres debían, entonces, replegarse por la loma de La Iglesia y esperar a que los guardias chocaran con esa línea nuestra para atacarlos por la retaguardia.

El camino de La Magdalena era, a mi juicio —así se lo decía al Che en el mensaje que le envié con estas indicaciones—: "[...] lo más perfecto para una encerrona". Tenía la certeza de que esa maniobra era factible sin poner en peligro nuestras posiciones en el cerco, pues la tropa sitiada ya no estaba en condiciones de asumir ningún tipo de iniciativa. Y por el Sur la situación también quedaba clara. Para tranquilizar al Che, siempre aprensivo cuando se trataba de realizar dos operaciones simultáneas para las que consideraba que no contábamos con fuerza suficiente, le decía en este mismo mensaje: "Entre el mar y el Jigüe tenemos un ejército para impedir que vengan refuerzos".

El intento de auxiliar al Batallón 18 desde el Norte era una maniobra casi obligada. Sin embargo, todas las precauciones fueron en vano, ya que, inexplicablemente, los guardias de las Minas no se movieron en todos estos días. Semejante conducta solo puede deberse, una vez más, a la desmoralización o a la ineptitud flagrante del mando enemigo.

El día 19, Almeida ocupó con un pequeño grupo de hombres el camino de Palma Mocha a El Naranjal, a la altura del firme de Palma Mocha. Era una precaución excesiva de nuestra parte para prever la muy improbable contingencia de que alguna fuerza enemiga pudiera penetrar en el teatro de operaciones desde la dirección de Palma Mocha o La Caridad, y caer así sobre la retaguardia de las posiciones rebeldes en Purialón.

La situación en el cerco no cambió sensiblemente durante ese día. Los combatientes rebeldes siguieron hostigando con sus disparos al campamento enemigo, mientras que los guardias contestaron al fuego de manera desorganizada. Una de esas ráfagas de ametralladora calibre 30, lanzada desde las posiciones de la tropa sitiada, alcanzó en la tarde de ese día al teniente Teodoro Banderas, de la escuadra de Vilo Acuña, quien resultó muerto.

Sin embargo, alrededor del mediodía se había producido una especie de tregua informal en el sector del cerco más próximo a las posiciones de los guardias en la falda del alto de Cahuara. Algún personal rebelde llegó, incluso, a entrar en el perímetro enemigo, conversar con los soldados y darles cigarrillos.

No cabía duda de que era necesario acabar de resolver la situación, que ya se prolongaba demasiado. Existía aún el peligro de que el mando enemigo, en una acción desesperada e irracional, lanzara contra nuestras posiciones de Jigüe un ataque aéreo masivo, incluido el uso de napalm, que pudiera causar algún daño. Era muy conveniente disponer de una vez de las armas y el parque, que seguramente se capturarían, para emprender las operaciones ulteriores contra las demás fuerzas que habían penetrado al interior del territorio rebelde. Por otra parte, ya nuestros hombres comenzaban a sentir también el rigor del hambre y la fatiga.

La otra opción que cabía considerar, a los efectos de precipitar un desenlace, era el asalto frontal. Del éxito seguro de un ataque no nos quedaba duda. Frente a la voluntad de pelea de nuestros hombres nada podrían el agotamiento y la desmoralización de los guardias. Incluso, el Che me recomendó este curso de acción en uno de sus mensajes. Sin embargo, para una decisión de ese tipo había que sopesar muy bien el precio que tendríamos que pagar en cuanto a las bajas que inevitablemente ocurrirían entre nuestros combatientes en una operación de esa naturaleza. Convencido de que la rendición de la tropa cercada sería cuestión de horas, opté, en definitiva, por esperar el resultado del combate contra el segundo refuerzo.

Esa noche, al recibir las primeras informaciones acerca del destrozo infligido a este refuerzo, decidí enviar una carta al comandante Quevedo. Después de referirle la suerte corrida por los dos contingentes enviados por el mando enemigo desde la playa, le abundaba en las siguientes consideraciones acerca de la inutilidad de una resistencia más prolongada de su parte:

El camino de La Plata usted sabe que es como un paso de las Termópilas, que miles de soldados no podrían franquear.

Si no fuese usted el caballero que es, el hombre humano y decente que con tanta bondad ha tratado a los ciudadanos donde quiera que ha estado; si no fuese usted el jefe querido de sus soldados por el trato que les ha dado; si no fuese usted el militar de sentimientos patrióticos y democráticos, forzado por amargas circunstancias a librar esta campaña contra la razón, el derecho y la justicia, en la que ninguna honra ni gloria podría ganar, aunque la fortuna militar lo acompañara, no me dolería que pereciera usted de hambre y metralla con todos sus soldados, que en definitiva están sirviendo [a] la ignominiosa causa de la tiranía y han costado la vida de muchos buenos compatriotas. Pero mi conciencia de hombre honrado, mi sensibilidad humana hacia otros hombres en la adversidad, me imponen al menos la obligación de hacer algo por esos hombres que están ahí, engañados la mayor parte, creyendo las burdas historias que han inventado los que comercian con la sangre de los soldados de la República, y por usted, que para amargura de nosotros que lo hemos puesto en esta difícil situación, sin saber siquiera que de usted se trataba, es uno de los militares más decentes que conozco en el Ejército y que por un prurito de honor que solo se justifica en defensa de la patria y de las causas justas, sacrifique su vida y la de sus hombres en aras de la infamia. Yo tengo también un interés: ahorrar vidas de mis hombres. Tenga la seguridad que me bastaría ordenar un asalto en masa con fuerzas dos veces superiores a las que a usted le queda[n] y tomamos esa posición por muy tenaz resistencia que nos hagan, porque nuestra tropa está enardecida y nos favorecen todas las ventajas tácticas. Pero, ¿tendrían derecho a esperar sus soldados el mismo trato si nos hacen sacrificar en una batalla que ya tienen perdida, a numerosos compañeros?

Mientras tanto, ¿no comprende usted que atrincherados nuestros hombres en firmes y desfiladeros que son infranqueables, el intento de rescatar esa tropa, sería la sepultura de cientos de sus compañeros de armas sin que logran el empeño?

¿Sabe usted que las tropas están agotadas y los detenidos por desertión en la jefatura de operaciones suman centenares, en cuyo estado deplorable de ánimo no podrían vencer nuestra resistencia tenaz y resuelta? ¿Si en dos meses no han podido penetrar en ciertas zonas, cómo van a penetrar ahora por caminos mucho más fuertemente defendidos y favorecidos por el terreno? ¿No observa usted que la aviación, única arma a la que pueden ya aferrarse, no hace la menor mella en nuestras filas, y que nuestros hombres están tan cerca de ustedes que no pueden ser ametrallados y bombardeados sin que ustedes también lo sean?

¿Qué esperanza puede tener usted, Comandante, que justifique el sacrificio de tantas vidas suyas y nuestras?

¡El honor militar! ¿Y no cree usted que el honor militar exigía antes que nada, que el Ejército de la República y sus oficiales de Academia jamás hubiesen sido puestos al servicio del crimen, del robo y de la opresión?

Usted es un hombre culto y sabe que le hablo con la razón y el corazón. Tenga el valor de ser sincero con su conciencia, ser leal a ella, a la Patria y a la humanidad, y no morir oscuramente sin que la nación y sus conciudadanos se lo agradezcan ni se lo admiren, que la persona humana tiene derecho a fines más nobles. El valor de usted y su vida, hombre honrado y capaz que la patria necesita, no deben sacrificarse inútilmente.

Hay muchos prisioneros heridos de su batallón y en el combate de hoy habían ya 14 compañeros suyos heridos de gravedad en nuestro poder, que no podrán ser evacuados y atendidos como lo requiere su estado mientras la batalla se prolongue con el trabajo abrumador que imponen a nuestro personal las obligaciones militares. Tenemos concertada la

entrega de todos los prisioneros heridos a la Cruz Roja, que viene con salvoconducto del Jefe de Operaciones para el martes 22. Materialmente no podemos hacer más por ellos. Envíe a nuestra línea, si lo desea, a su médico para que se cerciore de cuanto digo.

Dígnese escuchar estas razones, no a un adversario ocasional, sino a su amigo, a su compañero de las aulas universitarias y su sincero compatriota, a quien la victoria, por estar usted de por medio y haberse derramado tanta sangre, no puede saberle más amarga.

Espero de su condición de militar de honor que devuelva al portador de esta carta, la que lleva a usted cumpliendo simplemente una orden [...].

Esta es la versión final de la carta que envié al comandante Quevedo en la noche del 19 de julio. El portador fue un soldado prisionero, me parece que cocinero, quien llevaba también la información de que nuestros hombres harían un alto al fuego hasta las 10:00 de la mañana del día siguiente. El mensajero llegó a su destino al amanecer del domingo 20 de julio, y regresó a media mañana con la respuesta de Quevedo: el jefe del Batallón 18 agradecía el mensaje, pero no tomaría ninguna decisión hasta las 6:00 de la tarde, pues había prometido al mando superior esperar hasta esa hora el resultado del combate de los refuerzos.

Poco después, Ramiro me informó que había hablado con el comandante Quevedo, quien le había dicho que resistiría hasta las 6:00 de la tarde, que si a esa hora el refuerzo prometido no había llegado, estaba en disposición de tramitar su rendición. La noticia, aunque esperada, no dejaba de ser muy estimulante. Empezaba a vislumbrarse más cercana la victoria. Todo dependía del éxito del combate contra este segundo refuerzo, de cuyo resultado no teníamos la menor duda.

Ramiro había logrado hacer contacto con Quevedo gracias a la tregua que habíamos anunciado, que se extendió, de hecho, más allá de las 10:00 de la mañana, cuando supimos la respuesta a la oferta de rendición. Durante el alto al fuego, muchos combatientes rebeldes entraron al campamento enemigo y confraternizaron con los guardias, entre ellos, varios de nuestros capitanes, como Braulio Curuneaux, Guillermo García e Ignacio Pérez.

Esa tarde, envié a Radio Rebelde un parte en el que se anunciaba la próxima victoria de la batalla contra el Batallón 18, que calificábamos de decisiva. No quise dar todavía la noticia de la rendición —en vías de tomarse el acuerdo—, por temor a que el mando enemigo reaccionara con el bombardeo de su propio personal. Además, dar enseguida la información podría precipitar la decisión de ordenar la retirada inmediata del resto de las fuerzas enemigas que habían penetrado en territorio rebelde —concretamente las estacionadas en Santo Domingo, las Vegas de Jibacoa y Minas de Frío—, sin darnos tiempo a preparar las condiciones para impedirselo. Esa tarde ordené, también, la concentración en el propio Jigüe de todo el personal rebelde en la zona, incluidas las fuerzas que habían combatido en Purialón. Previendo que la rendición sería acordada esa noche, mi intención era partir de allí al amanecer hacia La Plata con una parte del personal, el que participaría en las próximas acciones en la zona de Santo Domingo, mientras que otra parte marcharía en dirección a Mompié para intervenir en el cerco y la captura de la tropa enemiga acampada en las Vegas de Jibacoa.

Por intermedio de Curuneaux, Quevedo me avisó que a las 6:00 de la tarde subiría a entrevistarse conmigo para tramitar la rendición, y me pidió que le mandara dos caballos en los que pudieran hacer el ascenso él y el doctor Wolf, el médico del batallón. En respuesta a esta petición, a media tarde envié a Aguilerita al campamento enemigo con dos mulos y un poco de comida, y a la hora convenida bajé al encuentro del antiguo compañero de estudios.

La conversación fue cordial. A Quevedo se le veía exhausto, pero aún hacía esfuerzos por mantener una apariencia animosa. Le expliqué pormenorizadamente todo lo ocurrido desde el inicio de la batalla, y mi convicción de que la resistencia de la tropa sitiada era inútil, pues después de la destrucción de los dos refuerzos su suerte estaba decidida. Finalmente aceptó la rendición sobre la base de las condiciones que le propusimos que, en esencia, consistían en garantizar la integridad física y la atención médica del personal herido o enfermo, entregar todos los prisioneros —salvo el jefe del batallón— a la Cruz Roja Internacional lo antes posible,

algo que ya veníamos haciendo, y recoger todas las armas, excepto las cortas de los oficiales. Quevedo se comprometió a discutir estas condiciones con sus oficiales subalternos y hacerme saber una respuesta definitiva esa misma noche.

La batalla había terminado antes de que se pactara oficialmente la rendición de la tropa sitiada. Aún Quevedo y yo conversábamos, y ya un grupo de guardias había subido a nuestras posiciones a cocinar para sus compañeros. Rebeldes y soldados se mezclaban en el campamento enemigo. Alrededor de la medianoche yo mismo bajé y me metí entre los guardias, lo cual no dejaba de ser una imprudencia, pues todavía en ese momento todos conservaban sus armas. Estuve allí un buen rato conversando con ellos y no ocurrió el más mínimo incidente.

No fue sino hasta cerca del amanecer cuando comenzó la recogida de las armas y el resto del botín de guerra. La carga resultó ser tanta que hubo que mandar a pedir las arrias de mulos de la tasajera de Jiménez para poder transportarla.

En total, se ocuparon 158 armas, incluidas dos ametralladoras de trípode calibre 30, una bazuca, un mortero de 81 milímetros y otro de 60, además de parque abundante para todas ellas y granadas de mano. El balance total de las armas ocupadas durante toda la batalla era de 249.

En cuanto a los prisioneros, en Jigüe se rindieron 146 guardias. El total, contando a los capturados durante toda la batalla, ascendía a más de 240 hombres, de ellos cerca de 30 heridos. El conteo tentativo de bajas enemigas mortales fue de 41 muertos.

La mayoría de los prisioneros salieron junto con el personal rebelde hacia la zona de La Plata; otros habían sido enviados a la casa del colaborador campesino Santos Pérez, en Jigüe Arriba, donde permanecían también algunos heridos de combates anteriores. La intención era que todo este personal enemigo prisionero fuese entregado en las Vegas de Jibacoa el día 22, fecha acordada finalmente con la Cruz Roja.

Por la parte rebelde, como resultado de las acciones, tanto en Jigüe como en Puralón, tuvimos que lamentar la muerte de seis compañeros: Andrés Cuevas, Teodoro Banderas, Roberto Corría, Eugenio Cedeño, Victuro Acosta y Francisco Luna. Otro pequeño número de combatientes habían recibido heridas de poca consideración, entre ellos Pedrito Miret. Al día siguiente de la rendición, durante el traslado del personal hacia la zona de La Plata, murió como resultado de un tiro escapado, un séptimo rebelde: Luis Enrique Carracedo.

Tal como previmos, al amanecer del lunes 21 de julio emprendimos la marcha hacia La Plata. Conmigo caminaba, en el centro de la larga columna rebelde, el comandante Quevedo y su ayudante personal, un cabo de apellido Camba, quien insistió en quedarse junto a su jefe. Esa noche acampamos en el hospital de Martínez Páez, cerca de la Comandancia de La Plata. Al día siguiente, Quevedo continuó en dirección a la cárcel de Puerto Malanga, pues me manifestó su doble interés por saludar a los guardias allí prisioneros y conocer el lugar cuya ocupación había sido el objetivo concreto de su misión en la Sierra Maestra. Yo seguí camino hacia la Comandancia, adonde llegué en la tarde del martes 22 de julio.

La noticia de la rendición del Batallón 18 y de la aplastante victoria rebelde en Jigüe fue anunciada finalmente por Radio Rebelde el 23 de julio. Al día siguiente, los locutores de la emisora leyeron el parte de guerra redactado por mí en La Plata, en el que se hacía el balance pormenorizado de la batalla.

Terminaba así una de las acciones decisivas de toda la guerra. A partir de Jigüe, ya no me quedaba duda alguna del desenlace de la ofensiva enemiga e, incluso, de la derrota relativamente cercana de la tiranía.

La derrota de Sánchez Mosquera

(Capítulo 20)

El 20 de julio al mediodía, cuando todavía no se había rendido la tropa de Jigüe, escribí en un mensaje al Che:



LOS COMPAÑEROS DE RADIO REBELDE EN LA SIERRA MAESTRA.

Ya no nos falta más que soportar los bombardeos de hoy.

Manda a la zona de la Plata, donde está el hospital, a los que quieran armarse. Pienso recoger todos los rifles mendoza; armar de springfields, garand y cristóvals a la gente; distribuir automáticas entre los más viejos y cortar de inmediato la retirada a los guardias de Santo Domingo y las Vegas.

Mi plan, en efecto, era proseguir inmediatamente después de la victoria en Jigüe, casi sin solución de continuidad, con las acciones destinadas a liquidar las amenazas aún planteadas por la presencia de las otras dos agrupaciones enemigas en el interior de nuestro territorio, las tropas del Batallón 11 de Sánchez Mosquera en Santo Domingo y las dos compañías del Batallón 19 del comandante Suárez Fowler, todavía estacionadas en las Vegas de Jibacoa, maniobras que después del desenlace de la Batalla de Jigüe estábamos en condiciones de desarrollar de manera simultánea.

Como expliqué en el capítulo anterior, una vez lograda la rendición del Batallón 18, ese mismo día emprendimos el traslado de todas las fuerzas rebeldes, participantes en Jigüe y Purialón, a las nuevas posiciones que debían ocupar para el desarrollo de las próximas acciones previstas.

En el caso de Santo Domingo, desde el mismo momento de mi regreso a La Plata el 23 de julio, comencé a organizar el cerco del Batallón 11 de Sánchez Mosquera, y a preparar el dispositivo para el rechazo y la destrucción de los refuerzos que seguramente enviaría en su auxilio el mando enemigo.

Como se recordará, durante el desarrollo de la Batalla de Jigüe habían permanecido en la zona de Santo Domingo las pequeñas fuerzas rebeldes de René Ramos Latour, Félix Duque, Geonel Rodríguez, Zenén Meriño, Huber Matos y Dunney Pérez Álamo. Estas fuerzas habían sido suficientes, ya que después del Combate de El Naranjo, el 9 de julio, el batallón enemigo, estacionado en Santo Domingo, no intentó ningún movimiento.

Entre las disposiciones más importantes que adopté después de Jigüe fue ordenar a Guillermo que cubriera de nuevo con su tropa el sector norte del cerco en preparación, desde el alto de La Manteca hasta el de La Ceiba; este último, ya parte del macizo de la loma de El Brazón. A la derecha de Guillermo se situó la escuadra de Vilo Acuña. Así quedaba conformado el cerco hacia el norte y el noroeste del campamento enemigo. Hacia el Sur y el sureste se mantenían las fuerzas de Dunney Pérez Álamo, Zenén Meriño y Huber Matos, a las que se agregó ahora la escuadra de El Vaquerito.

Finalmente, en cuanto a otras órdenes para el cerco en Santo Domingo, envié instrucciones a Félix Duque para que ocupara con su escuadra posiciones en Leoncito, sobre el río Yara, unos dos kilómetros aguas abajo del campamento enemigo. Esta sería la primera fuerza con la que chocaría el Ejército si intentaba escapar por el camino del río.

En previsión del mismo procedimiento de concentrar el golpe principal a los refuerzos que pudieran venir en auxilio del batallón cercado, el día 23 transmití desde La Plata una orden a Ramón Paz, quien después de las acciones en Purialón se había trasladado con sus hombres a Puerto Malanga para ocupar lo más rápido posible nuevas posiciones a la altura de Casa de Piedra. Ese mismo día dispuse el traslado de Daniel y sus hombres también hacia Casa de

Piedra, donde debían reforzar la fuerte emboscada que prepararía Paz a la tropa que intentara subir por el río Yara en apoyo del Batallón 11. A esta emboscada destiné, además, la escuadra al mando de Hugo del Río, y se le sumó la escuadra de William Gálvez.

A estas alturas, yo no tenía la menor duda de que los siguientes movimientos del enemigo serían: uno, enviar un refuerzo a la tropa encerrada en Santo Domingo para ayudarla a salir; y dos, el intento de Sánchez Mosquera de escapar de la trampa mortal en que se hallaba. La única interrogante era qué vía decidiría utilizar el jefe enemigo para huir. La ruta natural era la del río, pero un jefe como Sánchez Mosquera seguramente vería con anticipación que esa sería la que nosotros tendríamos mejor preparada para impedirlo.

Pero antes, debo contar varios hechos que tuvieron importantes consecuencias.

Igualmente, la vía del río era la más natural para el envío de refuerzos procedentes de Estrada Palma al Batallón de Sánchez Mosquera en Santo Domingo. En este caso, Paz y Daniel tendrían la misión de detener el refuerzo a la altura de Casa de Piedra, mientras Suñol y Pinares debían posicionarse en El Salto, aguas abajo, y cortar la retirada de la tropa de refuerzo que chocaría con la emboscada en Casa de Piedra. Esta segunda parte de la operación resultaba decisiva, pues de nuevo mi intención era no solamente detener el refuerzo, sino coparlo y destruirlo.

El mismo día que llegué de regreso a La Plata después de la Batalla de Jigüe, instruí a Pinares de su misión y lo envié a cubrir sus nuevas posiciones, al tiempo que en un mensaje a Suñol le indiqué que se trasladara a El Salto y se uniera a la tropa de Pinares. Recuérdese que Pinares había asumido el mando del pelotón de Cuevas a la muerte de este en Purialón. Eran muy buenos combatientes.

Ese mismo día ordené el traslado del pelotón de Lalo Sardiñas hacia El Cacao. Mi idea era que cuando se produjera el choque del refuerzo en Casa de Piedra, Lalo apoyara la acción de Pinares y Suñol bajando hacia Providencia, con el doble propósito de impedir que escaparan los guardias que eludieran la encerrona en El Salto, y prevenir la entrada de un segundo refuerzo en auxilio del primero.

La importancia que yo atribuía a esta operación contra el refuerzo resulta evidente en el mensaje que le envié a Pinares en la tarde del día 24:

La misión tuya y de Suñol es la de atacar a los guardias por el flanco o por la retaguardia cuando choquen con Paz. Tienen que ponerse en una posición donde no puedan verlos y desde ella avanzar y atacar al enemigo por sorpresa cuando hayan chocado con Paz. Ustedes tienen hombres suficientes. No son un grupito al que puedan rodear fácilmente.

Lalo está por el Cacao para atacar también a los guardias por la retaguardia dando la vuelta por Providencia. No se puede dejar pasar a esa tropa.

Esa tarde ordené a Daniel su traslado a Casa de Piedra para reforzar a Paz. En ese momento, Daniel se encontraba en el estribo del firme de Gamboa, más o menos donde estaba antes la escuadra de Duque. Allí, yo lo había reposicionado inicialmente como parte de los preparativos del cerco a la tropa enemiga en Santo Domingo. Es elocuente el tono del mensaje que le envié:

Trasládate bien temprano con toda tu fuerza a reforzar la posición de Paz. Parece que los guardias van a subir mañana y esta puede ser la gran oportunidad ya que tenemos fuerzas dispuestas para atacar desde distintas direcciones. Otro golpe grande en estos momentos sería mortal para Batista.

Esa misma noche partió Daniel con sus hombres hacia Casa de Piedra. Portaba el siguiente mensaje mío a Paz:

Envío a esa posición un pelotón de refuerzo con gente buena. Cuida bien los firmes y no retrocedan un paso. Adviérteles a Pinal [Pinares] y a Suñol que se escondan bien para que los guardias no los descubran y que deben atacar después que hayan entablado combate contigo, no disparando hasta que no estén bien cerca del enemigo.

Para ocupar estas posiciones en el estribo de Gamboa que quedaban vacías después del movimiento de Daniel, yo mismo bajé esa noche desde La Plata con un pequeño grupo de combatientes.

Como se habrá observado, mis expectativas eran grandes para la operación planificada contra el refuerzo. Si funcionaba como debía la trampa preparada entre Casa de Piedra y El Salto, otra unidad enemiga quedaría desbaratada. Un buen golpe en este sentido podría hasta ser suficiente para provocar, como había sucedido en Jigüe, la rendición del batallón cercado. Aunque, ciertamente, las condiciones no eran las mismas.

Sin embargo, el día 24 se hicieron evidentes algunas vacilaciones entre el personal rebelde en El Salto que tendrían un efecto importante a la hora del combate. De ello es testimonio el siguiente mensaje enviado ese día por Suñol a Paz:

Yo nada más tengo un fusil ametralladora y Pinar [Pinares] otro. Yo iba esta noche a esa [a la posición de Paz en Casa de Piedra] pero es lejos y está lloviendo. Nuestra situación no es nada buena pues no es una sola columna la que se mueve hacia acá, son dos [...]. Yo no sé cómo nos veremos con dos tropas. Creo atacaremos por la retaguardia la primera y si viene la otra nos retiraremos para que entre la otra y luego veremos por dónde la atacamos. Esto está muy malo de desenredar pues está todo claro que pueden coger por donde quieran. Veremos qué pasa.

Preocupado por el tono pesimista de este mensaje, Paz me lo remitió a La Plata, de donde ya me había movido. Por eso, este mensaje me llegó muy tarde. Lo que sí recibí ese día fue una nota de Pinares en la que me informaba de su desacuerdo con las posiciones dispuestas por Suñol para su personal. Al leerla, tomé la decisión de bajar hacia Casa de Piedra para tratar de arreglar desde allí la encerrona de El Salto. Pero antes despaché el siguiente mensaje a Paz:

Tienes que decirles que no se pueden dejar ver de los guardias antes de que choquen contigo. Y, sobre todo, que no cometan errores y usen la cabeza. Adviérteles bien a Suñol y a Pinal [Pinares] que exigiré responsabilidad por cualquier error que se cometa; que la misión de ellos es atacar al enemigo por el flanco y que tienen que cumplirla cabalmente y con eficiencia.

En definitiva, no pude partir hacia Casa de Piedra sino hasta la noche del 25, después que se había producido el combate de Paz y Daniel contra el refuerzo. Por cierto, esa noche, por primera y única vez me perdí en la Sierra.

Desde un puesto de mando en el firme de Gamboa escuché el combate de Paz contra la Compañía P de la División de Infantería, al mando del capitán Abón Li —el mismo que ofreciera al final de la guerra una tenaz resistencia a Camilo en el cuartel de Yaguajay—. Esta compañía fue la encargada por el alto mando de ir en auxilio del batallón cercado en Santo Domingo. Llevaba abundantes víveres. Escuché el fuerte estallido de la mina, los disparos de morteros y bazucas, y el nutrido fuego de las ametralladoras y los semiautomáticos en el largo valle del río. El combate se prolongó alrededor de cuatro horas, pero no tenía comunicación con Paz, debía esperar los mensajeros, que llegarían, sin duda, al otro día.

Decidí partir ya casi de noche, impaciente por conocer los resultados, y si Pinares y Suñol habían copado el refuerzo. Avancé hacia el suroeste, por el bosque, en busca de la ruta. La noche estaba oscura. En el bosque no se veía una persona a dos metros. Lo peor fue cuando, tratando de acortar distancia, nos topamos con una pelúa, así llamaban los campesinos al sitio donde hubo cultivo y después creció una enmarañada e intransitable maleza. Para colmo cayó un torrencial y prolongado aguacero. Tuvimos que esperar el amanecer y buscar un camino que nos condujera al encuentro con Paz.

No fue sino hasta los primeros claros del día 26 cuando pudimos orientarnos. Habíamos ido a parar a la loma de La Gorra, todavía a cierta distancia de las posiciones de Paz y Daniel en Casa de Piedra. Por una de las microondas capturadas en Jigüe conocíamos con anterioridad algunos datos de los movimientos que planeaba el enemigo y, en particular, el envío desde Estrada Palma de un refuerzo a la tropa de Mosquera en Santo Domingo. Entre otras cosas, escuché durante el combate la orden transmitida a la tropa sitiada en Santo Domingo de salir en auxilio del refuerzo al mando de Abón Li, orden que Sánchez Mosquera, conocedor del terreno y de la presencia de fuerzas rebeldes que le cerraban el paso, no cumplió. También escuché la orden al jefe del refuerzo para que recuperara los mulos que llevaban cargados de suministros y pertrechos de guerra, a fin de no perderlos, y evitar que cayeran en nuestras manos.

Lo sucedido fue, que el día 25, la compañía había salido en camiones de Estrada Palma, y ya en Providencia, inició la marcha por el camino principal río arriba, tal como habíamos previsto. Al mediodía, llegó a Casa de Piedra y chocó con la fuerte emboscada de Paz y Daniel, reforzada, además, el día anterior, por las escuadras de Hugo del Río y William Gálvez.

Se entabló un furioso combate que comenzó con el estallido de una mina colocada en el camino y las primeras descargas de una ametralladora 30 ubicada entre las piedras del río, operada por el combatiente Orlando Avilés. La violenta acción, en la que murió el combatiente Elinor Teruel, duró cuatro horas, y los rebeldes lograron detener todos los intentos de romper la línea frontal y seguir avanzando. Finalmente, el enemigo desistió, se retiró aguas abajo y abandonó toda su impedimenta, después de sufrir gran número de bajas y comprobar la inutilidad de su esfuerzo.

Esta parte del plan funcionó a la perfección. Una vez más, Paz demostró sus excepcionales condiciones de jefe y combatiente, y contó con el apoyo decidido de su tropa y de los demás rebeldes que participaron en este segundo Combate de Casa de Piedra.

Sin embargo, la otra parte del plan, es decir, la acción de las fuerzas de Suñol y Pinares desde El Salto, para copar el refuerzo e impedir que una parte escapara, no funcionó. Inexplicablemente, en vez de avanzar hacia Casa de Piedra, cuando sintió el inicio del combate, Suñol se retiró de sus posiciones y convenció a Pinares para que lo siguiera. Sin duda, prevalecieron en su ánimo las consideraciones pesimistas manifestadas en el mensaje a Paz del día 24 —ya citado— y el infundado temor a verse encerrado entre la tropa que combatía en Casa de Piedra y otra que vendría detrás de esa, una supuesta tropa que nunca existió. En conjunto, Paz, Suñol y Pinares, disponían de casi 150 hombres, con quienes habrían podido liquidar hasta un batallón completo en movimiento. Recuérdese lo que Lalo y Zenén Meriño hicieron con menos de 30 combatientes durante la primera Batalla de Santo Domingo, contra una compañía del Batallón 22 del comandante Eugenio Menéndez, que fue liquidada. Debido a aquella vacilación, no se logró el resultado que se buscaba: la destrucción completa del refuerzo o su rendición. Por eso, el combate se prolongó tantas horas.

No obstante, el resultado de este segundo combate en Casa de Piedra fue de suma importancia. Según los informes enviados por Paz, el enemigo sufrió no menos de 11 muertos y un número indeterminado, pero cuantioso, de heridos. Se capturaron 24 prisioneros, una bazuca con 14 proyectiles, 29 fusiles Garand, nueve carabinas San Cristóbal, cuatro fusiles Springfield, una pistola, cuatro granadas de mano y 32 granadas de Garand. Se ocuparon, además, 13 mulos cargados de víveres, 30 mochilas de campaña, uniformes, frazadas, *nylons* y un equipo de radio con la clave que entraba en vigor precisamente ese día. Era un botín nada despreciable. Pero el resultado más significativo fue que se impidió la llegada del refuerzo a Santo Domingo. Suñol y Pinares me obligaron a una de las más amargas críticas que hice nunca.

Yo regresé a la zona de Santo Domingo. Con anterioridad, Sánchez Mosquera había divulgado el rumor de que se encontraba en el central Estrada Palma, en contacto con el mando superior. Solo después del combate con Paz tuve la seguridad total de que estaba en Santo Domingo con el batallón cercado. En el Combate de Casa de Piedra se ocupó correspondencia dirigida a Mosquera y hasta una botella de coñac para él. Paz me lo comunicó urgentemente con un mensajero, que a través del camino más seguro, el de La Plata, tardaría en llegar. Ese mismo

día, el coronel Sánchez Mosquera recibió la orden de abandonar Santo Domingo y dirigirse a Providencia, donde fortificaría el terreno y ocuparía posiciones junto al nuevo Batallón 22, reconstruido, y al mando del comandante Eugenio Menéndez Martínez, pues su anterior jefe sufrió un accidente.

Después del desastre del refuerzo de Abón Li, el coronel Sánchez Mosquera supo que su alto mando no podría ya reforzarlo ni abastecerlo en Santo Domingo. El astuto jefe del Batallón 11 no intentó salir por el camino del río para llegar a ese punto. Dividió sus fuerzas en tres grupos y comenzó a subir hacia el firme de El Brazón, por tres puntos diferentes.

Uno de los grupos de la fuerza de Mosquera avanzó hacia la altura, por el firme secundario de La Ceiba. El ataque sorprendió a los defensores de una trinchera del teniente Amándiz que fue ocupada, pero la escuadra resistió durante una hora aproximadamente; allí cayó el combatiente Juan Vázquez. El enemigo no pudo ocupar el firme principal de El Brazón, fortificado y defendido por las fuerzas de Guillermo García.

Al conocer la noticia de este combate y de la vía escogida por Sánchez Mosquera para escapar ordené a Lalo Sardiñas que se uniera a las fuerzas de Guillermo, y que ambos persiguieran implacablemente al enemigo que avanzaba a lo largo de toda la loma de El Brazón para causarle la mayor cantidad de bajas posible y frenar su retirada, así darían tiempo a organizar una línea de contención y rechazo que, en vista de las circunstancias, solo podría prepararse a la altura de Providencia. La ruta escogida por Sánchez Mosquera, en efecto, lo llevaría inevitablemente a Providencia, donde existía la posibilidad de cerrar desde las alturas, alrededor de ese caserío, la única salida natural posible: el cañón del río Yara, entre el firme de Providencia y el de Pica Pica. Al amanecer del 27, las fuerzas de Guillermo y Lalo continuaron la persecución del Batallón 11 que luchaba desesperadamente por escapar. Ellos no podían conocer que el jefe de la unidad que perseguían había sido herido en la cabeza, lo que supe por la microonda ocupada el día anterior a la Compañía P de Abón Li. No fue posible informarles la noticia aquella misma tarde, lo que habría sido de gran importancia para ellos.

El mando superior enemigo modificó sus planes. Abandonó la idea de fortificar los Batallones 11 y 22 en Providencia, un lugar muy próximo al llano y Estrada Palma. Con el resto del Batallón 11 iban casi dos compañías del Batallón 22. Guillermo calculó que eran alrededor de 600 hombres. El jefe del puesto de mando de Bayamo, el general Eulogio Cantillo, el 26 de julio de 1958 suscribió un documento revelador. Citaré solo las partes esenciales:

ENEMIGO:

Calidad: El enemigo posee tropas muy bien entrenadas para el tipo de operaciones (Guerrilla) que desarrolla, puesto que casi toda es natural de la región, y los Jefes llevan mucho tiempo en zona y son muy conocedores del terreno [...].

Cantidad: Varía mucho el cálculo, pero pueden considerarse entre 1000 y 2000 combatientes de primera clase, bastante bien armados. Además casi todo habitante de la zona alta dominada por los rebeldes es confidente, correo o informante (hombre, mujer o niño).

Armamento: Para esta Operación el enemigo solicitó de cada Jefe de zona, le mandara el mejor personal, con el mejor armamento, haciendo una concentración de su mejor personal y equipo [...].

A continuación, en este documento, Cantillo culpa de todo a los jefes de las tropas y compañías, que él mismo sacrificó inútilmente:

Organización: La típica de la Guerrilla: Pequeños grupos que se esconden y se infiltran dentro de nuestras tropas en marcha y a veces en alto. Ultimamente se esconden en árboles y malezas, y a la vez se lanzan sobre la Unidad sorprendiéndola y desarmándola. Se reúnen en cantidad para un golpe determinado.

Salud: Estado sanitario malo; muy desnutridos pero con mucha resistencia física. Pueden soportar días enteros en un lugar sin moverse, comer ni tomar agua.

Moral: Los últimos éxitos en copar y rendir Unidades les ha levantado mucho la moral; han adquirido gran cantidad de armamentos, parque y comida y los ha hecho más atrevidos; han adquirido también Mini-packs y PRC-10 nuestros.

EJÉRCITO:

Calidad: La calidad del Soldado actual, en casi todos los grados, es en más de un 75% de 4ta. clase para este tipo de operaciones, que supone gran resistencia física al esfuerzo [...] y la voluntad constante de buscar el enemigo y vencer.

[...] Es aconsejable retirar Unidades a terreno más favorable, donde se pueda maniobrar, disminuyendo a la vez las distancias de apoyo y abastecimientos, y donde pudiéramos, si el enemigo nos sigue y cae en nuestro juego, decidir la Campaña.

En el apartado referido a la DECISIÓN, se enumeran las unidades que deben ser retiradas de las montañas.

PLAN:

Atraer al enemigo hacia un área que nos favorece y que estará formada por puntos fuertes enlazados entre sí y con capacidad de maniobra y facilidad de abastecimientos. Además una masa de maniobras en el flanco OESTE nuestro y una reserva y Punto de Abastecimiento principal en ESTRADA PALMA.

Reorganizar nuestras fuerzas, acortar nuestras líneas, alargar las del enemigo y ponerlo en situación desventajosa.

[...]

"POR LA LIBERTAD DE CUBA".

(Fdo.) E. A. Cantillo, MMN y P

May Gen Jefe ZOpnes.

Me percaté del movimiento de Mosquera por el intenso tiroteo que se producía en el lado opuesto al punto donde nos encontrábamos. Allí estaba la línea de la fuerza de 40 hombres que, dirigida por Guillermo, había arribado a la zona procedente del Tercer Frente Oriental, al inicio de la ofensiva enemiga. Guillermo ya tenía una experiencia de combate contra Mosquera, junto a la columna bajo el mando de Ramiro Valdés al noreste de nuestro frente. Participó luego en la Batalla de Jigüe. Su tropa se duplicó después de aquella batalla y estaba bien armada. No lejos de allí se encontraba la gente de Lalo Sardiñas, más al Oeste y lista, tanto para participar en el combate contra los refuerzos como para estrechar el cerco.

Envié de inmediato un mensajero para localizar a Guillermo, ya que no existía otra forma de comunicación con los jefes rebeldes. De vez en cuando encendía el equipo radial ocupado al enemigo con el fin de interceptar las comunicaciones entre el avión de la jefatura de operaciones y las unidades de tierra, pero solo el tiempo imprescindible para no agotar las baterías.

Mientras llegaban noticias, que con seguridad tardarían, solo conocía que se desarrollaba un fuerte combate por los disparos que desde diversos puntos se escuchaban, en un área donde era imposible la observación visual. Los del Ejército eran alrededor de 600, entre el Batallón de

Mosquera y el que restaba del Batallón 22. Los nuestros, entre Guillermo y Lalo, sumaban alrededor de 130. No era, en absoluto, por allí, la probable ruta de cualquier refuerzo.

Del lado de acá del firme de El Brazón, por donde inició su retirada Mosquera, estaban los morteros, la bazuca, la escuadra de Curuneaux con la 50 y las minas.

Comenzamos a movernos en dirección a Providencia. Corríamos el riesgo de chocar con cualquier unidad de Mosquera desperdigada e, incluso, con su fuerza principal en marcha hacia Providencia, si obligada por la resistencia se desviaba por otro camino más directo. Nuestra vanguardia debió avanzar con todas las precauciones necesarias en la misma dirección.

En horas de la tarde de ese propio día escuché una comunicación entre el Batallón 11 y la avioneta del mando superior de operaciones:

—¡Coronel herido en la cabeza! ¡Coronel herido en la cabeza! ¡Manden zonzún! ¡Manden zonzún!

—¡Zonzún no puede bajar! ¡Zonzún no puede bajar!

Era la única respuesta, muy lógica, además. Aunque le habíamos ocupado la última clave a la tropa de Abón Li, no hacía falta. Zonzún era el helicóptero. Guillermo y Lalo atacaban con las ametralladoras trípode calibre 30 mm, un fusil ametralladora y muchos fusiles semiautomáticos. Bajar el helicóptero en aquel terreno irregular ¡era imposible! Pero no teníamos ninguna otra información sobre lo que ocurría. Se acercaba la noche cuando llegaron noticias de que el enemigo en retirada avanzaba por un trillo a media falda que salía de la casa de Ricardo Ríos, en dirección a Providencia.

Duque, quien marchaba con nosotros, recibió la misión de explorar y tratar de interceptar la tropa en algún punto de la falda de El Brazón. En cumplimiento de esa orden, Duque, como siempre, inquieto y temerario partió rápido por una entrada natural del terreno seguido por su tropa, porque ubicar al enemigo era de suma importancia para nosotros.

Decidimos esperar el resultado de su exploración. Pasaron 30, 40, tal vez 50 minutos; en aquella tensión era imposible calcular el tiempo. De súbito se escucharon varios disparos, y balas trazadoras cruzaron sobre nosotros a 15 ó 20 metros de altura. De nuevo, el silencio. Todo el mundo permanecía en guardia. Regresaron algunos del pelotón de Duque, pero nadie traía noticias de lo ocurrido. Caminando, sin mirar hacia atrás, había perdido el contacto con sus propios hombres. Nadie sabía de él. ¿De dónde salieron aquellos disparos? ¿Estaba Duque vivo o muerto?

En la oscura noche, igual que la del día anterior, sin luna, si hacíamos cualquier movimiento corríamos el riesgo de chocar con una fuerza amiga o enemiga. No podíamos movernos. Duque no daba señales de vida. Era necesario esperar de nuevo el amanecer.

Con las primeras luces, alguien anunció la aparición de Duque; estaba vivo, pero casi irreconocible. Sin darse cuenta por poco choca con el campamento de la desesperada tropa en retirada. Observó su descubrimiento e inició el regreso. Caminó unas decenas de metros y se encontró unos hombres armados con fusiles, comenzó a hablar con ellos pensando que eran los de su tropa que venían detrás. Cuando se percató de que no eran sus compañeros, sino que estaba conversando con soldados enemigos que montaban guardia alrededor del campamento, trató de palanquear su ametralladora, pero los guardias se abalanzaron sobre él, se abrazó con uno de ellos y forcejeó fuertemente, los otros dos o tres trataban en la oscuridad de darle culatazos en la cabeza, hasta que Duque se desprendió y corrió hacia abajo. Las trazadoras que vimos pasar eran disparos de los soldados que encontró Duque. Estaba desconocido por los golpes que recibió en la cabeza, la frente, la cara y el cuello. En algún lugar se había desplomado exhausto, donde lo despertaron las primeras luces del amanecer. ¡Cuán valioso habría sido su descubrimiento! Con nosotros estaban las armas de más poder.

El enemigo se encontraba muy cerca. Habríamos podido descubrirlos 8 ó 10 horas antes, no dejarlos descansar aquella noche, y cercarlos antes del amanecer.

¡Qué día aquel 27 de julio, a los cinco años y un día del ataque al Moncada, todavía con la esperanza de aniquilar al Batallón 11!

Guillermo, con más de 80 hombres, y Lalo Sardiñas, con más de 50, estaban posesionados de la altura dominante; tal vez el enemigo nunca hubiera llegado a Providencia, donde Paz montaba guardia con el apoyo de casi 200 combatientes.

Además, ese día, Vilo Acuña se adelantó por el firme con su escuadra y trató de formar una línea de contención en la última altura de la loma de El Brazón antes de que la pendiente se deslizara hacia el caserío de Providencia. Pero Vilo no contaba con fuerzas suficientes y, tras un corto combate en el que murió el combatiente Giraldo Aponte, *El Marinero*, el enemigo logró flanquear la posición de Vilo y proseguir su fuga precipitada. Sin embargo, Guillermo, que había continuado su persecución, los atacó por la retaguardia y les causó al menos otras dos bajas mortales, además, capturó tres fusiles Springfield, mochilas y una caja de balas.

Por la noche, los restos del Batallón 11 acamparon en las últimas estribaciones de la loma de El Brazón, a la vista ya del caserío de Providencia.

A la mañana siguiente, el día 28, el enemigo quemó toda su impedimenta, incluido parte del parque. Desde el firme de El Brazón, los combatientes de Guillermo y Lalo, ya reunidos durante la noche, contemplaron el espectáculo de la enorme hoguera y las incesantes explosiones. Evidentemente, la intención del jefe herido y de sus lugartenientes era aligerar, en todo lo posible, la carga de sus hombres para apresurar el paso en su huida, aun a costa de reducir su poder de fuego.

Los hombres de Lalo y Guillermo continuaron persiguiendo y acosando con sus disparos desde el firme, en una ruta paralela a la de los guardias, y siguieron causando bajas al enemigo en fuga.

Durante todo ese día, desde temprano en la mañana, la Fuerza Aérea del Ejército se mantuvo activa. Para apoyar a la tropa en retirada realizaron seis misiones de bombardeo y ametrallamiento que duraron hasta bien entrada la tarde, en las cuales participaron dos bombarderos B-26 y dos cazas F-47. En el teatro de combate apareció, además, un avión caza a reacción T-33. Los objetivos de ataque fueron dirigidos ese día por un avión de transporte DC-3, que operó como puesto de mando. Este aparato recibió en un ala el impacto de las balas rebeldes.

Esa tarde también le ordené a Duque que dejara su posición en Casa de Piedra, adonde lo había movido el día anterior, y dividiera su fuerza en dos. Una parte de sus hombres, al mando de Raúl Barandela, debía reforzar aún más las posiciones de Paz en Providencia. Con Barandela envié el siguiente mensaje a Paz, el propio día 27, que en uno de sus párrafos resultó premonitorio:

Pensando que hay que hacer ahí [en Providencia] una línea invulnerable y que, dado el desconocimiento exacto de la posición de los guardias, estos hombres de Duque pueden quedarse fuera de la acción y como además por la retaguardia viene avanzando un fuerte contingente nuestro, he decidido mandarte estos 43 hombres para fortalecer tu línea. Creo que así, no hay quien pueda hacerte mover de ahí.

Recuerda que es muy importante poner dos fuertes emboscadas en los caminos que vienen de Estrada Palma para que les cuiden a ustedes las espaldas. Esas emboscadas no deben abandonar su posición por ningún concepto, y si tú ves que los atacan fuerte por alguna de esas emboscadas, la refuerzas.

Mosqueda [Mosquera] viene con un balazo en la cabeza. Si esa tropa choca con ustedes queda liquidada.

Paz no coloca "las dos fuertes emboscadas en los caminos que vienen de Estrada Palma, para que le cuiden a ustedes la retaguardia".

Con la otra parte de su tropa, Duque debía tratar de interceptar a los guardias en algún punto de las laderas de El Brazón, pues había noticias de que el enemigo en fuga avanzaba por un trillo, a media falda, que salía de la casa del campesino Ricardo Ríos en dirección a Providencia.

Mientras todo esto ocurría en El Brazón fui tomando las disposiciones necesarias para crear una línea lo más sólida posible en Providencia e impedir la fuga de la maltrecha tropa en desbandada.

Esa misma tarde ordené a Paz y a Daniel que se movieran con todas sus fuerzas al caserío y, tras un rápido estudio del terreno, ocuparan las posiciones más adecuadas. Paz decidió colocarse en una parte elevada del firme de Providencia, de frente al caserío y dominando el cauce del río a su derecha, por donde consideró correctamente que deberían salir los guardias. No cerró del todo la emboscada, colocando personal rebelde en la falda del alto de Pica Pica, del otro lado del río, pues recibió la información de Aguilerita, quien había sido enviado a explorar, que ya el enemigo había tomado ese alto. Esta noticia no resultó ser exacta, los guardias nunca ocuparon el alto de Pica Pica. Al final, El Vaquerito se ubicó en el extremo de la falda de Pica Pica, del otro lado del río y del caserío de Providencia.

En su premura por ocupar en el menor tiempo posible las mejores posiciones para rechazar al enemigo en fuga, Paz tampoco tomó la precaución de cubrir su retaguardia dejando algunos hombres del otro lado del firme de Providencia, donde ya el terreno descendía hacia el llano. Esta imprevisión resultó fatal.

A la izquierda de Paz, Daniel desplegó todas sus fuerzas a lo largo de las alturas laterales del firme. Más a la izquierda, comenzando a cerrar la emboscada, el teniente William Gálvez se ubicó con una pequeña escuadra en el alto que ocupaba el cementerio del poblado.

Desde poco después del amanecer del 28 de julio, los guardias comenzaron a bajar por las faldas de la loma de El Brazón hacia el río y el caserío de Providencia. Cuando estaban a tiro de las posiciones rebeldes se inició el combate. Nuevas bajas se sumaron ese día a las ya sufridas por el Batallón 11 en su huida. La acción se prolongó varias horas, durante las cuales se logró contener el avance del enemigo.

Pero mientras esta acción estaba en desarrollo, fuerzas del reconstruido Batallón 22, estacionadas en Estrada Palma, se habían desplazado hacia Providencia para apoyar la salida de los restos del Batallón 11.

Sin encontrar resistencia consiguieron subir desde el llano al firme de Providencia y ocupar el extremo opuesto de la falda del alto de Pica Pica. Con este movimiento se colocaron, de hecho, a espaldas y al flanco derecho de la posición de Paz. Como resultado del sorpresivo fuego, mientras combatían contra los que avanzaban frontalmente cayeron el comandante Paz, el teniente Fernando Chávez y el combatiente Federico Hadfeg.

Sometidos a esta presión desde la retaguardia, los hombres de Paz se replegaron hacia las posiciones del pelotón de Daniel, quien, a su vez, había dado también la orden oportuna de retirar la fuerza rebelde de ese lugar. Todo el personal de la emboscada se movió en dirección al cementerio y hacia Palma Criolla, aguas arriba del río Providencia.

Mientras tanto, los restos del Batallón 11 trataron de salir por el río Yara. Pero no fue sino hasta después del repliegue de los hombres de Paz cuando finalmente pudieron avanzar sin peligro de caer bajo el fuego guerrillero. El grupo con la camilla de Sánchez Mosquera se detuvo del

otro lado del caserío, y cuando el camino quedó libre siguió en dirección al río, cruzó al otro lado del firme de Providencia y continuó poco más de un kilómetro hasta El Guineal, ya en pleno llano, donde se posó el helicóptero enviado por el puesto de mando de Bayamo a recoger al herido y transportarlo a Santiago de Cuba para recibir las primeras atenciones.

Según supimos después, Sánchez Mosquera quedó parapléjico como consecuencia de su herida, pero con el tiempo logró recuperar alguna movilidad. El 1ro. de enero de 1959 se fugó hacia Miami, donde los criminales de Cuba siempre encuentran refugio seguro.

La muerte de Paz, junto con la de Cuevas, apenas 10 días antes, nos privó de dos de los jefes más eficaces, combativos e inteligentes con que contaba nuestra columna. Fue, sin duda, un duro golpe, que venía a sumarse a la pérdida de Angelito Verdecia, y a la que sufriríamos dos días después con la caída de Daniel, entre las bajas más sensibles que tuvimos durante toda la ofensiva enemiga. El hecho de que cuatro capitanes rebeldes fueran muertos en combate dice mucho del arrojo y la calidad moral de nuestros jefes, que no se abstenían de estar en la primera línea junto a sus hombres.

Desde Palma Criolla, los combatientes de Paz, bajo el mando de Daniel, dieron vuelta e iniciaron la persecución y el hostigamiento del enemigo, que se retiró precipitadamente en dirección a Cerro Pelado. Esta persecución continuó hasta Peladero, cerca de Naguas, a pocos kilómetros de Estrada Palma, en pleno llano. Ya no era posible hacer más.

En el informe anteriormente citado que le envié a Celia, en la noche del 28 de julio, le dije:

Ha sido titánico el esfuerzo por atrapar y destruir el batallón completo de Mosquera que luchó desesperadamente por salvarse dejando muertos por todo el camino. Hoy contaron con el apoyo de un batallón de refuerzo por el lado de afuera y atravesaron nuestro cerco por Providencia en plena fuga por todas direcciones. A Mosquera lo pudieron sacar un rato antes en helicóptero. La 50 no había llegado, ni el mortero 81 tampoco. Se ha seguido luchando durante el día.

[...] Se han ocupado armas, balas, obuses de mortero, etc. La gente de Mosquera quemó muchos fusiles de sus muertos, así como casi todo su parque de mortero y el mortero, para que no cayera en nuestras manos. Lucharon como unos endemoniados. Aún no puedo dar los resultados completos. Seguí todos sus movimientos con el minipak y el P.R.C-10.

Y en un mensaje al Che el día 29 le pude ofrecer más detalles:

En la batalla de Santo Domingo perdimos en total 7 hombres, entre ellos Paz. En conjunto toda la operación dió un saldo de más de cincuenta armas. Todas las balas gastadas en la persecución de Mosquera se recuperaron. Se le hicieron durante la

persecución unos 30 muertos, pero es una verdadera lástima que por una serie de errores de la gente derivados del exceso de confianza no aniquiláramos al batallón completo.

El 29 de julio, al día siguiente de concluida la batalla, Radio Rebelde transmitió un extenso parte, redactado por mí, sobre la situación militar, del cual citaré algunos fragmentos:

Terminada la batalla del Jigüe, comenzó inmediatamente otra batalla de gran magnitud contra dos batallones de la tiranía, que operaban desde Providencia hasta Santo Domingo, a las órdenes del teniente coronel S. Mosquera.

Durante cuatro días se prolongó la lucha que comenzó el día 25 a las 12 meridiano contra las tropas enemigas que venían a reforzar el batallón 12 [11] acampado en Santo Domingo y concluyó ayer a las 2 de la tarde en el sitio conocido por Peladero, cerca de Nagua a varios kilómetros del central Estrada Palma. La persecución contra el batallón 12 [11] duró 42 horas consecutivas. Sánchez Mosquera, herido de gravedad en la cabeza, fué evacuado en un helicóptero ayer 28, a las 7 y 30 de la mañana. El batallón 12 [11] fue dejando por todo el

camino un reguero de muertos y llevaban tras sí una larga caravana de heridos. En el camino quemó su propio parque, de mortero y de bazoooca [...], para evitar que cayeran en nuestras manos

Reunidos más allá de Providencia los restos del batallón 12 [11] con el otro Batallón que vino en su auxilio ambos emprendieron la fuga hacia Estrada Palma, bajo el fuego de nuestras tropas que lucharon con extraordinaria agresividad.

Sin que todas las unidades rebeldes, distribuidas en el ancho frente, hayan reportado todavía los resultados totales de esta batalla, hasta ayer, el enemigo había sufrido 46 muertos, 24 prisioneros y le habían sido ocupados 29 fusiles garands, 16 ametralladoras cristóbal, 8 fusiles Springfield, miles de balas, 1 bazoooca con 20 proyectiles, dos cajas de obuses de mortero calibre 60, 15 obuses de mortero calibre 81, más de cien mochilas y otros equipos. La zona de Santo Domingo, el Salto y Providencia han quedado totalmente liberadas de tropas enemigas. Nuestras fuerzas sufrieron en esta sangrienta batalla 7 muertos y 4 heridos. [...] El Ejército rebelde ha aumentado extraordinariamente sus efectivos de combate y prosigue la lucha contra los restos de las fuerzas enemigas, que iniciaron la más grande ofensiva militar que pudo imaginarse en nuestra República, con 14 batallones de infantería y siete compañías adicionales, apoyada por una flota aérea y unidades blindadas. Armadas ahora con las bazooocas ocupadas al enemigo, nuestras columnas pueden batirse contra los tanques de la tiranía.

La ofensiva se ha convertido en fuga desesperada.

Como dice el parte leído por Radio Rebelde, en todas estas acciones, sin contar el combate contra el refuerzo en Casa de Piedra, el enemigo sufrió nada menos que 100 bajas, de ellas 46 muertos y 24 prisioneros. Se capturaron más de 50 armas y miles de balas. A pesar de que no se logró el objetivo de destruir completamente el Batallón 11, lo cierto es que esta unidad quedó diezmada y desarticulada, y dejó de existir como entidad combatiente. Pero lo más importante es que el enemigo se vio obligado a abandonar la montaña, y el sector nordeste de nuestro territorio base quedó liberado de forma definitiva. Por eso, consideramos que el resultado de esta segunda Batalla de Santo Domingo —que más propiamente debería llamarse Batalla del río Yara, porque se de-sarrolló a todo lo largo del río, desde Santo Domingo hasta Providencia—, constituyó otra resonante victoria rebelde.

Sin embargo, no voy a negar que entonces me quedó un gusto amargo por no haber logrado la destrucción completa del Batallón 11. Errores cometidos por varios de nuestros capitanes contribuyeron a que no se lograra un resultado aún más contundente, que estábamos en condiciones de haber alcanzado.

El caso más claro fueron los fallos de Pinares y Suñol, que se dejaron confundir por el rumor de que había una fuerza enemiga en su retaguardia y no coparon el grueso del Batallón de Abón Li, que chocó con Paz en Casa de Piedra, lo cual motivó una de las críticas más severas que formulé durante toda la guerra, aún antes de que las dos compañías que dejaron escapar atacaran a Paz desde las alturas, detrás del firme de Providencia, cuando preparaba la línea de combate para impedir la fuga del Batallón 11.

Escuché que de un avión DC-7 daban la orden de disparar desde las alturas que yo había indicado ocupar con suficiente antelación, para que la posición de Paz no fuera vulnerable. Experimenté una gran amargura, oía las órdenes que daba el enemigo, pero no podía comunicarme por radio con los jefes de nuestros combatientes.

Otro caso fue el arranque irreflexivo de Duque, pues su escuadra hubiese podido retrasar la huida de los guardias o, incluso, contenerla.

Pero no viene al caso detenerse hoy en esos errores, que en su momento nos sirvieron a todos de experiencia. Lo que importa es que, a estas alturas, había sido totalmente liquidada la grave amenaza planteada en dos de los tres sectores de la ofensiva enemiga, los dos más críticos

por el peligro inmediato que representaban para el núcleo central de nuestro territorio en torno a La Plata. Quedaba ahora liquidar el tercero, para lo cual estábamos en óptimas condiciones.

Victoria en Las Vegas de Jibacoa

(Capítulo 21)

En el mensaje ya citado que le envié al Che el 20 de julio, horas antes de la rendición del Batallón 18 en Jigüe, le anunciaba que emprenderíamos las dos operaciones simultáneas contra las fuerzas enemigas en Santo Domingo y las Vegas de Jibacoa, le adelantaba también que él estaría al frente de esta segunda misión. El Che me contestó con una noticia en la que me pedía conversar personalmente conmigo porque mis "proyectos dobles" le parecían "demasiado arriesgados". Al final quedó convencido de que eran no solo recomendables sino factibles, cuando supo el volumen del botín capturado en Jigüe y Purialón, y la posibilidad real de contar, a partir de ese momento, con más de 300 hombres armados.



EL CHE INTERROGA AL CADETE EVELIO LAFERTÉ, PRISIONERO DE LAS TROPAS REBELDES.

Yo había decidido priorizar la operación contra la tropa de Santo Domingo, en primer lugar porque seguía siendo la más peligrosa y porque su liquidación constituiría un golpe muy serio, casi mortal, al enemigo, tanto en el plano material como moral. Pero, además, era en las Vegas de Jibacoa donde habíamos pactado con la Cruz Roja efectuar el 22 de julio la entrega de los guardias

prisioneros en Jigüe.

Sobre los preparativos de esta entrega, el Che me envió el 21 de julio un mensaje en el cual, entre otras cosas, me decía lo siguiente:

Recuerda que hay que trazar un plan para mañana, pues ya la Cruz Roja mandó preguntar hora. Hay que traer todos los heridos de abajo y mandar un mensajero a las Vegas. El plan era el siguiente: Comunicarle al comandante de las Vegas, por medio de una mensajera femenina, la hora en que se iniciará la entrega y anunciarle que será en la casa de Bismark; previamente, tomar los altos de Bismark y el firme de enfrente con un par de escuadras; advertir que si la aviación continúa tan activa no podemos hacer la entrega a esa hora y deberá esperarse al anochecer; admitir que en la casa de Bismark debe estar el representante de la Cruz Roja con autoridades, sin hacer ostentación de fuerza y decirle el número aproximado de heridos, advirtiéndole que en próximas entregas se darán más prisioneros enfermos.

Por otra parte, en ese mensaje, el Che se quejaba de la falta de noticias mías: "[...] ya pasa de castaño oscuro tu silencio". Casi de soslayo me informaba que Minas de Frío estaba sin novedad, y concluía con estas palabras que eran reflejo elocuente de nuestro estado de ánimo por los acontecimientos victoriosos de Jigüe: "Hace falta un trago para festejar esto dignamente".

La mensajera femenina a que hacía referencia el Che resultó ser Teté Puebla, eficaz colaboradora de Celia, quien tuvo una participación destacada en este episodio y más adelante sería la segunda jefa del pelotón femenino Mariana Grajales. La casa, en cuestión, era la tienda del colaborador campesino Bismark Galán Reina, que durante mucho tiempo sirvió como puesto de mando de Celia en sus tareas de aseguramiento de nuestro esfuerzo guerrillero, hasta que tuvo que evacuarla ante la inminencia de la entrada del enemigo a las Vegas de Jibacoa.

Ese mismo día, Radio Rebelde informó:

Mañana martes 22 de julio a las 2 de la tarde, esperamos entregar a la Cruz Roja Internacional los militares heridos que están prisioneros del Ejército Rebelde desde hace varios días.

Aceptado por el jefe de operaciones enemigo que la entrega de los prisioneros heridos se efectúe en la zona de Las Vegas de Jibacoa, adonde pueden llegar vehículos motorizados y el Delegado Internacional de la Cruz Roja, Sr. Peirre Jecqier [Pierre Jacquier] y sus acompañantes, dichos heridos han comenzado a ser trasladados por el territorio libre de Cuba hacia esa zona.

Queda solo que dicho jefe de operaciones ordene a los aviones enemigos que suspendan su ametrallamiento y bombardeo, mientras se efectúe la entrega de los heridos al delegado de la Cruz Roja Internacional.

Ha sido precisamente esa región una de las más castigadas por el napalm y las bombas explosivas, en estos días.

Inmediatamente que termine el proceso de entrega de los heridos, pueden reanudar los aviones de la tiranía sus ametrallamientos y bombardeos, que a nosotros los rebeldes no nos impresionan esos raids aéreos, a lo que ya estamos más que acostumbrados.

Nuestra protesta contra los bombardeos se refiere solamente a que se aplican criminalmente contra la indefensa población campesina.

Los médicos rebeldes han hecho esfuerzos increíbles por salvar y mejorar a esos soldados heridos, lográndolo en muchos casos, a pesar de la carencia de recursos médicos y de la cantidad de heridos.

Esperamos que mañana estén en las manos humanitarias y protectoras de la Cruz Roja Internacional esos prisioneros heridos.

En la mañana del día 22, el Che recibió el siguiente mensaje del capitán Carlos Durán Batista, jefe de la tropa ubicada en las Vegas, con quien ya el Che había establecido una comunicación mutuamente respetuosa:

Comandante de la Columna 8

Sierra Maestra

Señor: En contestación a su escrito, debo informarle que he recibido órdenes del General Jefe de la Zona de Operaciones para que la garantía tanto para los heridos como para cualquier otra persona que llegue a este Puesto. El acuerdo de la Cruz Roja Internacional así como cualquiera otro entre caballeros y humanos será siempre respetado por mí y por las tropas a mi mando.

Debo informarle asimismo que la Cruz Roja a esta hora no ha llegado a este Puesto, pero ya tenemos conocimiento que llegará de momento. No obstante, si Ud. lo estima puede evacuar heridos que estime y serán atendidos hasta tanto por nuestro Departamento de Sanidad, con todo lo que se pueda y con la misma garantía de la Cruz Roja.

Créame por nuestra parte haber tomado buena nota de su carta e informarlo a la superioridad para que por otras unidades también se cumpla.

Con el respeto y consideración que merece le reitero el saludo.

Nótese el tono de este mensaje y el reconocimiento implícito por parte del jefe enemigo al enfrentar, no el cabecilla de una banda de forajidos, como hacía ver la propaganda del Ejército, sino un verdadero adversario digno y organizado. Vale apuntar que el capitán Durán Batista no

cometió crímenes ni abusos durante su estancia en las Vegas y, después de su captura por el Che, solicitó permanecer entre nosotros y mantuvo una actitud decorosa y cooperativa hasta el final de la guerra.

A este mensaje, el Che respondió de inmediato con una extensa comunicación que fue llevada personalmente por Teté Puebla al puesto de mando enemigo en las Vegas. Por su significación, vale la pena reproducirla de forma íntegra en estas páginas:

Estimado Capitán: Contesto urgentemente su comunicación de esta misma fecha con el fin de aclarar algunos conceptos de su carta y anunciarle, además, que, dadas las seguridades ofrecidas por usted enviaré los heridos más graves sin esperar la llegada de la Cruz Roja Internacional.

Estos heridos están algo alejados de aquel puesto y, dado los pésimos caminos de la Sierra, no puedo adelantarle una hora fija de llegada. Deben estar prevenidos esta noche por si podemos hacerlos llegar en el curso de la misma. Le reitero la seguridad de que la tregua será estrictamente cumplida por nosotros. No obstante, queremos saber el alcance exacto de la misma para abstenernos de hacer movimientos militares en esa zona, evitando así choques que pudieran empañar este hermoso acto de confraternidad en el dolor. Para nosotros son necesarias 48 horas a partir de la llegada del delegado de la Cruz Roja Internacional, anunciada por Radio para las 2 p.m. del día de mañana. A partir de ese instante, quedarán automáticamente rotas las hostilidades, salvo indicación expresa en contrario. Debo aclararle además que, para nosotros la tregua existe estrictamente en la zona de Las Vegas, rogándole a usted me comunique antes de las 6 a.m. cuál es el alcance que da su Estado Mayor a la misma.

Obviando responsabilidades, debo comunicarle que los heridos se moverán en las zonas comprendidas entre los vértices siguientes: las Vegas, Mina del Frío y Altos del Jigüe; si se repite el bombardeo y ametrallamiento que sobre esa zona se efectuó hoy, pueden ocurrir desgracias lamentables.

No es exageración mía al advertirle esto, ya que por orden expresa de nuestro Comandante Jefe, Fidel Castro, entregaremos, además de los heridos, a todos los sobrevivientes del Batallón 18 de Infantería, dirigido por el comandante Quevedo, que se rindieran a nuestras fuerzas. Tomamos esta decisión basados en razones humanitarias, por el grado de desnutrición a que había llegado esa tropa luego de resistir 10 días de cerco, en heroico cuanto estéril sacrificio.

[...]

Deseando estrechar su mano en más felices circunstancias para Cuba, y en rueda de compañeros, se despide cordialmente de usted,

Che

Comandante de la Columna No. 8 "Ciro Redondo"

El general Eulogio Cantillo, jefe de la zona de operaciones, firmaba el 22 de julio en el puesto de mando de Bayamo una directiva para la evacuación de heridos y prisioneros donde establecía que la operación se efectuaría al día siguiente, a las 2:00 de la tarde. La Cruz Roja se movería de Manzanillo o Bayamo hasta Yara y Estrada Palma, y formaría un convoy de camiones y *jeeps* para llegar a las Vegas ese mismo día o al siguiente por la mañana. En esa directiva, el general Cantillo aclaraba lo siguiente:

El trato a los rebeldes en caso que acompañen a los heridos debe ser cortés pero firme, no dejándoles pasar de las avanzadas de la Unidad, ni fraternizar con la tropa, y requiriendo su regreso tan pronto entreguen heridos y prisioneros.

El 23 de julio, en horas de la mañana, Faustino Pérez y Carlos Franqui llegaron con un grupo de heridos a las Vegas y firmaron, en nombre del Ejército Rebelde, el acta de entrega de estos primeros 15 guardias heridos, los más graves. En el curso del día, después de la llegada del convoy de la Cruz Roja, encabezado por su delegado Pierre Jacquier, comenzó a brotar del monte e ingresar al campamento enemigo la impresionante caravana de 238 prisioneros, incluidos otros 42 heridos, para el total de 253 guardias entregados ese día. Es importante decir que la entrega se desarrolló normalmente, sin incidentes, y que la tregua acordada fue respetada por las dos partes.

Si alborotadora fue la presencia de una mujer guerrillera —Teté Puebla— entre los guardias, más revuelo aún causó la sorpresiva llegada del Che, quien bajó en un mulo desde Mompié y compartió un buen rato en la casa de Bismark con los representantes de la Cruz Roja y los jefes de la compañía sitiada. Hasta sus buenos tragos de coñac bebieron juntos, con lo que el Che se adelantó unilateralmente a su ofrecimiento de celebrar las más recientes victorias. Ya el Che había comenzado a convertirse en leyenda, y los guardias no desestimaron la oportunidad de poder ver al comandante guerrillero argentino.

No hay que insistir en lo que significó este acto de entrega de heridos y prisioneros, que, por supuesto, fue silenciado por la propaganda enemiga. Sin embargo, de inmediato se corrió entre las filas de todas las unidades participantes en la ofensiva el testimonio vivo de estos guardias, tanto por el trato humanitario recibido como por las potencialidades efectivas de las fuerzas rebeldes, capaces de derrotar y rendir un batallón completo, destruir sus refuerzos y capturar en combate tan numerosa cantidad de prisioneros. Por nuestra parte, se trataba de una demostración elocuente de la ética con la que se desarrollaba la lucha del Ejército Rebelde. No tengo la menor duda de que esta primera entrega de prisioneros en las Vegas de Jibacoa tuvo una influencia importante en el curso posterior de los acontecimientos.

Cumplido este interludio, estábamos en condiciones de reiniciar las operaciones para lograr la rendición de la tropa enemiga cercada en las Vegas de Jibacoa, la única que a estas alturas quedaba en el interior de la montaña tras la retirada hacia Las Mercedes, el 27 de julio, de las fuerzas que habían ocupado Minas de Frío, e incluso, las establecidas en San Lorenzo, en cumplimiento del nuevo plan de operaciones enemigo a que hice referencia en el capítulo anterior.

Ya el 25 de julio, el Che había distribuido todas sus fuerzas en las alturas que rodeaban el campamento enemigo, concentrado en el pequeño llano entre las casas de Bismark y Santiago Torres. En este sector actuarían las escuadras de Joel Iglesias, José Ramón Silva y Luis Crespo. El Che y otras escuadras rebeldes se habían situado en la falda de la loma de El Desayuno, directamente sobre el único camino por el que tendrían que tomar los guardias de la Compañía 92 si quisieran escapar. Desde esas posiciones, el Che controlaba de manera total cualquier movimiento, y se hallaba dispuesto, no solo a cerrar en El Desayuno un intento de huida, sino también a golpear al enemigo en retirada desde la retaguardia.

Por su parte, siguiendo nuestra ya probada estrategia, Camilo y sus hombres, se habían colocado en la falda exterior de la loma de La Llorosa, preparados para rechazar cualquier intento de refuerzo a la tropa sitiada, tanto del Batallón 17 desde Las Mercedes como del Batallón 23 desde Arroyón.

Recuérdese que el único acceso a las Vegas desde el llano era a través del estrecho camino que pasaba por la loma de El Mango y atravesaba luego la de El Desayuno, donde discurría a lo largo de un desfiladero entre la abrupta falda de esta loma y el cañón del río Jibacoa, que en esa región fluía entre enormes piedras y grandes pozas, algunas de ellas las más espectaculares de toda la Sierra.

En este tramo del camino, que apenas daba paso a un vehículo, fue donde pudo haberse montado una resistencia efectiva, en ocasión de la entrada del enemigo en las Vegas. No se logró entonces, como vimos en su momento, pero yo estaba decidido a que esta vez el terreno sería aprovechado al máximo por nuestras fuerzas, y que allí se produjera una nueva victoria.

Además, quienes dirigirían la operación eran nada menos que el Che y Camilo, y bien sabía yo que ellos no conocían la palabra vacilación.

Lo importante era que si esa constituía la única ruta de acceso a las Vegas, igualmente iba a ser la única de escape de la tropa sitiada en ese lugar. Resultaba impensable que el Ejército intentara otro camino, pues cualquier variante lo conduciría más al interior de la montaña, y a estas alturas, en las condiciones físicas y morales en que se encontraba la tropa enemiga de las Vegas, no había en absoluto otra posibilidad que la de intentar la huida. Por otra parte, no salir por el camino planteaba la empresa, casi imposible, de escalar la impresionante mole de La Llorosa o la no menos escarpada falda de El Desayuno. El jefe de la Compañía 92 no podría imitar a Sánchez Mosquera y sorprender con un movimiento fuera del camino existente.

El 26 de julio, el mismo día en que comenzó la retirada del Batallón 11 de Santo Domingo, el Che me informó en un mensaje que la tropa de las Vegas estaba completamente sitiada e, incluso, proponía lanzar contra ella un ataque en regla esa noche, seguro de que se rendirían en un par de horas. Pero cambió de idea y decidió esperar, pues recibió noticias de que el capitán Durán Batista, quien se había dado cuenta de que su posición era desesperada, estaba dispuesto a negociar.

Al mediodía del 28 de julio, el Che me pidió autorización para acordar con el capitán enemigo la salida del personal sitiado, previa la entrega de todas sus armas y pertrechos. Ese mismo día, el Che recibió una comunicación del comandante Armando González Finalé, jefe del Batallón 23 ubicado en Arroyón, en la que le proponía una entrevista. De inmediato, el Che despachó un mensajero con la siguiente nota al capitán Durán:

Obra en mis manos una comunicación del comandante Fífnale [Finalé] en que me invita a conferenciar. Ud. sabe que mañana será tarde para eso y trato de ahorrar sangre. [...] Debe saber también que está rodeado y no puede esperar ayuda del exterior; eso solo traerá más sangre para ambos bandos pero principalmente para uds.

Si realmente no acepta esta entrevista, correspondiendo a mi caballerosidad debo aconsejarle que deje las casas y se proteja en trincheras; todos los altos son nuestros. Yo le ofrezco dejarlo salir de allí con todos sus hombres y conservando las armas cortas, sin cumplir con el trámite de ser prisioneros, es lo más que puedo ofrecer dado el número de hombres que tengo sobre ese punto y la seguridad absoluta de que están perdidos.

Recurro a sus sentimientos patrióticos para que [no] anteponga falsos orgullos y evite una sangría inútil.

Durán le respondió al Che que al día siguiente le enviaría su contestación o iría personalmente a entrevistarse con él, pero debía antes informar de la oferta a su jefe inmediato y que, además, estaba esperando un convoy de suministros, por lo que le era imposible moverse en ese momento.

Pero los acontecimientos se precipitaron. El alto mando de la tiranía había decidido enviar al Batallón 23 en auxilio de la compañía sitiada en las Vegas. Ese era el "convoy de suministros" a que se refería Durán Batista, y que chocó inevitablemente con las emboscadas de Camilo en El Mango.

El mismo día 28, antes del combate contra el refuerzo, Camilo me envió el siguiente mensaje:

Estoy en la posición que me indicó el Che, tengo bien explorado todo y estoy rogando para que algún Dios ignoto nos traiga una tropa por este lugar. Tengo el "jamo" preparado para pescar por lo menos 25 ó 30, ayer cuando el fuego grande en S. Domingo, los de Arroyones corrieron como locos, el pánico se ha apoderado de las Tropas enemigas, las noticias corren veloces, parece [que] ya saben los últimos leñazos que hemos dado.

Ese día varios camiones con guardias y suministros salieron del campamento de Arroyón. El convoy de refuerzo, compuesto por tres compañías de infantería, estaba apoyado por dos tanques ligeros T-17 y una batería de obuses de 75 milímetros que se ubicaron en el alto de La Güira. El dispositivo estaba a las órdenes del teniente coronel Ferrer da Silva. Una de las tanquetas T-17 precedía la caravana, al mando de la cual viajaba el capitán Victorino Gómez Oquendo, jefe de la compañía de tanques del puesto de mando de Bayamo. Los vehículos se movieron sin novedad hasta el entronque del camino que sube desde Las Mercedes, y prosiguieron su cuidadosa marcha en dirección a Los Isleños y, más allá, a la loma de El Mango.

Desde sus posiciones en la falda de La Llorosa, los hombres de Camilo vieron acercarse al enemigo. Arriba, la aviación bombardeó y ametralló las posiciones donde presumía que estaban ubicados los combatientes rebeldes. Abajo, directamente sobre el camino, preparado con minas y zanjas para impedir el paso de los vehículos, estaban las escuadras de los capitanes Orestes Guerra y Lázaro Soltura. Cuando el convoy penetró en el tramo donde el camino se estrechaba, entre el farallón de la loma y el cañón del río Jibacoa, los rebeldes abrieron fuego. Los camiones se detuvieron y los guardias saltaron a tierra y buscaron protección. La tanqueta siguió avanzando, mientras sus ocupantes permanecían confiados dentro del blindaje. Pero al otro lado del río, desde las posiciones ocupadas en la loma de El Desayuno por la escuadra de César Suárez, de la tropa del Che, se sintió el sordo sonido característico de un disparo de bazuca. Para sorpresa de todos, sin embargo, la tanqueta no retrocedió. En cambio, tras unos segundos en los que parecía que el vehículo blindado iría hacia atrás, la tanqueta aceleró la marcha, bajó hasta el río, lo cruzó y comenzó a subir por el camino de El Desayuno. Dos o tres bazucazos más no dieron en el blanco, y pronto la T-17 rebasó la fusilería rebelde y logró penetrar en las Vegas para gran algarabía de las avanzadas del campamento enemigo.

Por su parte, los hombres de Camilo se habían lanzado sobre el resto del convoy paralizado. Algunos guardias optaron por desprenderse hacia el río y lograron escapar. En definitiva, el grueso del refuerzo fue detenido y capturados los suministros. Los guardias sufrieron 16 muertos y numerosos heridos, entre ellos el propio teniente coronel Ferrer da Silva. Tras la retirada del enemigo, los rebeldes dieron fuego a un *jeep*, un tractor y un camión comando; también ocuparon fusiles, cajas de raciones de campaña, granadas de fusil, cananas y balas.

Sobre la tanqueta enemiga que logró filtrarse hasta las Vegas de Jibacoa hay un elemento anecdótico que vale la pena registrar en estas páginas. El capitán Gómez Oquendo fue recibido por sus compañeros de armas con efusivas expresiones de reconocimiento debido a su coraje y decisión. Oquendo, hombre campechano y modesto —quien después de su captura, al día siguiente, pidió permanecer en nuestras filas—, pronto cortó las felicitaciones y explicó lo siguiente, según me contaron después y me ratificó el propio Gómez Oquendo:

No, no, esperen, no fue valor. Lo que pasó fue que, al sentir el primer bazucazo, como no pudimos ubicar la procedencia del disparo para responder con nuestro cañón, di la orden de retroceder. Pero, producto del nerviosismo del conductor, la marcha atrás se trabó y no hubo forma de lograr movernos. En esas circunstancias éramos un blanco fácil para otro bazucazo. Di entonces la orden de avanzar a toda máquina, y tuvimos la suerte de poder pasar.

Fue, en la práctica, una huida hacia adelante.

Al día siguiente del combate en la loma de El Mango y el rechazo del intento de refuerzo a la tropa sitiada en las Vegas, el Che recibió a dos oficiales de la Compañía 92 enviados a conferenciar por el capitán Durán. La respuesta que transmitieron fue que el jefe de la tropa agradecía la propuesta del Che pero no la aceptaba, pues el "honor militar" no le permitía entregar sus armas sin combatir. En vista de ello, el Che declaró reabiertas las hostilidades.

Esa misma tarde, después de pegar candela a sus provisiones y parte de sus balas, la Compañía 92 dio comienzo a su intento de huida. De inmediato el Che ordenó a todas sus escuadras que iniciaran la persecución y el hostigamiento de la tropa en fuga, mientras las fuerzas rebeldes en la loma de El Desayuno intentaban cerrar la vía de escape del enemigo,

con el apoyo de las fuerzas de Camilo desde El Mango. En la persecución de los guardias participaron, entre otras, las escuadras de los capitanes Joel Iglesias, José Ramón Silva y Luis Crespo; y desde El Desayuno y El Mango cerraron la salida las escuadras de los capitanes César Suárez, Orestes Guerra y Lázaro Soltura. Camilo y el resto de su personal contuvieron y rechazaron los intentos del Batallón 23 desde Arroyón por auxiliar a las tropas de las Vegas.

El combate se prolongó con intensidad hasta el anochecer. Un balance preliminar realizado esa misma noche por el Che, y el informe que me enviaron, daba cuenta de 40 guardias prisioneros, ocho muertos y cinco heridos. En definitiva, el total de prisioneros ascendió a 98, prácticamente la compañía completa. Fue capturada la tanqueta T-17 casi intacta, con un cañón de 57 milímetros, un mortero con 80 obuses, dos ametralladoras de trípode calibre 30, varios fusiles automáticos Browning, 20 carabinas San Cristóbal, 40 fusiles Springfield y 20 000 balas, entre otros pertrechos. En la acción fue hecho prisionero el capitán Gómez Oquendo, y entre nuestras bajas solo resultó herido el combatiente Angelito Frías.

A la hora de redactar ese informe, el capitán Durán no había sido capturado, pero se tenía la información de que estaba herido. Fue hecho prisionero a la mañana siguiente. Este valiente y caballeroso oficial también optó por quedarse con nosotros en la Sierra, y tanto él como Gómez Oquendo, junto con el comandante Quevedo, prestaron valiosos servicios durante los meses finales de la guerra, en los contactos y negociaciones con los jefes enemigos.

Con esta acción, las Vegas de Jibacoa quedaba definitivamente liberada, y una nueva unidad enemiga, en este caso la Compañía 92, resultó destruida y anulada como entidad combatiente. Era otra victoria rotunda. Ahora solo quedaban, en las cercanías de la montaña, las fuerzas enemigas de los Batallones 23 del comandante Finalé, acampado en Arroyón, y 17, del comandante Corzo, estacionado desde el comienzo de la ofensiva en Las Mercedes. En ese orden, fue sobre ellas que decidimos actuar de inmediato, con la victoria definitiva al alcance de la vista.

El Combate de Jobal

(Capítulo 22)

Al anochecer del 29 de julio, al día siguiente del término de las acciones contra el Batallón 11 de Sánchez Mosquera, llegué con 250 hombres a las posiciones de Camilo en la loma de La Llorosa. Nunca antes en toda la guerra se habían reunido tantos combatientes rebeldes. Desde Providencia bajaron conmigo las fuerzas de Guillermo García y Lalo Sardiñas —ascendidos por orden mía desde el 23 de julio, junto con Ramón Paz, al grado de comandante—, así como los hombres de Daniel, a quien se había subordinado la tropa que comandaba Paz, y las escuadras al mando de los capitanes Pinares, Calixto García, Huber Matos y Eddy Suñol, y de los tenientes Hugo del Río, William Gálvez, Félix Duque, El Vaquerito y otros.

RENÉ RAMOS LATOUR (DANIEL), EN LA SIERRA MAESTRA.

Mi intención inicial era atacar el refuerzo que trataría de apoyar la salida de la tropa sitiada en las Vegas. Pero al conocer el desenlace de las acciones de ese día, decidí entonces tomar las disposiciones necesarias para proseguir de inmediato a la captura y destrucción de la tropa enemiga situada en Arroyón.

En este sentido, mi preocupación inmediata era conocer si el Che había llegado por fin a algún tipo de entendimiento con el jefe de esa tropa, el comandante Armando González Finalé. Al recibir la noticia de que no se había llegado a ningún acuerdo, nuestras manos quedaban libres para preparar la operación destinada a



liquidar aquella fuerza enemiga, que actuaba en el exterior del cerco de las Vegas de Jibacoa.

Esa misma noche distribuí los hombres que traía y los envié a sus respectivas posiciones. Guillermo y Lalo, con 130 hombres y una bazuca, debían ubicarse en la zona de Cuatro Caminos, a media distancia entre Cerro Pelado y Arroyón. Allí su misión sería contener y rechazar cualquier refuerzo procedente del Cerro o de Estrada Palma que intentara acudir en apoyo del Batallón 23, una vez que este fuese atacado. Teníamos noticias de que una numerosa fuerza enemiga había llegado a Estrada Palma, obviamente, con la intención de socorrer a las tropas de Arroyón y Las Mercedes. Guillermo ubicó a su gente en la falda de la loma de Los Popa, mientras Lalo distribuyó sus hombres en la loma de Estrella Bello. Desde allí dominaban el camino que sale del Cerro hacia Arroyón, por donde debía pasar el refuerzo.

Por su parte, Daniel recibió la encomienda de preparar una fuerte emboscada en algún punto escogido por él entre Arroyón y Cuatro Caminos. Su misión sería detener la salida del Batallón 23 de Arroyón. Yo estaba convencido de que el intento de escapatoria de esta tropa sería el próximo paso del Ejército en su ya derrotada ofensiva. En todo caso, de no producirse este movimiento, Daniel avanzaría al día siguiente sobre la posición enemiga, mientras Camilo atacaría desde El Mango y La Llorosa por la retaguardia. En cualquiera de las dos variantes, la victoria estaba asegurada.

Para esta parte de la operación, Daniel contaba con unos 120 hombres, pues se le habían sumado, entre otras, las fuerzas de Pinares y las escuadras de Hugo del Río, William Gálvez y Calixto García. Poco después del amanecer, Daniel decidió finalmente disponer su emboscada en Jobal, en un punto donde el camino de Arroyón baja a una pequeña cañada y cruza el arroyo del mismo nombre. Colocó una mina en el cruce del arroyo y distribuyó a sus hombres a lo largo del firmecito que se extiende del otro lado de la cañada. Los combatientes apenas tuvieron tiempo de preparar unas cuantas trincheras poco profundas. El terreno en que se encontraban era casi llano, con predominio de potreros y solo algunos cayitos aislados de monte.

A pocos metros del camino, sobre la línea misma de la emboscada rebelde, estaba la casa del campesino Porfirio Enríquez, quien junto a su esposa recibió con amabilidad a los combatientes y les brindó café —hoy el rústico banco de madera sobre el que se sentó Daniel a tomar café se conserva en el pequeño museo de Las Mercedes—. Cuando el matrimonio campesino supo que en breve habría un combate, tranquilamente escondieron sus pocas pertenencias en el monte, se despidieron de los rebeldes y marcharon en busca de un refugio seguro.

Estando en la casa de Porfirio Enríquez, Daniel recibió un mensaje con el aviso de que Lalo y Guillermo se habían retirado de sus posiciones en vista de la rendición del enemigo en las Vegas, y se movían rumbo al alto de El Espejo. De inmediato, Daniel decidió enviar a Pinares con 40 hombres a cubrir el camino que viene de Estrada Palma para proteger su retaguardia. Pero poco después de la salida de Pinares llegó otro mensaje en el que le informaba de mi orden a Lalo y a Guillermo para que ocuparan nuevamente sus posiciones, y Daniel mandó a buscar de regreso a Pinares.

"Esto es el final de Batista", apunté en un mensaje que envié a Lalo y a Guillermo en la madrugada del día 30, cuando ya ellos estaban en camino. En el mismo mensaje les ratificaba las instrucciones que llevaban, e informaba que el resto de los hombres que habían llegado conmigo estaban siendo situados en la loma de La Herradura, como parte del cerco que, al mismo tiempo, estaba organizando contra la tropa estacionada en Las Mercedes.

En la mañana del 30 de julio le envié a Celia, quien había permanecido en La Plata, un extenso mensaje en el que le comunicaba de las disposiciones tomadas y le agregué:

Aunque tenía muchas ganas de ir esta madrugada a las Vegas para disfrutar el placer de verla otra vez en nuestras manos, bajé con los hombres que traía para distribuirlos más abajo de Arroyones y en el firme de la Herradura, frente a las Mercedes para tratar de que no escapen las tropas que quedan. Los hombres nuestros han realizado un esfuerzo extraordinario; han

estado de batalla en batalla por espacio de cinco semanas consecutivas. Es increíble lo que han resistido.

Me imagino tú tendrás deseos también de bajar a las Vegas, si yo puedo llegaré hasta allí por la noche o la madrugada.

Tengo la sensación de que todo concluirá pronto y en medio de la alegría por las victorias que son la culminación de tantos sacrificios y esfuerzos, me siento triste.

Tal y como yo había previsto, la fuerza enemiga en Arroyón inició esa misma mañana el movimiento en dirección al Cerro y Estrada Palma. A esta tropa se le había sumado un refuerzo procedente de Las Mercedes. Al frente venía el comandante Roberto Barragán. En la vanguardia, marchaba la Compañía 84 del Batallón 21, al mando del capitán Bonilla León. A continuación, las Compañías 91 y 93 del Batallón 19, con una tanqueta T-17; al parecer, estas fuerzas habían reforzado días antes al Batallón 17 en Las Mercedes. Cubría la retaguardia de la larga columna el Batallón 23 del comandante Armando González Finalé. La tropa marchaba acompañada por una tanqueta T-17, una batería de cuatro obuses de 75 milímetros y una batería de morteros.

Cerca de las 11:30 de la mañana, la punta de vanguardia de la columna alcanzó el cruce del arroyo de Jobal. La mina colocada en el lugar no explotó. Daniel ordenó tirar y se inició el combate. La vanguardia enemiga fue sorprendida por los disparos de los fusiles rebeldes y de la ametralladora 30 —manejada por Orlando Avilés— que desde el inicio causaron las primeras bajas enemigas. Transcurrida una media hora, los rebeldes advirtieron que el volumen de fuego enemigo disminuía, lo que aprovecharon para exhortar a los guardias a la rendición.

Daniel ordenó un alto al fuego y con un grupo de combatientes salvó la distancia que lo separaba del camino. Desde allí pudieron observar que de los 32 hombres que componían la punta de vanguardia, solo uno estaba en pie, aunque con las piernas heridas; los demás se encontraban muertos o heridos graves, entre ellos un teniente. Daniel dispuso que algunos combatientes trasladaran a los heridos hasta la casita junto al camino, y con el resto de los hombres comenzó a avanzar temerariamente hacia el grueso de la tropa enemiga, que no cesaba de disparar. Lograron avanzar unos 100 metros hasta el rancho donde vivía el campesino Manuel Rodríguez. Daniel decidió emplazar junto al rancho la ametralladora 30 y un fusil automático Browning.

La aparente disminución del fuego enemigo fue debido a que el comandante Finalé había ordenado desplegar su batería de obuses a unos 500 metros apenas de las posiciones rebeldes. La artillería comenzó entonces un fuego directo sobre nuestras líneas. En el aire, la aviación ametralló y bombardeó con insistencia. Esa tarde participaron en la mortífera descarga de bombas, cohetes y balas calibre 50 sobre las posiciones rebeldes, dos bombarderos B-26, dos cazas F-47 y dos cazas a reacción T-33.

Mientras tanto, el Batallón 20, al mando del capitán Caridad Fernández —el asesino de Manzanillo, culpable, entre muchos otros crímenes, del asesinato de Juan Manuel Márquez a raíz del de-embarko del *Granma*—, había salido del Cerro en auxilio de la tropa de Arroyón, pero poco después caía en la emboscada dispuesta en Cuatro Caminos por las fuerzas de Guillermo y Lalo. Tras un intenso combate, fue contenido el avance de este refuerzo, que poco después se retiró.

En Jobal, los rebeldes siguieron combatiendo con energía y lograron detener la retirada de la tropa del Ejército, a pesar de la lluvia de proyectiles de obuses calibre 75 que caía sobre sus posiciones.

Desde el mismo borde delantero de la línea rebelde, protegido malamente por la pared de yaguas del rancho de Manuel Rodríguez, Daniel disparó y animó sin cesar a los hombres a su alrededor. Una parte de sus compañeros estaba compuesta por santiagueros procedentes de las filas clandestinas de esa ciudad, de quienes Daniel había sido también el comandante en la

lucha del llano, y quienes le profesaban una especial admiración por la forma brillante en que asumió la dirección del Movimiento 26 de Julio y la lucha en Santiago después del asesinato de Frank País, justo un año atrás, el 30 de julio de 1957.

Un obús enemigo impactó directamente sobre el rancho donde estaba ubicado Daniel. La explosión no lo mató al instante, pero fueron tan graves las heridas y tan fuerte la hemorragia interna que el heroico jefe guerrillero quedó exánime. El obús hirió también de gravedad a Orlando Avilés. Los dos combatientes fueron retirados por sus compañeros hacia una cañada. Entretanto, se corrió la voz, con timbres de angustia, entre las filas rebeldes: "Han matado al comandante. Han matado al comandante".

La aparente muerte de Daniel, su querido jefe, provocó el desconcierto entre los rebeldes. El fuego contra el enemigo mermó. Algunos comenzaron, incluso, a retirarse; otros, entre ellos Pinares, Fernando Vecino y Rigoberto Fernández, conocido como Rigo Montañés, repuestos rápidamente, trataron de reorganizar la resistencia rebelde. Pinares vociferó a pleno pulmón para inyectar nuevos ánimos a los abatidos combatientes.

Los gritos sobre la muerte del líder rebelde fueron escuchados en las líneas enemigas, lo cual indujo al jefe de la tropa a redoblar el esfuerzo por escapar. Esto, más el debilitamiento general de la resistencia, provocó, al cabo, que los guardias lograran flanquear las posiciones rebeldes y consiguieran proseguir su retirada en dirección a Cerro Pelado. Ante la superioridad del enemigo, lo descubierto de su posición y la situación de desaliento creada entre las filas rebeldes, Pinares ordenó la retirada.

Después del combate contra el refuerzo, Lalo y Guillermo replegaron sus posiciones hacia la loma de Estrella Bello, y el enemigo pudo completar su ya desorganizada retirada, no sin antes sufrir nuevas bajas.

El cuerpo casi sin vida de Daniel fue llevado a la casa de Antonio Estrada, en El Hormiguero, desde donde de inmediato se mandó a buscar un médico rebelde a las Vegas de Jibacoa. El Che, seguido por Sergio del Valle, bajó a la carrera desde las Vegas al conocer la noticia. Pero ya no había nada que hacer, y Daniel expiró finalmente a las 6:00 de esa misma tarde.

Como consecuencia directa de su muerte, no se logró el objetivo de copar y destruir la tropa enemiga de Arroyón. No obstante, se alcanzó el propósito estratégico de la operación, que era desalojar a esa tropa de su posición y liberar ese vasto sector de la premontaña. El enemigo sufrió no menos de 20 muertos y 17 heridos. Otra de sus unidades quedaba diezmada y desmoralizada.

La batería de obuses estuvo a punto de caer en nuestras manos, en el parte de guerra redactado por mí y leído por Radio Rebelde, el 1ro. de agosto, se comunicaba lo siguiente con relación al Combate de Jobal y la muerte de Daniel:

A las 4 de la tarde nuestras fuerzas volvieron a hacer contacto con la tropa enemiga en plena retirada, ocasionándole nuevas bajas, en la acción de ese día, murió cuando avanzaba al frente de sus hombres el Comandante Rebelde René Ramos, Daniel, como se le conocía clandestinamente, Secretario de acción además, del Ejecutivo del Movimiento 26 de Julio, que perdió así en combate un valioso compañero más, cuya muerte, al año exacto de haber caído su antecesor en el cargo, Frank País, constituye una pérdida sensible para nuestra organización y nuestro Ejército; pero al revés de Frank País, Daniel no cayó asesinado inerte, murió con el arma al brazo en el campo de batalla, y ello es un consuelo en medio del dolor.

En un mensaje que le envié al Che el 31 de julio, le decía:

Ayer por la noche no me moví porque físicamente no podía más y el resto de la gente estaban por el estilo. Creo además, que la gente está rindiendo mucho menos que días anteriores [como] consecuencia del agotamiento general y de la muerte de distintos oficiales. La de Daniel ayer frustró los mejores frutos de la emboscada.

Al día siguiente del Combate de Jobal me trasladé a un alto contiguo al aserrío de los hermanos González, en Jobal Arriba. Uno de ellos, Luis González, había establecido contacto días antes con nosotros, y manifestado su disposición a colaborar. En ese lugar decidí instalar mi puesto de mando mientras durase la última operación que nos quedaba por realizar: el cerco al Batallón 17 en Las Mercedes.

La Batalla de Las Mercedes: los primeros cuatro días del cerco

(Capítulo 23)



El mismo día 29 de julio, cuando dispuse el traslado de Daniel a la emboscada de contención de la tropa de Arroyón, y el de Guillermo y Lalo a la emboscada contra el eventual refuerzo enemigo, envié otra fuerza bien equipada hacia Las Mercedes. En esencia, la operación de Las Mercedes estaba concebida según el mismo esquema ya probado con éxito en ocasiones anteriores, es decir, un cerco a la tropa principal, y una fuerte línea de contención y rechazo a cualquier posible refuerzo que pudiera venir en auxilio de la tropa cercada. Pero en este caso había que tomar en cuenta nuevas consideraciones.

En primer lugar, la operación de Las Mercedes debía desarrollarse en un terreno de características diferentes. El relieve en Las Mercedes, si bien no era completamente llano, era mucho menos accidentado que en el interior de la montaña. El pequeño poblado de Las Mercedes, donde se encontraba acampada la fuerza enemiga, estaba rodeado casi en su totalidad por pequeñas ondulaciones o colinas de potreros, en su mayoría, desprovistas de monte. Por el suroeste, los altos de La Güira —donde Cuevas había sostenido un exitoso combate el 19 de junio— y de Jigüe —otro Jigüe, por supuesto, no el de la gran batalla del Sur— cerraban en arco el panorama. Por el sureste, a partir del mismo caserío, el terreno se elevaba de forma repentina hacia el alto de El Moro y, más allá, la loma de El Gurugú, posiciones que habían sido ocupadas en momentos anteriores por escuadras de Raúl Castro Mercader y otros capitanes rebeldes en la subida hacia el firme de la Maestra en la zona de San Lorenzo. Sin embargo, al Este, el terreno se deslizaba súbitamente hacia el llano, con destino a la zona de Bajo Largo y, más allá, El Jíbaro y Jibacoa. Hacia el Norte, Las Mercedes eran separadas del llano por el largo arco de la loma de La Herradura, donde había hecho su primera resistencia efectiva la escuadra de Angelito Verdecia el primer día de la ofensiva enemiga por este sector.

En segundo lugar, partiendo de la premisa de que cualquier refuerzo que intentara socorrer a una tropa sitiada en Las Mercedes utilizaría con mayor probabilidad el camino de carros desde Estrada Palma y el Cerro hasta este poblado, la operación contra el refuerzo tendría que desarrollarse en un terreno completamente llano y desprovisto de vegetación boscosa significativa.

Y en tercer lugar, las mismas características del terreno y la existencia de este camino permitirían al enemigo utilizar todos los medios mecanizados de que pudiera disponer en ese refuerzo. Estoy refiriéndome no solo a camiones y tanques ligeros, sino también, pesados. Era una posibilidad bien concreta que necesariamente tenía que figurar en nuestros planes. En consecuencia, debíamos sacar el mayor provecho a cuantas minas pudiésemos plantar en el camino, y a cuantas bazucas de las capturadas empleáramos, para lo cual el gran inconveniente era la falta de personal entrenado en el uso de esta arma.

El régimen de Batista no habría podido resistir el cerco y la destrucción de su más famoso batallón de combate, el número 11, y su más experimentado jefe, prácticamente en nuestras manos. Tampoco impidieron la captura de su batería de obuses y el resto de las fuerzas cercadas en Arroyones.

Teniendo en cuenta estos factores, el 29 de julio, cuando distribuí los 250 hombres que traje conmigo hasta La Llorosa, destiné no menos de 100 de ellos a la operación de Las Mercedes. Había decidido encomendar al Che la dirección del cerco. Al día siguiente de la captura de la tropa de las Vegas, mientras se desarrollaban las acciones en Jobal y Cuatro Caminos, el Che se movió con todo su personal hacia Las Mercedes, y cubrió todo el sector sur del cerco, desde el alto de El Moro hasta el de Jigüe. Aquí el Che repartió posiciones entre las escuadras de Joel Iglesias, José Ramón Silva y otros jefes que después participaron en la columna invasora. Comenzaba a dibujarse el cerco, aunque aún no podía considerarse que estaba completo en la zona más llana. Para reforzarlo en ese mismo sector, la mañana del 31 de julio envié una escuadra al mando de Reinaldo Mora, que se ubicó junto al camino de El Jíbaro en previsión de cualquier avance enemigo desde Cayo Espino por el camino de Purial de Jibacoa y El Jíbaro.

En cuanto al rechazo del refuerzo, decidí colocar la línea principal a la altura de Sao Grande, a dos kilómetros aproximadamente de La Herradura, ya en pleno llano. Era, a mi juicio, el lugar más conveniente a lo largo de todo este trayecto, o mejor sería decir, el de menos inconvenientes. En este punto, el camino atravesaba el pequeño caserío de Sao Grande y, por lo menos, tenía algunas curvas que podrían facilitar cierta sorpresa frente a la avanzada enemiga.

Para allí envié inicialmente a Félix Duque, a El Vaquerito, a Luis Crespo, Eddy Suñol y otros grupos. En total, unos 50 hombres, a quienes esa noche se sumó el combatiente Felipe Cordumy provisto de una bazuca. Poco después dispuse el traslado de Crespo y su escuadra para reforzar más aún el sector sureste del cerco en Las Mercedes, que me parecía el más vulnerable.

El mismo día de las acciones en Jobal y Cuatro Caminos, sin perder un minuto, indiqué el traslado de Guillermo y de los combatientes más antiguos de las fuerzas de Daniel, subordinadas ahora a Pinares, a una zona difícil del cerco de Las Mercedes: las colinas en torno al cementerio, entre el poblado y la falda interior de la loma de La Herradura. No había que ser adivino para prever que ese sería el sector por donde el enemigo trataría de romper el cerco, pues se trataba de la dirección que lo llevaría de manera más directa a la relativa protección de las fuerzas acantonadas en el Cerro y Estrada Palma. Era, por tanto, el sector que debía ser más reforzado.

La otra fuerza de reserva, la de Lalo Sardiñas, fue movida esa misma noche hacia el alto de Jigüe, con instrucciones de apoyar a Guillermo en caso de un intento de ruptura del cerco por el sector del cementerio. Recuérdese que los pelotones de Guillermo García y Lalo Sardiñas habían sido ubicados desde el día anterior en Cuatro Caminos, como parte de la operación contra la tropa de Arroyón.

Todos estos movimientos se realizaron a pesar de que todavía, a la altura de esa noche del 30 de julio, no teníamos aún certeza de la presencia enemiga en Las Mercedes, pues se habían recibido algunas informaciones confusas acerca de que los guardias habían evacuado la posición junto con la salida de los de Arroyón. Para aclarar el asunto, esa misma noche, mientras yo me movía por la zona de Jigüe en torno a Las Mercedes, el Che envió a Raúl Castro Mercader con algunos hombres a realizar una exploración por las cercanías del campamento enemigo, la cual arrojó como resultado que, en efecto, en Las Mercedes todavía permanecía un buen número de soldados.

A las 2:10 de la madrugada del 31 de julio, el Che le envió un mensaje a Camilo, quien permanecía aún en una falda de la loma de La Llorosa, donde le informaba:

En las Mercedes quedan guardias, los vamos a atacar. Avísale a Fidel para que movilice el mortero, que nos sería muy útil, y tú puedes bajar también, pues allí no haces nada. La trípode, sobre todo nos viene muy bien.

Hay que hacer contacto con Fidel. Daniel murió a las 6 de la tarde. Mándame el detonador de la bomba con toda urgencia.

Poco después, a las 3:30 de esa misma madrugada, Camilo respondió:

Che, el detonador se lo llevó Fidel junto con la bomba. Trataré de hacer contacto con él, no ha venido nadie y no sé dónde puede estar. Tengo que dejar unos hombres aquí por si viene algún mensaje que nos lo manden enseguida.

Ahora mismo movilizaré la gente para bajar lo más rápido posible.

Tendremos que buscar a Fidel a rumbo, no tengo a nadie, creo, que conozca el camino.

En esa misma respuesta, Camilo advirtió al Che sobre sus planes de ataque:

[...] debes tener mucho cuidado al avanzar, los planes de Fidel eran también cercar los guardias en las Mercedes. Cuídate con una confusión y te entren creyendo son tropas enemigas. No me luce lo más acertado avanzar sin coordinar planes.

En la noche del 30 de julio, en efecto, el Che y Camilo perdieron contacto conmigo durante algunas horas. Yo me había movido hacia el alto de Jigüe, detrás de Las Mercedes esa misma noche. Me acompañaban unos 40 combatientes, entre ellos, Pedro Miret con dos morteros y la ametralladora 50 de Curuneaux. Mi intención era bombardear con los morteros las posiciones enemigas por la madrugada. Al final no lo hicimos; por una parte, por temor a la inexperiencia de nuestros improvisados morteristas y, por otra, porque nos dimos cuenta de que los proyectiles de los morteros de 60 milímetros se encontraban en mal estado.

A pesar de no tener noticias mías, Camilo y sus hombres se prepararon de inmediato en la noche del 30 de julio para abandonar La Llorosa y avanzar hacia Las Mercedes, cumpliendo las indicaciones del Che, quien a las 6:45 de la mañana del 31 de julio respondía a Camilo sobre su preocupación de que fuera a caer bajo el fuego rebelde:

El ataque está coordinado, pues tengo contacto con la gente de Suñol, a través de él con Huber y también hice contacto con Lalo y Guillermo. Las Mercedes están sitiadas, no sabemos cuántos soldados serán, pero están bien atrincherados y bien distribuidos. El problema del detonador es grave pues no puedo hacer contacto con nadie que tenga uno bueno y es la garantía de que Suñol no dejará pasar refuerzos o las tropas de adentro. En estos momentos doy instrucciones para que no se tire un tiro si no tratan de salir.

Tú puedes venir a la noche y mandarle este plano a Fidel. Los trabajos de arreglo del tanque no han seguido por este ajetreo y temo me lo jodan.

El plano al que hace referencia el Che era un croquis confeccionado por él de las primeras posiciones del cerco.

El Che había decidido iniciar las acciones esa misma noche, aun cuando los guardias no hicieran ningún movimiento durante el día. Así se lo informó a Camilo en el mismo mensaje: "Esta noche se puede atacar coordinadamente a una misma hora todas las postas. Pásalo".

Desde su llegada a Las Mercedes el 26 de mayo, el comandante Corzo Izaguirre, jefe del Batallón 17, había instalado su puesto de mando en el centro mismo del poblado, en una buena casa perteneciente a Sarita Álvarez, quien prestó innumerables servicios a nuestras

fuerzas. Desde allí, Corzo había disfrutado durante dos meses de una estancia relativamente tranquila. Pero le había llegado la hora de tener que entrar en acción, y él lo sabía.

En vista de los acontecimientos de los días anteriores, el comandante Corzo estaba consciente de que cada minuto que permaneciera en Las Mercedes iba en contra de la integridad de su tropa, y no tenía otra alternativa que escapar de la montaña.

Antes de proseguir, debo apuntar que, después de la liberación de Las Mercedes, la casa de Sarita Álvarez se utilizó durante varias semanas por el Che como su propio puesto de mando, y fue donde terminó de reorganizar su Columna 8 Ciro Redondo, para la invasión a Occidente. En este lugar se efectuó la segunda entrega de prisioneros —principalmente de los guardias capturados en las Vegas— después de concluida la batalla. En el portal de esa casa murió a finales de agosto el combatiente manzanillero Beto Pesant, a quien le estalló en las manos un obús de mortero, mientras trataba de desarmarlo.

Muy a tiempo fueron tomadas todas las disposiciones preparatorias del cerco, pues el comandante Corzo, sin pensarlo dos veces, intentó el 31 de julio, al día siguiente del Combate de Jobal y la huida del Batallón 23, salir de la ratonera en que se encontraba. Con esta acción se inició la Batalla de Las Mercedes, la última operación de la famosa ofensiva, que duraría toda una semana, durante la cual no se dejó de combatir ni un solo día.

A las 9:00 de la mañana, el Batallón 17 intentó romper el cerco. Se entabló el combate que duró todo el día hasta el anochecer, y a pesar de todo su esfuerzo, el enemigo fue eventualmente rechazado de nuevo hacia Las Mercedes. En el parte de guerra leído por Radio Rebelde el 1.º de agosto, se informó lo siguiente:

La batalla continuó durante todo el día de ayer, la noche y la madrugada de hoy. Refuerzos enemigos están en marcha desde Estrada Palma, en un esfuerzo desesperado por impedir que éste batallón también sucumba ante el empuje arrollador de nuestras fuerzas. La batalla se desarrolla con empleo de aviación, de tanques y artillería, por parte del enemigo, y con empleo de morteros y bazookas por nuestra parte. La lucha se libra ya en el llano, cada vez más distante del macizo montañoso de la Sierra Maestra.

En realidad, nos estábamos adelantando un poco a los acontecimientos. Ese día no hubo lucha contra ningún refuerzo ni tuvimos que emplear todavía la bazuca. Aunque parezca increíble, el mando enemigo no hizo el menor intento por acudir en ayuda de la tropa que trataba desesperadamente de escapar. La única conclusión que cabía sacar es que aún no habían reunido en Estrada Palma las fuerzas que consideraban suficientes. Quizás estaban esperando por la llegada desde Bayamo de los tanques pesados Sherman.

Al final de ese mismo parte, por cierto, Radio Rebelde anunció de forma errónea por su cuenta:

Reiteramos nuestro llamamiento urgente a la Cruz Roja Internacional, a fin de que envíe delegados al central Estrada Palma para entregar 160 prisioneros, muchos de ellos, heridos, algunos de suma gravedad.

Donde no exageraba del todo la información de Radio Rebelde era en lo que respecta al uso de morteros por parte nuestra, pues ya había mencionado que intentábamos utilizarlos desde la noche del 30 de julio.

El mismo 31 de julio, mientras se desarrollaban los primeros combates, recibí, por intermedio de dos guardias prisioneros, información exacta de que las tropas sitiadas constaban de unos 370 soldados con abundante armamento, incluida una tanqueta T-17, dos bazucas, dos morteros de 81 milímetros y 12 ametralladoras calibre 30. Además, estaban fuertemente atrincherados en posiciones estratégicas, que de atacarse, tomadas por asalto, el resultado sería un alto costo de vidas. Por ello, ordené a todas las fuerzas rebeldes construir trincheras e iniciar el hostigamiento y la reducción sistemática del campamento enemigo.

También había decidido, coincidiendo con la apreciación del Che, que las posiciones anteriores de Camilo en La Llorosa y El Mango carecían ya de sentido después de la rendición de la tropa enemiga en las Vegas de Jibacoa. Sin embargo, en el esquema que estaba diseñando figuraba enviar a Camilo a sustituir a Lalo y a Guillermo en sus posiciones en Cuatro Caminos. A mi juicio, estas posiciones en aquel lugar eran una pieza clave en el combate contra el refuerzo, pues llegado el momento, no solo presionarían desde el flanco, sino que también podrían envolver el refuerzo por la retaguardia. Por tal motivo, en la madrugada del 31 de julio, logré interceptar el movimiento de Camilo hacia Las Mercedes con la orden de que se posicionara en Cuatro Caminos para actuar contra el refuerzo.

A la 1:00 de la tarde del propio día 31, Camilo recibió noticias de mi llegada al aserrío de Jobal Arriba. De inmediato, me informó en un mensaje:

[...] se está peleando en las Mercedes desde por la mañana, tenemos dos heridos no graves. Aquí están Guillermo y Lalo, hace un rato llegó [Reinaldo] Mora. Le envió el plano que me mandó el Che.

Necesitamos un detonador. Todo marcha bien. La próxima esperamos mandarla desde Bayamo.

A la 1:10 de la tarde, antes de recibir este mensaje de Camilo, le escribí al Che:

Desde esta mañana tengo lista la artillería y la 50, y 40 hombres. Estoy situado en un alto de donde se divisa la zona de combate. Pero es imposible mover los mulos sin que los divisen los aviones.

Con los morteros 60 apenas se puede contar pues explota 1 de cada 5 obuses. Por eso no pude bombardearlos ayer de madrugada. Pero espero que el 81 dé óptimos resultados.

Hay que mantener inmovilizados a los guardias hasta la noche. Por la tarde tendré esta tropa cuidando la entrada de cualquier refuerzo por Cuatro Caminos y por la noche la movilizaré para preparar un ataque con apoyo de mortero.

Esta mañana mandé un pelotón con Reinaldo Mora hacia las Mercedes.

Guillermo pasó también hacia ese rumbo. Con Lalo no he hecho contacto pero él sabía que tenía que movilizarse hacia allá.

Y, por último, le comunicaba:

A juzgar por las comunicaciones interceptadas, Corzo es el que está encerrado en las Mercedes. El tanque de ellos parece que ha sufrido tres impactos. Han pedido balas para ametralladoras 30 y agujas para la cristóbal.

Yo subiré por el camino de Arroyones hacia la loma del Jigüe, excepto que los guardias se desplacen, en cuyo caso trataremos de interceptarlos por cualquier dirección.

Y en una posdata, le agregaba: "Esta vez creo que te daré chance de sacarme una muela, pues me tiene muy jodido".

Desde mi puesto de mando en Jobal Arriba, seguía todo el tiempo los movimientos del enemigo mediante el equipo de microonda ocupado. De ahí que a las 3:50 de la tarde pude enviarle un mensaje al Che en el que le informé:

Viene un refuerzo con dos tanques, aunque no sé el punto exacto, pero supongo sea por el camino de Sao Grande. Un tanque le decía al otro que tomara precauciones, "sobre todo al llegar al río".

Aunque venga el refuerzo y logre entrar, el asunto es cuestión de bazoocas. Yo creo que deben ir para el punto donde tengan que venir los refuerzos. Esta noche le podemos meter el ataque general apoyado en los morteros.

Y finalizaba: "Recibí el plano. Yo estaré por allá sobre las 8 y 15 p.m.".

Pero no fue sino hasta algo más de las 9:00 de la noche cuando pude llegar junto con los combatientes que me acompañaban al alto de Jigüe. Allí hice rápido contacto con el Che. Le informé las medidas adoptadas, incluido el envío de Camilo a Cuatro Caminos, y conocí en detalle la disposición del cerco de la tropa de Las Mercedes.

Después de cambiar impresiones sobre la situación, el Che partió con Pedro Miret y la escuadra de morteros con la intención de ubicarlos donde pudieran realizar por la madrugada un ataque al campamento enemigo.

Miret ocupó posiciones para comenzar el ataque, pero la falta de una exploración previa del terreno provocó que los primeros disparos realizados no fueran efectivos. En vista de ello, Pedrito decidió retirarse para no seguir malgastando proyectiles, y en espera de poder localizar bien los objetivos enemigos.

Esa madrugada, el Che ordenó realizar una nueva exploración del campamento enemigo en Las Mercedes, esta vez a cargo de una patrulla perteneciente al pelotón de Lalo Sardiñas, al mando de Silvio García Planas. El grupo se acercó tanto al sector de los guardias que el amanecer los sorprendió en una posición comprometida a orillas del río Jibacoa, de la cual no podían retirarse sin riesgo de ser descubiertos. Silvio y sus hombres quedaron atrapados y se vieron obligados a permanecer ocultos todo el día a orillas del arroyo Jibacoa, para intentar retroceder cuando cayera la noche.

A las 5:25 de la mañana, el Che me envió el siguiente informe:

Se recibió noticias de la gente; vino uno de ellos. Entró en el arroyo y no puede salir hasta la noche. En el tanque [...] tienen que tener otra microonda; sería muy importante para mí para poder tomar determinaciones rápidas.

De los demás lugares no se ha reportado nada. Lo malo es que Pedrito y esa gente se fueron. Ahora no pueden estudiar la posición para tirar y de noche suceden cosas como las de hoy. El tanque sería utilísimo de día pero de noche se anula, pues no puede llegar a la posición de los soldados y ellos están muy bien atrincherados, son como 50 en cada firme. Lo que sí podría hacer es tomar las Mercedes, pero necesita el apoyo de la bazuca para su colega.

Se refiere el Che a la tanqueta capturada en las Vegas de Jibacoa, la cual, desde entonces, tratábamos de poner en funcionamiento para incorporarla a la batalla.

Al amanecer, la aviación comenzó a ametrallar las posiciones rebeldes, aunque sin resultado apreciable alguno. Ese día, el enemigo no realizó ningún intento por romper el cerco y las fuerzas rebeldes continuaron hostilizando su campamento.

El Che ordenó ubicar la ametralladora 50 de Curuneaux, manejada en esta ocasión por Gonzalo Camejo, en un firme cercano, pero su dotación equivocó el lugar y se situó en una posición demasiado descubierta, batida fácilmente por la aviación y el fuego de las ametralladoras 30 y los morteros enemigos, ubicados en puntos bien fortificados, por lo que decidió retirarla de inmediato. A las 9:30 de la mañana, el Che me informó del resultado improductivo de esta maniobra:

La aviación no dio mucha candela, pero todo lo nuestro fue una mierda. El firme que había señalado no era y resultó que la 50 estaba bajo el fuego de las 30, sin trincheras y los morteros estaban dando en cualquier lado.

Esa tarde, cumpliendo instrucciones de Guillermo, Huber Matos avanzó sus posiciones en la loma de La Herradura, estrechando un poco más el cerco al campamento enemigo.

En mi puesto de mando, me enteré por el equipo de microonda que refuerzos enemigos estaban en camino desde Estrada Palma, en un intento de impedir que el batallón cercado en Las Mercedes sucumbiera ante el empuje rebelde. Esa tarde le envié un mensaje a Suñol alertándolo de ello, y le agregué:

Confío en que no dejen pasar por ahí [por Sao Grande] los guardias. Atrinchérate bien. Esta batalla se gana no dejando pasar los refuerzos.

Por el lado de Cuatro Caminos tenemos una fuerte tropa.

Hay una patrulla encargada de hostilizar a los guardias por la retaguardia cuando choquen contigo.

La fuerte tropa en Cuatro Caminos era, como ya dije, la de Camilo. La patrulla era una escuadra dirigida por Rafael Verdecia, *Pungo*.

El 2 de agosto, tercer día de la batalla, los guardias de Las Mercedes intentaron de nuevo tres veces romper el cerco, y tres veces fueron rechazados por la gente de Guillermo, y obligados a regresar a sus trincheras. Ese día, el Che le aconsejó a Guillermo:

Si fuera posible, deja salir un poco de tropa para meterle mano fuera de sus trincheras. Suspende los tiros innecesarios. Ponle mucho ojo a los tanques que hay dos abajo, el de arriba parece que está averiado.

Si llegan a irse hay que caerles atrás hasta donde vayan.

Ya el Che estaba previendo la posibilidad de que un refuerzo apoyado por los tanques pesados Sherman cuya llegada a Estrada Palma ya conocíamos, pudiera lograr romper el cerco rebelde y sacar a la tropa sitiada. De ahí, su indicación de perseguir implacablemente a los guardias en retirada, hasta el propio Estrada Palma si fuera necesario. En cuanto a la tanqueta enemiga ubicada en Las Mercedes, ese día fue inutilizada de manera definitiva por un certero bazucazo disparado desde el alto de El Moro por el combatiente Herman Marks, norteamericano de la tropa del Che con experiencia en el manejo de la bazuca por su participación en la guerra de Corea. Esta tanqueta enemiga aún hoy está en Las Mercedes, en el mismo lugar donde recibió el impacto devastador del bazucazo, como testimonio material de la victoria rebelde contra la ofensiva.

La aviación continuó atacando con persistencia las posiciones rebeldes. Ese día los ataques aéreos causaron la muerte del teniente Godofredo Verdecia, de la tropa de Guillermo, y resultó herido el combatiente Félix Mendoza, de las fuerzas del Che. Sin embargo, durante toda la jornada, a pesar de los ataques de la aviación enemiga, continuó el hostigamiento de las fuerzas rebeldes al batallón cercado.

En vista del fracaso del intento de utilización de la ametralladora 50, desde mi puesto de mando en Jobal Arriba, mandé a buscar bien temprano a Braulio Curuneaux y la dotación de la ametralladora. Para mí estaba claro que esa arma sería más efectiva en el combate contra el refuerzo. Mi intención era reunirme con Curuneaux en el aserrío de los González, darle instrucciones precisas y enviarlo esa misma noche a su nueva posición.

Aunque todo parecía indicar que el principal esfuerzo por socorrer a la tropa sitiada provendría desde la dirección de Estrada Palma, no podía desecharse la posibilidad de que el mando enemigo intentase un esfuerzo secundario desde la dirección de Cienaguilla y El Jíbaro, donde había concentrado algunas fuerzas. Por eso, envié poco después del mediodía el siguiente mensaje al Che:

Acabo de recibir tus dos notas sobre Fonso [Alfonso Zayas] y lo del mortero.

Yo había sugerido el envío de aquel a la zona de Cienaguilla por considerar que aquella era una tropa llamada a ser enviada de refuerzo y me parecía conveniente que apenas se moviera encontrara resistencia y no pudiera llegar fácilmente a Jíbaro. Habiendo ellos retirado la tropa de Purial [de Jibacoa] no me parece lo más lógico que ahora intenten enviar los refuerzos por esa misma vía.

Hiciste bien, a mi entender, reteniendo a Fonso mientras no sea reforzado Silva. Una vez hecho esto, yo soy del parecer que Fonso se aproxime lo más posible a Cienaguilla emboscándose en el camino que viene para acá. A Guerrita [Felipe Guerra Matos] le encargué preparar una emboscada a la retaguardia de Cienaguilla. Si tú no consideras suficientemente fuerte la línea de aquel lado, recoge gente de la que ande por ahí y utiliza también de las que están entre las Mercedes y la Maestra, pues es donde virtualmente no nos hacen ninguna falta.

Lo que había ocurrido era que esa tarde recibí la información de que las tropas enemigas estacionadas en Purial de Jibacoa se habían retirado. La noticia me la trajo Felipe Guerra Matos, quien actuaba como una especie de segundo al mando de la columna de Crescencio Pérez. Como se recordará, Crescencio había recibido la misión de cubrir precisamente los accesos a Las Mercedes desde las zonas llanas al sureste del poblado. Esa noche, le escribí al Che:

Guerrita está aquí. Me informa que hace dos días se fueron las tropas de Purial. Debe dedicarse el pelotón de Alfonso (Zayas) a hostigar la tropa de Cienaguilla, avanzando hacia allá y tratando de ponerle una emboscada en la retaguardia.

Si dicha operación ya no fuera posible porque una patrulla de Guerrita la hubiere realizado, entonces que Fonso se sitúe emboscado, lo más cerca posible de aquella tropa en el camino que conduce hacia acá. Mora y Crespo deben situarse en el punto acordado para prever cualquier avance desde Cayo Espino por el camino de Purial y Jíbaro.

En realidad, lo que ocurrió fue el movimiento de fuerzas enemigas dispuesto en el nuevo plan de operaciones, firmado el 26 de julio en el puesto de mando de Bayamo, al que ya hicimos referencia en capítulos anteriores. Entre las disposiciones de este plan figuraba que el Batallón 12 de Infantería debía retirarse de Purial de Jibacoa en dirección a Cienaguilla.

Ese día, 2 de agosto, decidí también aplicar una táctica similar a la utilizada en la Batalla de Jigüe, que consistía en suspender completamente el fuego en el cerco con el fin de confundir al enemigo y hacerle creer que las fuerzas rebeldes se habían retirado, así provocaríamos la salida de los guardias de sus trincheras.

A las 4:00 de la tarde, le envié el siguiente mensaje al Che:

Aquí van los dos morteros y un morterista; el otro está enfermo. Lalo tiene un muchacho que se llama Emilio [Rodríguez], que sabe manejar bien el mortero, pues estuvo con Pedro [Miret] mucho tiempo y es muy valiente. Trata de localizarlo por tu lado, que yo trataré por el mío.

Si vamos a suspender el fuego totalmente en el cerco, es mejor que se use la 50 contra los refuerzos; pues no hacemos nada con dejar de disparar con los fusiles si se dispara con la 50; en cambio ésta por allá abajo puede meter mucho miedo. Los morteros los tienes ahí para usarlos en cualquier intento de salida de los guardias.

A estas alturas, todos los intentos por reparar y echar a andar la tanqueta capturada en las Vegas habían sido infructuosos, pero yo seguía insistiendo. Esa tarde, dispuse el traslado de la tanqueta con ayuda de un tractor hasta mi puesto de mando en Jobal Arriba para seguir tratando de repararla. Así se lo comuniqué a Arturo Aguilera a las 6:45 de la tarde: "Estoy cerca del tanque. Pienso ir para el aserrío esta noche y llevar el tanque. Quiero que traigan el tractor para sacarlo lo antes posible".

En un mensaje a Guillermo enviado a las 9:00 de la noche del 2 de agosto, le informé de la nueva táctica a seguir:

Vamos a seguir una táctica similar al Jigüe. Vamos a parar el fuego completamente para hacerles creer a los guardias que nos hemos ido. Pásale el aviso a toda la gente de ese lado. Nadie debe disparar. Todo el mundo debe procurar que no lo vean, ni observen los guardias su presencia. Estar atento por si tratan de salir y abrir fuego solamente si los guardias tratan de escapar por algún lado. Así ahorramos parque y confundimos al enemigo.

Tal como había indicado, luego de buscarse combustible para el tractor, este comenzó a mover la tanqueta lentamente. Pero un fuerte aguacero lo hizo resbalar en el fango, y resultó imposible continuar.

A las 11:45 de la noche, molesto por el nuevo contratiempo, le informé a Camilo:

Llevo dos días esperando el cabrón tanque para hacer una incursión a fondo en la retaguardia del enemigo. Pedrito debe bombardear esta noche a Estrada Palma desde 2 Grúas, para complicar y estorbar la concentración de tropas enemigas.

Y por último, una recomendación: "Te mando una mina, detonador, cable y fulminante. Recuerda que la mina antitanque hay que ponerla en el medio del camino, enterrada".

Esta era la situación al amanecer el cuarto día de la batalla. Durante toda esa noche, las posiciones rebeldes que participaban en el cerco mantuvieron el alto al fuego.

A las 4:45 de la tarde, del 3 de agosto, el Che me envió otro mensaje.

Haré todo como me dices. El camino que va a Cayo Espino sin pasar por Jíbaro debe pasar por la Herradura necesariamente.

No creo que se deba debilitar más el cerco, pues podrían intentar una salida desesperada y romper nuestras líneas en algún punto vulnerable, salvándose parte de una tropa que no debe salvarse.

Y más adelante agregaba: "Me parece que tiene cierta importancia tener la 50 aquí dentro de un par de días porque se puede coger el explorador. [...] Sino, les puede seguir tirando comida y parque indefinidamente".

Se refería el Che a la avioneta de exploración enemiga, que, aparte de su función de orientar el tiro y bombardeo, lanzaba impunemente paracaídas con suministros y municiones al campamento sitiado.

Por último, en ese mismo mensaje el Che me pidió que me encargara de un asunto que lo tenía bien molesto:

Debo pedirte que trates de localizar mi mulo, pues alguno lo sacó y es una cosa que no estoy dispuesto a permitir. Aquí se cagan en todo con un desparpajo bárbaro, te pido que me remitas el mulo con el que lo cogió para que se beneficie del ayuno.

Esa mañana, Guillermo ordenó a la fuerza de Huber Matos que permaneciera emboscada a lo largo del firme de La Herradura para evitar la salida del batallón enemigo. Ese día, en específico, Huber Matos me envió dos mujeres detenidas por sus combatientes, quienes llevaban cartas, medicinas y ropas a los soldados sitiados. Las postas de la tropa de Suñol les habían permitido pasar por Sao Grande indebidamente.

El resto de la mañana y parte de la tarde, la aviación ametralló indiscriminadamente las zonas de Gabiro, las Vegas de Jibacoa, Arroyones, La Herradura y otros puntos cercanos. Sin embargo, en Las Mercedes solo la avioneta de reconocimiento sobrevolaba el campamento enemigo. Mientras tanto, Camilo y sus hombres siguieron emboscados en las lomas de Estrella Bello; y de Los Popa, en Cuatro Caminos, esperando a los refuerzos. Esa tarde, el Che le escribió a Camilo en un mensaje:

Por aquí todo bien. Hoy la aviación nos dio descanso. [...]

No te deseo que agarres un tanque porque Fidel te lo va a quitar.

La Batalla de Las Mercedes: los tres días finales

(Capítulo 24)

En la mañana del lunes 4 de agosto continúa el cerco, establecido cinco días antes, al Batallón 17 estacionado en Las Mercedes, así como emboscadas en espera de los refuerzos que en auxilio de la tropa sitiada debía enviar el mando enemigo.



FIDEL EN LA COMANDANCIA DE LA PLATA.

Durante esos días permanecí la mayor parte del tiempo en el puesto de mando radicado en un alto al costado del aserrío de Luis González, en Jobal Arriba. Allí estuve acompañado solamente por Celia, algunos mensajeros y la pequeña escuadra de la Comandancia, integrada, entre otros combatientes, por Manuel Fajardo Sotomayor, Universo Sánchez y Marciano Arias Sotomayor. No recuerdo si ya para esa época contábamos con el cocinero Miguelito Milanés, cuya sazón a veces no era la mejor, pero sus simpáticas ocurrencias siempre nos entretenían.

A las 6:45 de la mañana de ese día envié un mensaje a Eddy Suñol, quien continuaba emboscado con su tropa en Sao Grande:

[...] yo sé que la gente está cometiendo muchos errores, pero esta vez las faltas no

van a quedar impunes. Adviérteles a los tenientes y a todos los hombres que por ahí no pueden dejar pasar los guardias, vengan con lo que vengan. Que no admitiré ningún género de excusa. Si hacen falta más hombres, yo los mando pero lo único que no admitiré es que rompan esa línea. Si la posición es descubierta, hay que abrir nuevas trincheras más adelante, pero nunca retroceder una pulgada.

Yo tengo 20 hombres cerca del Cerro, con la misión de atacar por el flanco a cualquier tropa que choque con ustedes y si logro bajar hoy el tanque vamos a armar un desguazo. Camilo está posesionado en Cuatro Caminos.

Los 20 hombres cerca de Cerro Pelado eran, como se recordará, la patrulla al mando de Pungo Verdecia.

Se puede inferir claramente, por el tono de ese mensaje, que yo no estaba satisfecho con el desempeño del personal rebelde destinado a la emboscada principal contra el probable refuerzo enemigo. Esa era la pieza clave para definir el desenlace de toda la batalla. ¡Qué falta nos hubiera hecho en ese momento un Paz o un Cuevas! Sin embargo, tal como quedaron planteadas las cosas, me parecía que ya era tarde para hacer nuevos movimientos. De ahí mi insistencia en fortalecer la moral de Suñol y de los hombres bajo su mando, y hacerles adquirir plena conciencia de su papel fundamental en toda la estrategia trazada para impedir la fuga de esta última tropa enemiga.



Las fuerzas rebeldes participantes de manera directa en el cerco de la tropa en Las Mercedes continuaban bajo la dirección inmediata del Che, quien había demostrado ser acreedor de toda la confianza que había depositado en él. Yo estaba seguro de que entre el Che y los decididos capitanes que actuaban en el cerco, entre ellos Guillermo, Lalo y Raúl Castro Mercader, no había peligro alguno de que algo saliera mal en ese frente.

Esa mañana, el Che me informó:

El mulo lo localicé ayer, con lo que se me pasó algo una racha fidelista de mal humor. Aquí todo tranquilo, estoy haciendo trincheras por el camino para abajo, cosa de ir acercándonos a Las Mercedes. La 50 es el bicho necesario para tumbar el explorador.

Poco después de recibir esta nota le contesté con una información sobre los infructuosos esfuerzos por poner de alta la tanqueta capturada en las Vegas, asunto que se había convertido para mí prácticamente en una frustrante obsesión durante los últimos días, pues estaba consciente de lo que podría significar la entrada en acción de esa arma:

Tú con tu mulo y yo con "mi" tanque. Se buscó gasoil, vino el gasoil y el tractor siguió sin fuerza. El tanque que venía ya bien con su propia fuerza le cayó un aguacero y se puso a patinar. Hoy he mandado a enyugar bueyes para sacarlo. Es desesperante el tiempo que se está perdiendo.

En ese mismo mensaje le expliqué, como siempre, algunas nuevas disposiciones que pensaba tomar y le di respuesta al tema de la ametralladora 50:

Estrada Palma parece ser el punto de concentración enemigo. Esta noche la mando a bombardear con el [mortero] 81 y voy a colocar una emboscada entre Cerro y Estrada Palma. Vamos a fortalecer además la línea de la Herradura y Sao Grande. Estar en posesión de Cuatro Caminos es muy ventajoso para nosotros, pues amenaza el flanco del refuerzo que venga por Sao Grande. Con el tanque, si acaba de llegar, hay otros planes.

Manda a preparar una posición con trincheras buenas para colocar la 50 y junto con la 50 coloca la antiáerea del tanque que es la de Joel [Iglesias] y que tira según tengo entendido a una velocidad fantástica.

Con ambas ametralladoras en una buena posición se puede acabar el relajo de los paracaídas. Pero tienen que protegerse con buenas trincheras. Ordena ese trabajo esta misma noche.



FIDEL CON UN NIÑO CAMPESINO EN LA SIERRA MAESTRA.

Ya teníamos la información de que, durante varios días, el mando del Ejército se había dado a la tarea de concentrar hombres, tanques y otros medios de guerra en el central Estrada Palma, a una hora de distancia de Las Mercedes, a lo largo de caminos llanos y despejados donde los tanques podían operar sin dificultad. La certeza de que el enemigo lanzaría todos esos medios, en un intento por lograr al batallón cercado en Las Mercedes, creó en mi mente la convicción de que sería muy difícil contener y rechazar este especial despliegue de fuerzas. No obstante, aún mantenía la esperanza de que con la bazuca emplazada en Sao Grande y unas minas que iba a enviar para allá, y con un buen desempeño de nuestros combatientes en esa línea de defensa contra el refuerzo, algo se

podría hacer.

Por su parte, las líneas de cerco en el sector del cementerio de Las Mercedes, donde estaban Guillermo y Lalo, y la línea de apoyo en La Herradura, donde estaba Huber Matos, contribuirían, sin duda, a que la huida del Batallón 17 y su refuerzo no fuese el paseo militar que el enemigo calculaba.

Al igual que en la Batalla de Jigüe, yo había concebido la idea de utilizar el equipo y los altoparlantes de Radio Rebelde como presión psicológica contra los soldados sitiados, y sobre ello también le informé al Che en este mensaje:

Hace dos días mandé a buscar el altoparlante con su personal. A dos mujeres les ocupamos un lote de cartas para los guardias sitiados que podemos utilizarlas con éxito, leyendo los nombres de los soldados a quienes se dirigen, los familiares que le escriben e invitando a que manden uno a recogerlas.

Poco antes del mediodía del 4 de agosto, Lalo Sardiñas me comunicó que mantenía cerrado el sector oeste del cerco y que, algo más a la derecha, Guillermo tenía abierta una brecha hacia La Herradura, con el firme tomado. Si la tropa sitiada intentaba salir por allí podría ser dividida en dos, y Lalo por la retaguardia podría tomar sus trincheras. Pero hasta el momento los soldados no habían intentado salir. Esa mañana Lalo observó cómo la avioneta lanzaba sus paracaídas sobre la posición enemiga y un helicóptero descendía al campamento, por lo que solicitaba autorización para dispararle si regresaba.

En mi respuesta a este mensaje de Lalo, le decía:

La llegada del helicóptero es señal segura de que los guardias creen que nos hemos ido, que la aviación acabó, etc., etc. Ahora hay que esperar a que salgan para darles un buen leñazo. No importa que el helicóptero vaya y venga las veces que quiera, excepto que intente evacuar a la tropa por aire. Cuando vuelva a haber combate tendremos la 50 y la antiaérea del tanque para evitar que le llegue nada ni por paracaídas. Mientras tanto ya tenemos gente lista para proseguir la ofensiva en el llano. Cuida bien de que no pasen por tu línea y aprovecha el tiempo para hacer trincheras de noche.

Cerca del mediodía fue detenido en la emboscada de Eddy Suñol en Sao Grande un individuo sospechoso, quien decía ser de Gabiro, y aseguró que los soldados avanzaban hacia Las Mercedes. Suñol lo envió, bajo la custodia de un combatiente, a la casa donde se encontraba El Vaquerito, pero al no estar este allí lo dejó en la posición que ocupaba Rubén Fonseca, a quien no se le advirtió que era un detenido. Minutos después el sujeto se fugó, al parecer en dirección al Cerro. Era de suponer que delataría las posiciones rebeldes. Sobre las 6:00 de la tarde, Suñol y Duque me informaron de lo ocurrido. Entonces, dispuse el relevo de Suñol y ordené a Duque hacerse cargo de la emboscada de Sao Grande.

La aviación enemiga siguió ametrallando durante el día las posiciones rebeldes. Esa tarde, en Sao Grande, una ráfaga hirió en el vientre a un combatiente de la escuadra de Dunney Pérez Álamo, de la tropa de Duque.

Finalmente, el mando enemigo decidió, con ayuda del Batallón 17 cercado, lanzar a la más poderosa agrupación creada hasta ese momento. Desde Estrada Palma comenzó a avanzar en dirección a El Caney, Sao Grande y Las Mercedes un batallón de asalto provisto de armas automáticas, que traía en la vanguardia tres tanques medianos Sherman; lo seguía el Batallón 12, al mando del comandante Pedraja Padrón, que llevaba al frente dos tanquetas T-17, y en la retaguardia se movía el Batallón 25. Eran alrededor de 900 guardias. Detrás, y más al Oeste, desde Cerro Pelado, en dirección a Cuatro Caminos y Arroyón, avanzaba el Batallón 10 del comandante Nelson Carrasco Artilles, con unos 300 hombres. En total, por tanto, el refuerzo enemigo contaba con cuatro batallones, tres tanques Sherman y dos tanquetas T-17, que conformaban una agrupación de alrededor de 1 200 hombres.

Esa tarde, el refuerzo enemigo acampó a mitad de camino, aproximadamente a la altura de los terrenos que hoy ocupa la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, en El Caney de Las Mercedes, con la intención de proseguir su avance al día siguiente. Desde su posición en las lomas de Cuatro Caminos, Camilo me comunicó:

Me llegan noticias que por el camino de Las Mercedes va una tropa; está acampada en un palmar, vienen 2 Tanques o tanquetas, delante unos 150 guardias, detrás otro carro, 2 tanques o tanquetas más y otro grupo de 100 a 150 soldados, mas hace como dos horas están parados. Tengo a Verdecia vigilando los movimientos para que se mueva y los ataque por un flanco o la retaguardia cuando les abran fuego.

Nosotros esperamos algunos mañana. Es una lástima no vengan hoy, la fiesta estaba completa con el mortero 81. Pedro [Miret] sale temprano hacia el objetivo.

Y a las 7:15 de la tarde, Camilo, impaciente, informaba de nuevo:

Hay una tropa de quizás 300 hombres acampada cerca. Sería una gran cosa, me parece, bombardearlos esta noche. Pedro tiene la misma idea.

Esperamos nos diga qué hacer. Esa tropa está en camino a las Mercedes. Tienen algunos Tanques, creo son 3 ó 4. Creo mañana hagan el avance [...] Verdecia está a unos 300 metros de ellos.

Inmerso aún en el esfuerzo por mover la tanqueta ocupada al enemigo, esa noche le respondí a Camilo escuetamente:

He movilizado hoy hasta bueyes para mover el dichoso tanque. Si llega, esta misma noche te lo mando. A Pedrito, que permanezca ahí apoyándote.

Y luego, a las 8:25 de la noche, envié un mensaje al Che en el que le informé de estas noticias sobre el refuerzo y las nuevas acciones por emprender:

Estoy tomando medidas para conjurar la situación. Entre otras, ordené que Duque tomara el mando de la tropa que cuida ese camino. El maldito tanque está todavía

enmarañado; ahora es que me hace falta de verdad para meterlo con Camilo por detrás de los guardias.

La 50 va a amanecer en la posición de Guillermo, que parece la más próxima para entre Jíbaro y Purial, con instrucciones de ir a reforzar a Silva, si tratan de salir por esa dirección. Toda esa gente debe preparar buenas trincheras en puntos estratégicos y estudiar bien el terreno pues hay un camino por allá que va a Cayo Espino sin pasar por Jíbaro, aunque creo que tiene que pasar antes por la Herradura.

A continuación, trasladé al Che algunas consideraciones sobre la distribución de las fuerzas realizada hasta el momento:

Ha sido un error situar tanta gente en el cerco; han gastado balas sin control alguno; gente de Guillermo hay con 15 tiros solamente y esto puede ser gravísimo ahora y luego. No quiero pensar en Crespo y Raúl [Castro Mercader] cómo andarán. Le di orden a Ramirito de no entregar una sola bala sin autorización mía expresa. Preferible es sufrir los inconvenientes del trámite a las consecuencias de quedarnos sin balas.

Y más adelante, en el mismo mensaje, volví sobre este asunto:

Otros inconvenientes del numeroso personal en el cerco además del gasto excesivo de balas es la concentración ante los bombardeos y la debilidad de las posiciones ante los refuerzos.

La línea del cerco no tiene que ser fuerte, pues tropa sitiada empuja muy poco y puede ser atacada desde todas partes apenas lo intente. Poco a poco tenemos que ir desplazando el personal.

Desgraciadamente, había llegado a esta convicción demasiado tarde. Si me preguntaran ahora la razón por la cual dediqué tantas fuerzas al cerco, no hallaría una explicación coherente. En Jigüe, las fuerzas destinadas al cerco eran mucho menores que las asignadas al rechazo de los refuerzos, y esa había sido la lógica aplicada, con excelentes resultados, en todas nuestras operaciones anteriores. Quizás esta vez influyó en mi ánimo, de manera subconsciente, el hecho de que el cerco de Las Mercedes se desarrollaba en un terreno de características diferentes, donde la tropa sitiada tenía más posibilidades de maniobra. Pero a estas alturas de la batalla había cambiado de opinión. El problema era que ya no había nada que hacer.

En ese mismo mensaje, le decía al Che:

En cuanto al uso de los morteros 60 debemos incluirlos en el alto al fuego. De lo contrario no podemos darles la impresión de una retirada, aunque más importante que esto todavía es el ahorro de parque, y me parece que si los morteros continúan disparando van a crear confusión entre los nuestros y no van a cumplir la consigna.

Corre de tu cuenta abrir fuego con los morteros y demás armas si lo consideras conveniente caso de que se estén organizando para una batalla de retirada en regla; no sería lo mismo, si ellos movilizan solamente un pelotón o dos de tanteo, en cuyo caso lo mejor es esperar a que choquen con la línea.

Si nosotros proseguimos las acciones ofensivas el tiempo estará de nuestra parte y atacando o amenazando otros puntos distraeremos los aviones en otras direcciones. El día del combate inventado por ellos cerca de Estrada Palma, los aviones que venían para las Mercedes descargaron allí todas sus bombas. Yo veo al Ejército acobardado más de la cuenta y tenemos que aprovecharlo.

Hoy por la mañana llegó al fin el gasoil para el tractor, se podrá mover el tanque y creo que podremos hacer algo. Ha sido una verdadera pérdida de tiempo, pero por fortuna el enemigo está realmente grogui.

Por último, insistí en la necesidad de situar una fuerza cuidando el probable avance del enemigo desde Cienaguilla:

Se me pasó decirte que estando situado Fonso por el Aguacate, cerca de Cienaguilla, puede hostigar por el flanco o por la retaguardia a cualquier tropa que avance desde Cayo Espino a las Mercedes, tomando un camino que va del Aguacate a Purial por Cupeyal en una hora y media todo lo más. Esto, desde luego, teóricamente, pues en la práctica la gente ha perdido cada oportunidad que son para lamentar toda la vida.

Esa noche, le informé a Camilo:

Hace un rato te envié comunicación comunicándote que Pedrito, no hiciera nada esta noche y permaneciera contigo para apoyarte con el mortero. Yo sería partidario de que si los guardias avanzan y chocan con nuestra gente en Sao Grande, se les hiciera un buen desguazo por la retaguardia con apoyo de la bazooa y tener el mortero listo para seguir la fiesta si vienen más refuerzos o [si] los casquitos retroceden.

Tú debes actuar conforme te lo aconsejen las circunstancias. Mando los obuses de mortero que quedaron aquí. No sabes lo que estoy luchando por poder mandar el tanque; pero si no llega hoy llega mañana por la noche seguro, pues voy a recoger cuantas yuntas de bueyes haya por aquí.

A la mañana siguiente, 5 de agosto, como era de esperar, la poderosa agrupación que venía en auxilio del Batallón 17 continuó su avance por el camino de Sao Grande en dirección a Las Mercedes. Desde el amanecer, la aviación bombardeó y ametralló con particular violencia las posiciones que suponían ocupadas por los combatientes rebeldes. Alrededor del mediodía, los pelotones de Félix Duque y Eddy Suñol, emboscados en Sao Grande entablaron combate contra la vanguardia enemiga que avanzó con los tanques. La potente mina que envié la noche anterior para ser colocada en el camino no explotó, al parecer por una deficiencia en el detonador eléctrico, y el primer tanque se salvó de ser volado.

La bazuca operada por Felipe Cordumy falló dos disparos contra el primer tanque. Los guardias se desplegaron ante el fuego rebelde, que causó las primeras bajas a la vanguardia enemiga.

Los combatientes de Duque y Suñol resistieron durante más de una hora el avance de los guardias, aun bajo la presión del tanque que encabezó el ataque y del despliegue de la infantería. Desde su trinchera, Felipe Cordumy disparó de nuevo con su bazuca tres cohetes contra el tanque, y finalmente logró inutilizarlo. Pero otro tanque lo descubrió y le disparó varios cañonazos. Un impacto directo pulverizó al bravo combatiente, destrozó su bazuca e hirió a Suñol y a otros dos rebeldes que ocupaban la misma trinchera.

Ante la superioridad enemiga y sin poder contar ya con la bazuca para detener el avance de los tanques, los combatientes de Duque y Suñol, así como las escuadras de El Vaquerito y Rubén Fonseca, se vieron obligados a replegarse en dirección a la loma de La Herradura.

A la 1:30 de la tarde, envié el siguiente informe al Che:

Desde las 12 se entabló el combate con los refuerzos que venían por Sao Grande. Previamente habían estado bombardeando y ametrallando mucho la zona. Desde mi observatorio pude apreciar distintos focos de fuego a lo largo de la ruta. En lo que más confío es en el ataque del pelotón al mando de [Rafael Pungo] Verdecia que anoche acampó a 300 metros de los guardias siguiéndoles la ruta.

A Hubert le recomendé que situara distintos grupos por los flancos. A primera vista es evidente que el avance se paralizó. Uno de los tanques se quedó sin gasolina. Creo que traen dos más.

A Camilo le dije que lanzara un grupo a la retaguardia con la bazoooca, y dispusiera otra fuerza con el mortero 81 para atacar cualquier nuevo refuerzo.

No puedo asegurarte nada en este momento todavía.

Y una hora después, le comuniqué a Camilo: "En Sao Grande parece que los guardias han ganado algún terreno. Solo un ataque esta noche contra los refuerzos puede definir la situación. Infórmame qué medidas has tomado por ahí".

El poderoso refuerzo enemigo continuó avanzando por el camino en dirección a la loma de La Herradura, aprovechando las condiciones del terreno para desplegarse en un frente de varios centenares de metros. Las fuerzas rebeldes que defendían esa posición, junto a las que se habían retirado hasta allí desde Sao Grande, ofrecieron poca resistencia. La aviación continuó peinando el firme con bombas y metralla. Huber Matos ordenó la retirada de sus hombres a lo largo del firme de La Herradura en dirección a Bajo Largo. En vista de ello, a Duque no le quedó otra alternativa que retirarse hacia las posiciones de Guillermo.

En esta fase del combate fueron varias nuestras bajas. Resultaron muertos los combatientes Lorenzo Véliz y Gaudencio Santiesteban. Ese día murieron también el combatiente Nicolás Ul y el colaborador campesino Ibrahim Escalona, al intentar desarmar un proyectil disparado por uno de los tanques enemigos contra las posiciones de la tropa de Raúl Castro Mercader en el alto de El Moro, y que no estalló.

Tras la retirada de los rebeldes de La Herradura, los guardias continuaron su avance, se aproximaban cada vez más a las posiciones que defendía el pelotón de Guillermo, del otro lado del firme.

A las 4:05 de la tarde, el Che envió un mensaje urgente a Guillermo:

Se escuchó una conversación entre dos grupos del ejército donde decían que iban a mandar dos grupos de basucas a atacar una posición que estábamos preparando "a lo descarado". Creo que debe ser tuya la trinchera y te aviso para que tomes las medidas necesarias.

Piensen atacar con una mientras cargan la otra.

Más tarde, a las 5:15, el Che me informó:

Pescamos una conversación en que al comandante le avisaban que había un grupo haciendo trincheras "a lo descarado" que le iban a meter dos basucas para allí. Interpreté que era para Guillermo y le mandé un mensaje volado, pero al rato llegó la noticia (por la misma vía) que los tiros habían sido efectivos. El puesto de mando preguntaba dónde estaba "la caravana del refuerzo" pero no pudimos pescar la respuesta. Si hace falta gente puedo mandar dos escuadras, una de Camilo y otra de Lalo que tengo aquí en previsión para caerles detrás.

[...] Yo estoy en mi primitivo lugar, en la loma del Jigüe abajo. Aquí me puedes mandar las comunicaciones. Tengo la trípode y unas 20 armas.

Guillermo y sus hombres dieron vuelta a sus posiciones y, con el apoyo de combatientes del pelotón de Lalo Sardiñas y los de Duque, ya incorporado, resistieron firmemente el avance enemigo. En la violenta acción, la tropa rebelde sufrió algunas bajas, entre ellas la muerte del combatiente Luciano Tamayo.

Hacia el Norte, en Cuatro Caminos, Camilo Cienfuegos y sus hombres lograron contener el intento enemigo de ocupar las alturas cercanas al camino. A las 5:00 de la tarde, Camilo me informó:

[...] por aquí todo bien. El ejército subió y como acordamos Verdecia salió detrás de ellos, cuando el aguacero logró llegar cerca de ellos, pero solo con 7 hombres. Otro grupo tomó otro rumbo y están aquí, no hicieron nada. De los que fueron con Verdecia hay un herido en un brazo pero leve, Verdecia no ha llegado. No sé qué pudo hacer. La bazooka no la moví porque sentí ruido de carros, más tarde pasó un Tanque y un grupo grande de guardias. Ahora están tratando —un grupo que queda, no sé cuántos— de tomar un firme que tenemos a mano izquierda donde estaba Verdecia, estoy moviendo gente en ese rumbo. Si toman ese lugar dominan fácilmente todo esto. Creo [que] la gente llegue antes que ellos. Hace un rato estaban ametrallando y mortereando ese firme.

Nosotros vimos los guardias por Sao Grande y como le digo anteriormente pasó otro gran grupo y aún quedan más en el lugar donde acamparon anoche. (Este grupo pasó un gran rato después de comenzado el fuego).

La gente que salió por la retaguardia, 8 de ellos que han llegado no tiraron un tiro, dicen no sabían dónde estaban los guardias ni dónde nuestros hombres. Todo lo hicieron al revés, porque cuando uno vino [a] avisarme que saldrían tras el enemigo, en vez de esperarse, ya que yo estaba colocando una escuadra en el camino que viene de Sao Grande al lugar donde murió Daniel se fue sin esperarme y me dejó sin práctico.

[...] Estamos vigilando el camino y no hemos visto regresar los soldados.

A pesar de la resistencia de los combatientes de Guillermo, el potente refuerzo continuó avanzando y al caer la tarde, después de casi cinco horas de combate, el batallón de asalto y los tanques, finalmente, entraron en Las Mercedes, no sin antes sufrir numerosas bajas. El resto de las fuerzas enemigas tomaron posiciones a lo largo del camino desde Las Mercedes hasta Cerro Pelado, para cubrir la retirada y evitar que el refuerzo fuese también cercado, como ocurrió antes en las Vegas de Jibacoa.

Por la parte nuestra, se reportaba este día la muerte de cuatro combatientes y resultaban heridos unos 10, algunos de gravedad. A media tarde recibí un informe muy crítico de Guillermo sobre la actuación de la tropa rebelde situada en La Herradura:

En estos momentos llegó Huber a tratarme de la retirada. Me dice que mandó a retirar la gente de Suñol con un balance de 12 bajas hasta lo que él pudo ver. Yo le ordené resistir al máximo en el firme de Herradura, pero según el ánimo que le veo no van a resistir nada.

Creo que ha sido una cagazón todo lo que han hecho. Dice que los tanques están limpiando con los cañones y cincuenta, y el ejército viene regado por todos los poteros.

Yo iré a la noche por esa según vea la situación.

Salvo el comportamiento reportado por Guillermo de los hombres situados en el firme de La Herradura hay que decir que, por lo demás, nuestras fuerzas combatieron ese día con valor y tenacidad. No podía culpárseles de que la vanguardia del refuerzo hubiese logrado su objetivo. Era muy fuerte la agrupación que el mando enemigo reunió. No obstante, nuestros hombres le hicieron pagar un alto precio en bajas. Aunque las fuerzas rebeldes, a lo largo del camino desde Estrada Palma, efectuaron repliegues tácticos, lo cierto es que se mantuvo el asedio al campamento enemigo, se ofreció una resistencia que seguramente los guardias no esperaban y, lo más importante, permaneció casi intacto el dispositivo para actuar en el momento de la retirada del batallón sitiado y del que vino en su auxilio. Aunque no se logró el objetivo de impedir la entrada del refuerzo, podíamos sentirnos satisfechos, en general, con el desempeño de nuestros hombres ese día 5 de agosto.

No tenía la menor duda de que al día siguiente se produciría el intento de huida de las fuerzas enemigas concentradas en Las Mercedes. Estaba convencido de que el mando enemigo había gastado sus últimos cartuchos y ya no podría reunir nuevas fuerzas para recuperar alguna iniciativa. Por otra parte, para el Batallón 17 y su refuerzo mantenerse en Las Mercedes, aparte de ser una conducta suicida, no iba a tener ya a estas alturas ningún objetivo desde el punto de vista militar.

A las 7:45 de esa noche le envié un largo mensaje al Che, en el que, después de comentar con bastante detalle el desarrollo de las acciones hasta el momento, le informaba sobre las medidas inmediatas a adoptar, con la certeza de que el enemigo intentaría retirarse al día siguiente:

Los guardias pasaron. A las 12 aproximadamente chocaron con la emboscada que por supuesto no era un secreto para ellos. La mina, una grande que mandé anoche, no explotó. Parece que el detonador estaba deficiente, pues todo lo demás iba preparado de aquí. El muchacho encargado de explotarla fué herido después de haber intentado en vano hacerla estallar.

Cordobí [se refiere a Felipe Cordumy] disparó cinco cohetes con la bazooka, inutilizó un tanque. Pero otro tanque lo atacó a cañonazos, matándolo y destruyendo también la bazooka. Suñol, Wizo y otro muchacho que estaba en la misma trinchera fueron heridos: Suñol grave, aunque no de muerte, Wizo y el otro no graves. Hay siete heridos más y uno de Guillermo y otro de la 50 heridos en el cerco. De estos heridos hay tres por lo menos bastante graves. Las bajas son pues de 13 a 14.

La gente al quedarse sin bazooka frente a los tanques se retiró. La gente fué valiente, sin llegar a prodigios, y se retiró en orden. La moral está alta. Duque y Hubert, se retiraron por el alto de La Herradura hacia el lado de allá.

Guillermo se movió algo para cubrirse mejor pero se mantiene en posición de cerco próximo al enemigo. Lalo sigue en el mismo lugar. Lo importante es que Hubert mantenga el alto de La Herradura del lado oeste del camino. Tienes que tratar de comunicarte con él esta misma noche para que mantenga todo lo posible la parte del firme, del lado de allá, que es la más alta. Si Hubert no aparece, hay que mandar cualquier otro pelotón. La cuestión es mantener el cerco para que ellos se tengan que retirar por el corredor que tienen bajo el fuego.

Las cosas de este lado quedan así: Lalo en su posición, Guillermo en la suya y la gente que estaba en la emboscada de Sao Grande, será situada en una línea que cubre la espalda de Guillermo contra cualquier rodeo desde Sao Grande o de la parte que ocupan los guardias del alto de La Herradura.

Lalo y Guillermo atacarán desde este lado cuando intenten retirarse.

Reforzaré a Camilo con 40 hombres que tenía aquí en reserva y su objetivo será atacarlos por abajo cuando se retiren, aparte de cualquier otra acción si las circunstancias se presentan propicias.

Poco antes, Guillermo me había informado sobre un grupo de acertadas decisiones que adoptó en vista de la entrada del refuerzo:

Huber lo situé una parte en el mismo camino de Herradura y Duque está por todo el firme hasta topar con Reinaldo Mora que está en el río rumbo a Jíbaro; yo estoy en el firme frente al Ejército con la mayor fuerza concentrada a la orilla del Cementerio para cuando ellos avancen y topen con Huber yo los ataco por el centro para dividirlos en dos columnas; tengo preparados algunos hombres de Lalo para mandarlos cuando empiece el fuego por los potreros del lado de acá de la carretera para todo el que [se] disperse o intente irse entre Cuatro Caminos y Sao

Grande. Lalo se encuentra situado por el flanco derecho con el fin de tomarles las trincheras cuando ellos salgan.

En el mismo mensaje que le envié al Che, a las 7:45 p.m., le comuniqué mi intención de llegarme esa noche hasta las posiciones de Camilo para cambiar impresiones con él, y le añadí:

Los planes están lejos de haber salido como lo deseábamos, pero, hay que seguir luchando.

Nuestra situación en general no ofrece peligro, ni esto tiene trazas de batalla decisiva, que en caso adverso pueda frustrar los éxitos obtenidos. Nos queda todavía la posibilidad de complicarles la situación.

Todavía en esos momentos, tenía la esperanza de contar con la tanqueta ocupada al enemigo, pues 10 yuntas de bueyes estaban en camino para sacarla. Si así fuese, al día siguiente podríamos dar a las tropas una desagradable sorpresa. Pero un aviso de último momento echaba por tierra de una vez y por todas mi deseo. En la posdata de este mensaje al Che, le decía:

Acabo de recibir la ingrata noticia de que lograron desatascar el tanque, pero en la operación se descompuso el timón y está por tanto sin dirección. Anuladas las esperanzas. Hacía tiempo que no me hacía tantas ilusiones vanas.

No es hasta las 9:10 de la noche, después de recibir mi mensaje, cuando el Che me escribió:

Esperé hasta esta hora para escribirte esperando poder darte noticias un poco más frescas. A las 7 de la noche pescamos la última conversación en que le informaban a Corzo que había llegado la vanguardia con 2 tanques "sangandongos", con cañones muy grandes. Corzo preguntó por las bajas y le dijeron que habían tenido 5 muertos, entre ellos un teniente y varios heridos, que habían peleado 4 horas. Tiene un batallón y lo comanda el Coronel Merob Sosa. Después quedaron en ampliar detalles a las 8, pero no lo hicieron y ahora, a las 9 tampoco.

A continuación, el Che me informó sobre las medidas tomadas en su sector ante la posibilidad de que el enemigo prosiguiera su avance hacia las Vegas de Jibacoa al siguiente día:

Hice hacer dos fosas antitanques en este camino y una en el de Raúl [Castro Mercader], por las dudas. Si intentan subir las Vegas está casi desguarnecida; yo haría la segunda resistencia en la Loma del Hoyo y la tercera antes del Desayuno, pero no veo la forma de pasar los tanques; tú dirás si las cosas por ese lado indican pronto hacer fosas en ese camino o no.

A las 11:00 de la noche, le contesté al Che:

Creo que están muy bien las medidas de precaución contra los tanques que has tomado. Yo no creo sin embargo que ellos intenten ir más adelante; mucho menos si el que viene ahí es Meroc [Merob] Sosa. Si mañana por la noche no se han ido les podemos meter un bombardeo intenso de mortero para que el batallón nuevo reciba también su cuota.

Por el informe de Camilo que te mandé debe haber otro batallón en camino.

Para que ellos puedan realizar una retirada cómoda tendrían que tomar por asalto nuestras posiciones de cerco y eso no es tan fácil porque a campo traviesa no pueden avanzar con tanques. La gente por acá han hecho buenas trincheras.

Seguidamente, apuntaba:

Es de suma importancia que nosotros tengamos ocupada la parte del firme de la Herradura que está en el lado de allá; bien atrincherada se podría defender con éxito y a ellos les quedaría solo un estrecho corredor de salida y tendrían que abandonar las Mercedes bajo el fuego. En vista de las nuevas circunstancias yo podría trasladar el mortero 81 para acá, pues al no poder contar con el tanque es difícil tomar la ofensiva desde Cuatro Caminos como tenía pensado y el mortero sería ahora más útil aquí que allá. Después que hable con Camilo decidiré sobre esto.

Es una verdadera lástima que no haya volado uno de esos tanques con la mina que se le puso.

No andamos con mucha suerte estos días.

Hacia varias noches que no podía dormir, al tanto de los acontecimientos. Y esa noche tampoco lo haría ante la expectativa del combate definitivo al día siguiente y por la decisión de trasladarme hasta la posición de Camilo, en las alturas de Cuatro Caminos, con el propósito de coordinar con él las operaciones en ese sector para tratar de cortar la retirada al enemigo hasta el Cerro.

Camilo me informó personalmente que había mandado a Pungo Verdecia a tomar un alto cerca del Cerro, a unos 300 metros del camino donde permanecía una tropa enemiga, y emplazar en ese alto una bazuca y el mortero de 81 milímetros.

Además, de acuerdo con Camilo, dispuse el envío de 50 hombres a cortar el camino por el paso de un arroyo, y también la colocación allí de dos minas.

Poco después de regresar al amanecer a mi puesto de mando, recibí un mensaje de Camilo en el cual me informaba que la emboscada prevista no había podido ser preparada:

Regresó Verdecia y dice [que] el ejército está en el lugar de la emboscada y que no se puede hacer nada. La bomba no se pudo colocar, hay dos carros en el camino y ningún otro lugar según Pinar se presta para la emboscada. Mandé un grupo a reforzar el firme donde tengo la bazoooca, el resto está cuidando el flanco paralelo al camino de las Mercedes. Les di instrucciones de explorar y mover un grupo por un punto [donde] él considere favorable para atacar al enemigo, cuando se rompa el fuego en la loma si intentan tomar el firme donde están los basuqueros. Ahora se sienten ruidos de motores, según noticias de ellos, algunos soldados más se están moviendo hacia Las Mercedes.

Si hasta la noche no hay problemas, dígame si podemos morterarlos y atacarlos desde el firme, tengo la seguridad [que] podemos hacerles algunas bajas.

Desde mi puesto de mando, en Jobal Arriba, observé esa mañana bien temprano movimientos en el campamento enemigo que indicaban la intención de los guardias de abandonar el campo de batalla. Con respecto a esta situación, respondí a Camilo a las 8:45 de la mañana:

En estos momentos que recibo tu mensaje los guardias de las Mercedes están evidenciando su propósito de marcharse dándole candela a todas sus trincheras.

De ocurrir esto, se iniciará desde aquí intensa lucha de persecución que no debe tener tregua alguna.

Misión de tus fuerzas: mantener vigilancia sobre el punto señalado para la emboscada a fin de ocuparlo si en cualquier momento del día el enemigo lo abandona y dar allí la

primera batida fuerte contra los guardias en retirada. Si no se logra ocupar esa posición, el grueso de tus fuerzas, la bazoooca y el mortero, deben estar alertas para atacar con la mayor intensidad, desde la loma pelada y a lo largo de todo el flanco, a las fuerzas enemigas en retirada, tan pronto asomen por allí.

En el estado que están las cosas no debe atacarse ni bombardearse al enemigo desde ahí hasta que las tropas sitiadas y los refuerzos no estén en plena retirada, pues si descubrimos antes la posición y hay que abandonarla luego en consideración a sus pocas defensas, la ruta le quedará libre al enemigo. Hay que atacar, pues, cuando se estén retirando y atacarlos, en ese caso, con la mayor violencia posible.

Y en una posdata al mismo mensaje, le reiteré que el objetivo esencial de su posición, en esos momentos, no era otro que "tratar de cortar o hacer lo más difícil posible la retirada del enemigo que será perseguido desde aquí por otras fuerzas".

No consideré necesario enviar, en ese momento, ninguna indicación al Che, pues él seguramente se habría percatado de las intenciones de los guardias, y en ese caso sabía que su misión, y la de todas sus fuerzas en el cerco, sería iniciar una persecución implacable al enemigo en fuga.

A las 11:45 de la mañana, el Che me informó desde Las Mercedes sobre la situación en torno al campamento enemigo, donde había resultado muerto por un obús de mortero un combatiente de la tropa de Raúl Castro Mercader:

Por aquí nos estuvieron bombardeando con morteros y ametrallando sin que hasta ahora haya bajas, pero sigue la fiesta. Raúl perdió un hombre en un mortero, en un bohío.

Esta mañana un grupo [de soldados] le preguntaba al otro qué iban a hacer, y este le contestaba: "supongo que iremos para el cayo". Después dieron instrucciones para la retirada comunicando que salían todos juntos y los tanques al final, en la vanguardia mandaron una basuca y dijeron que iba a salir "por un lado". Le mandé aviso urgente a Silva y al Guajiro [Luis Crespo] que estuviera listo a ayudarlo [...].

Todavía no ha sido posible determinar con certeza la identidad del combatiente muerto esa mañana, pero todo indica que se trató de Ángel Silva Socarrás.

Proseguía comentando el Che en su mensaje:

[...] sospecho que Huber no debe tener la posición (no recibí respuesta al mensaje urgente que le mandé anoche) y los guardias saldrán cómodos sin que yo les pueda hacer mucho con la gente que tengo.

En efecto, Huber Matos se había retirado con sus hombres y algunos de los de Duque hasta Gabiro Arriba, lejos del escenario del combate.

A las 2:45 de la tarde, le envié respuesta al Che. Luego de relatarle mi visita, la noche anterior, a la posición de Camilo y las disposiciones tomadas, le informé:

No he recibido más noticias; pero después de las 12 se ha sentido por allá fuerte tiroteo, mortero, etc.

De Guillermo y Lalo tampoco he recibido noticias todavía. Todo el mundo estaba listo para atacar tan pronto comenzaran a retirarse.

En cuanto a un confuso mensaje de Luis Crespo recibido por el Che, sobre la presencia de guardias en la zona de Cayo Espino, le comenté:

La noticia que me das ahora del Guajiro [Luis Crespo] me preocupa mucho, sobre todo por su falta de datos. Es posible que esa tropa hubiese ido por Sao Grande hasta Cayo Espino, utilizando el camino de que te hablaba hace poco. Pero Hubert y Duque, tienen que estar en alguna parte. Aunque sea una esperanza tengo de que hayan ocupado el alto. Si no es así, [los guardias] tienen el camino casi franco.

Y finalmente, agregaba:

Por aquí ha llovido mucho durante dos horas. Yo no sé cómo se las van a arreglar para sacar los tanques.

Si no pueden irse hoy, vamos a abrirles un bombardeo intenso de mortero durante toda la noche. Manda a pedirle a Ramirito 30 ó 40 obuses 60. Trata de apuntar los tuyos al anochecer cuando todavía pueda observarse el tiro. Yo pienso trasladar el 81 esta noche para acá para dispararle el mayor número de obuses posibles, como una despedida. ¿Será posible que no podamos cogerles ni las mochilas?

Pero a estas alturas, los últimos soldados del Batallón 17 y del refuerzo recién llegado abandonaban las trincheras de Las Mercedes en plena huida, apoyados por el fuego de los otros dos batallones apostados a lo largo del camino y de la aviación. Sin embargo, la retirada de las tropas enemigas no fue fácil, pues fuerzas rebeldes las persiguieron y hostilizaron en todo su trayecto; aunque se facilitó, por otra parte, al no estar cubierta La Herradura por las fuerzas de Huber Matos que debían haber cerrado allí la salida.

Aproximadamente a las 4:00 p.m., fuerzas enemigas trataron de tomar el alto que defendían las tropas al mando de Camilo cerca de Cuatro Caminos y, luego de una hora de intenso combate, se vieron obligadas a replegarse. Durante esta acción murió el combatiente rebelde José Díaz, *El Gallego Pinín*.

Ocurrió lo que temía. Todo lo que aprendimos en la Batalla de Jigüe lo olvidamos. Cuando traté de rectificar era ya demasiado tarde. Estaba triste, porque fue tal y tan rápido el golpe asestado al enemigo que la guerra estuvo a punto de concluir. Así habría ocurrido si al Batallón 11 del coronel Sánchez Mosquera le hubiéramos aplicado la misma receta que al 18 de Quevedo; no solo por la fama de su jefe y la combatividad de sus tropas, sino también por las casi 400 armas automáticas y semiautomáticas que poseía. Los demás batallones que permanecían en la Sierra Maestra, con un mínimo de presión, habrían depuesto las armas. Por errores nuestros pudo escapar. Fue derrotado pero no aniquilado.

El exceso de hombres en el cerco de Las Mercedes significaba más gente localizada para los ataques aéreos, más gastos de balas cada día, más blancos para los morteros, ametralladoras y fusiles enemigos; menos pelotones, escuadras y jefes para combatir los refuerzos. Con Camilo debían estar no solo las bazucas, los morteros y las minas, sino hasta la calibre 50 de Curuneaux.

La batalla se ganaba combatiendo los refuerzos enemigos y sus tanques pesados en pleno llano. Eso no lo sabíamos entonces; lo aprendimos después, cuando no nos quedó otra alternativa.

A las 6:15 de la tarde, le escribí a Camilo:

Oímos por radio que los guardias están atascados por ahí, pidiendo tractores y que "desde la retaguardia les han tirado un millón de tiros". Trata de aguantarlos, que por la retaguardia van cien hombres nuestros y por aquí irán otros cien, para ver si les cogemos los tanques. Pedrito que espere ahí. Ahora lo importante es no dejarlos moverse, para caerles arriba cuando salga la luna.

A esa hora del 6 de agosto, las tropas del Ejército se alejaban en fuga precipitada. Las fuerzas rebeldes habían vuelto a tomar el alto y abrían fuego al enemigo en retirada, acelerando su huida y causándole nuevas bajas.

A las 6:00 de la tarde, Camilo me informaba en otro mensaje que recibí después:

Los guardias intentaron tomar el firme pelado, la gente se retiró sin orden cuando llegó la aviación: los viré, pero como a la hora, por ser insostenible la situación, se retiraron.

Ordené a la gente moverse un poco hacia atrás. Nos mataron al gallego. Hace como una hora y media volvimos a subir al firme, cuando me dijo un hombre que tenía arriba con un grupo que se estaban retirando, se le abrió fuego cerrado, creo [que] no quedan más.

Se ocupó un Springfield, 3 peines de Cristóbal, 1 revólver 45, 1 dispositivo de Springfield.

Parece cayeron algunos, pues había rastros de sangre y vendas.

Estamos en el mismo lugar, hay una "tonga" de hombres de Fiallo, Pinar y Verdecia que no aparecen, me llega un recado de Williams [Gálvez] que dice están pasando por allí dispersos.

[...] Verdad que el firme estaba duro de resistir, entre la aviación, los tanques y las balas.

Tenía la bazoooca en el firme pero solo tiró un tiro, después me dice el basuquero [que] se cansó de rastrillar y no hizo fuego.

La persecución del enemigo en fuga se prolongó más allá de Cerro Pelado, hasta apenas cuatro kilómetros del central Estrada Palma. Esa misma tarde, nuestras tropas ocuparon Las Mercedes.

A las 11:00 de la noche, le comunicaba al Che:

Ante la posibilidad de que ya no quede nadie por ahí, no me siento con estímulo para hacer el camino a pie sin haber dormido un minuto hace dos días. Le pido a Almeida que haga un esfuerzo para hacer contacto con Camilo, cerciorarse de la situación y comunicarse contigo.

Caso de no quedar guardias por el camino, como estimo, damos por terminada la contraofensiva.

Y a Camilo le informé, en otro mensaje a las 11:15 p.m.:

Iba para allá, pero suspendo el viaje después de tu mensaje comunicándome tu impresión de que ya se han ido todos.

Caso de estar todavía en camino y existir posibilidades indudables de éxito, atacándolos, comunícate con Che que viene por Sao Grande y combinen el plan.

Si ya se han ido, la contraofensiva ha concluido.

Terminaba así, el 6 de agosto, la Batalla de Las Mercedes, después de siete días de acción prácticamente ininterrumpida. Para nosotros, el saldo de la batalla había sido costoso: ocho muertos y 17 heridos. En el curso de las acciones se pudieron contabilizar 24 cadáveres

enemigos e incontable número de heridos; fueron hechos dos prisioneros, ocupados varios fusiles e inutilizados un tanque y una tanqueta.

Si bien esta batalla no dejó, como otras, el saldo de un cuantioso botín de guerra, constituye, sin duda, uno de los más hermosos triunfos de las fuerzas rebeldes. Fue un enfrentamiento desigual contra tanques y contra la aviación, la cual durante siete días consecutivos ametralló y bombardeó las posiciones rebeldes. Todos los recursos bélicos de la tiranía fueron puestos en juego, pero no lograron que los combatientes rebeldes cedieran en su tenaz empeño.

Otra unidad enemiga, el Batallón 17, quedaba desarticulada. Pero el resultado estratégico más significativo era que el último pedazo de territorio en la Sierra Maestra ocupado por el enemigo quedaba definitivamente liberado.

Como les dije a Camilo y al Che en los mensajes citados, nuestra contraofensiva para derrotar de manera aplastante la gran ofensiva enemiga había concluido.

El balance final de la batalla

(Capítulo 25 y final)



Fue una victoria rotunda de nuestras fuerzas guerrilleras.

Con la retirada de las últimas unidades del Ejército de la tiranía de Las Mercedes quedó derrotada de forma aplastante y definitiva la gran ofensiva enemiga contra el territorio rebelde del Primer Frente de la Sierra Maestra, durante la cual el mando militar de la dictadura lanzó sus más poderosos recursos, en un intento final por destruir el núcleo central guerrillero.

El valor, la tenacidad, el heroísmo y la capacidad de los combatientes rebeldes en la férrea y organizada defensa de las posiciones, y la aplicación contundente de todas las formas tácticas de acción de la guerrilla, desbarataron la ofensiva en 74 días de incesante e intenso batallar.

Dentro de esa brillante actuación de todos nuestros combatientes, contribuyeron en particular a este desenlace victorioso, un grupo de aguerridos y eficientes capitanes que actuaron en la primera línea de combate, con inteligencia y coraje, al frente de sus hombres.

En este balance final es obligado destacar, en primer lugar, al Che y Camilo, quienes cumplieron cabalmente con su papel de ser mis principales lugartenientes en diferentes momentos, así como a Andrés Cuevas, Ramón Paz, Daniel, Angelito Verdecia, Ramiro Valdés, Guillermo García, Lalo Sardiñas y Pinares, entre otros.

Como escribí en el parte leído por Radio Rebelde el 7 de agosto, apenas al día siguiente de concluida la Batalla de Las Mercedes:

La ofensiva ha sido liquidada. El más grande esfuerzo militar que se haya realizado en nuestra historia Republicana, concluyó en el más espantoso desastre que pudo imaginarse el soberbio Dictador, cuyas tropas en plena fuga, después de dos meses y medio [de] derrota en derrota,

están señalando los días finales de su régimen odioso. La Sierra Maestra está ya totalmente libre de fuerzas enemigas.

La derrota de la ofensiva enemiga, después de 74 días de incesante combate, significó el viraje estratégico de la guerra. A partir de ese momento la suerte de la tiranía quedó definitivamente echada, en la medida en que se hacía evidente la inminencia de su colapso militar.

Ese mismo día redacté una carta dirigida al mayor general Eulogio Cantillo, quien dirigió toda la campaña enemiga desde el puesto de mando de la zona de operaciones, asentado en Bayamo. Le confirmé a Cantillo que se encontraban en poder de nuestras fuerzas alrededor de 160 soldados prisioneros, entre ellos muchos heridos, y que estábamos en disposición de establecer de inmediato las negociaciones pertinentes para su entrega. Tras complicadas gestiones, esta segunda entrega de prisioneros se efectuó varios días después en Las Mercedes.

En el curso de esos 74 días de intensos combates para el rechazo y la derrota de la gran ofensiva enemiga, nuestras fuerzas sufrieron 31 bajas mortales. Las noticias tristes no amilanaron nunca el espíritu de nuestras fuerzas, aunque la victoria nos supo amarga muchas veces. Aún así, la pérdida de combatientes pudo ser muy superior, teniendo en cuenta la intensidad, duración y violencia de las acciones terrestres y los ataques aéreos, si no lo fueron se debió a la extraordinaria pericia alcanzada por nuestros guerrilleros en la agreste naturaleza de la Maestra y por la solidaridad de unos rebeldes con otros. Muchas veces, heridos graves salvaron su vida, en primer lugar, porque sus compañeros hicieron lo imposible por trasladarlos a donde pudieran asistirlos los médicos, y todo, a pesar de lo abrupto del terreno y el silbido de las balas en medio de los combates.

A lo largo de estas páginas he ido mencionando los nombres de los caídos, pero quiero relacionarlos de nuevo a todos aquí para ofrecer de una sola vez el cuadro completo de nuestros mártires, merecedores del eterno recuerdo de respeto y admiración de todo el pueblo. Ellos son:

Comandantes: Andrés Cuevas, Ramón Paz y René Ramos Latour, *Daniel*.

Capitanes: Ángel Verdecia y Geonel Rodríguez.

Tenientes: Teodoro Banderas, Fernando Chávez, *El Artista*, y Godofredo Verdecia.

Combatientes: Misaíl Machado, Fernando Martínez, Albio Martínez, Wilfredo Lara, *Gustavo*; Wilfredo González, *Pascualito*; Juan de Dios Zamora, Carlos López Mas, Eugenio Cedeño, Victuro Acosta, *El Bayamés*; Francisco Luna, Roberto Corría, Luis Enrique Carracedo, Elinor Teruel, Juan Vázquez, *Chan Cuba*; Giraldo Aponte, *El Marinero*; Federico Hadfeg, Felipe Cordumy, Lorenzo Véliz, Gaudencio Santiesteban, Nicolás Ul, Luciano Tamayo, Ángel Silva Socarrás y José Díaz, *El Galleguito*.

Colaboradores campesinos: Lucas Castillo, otros miembros de su familia, e Ibrahim Escalona Torres.

Honor y gloria eterna, respeto infinito y cariño para los que cayeron entonces.

El enemigo sufrió más de 1 000 bajas, de ellas más de 300 muertos y 443 prisioneros, y no menos de cinco grandes unidades completas de sus fuerzas fueron aniquiladas, capturadas o desarticuladas. Quedaron en nuestro poder 507 armas, incluidas dos tanques, 10 morteros, varias bazucas y 12 ametralladoras calibre 30.

A todo ello habría que añadir el efecto moral de este desenlace y su trascendencia en la marcha de la guerra: a partir de ese momento, la iniciativa estratégica quedaba definitivamente en manos del Ejército Rebelde, dueño absoluto, además, de un extenso territorio al que el

enemigo no intentaría siquiera volver a penetrar. La Sierra Maestra, en efecto, quedaba liberada por siempre.

La victoria sobre la gran ofensiva enemiga del verano de 1958 marcó el viraje irreversible de la guerra. El Ejército Rebelde, triunfante y extraordinariamente fortalecido por la enorme cantidad de armas conquistadas, quedó en condiciones de iniciar su ofensiva estratégica final.

Con estos acontecimientos se abrió una nueva y última etapa en la guerra de liberación, caracterizada por la invasión al centro del país, la creación del Cuarto Frente Oriental y del Frente de Camagüey. La lucha se extendió a todo el país. La gran ofensiva final del Ejército Rebelde condujo, con la fulminante campaña de Oriente y de Las Villas, a la derrota definitiva del Ejército de la tiranía y, en consecuencia, al colapso militar del régimen batistiano y la toma del poder por la Revolución triunfante.

En la contraofensiva victoriosa de diciembre de ese año, se decidió el triunfo con alrededor de 3 000 hombres equipados con armas arrebatadas al enemigo.

Las columnas del Che y de Camilo, avanzando por las llanuras del Cauto y de Camagüey, llegaron al centro del país. La antigua Columna 1 de nuevo entrenó más de 1 000 reclutas en la escuela de Minas de Frío, y con jefes que surgían de sus propias filas, tomaron los pueblos y ciudades en la Carretera Central entre Bayamo y Palma Soriano. Nuevas tanquetas T-37 fueron destruidas, los tanques pesados y la aviación de combate no pudieron impedir la toma de ciudades cientos de veces mayores que el poblado de Las Mercedes.

En su avance, a la Columna 1 se le unieron las fuerzas del Segundo Frente Oriental Frank País. Así ocupamos la ciudad de Palma Soriano el 27 de diciembre de 1958.

Exactamente el 1.º de enero de 1959 —la fecha señalada en carta a Juan Almeida antes de iniciarse la última ofensiva de la dictadura contra la Sierra Maestra—, la huelga general revolucionaria, decretada a través de Radio Rebelde desde Palma Soriano, paralizó al país. El Che y Camilo recibieron órdenes de avanzar por la Carretera Central hacia la capital, y no hubo fuerzas que hicieran resistencia.

Cantillo, en reunión conmigo, con Raúl y Almeida reconoció que la dictadura había perdido la guerra, pero poco después desarrolló en la capital maniobras golpistas, contrarrevolucionarias y pro imperialistas e incumplió las condiciones pactadas para un armisticio. A pesar de ello, en tres días estaban a nuestra disposición las 100 000 armas y los barcos y aviones que poco antes habían apoyado y permitido la fuga del último batallón que penetró en la Sierra Maestra.

Pusimos en libertad, sin condición alguna, a los prisioneros de guerra, a quienes respetamos la vida, cuidamos su salud cuando estaban heridos y protegimos en medio de los combates.

Entramos en la capital el 8 de enero de 1959, me hubiera gustado que muchos de aquellos militares profesionales que no eran culpables y tenían cualidades se hubieran unido a nosotros, pero ya no fue posible. Una marea de pueblo revolucionario se incorporó a nuestra tropa y, junto a los veteranos del Moncada, el *Granma*, el Llano y la Sierra, nutrió de gente sana, nueva y pujante las filas de lo que poco tiempo después serían nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias. La vida, al fin, desbordaba predicciones y sueños.

El 11 de noviembre de 1958 había salido de La Plata con 30 hombres armados y 1 000 reclutas desarmados a conquistar la patria anhelada por los mambises, con el propósito de que esta vez sí entraríamos a Santiago. El 1.º de enero de 1959, tras la epopeya escrita en montañas, campos y ciudades, nada pudo impedir el triunfo de la independencia definitiva y la justicia en Cuba.

